

COLABORACION
de
Guillemot
en LAS PROVINCIAS
de 1920-
23
I VALENCIA

S
4

G.F.S.-204-

DESDE MADRID - APUNTES
DEL MOMENTO

- Crónicas breves que,
firmadas con el seudóni-
mo DIEGO DE MIRANDA,
publicó Intercursos en
1923 en LAS PROVINCIAS
de Valencia.

- MADRID TEATRAL
corresponsalia de
Teatros, en Las Provincias.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Quito 1922

DICIEMBRE

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Las mañanas del Retiro

Todo el mundo sabe que el Retiro es un bello parque de Madrid, y todo el mundo supondrá, aunque no lo conozca, que en este parque hay bonitos paseos, artísticas estatuas; amplias plazuelas, hermosos árboles y muchas flores. Pero lo que es posible que ignoren cuantos no lo hayan visitado recientemente, es que el Retiro ofrece ahora, en este invierno, un aspecto nuevo muy interesante.

Desde hace mucho tiempo estaba prohibido, en el antiguo parque, hacer daño a los pájaros, lo mismo que hollar plantas, arrancar flores y hacer dibujos con cortaplumas en los troncos de los árboles. En cuanto un guarda veía a algún chico con alfiler, lo menos que hacía—como hoy, si se lo encuentra, por supuesto,—era arrebatarse el arma ofensiva. En el Retiro, pues, los pájaros podían vivir libres y felices.

Pero ahora, estos mismos pájaros no solo se ven en libertad y contentos, sino mimados por muchas personas de sentimientos delicados, que han hecho del amor al pájaro un verdadero culto. Y es encantador el espectáculo que todas las mañanas ofrecen determinados parajes del parque, convertidos en idílicas escenas entre viejecitos, muchachas, niños y gorriones.

El sitio predilecto para estas escenas es la plaza de Guatemala, en cuyo centro se alza la estatua ecuestre del general Martínez Campos. Allí comenzó a acudir, hace ya algún tiempo, un señor viejecito, enamorado de los pájaros. Con granos de alpiste y con migas de pan fué, poco a poco, captándose la confianza de los gorriones que andan en aquellas arboledas. Al principio fueron escasísimos los pájaros que se aventuraron a ver qué era aquéllo; pero los primeros que lo picaron lo encontraron, por lo visto, tan de su agrado, que no tardó en verse el viejecito rodeado de gorriones. Al día siguiente, el señor Rojo—que tal es el apellido de este buen amigo de los pájaros,—volvió, y al otro, y al otro. Los gorriones se acostumbraron a la visita y al sabroso obsequio; y pronto puede decirse que reinó entre favorecidos y bienhechor una cordialísima amistad. Hoy, los pajaritos, desde media hora antes de la llegada del señor Rojo a la plaza de Guatemala, se reúnen alborozados en un punto dado, y no bien aparece, allá por el paseo de coches, la figura alta y vuela, llegan hasta él, le rodean, vuelan en su torno y producen una gran algarabía. En seguida comienza el reparto de la «comida»; para todos hay; pero los pájaros son unos glotones y se disputan las migas de pan con verdadera saña. Unos llegan a la mano del señor Rojo y pican en el pan, sobre la palma abierta; otros se suben a sus hombros; otros se encaraman sobre su cabeza, y otros, más ansiosos, revolotean ante él, recogiendo en el aire la miga de pan o el grano de alpiste.

¿Cabe nada más simpático? Así como los pájaros conocen a su protector, él les distingue también a ellos, llamándoles por los apodos que les ha puesto.

—¡Juanito!—exclama de pronto, con un trozo de pan en la mano.—Y Juanito acude en seguida, dando saltitos, con el pico en alto, dispuesto a darse un festín.

Y cuando el señor Rojo se levanta, allá va su corte de adoradores siguiéndole, hasta que él, desde la escalinata que pone la plaza en comunicación con el paseo de coches, les echa un nuevo puñado de lo que sea, que es la última existencia de la ración del día.

Satisfecho puede estar el viejecito de su obra, porque no es solo lo que hace por estos simpáticos gorriones; es lo que ha conseguido en las costumbres ciudadanas con su ejemplo. Y aunque no fuera más que por eso, todos los madrileños le somos deudores de un poco de gratitud.

Así, de once a una de la mañana, la plaza de Guatemala se ve llena de señoras, niños y otras personas de muy distinta edad y condición, que acuden a dar de comer a los pájaros. Apoyadas en la barandilla que rodea el estanque que circunda la estatua, diez o doce personas arrojan a los gorriones migas de pan, que hacen las delicias de éstos. Se forman numerosos grupos; en todos ellos hay alimento en abundancia. Y los pajaritos están que revientan de satisfacción y de gordos.

Pero no es solo allí. En los paseos laterales, y muy especialmente en el de Chile, que es el que pone en comunicación esta plaza con el gran monumento al Rey don Alfonso XII, que dormina el estanque grande, constantemente cruzado por embarcaciones, las escenas delicadas se repiten. Y ayer, por ejemplo, una pareja de enamorados, que se hallaba sentada en un banco, interrumpió su plática para dar de comer a los gorriones que sobre ellos brincaban.

Como el sentimiento de amor a los animales, si se siente con honradez, no tiene límites, natural es que del diario festín participen también los majestuosos cisnes de interrogante cuello y los pintados patos, que nadan, al parecer, indiferentes sobre las aguas en que se refleja la figura en bronce del ilustre caudillo que en Sagunto dió el patriótico grito que tuvo por consecuencia la restauración borbónica.

Por las tardes vuelve la calma a aquellos parajes. ¿Dónde se han ido los gorriones? No se les ve. No se les oye. ¿Habrán huído? Los asiduos paseantes del Retiro saben que no; saben que los pájaros están en sus nidos, repartidos por todo el parque, y saben que, en cuanto al día siguiente llegue la hora de la visita del señor Rojo o de sus simpáticos imitadores, no faltará ni un gorrión a la cita.

¡Gratas horas de la mañana invernal entre niños y pájaros! ¡Hermoso espectáculo de ciudad culta y de pueblo noble! ¡Qué lejanos parecen ya los tiempos del alevoso alfilerador! Si algún pilluelo apareciese por allí con arteras intenciones contra los pajaritos, de fijo que lo pasaría mal. Pero, ¿quién se acuerda ya de eso? Los gorriones, confiados en absoluto a la amistad de los hombres, proclaman indestructibles lazos de amor.

DIEGO DE MIRANDA

Apuntes del momento

La Reina y los pobres

Madrid, domingo 24.

Entre los puestos, llenos de figuras de nacimiento y casas de cartón de la plaza de Santa Cruz, y entre los tenderetes en que se vende turrón en la plaza Mayor, pasó esta mañana a pie, con sus augustas hijas, la Reina doña Victoria. ¿Para qué decir que el entusiasmo popular se desbordó al verla? La Soberana española, cuyo Santo fué celebrado ayer en Palacio con un banquete de gala, y en todo el país con colgaduras e iluminaciones, hacía compras para los nacimientos de muchos hogares humildes. Y esas dádivas, de verdadera Reina Maga, llevarán mañana la alegría a muchos niños, que no hubiesen conocido de otro modo este año el encanto de esta fiesta tradicional.

Pero la Reina, cuando pasó por la plaza de Santa Cruz, venía de algo más importante aún: de inaugurar la serie diaria de raciones de raciones a los pobres en los distintos comedores de caridad de Madrid. Es ésta una piadosa obra que hace seis o siete años inició doña Victoria, deseando aliviar en lo posible la crisis por que atraviesa buena parte de la población madrileña. En el marqués de Rafal y en la organización de los jóvenes de la Defensa Social halló unos auxiliares y colaboradores eficacísimos; y, desde entonces, todos los días se distribuyen centenares de raciones en los diferentes comedores, correspondientes a cada distrito madrileño.

Cada pobre acude provisto de su correspondiente puchero, que necesariamente ha de ir limpio como el oro. En él se le echa, unos días potaje, y otros cocido, entregándoseles, además, una libreta.

Esta mañana fué Su Majestad, a primera hora, a la Inclusa; personalmente repartió la comida, habló con los pobres, les preguntó su situación, se interesó por ellos, y, a varios, les hizo obsequios en metálico. Después recorrió algunas dependencias del establecimiento, y a una niñita recién nacida, que había sido depositada anoche en el torno, la prohibió. ¡Satisfecha pudo volver a Palacio, después de una mañana dedicada a los humildes!

Por coincidencia muy lógica, dada la época en que nos encontramos, durante estos días, precisamente, se está verificando la distribución, en las distintas parroquias de la capital, de las prendas de abrigo reunidas este año por las secciones del Ropero de Santa Victoria. Esta vez, el resultado ha superado, al de cualquier año anterior, en más de mil prendas. Cálculase que en las 35.000 reunidas podrán ser socorridas más de 14.000 familias, sin contar las prendas que se entregarán para premios a las catéquizas parroquiales.

Uno de estos días se verificará, como todos los años, en el salón de columnas de Palacio, la entrega, por la Reina, de sesenta equipos a treinta pobres de cada sexo, y de dos lotes, más pequeños, a un niño y una niña pobre. En ese acto, la secretaria del Ropero, señorita Carmen García Loygorri, dará cuenta de la marcha de la institución. Esta, por fortuna, no puede ofrecer mejor resultado, merced a la caridad de las damas madrileñas, que no hacen sino imitar el ejemplo que dan las señoras de la Real familia.

La Reina es la presidenta del Ropero, al que entrega anualmente unas dos mil prendas, de las cuales—lo mismo que las demás señoras,—confecciona ella muchas. Hay después tantas juntas parroquiales como parroquias. La de Santa María—en la que siempre figura un donativo del Rey, de cien pares de botas,—la preside la Reina doña Cristina, en recuerdo de la Infanta doña María Teresa, que fué su primera presidenta; la de San Marcos, la Infanta doña Isabel; la de Santa Bárbara, la Infanta doña Luisa, y durante su ausencia, la duquesa de Talavera; la de San Andrés, la condesa de Aguiar; la de Nuestra Señora de los Angeles, la vizcondesa de Eza; la de Nuestra Señora de las Angustias, la señora de Belesná; la de San Antonio de la Florida, la señora de Cierva; la de Nues-

tra Señora del Buen Consejo, la duquesa de Sessa; la de la Concepción, la marquesa viuda de Rafal; la de Nuestra Señora de Covadonga, la marquesa viuda de Albaserada; la de Santa Cruz, la señora viuda de Sancho Mata; la de Nuestra Señora de los Dolores, la marquesa de Hinojarés; la de San Ginés, la marquesa de Comillas; la de San Ildefonso, la marquesa de Rafal; la de San Jerónimo, la marquesa de Torrelaguna; la de San José, la señora de Gandarias; la de los Santos Justo y Pastor, la duquesa de Santa Lucía; la de San Lorenzo, la condesa de Cerrajería; la de San Luis, la marquesa de Miraflores; la de San Martín, la duquesa de la Conquista; la de San Miguel, la duquesa viuda de Nájera; la de San Millán, la marquesa de la Romana; la de San Pedro el Real, la señora de Sanginés; la de Nuestra Señora del Pilar, la condesa de Romanones; la del Corazón de María, la marquesa de Somosá; la de San Ramón, la duquesa de San Pedro de Galatino; la del Salvador y San Nicolás, la señora de González Hontoria; la de San Sebastián, la condesa de Sástago; la de Santa Teresa y Santa Isabel, la marquesa de Aguilera Real, y la de Santiago, la marquesa viuda de Borja.

La Infanta doña Beatriz es presidenta de la sección de niños, y la señorita de García Loygorri, de la de secretarías.

En la lista de vicepresidentas de las juntas figuran los nombres de las demás señoras aristocráticas que figuran constantemente en empresas de caridad.

Todas ellas se reúnen en Asamblea, por lo menos, una vez al año, bajo la presidencia de la Reina, que las alienta a emprender de nuevo la campaña para el invierno próximo.

Tal es una de las varias facetas de la obra piadosa de la Soberana; de esta Soberana, que tanto ha hecho por nuestros heridos de África y por los infelices tuberculosos, que ahora cuentan, para su asistencia, con magníficos sanatorios y dispensarios.

Por eso nada tiene de extraño que hoy, día de Noche-Buena, cuando volvió por la plaza de Santa Cruz a Palacio, pasase la Reina, además de entre puestos de figuras de nacimiento y tenderetes con turrón, entre las bendiciones del pueblo, que ve en ella su protectora. Y el pueblo de Madrid tiene, entre otras virtudes, la de saber ser agradecido.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

La birreta cardenalicia

Madrid, jueves 28.

El lunes último se celebró en Palacio la ceremonia de imponer la birreta cardenalicia al nuevo arzobispo de Toledo, doctor Reig y Casanova, que hasta ahora ha regido la archidiócesis valenciana.

El acto se verificó, como siempre, durante la capilla pública—la del día de la Natividad del Señor,—y a él concurrieron, además de las regias personas y las de su corte, el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini, varios ilustres prelados, el ablegado pontificio señor Spada y el guardia noble conde de Valentini.

El ceremonial que se cumplió fue el dispuesto para los casos en que se trata de un solo purpurado, que no es Nuncio Apostólico. Según dicho ceremonial, que se conserva en el archivo general de la Real Casa, cuando el guardia noble y el ablegado apostólico llegan a la Corte de España, solicita el Nuncio que ambos señores sean recibidos en audiencia privada por Su Majestad. Una vez recibidos por el Rey, designa el Soberano hora y día para la imposición de la birreta traída por el ablegado, pues lo que el

guardia noble conduce a España es el solideo y la carta del secretario de Estado de Su Santidad para el nuevo cardenal. El acto se verifica, pues, en la Real Capilla, vistiendo el Rey uniforme y asistiendo las Reales personas y su comitiva.

El ablegado, que durante la ceremonia, tiene su puesto en el presbiterio, cerca del Evangelio, después de los saludos de rúbrica, entrega el «Breve» del Pontífice al Rey, de cuyas manos pasa a las del capellán mayor y de las de éste a las del notario de la Real Capilla, quien de uniforme o traje de etiqueta, lee frente a la Cortina en alta voz el documento. Cuando termina la lectura, el ablegado, dirigiéndose a Su Majestad, pronuncia en latín un discurso, cuya síntesis se reduce a manifestar, cuando el prelado, como en este caso, es español, que el Sumo Pontífice, por afecto a España y al Rey y por las condiciones que en aquél concurren, lo eleva a una de las mayores dignidades eclesiásticas.

En seguida el ablegado y el maestro de ceremonias se dirigen al lado de la Epístola del altar mayor: toman, de sobre una mesa preparada al efecto, la birreta y la ponen sobre una bandeja; se detienen con ella ante el regio dosel y el maestro de ceremonias va por el nuevo purpurado. El Rey le impone la birreta que le entregó el ablegado y le abraza afectuosamente. El prelado desciende entonces y da lectura luego a un discurso, en el que expresa su agradecimiento por la distinción con que ha sido honrado, y expone sus sentimientos de amor y lealtad hacia el Sumo Pontífice y el Soberano. Se retira después a la sacristía, donde se reviste con las vestiduras cardenalicias, con las que ya asista, desde un sillón colocado a la izquierda del altar mayor, a una misa cantada, en la que oficia un capellán de altar.

Así se hizo, punto por punto, el lunes. El discurso del doctor Reig, efusivo y cordial, produjo sincera emoción en todos los felicitados, siendo el cardenal el más felicitado.

Cuando el prelado a quien se impone la birreta—que es el verdadero distintivo de cardenal, porque su color recuerda el sacrificio de la vida a que debe estar dispuesto quien la lleva para luchar en defensa de la fe católica,—es el Nuncio Apostólico, se dispone entonces que, por su calidad de decano del cuerpo diplomático extranjero, asistan al acto los embajadores y ministros acreditados en la Corte, para los cuales se levantan dos tribunas en la Capilla, dando frente al Trono. Así ocurrió cuando fue elevado a tan alta dignidad el que fue luego ilustre cardenal Rampolla y entonces era representante de la Santa Sede en España. Y otro tanto aconteció cuando el Rey impuso la birreta al hoy cardenal Vico, entonces Nuncio, y a los ya fallecidos arzobispos españoles Cos y Macho y Almaraz.

Cuando la Reina doña Cristina dispuso análoga ceremonia, al ser elevado a esta dignidad el que luego fue cardenal Sancha, dispuso, como prueba de afecto, que a las tribunas concurrieran todas las «damas» Grandes de España. Ahora las damas de la Reina, asistiendo también en gran número, han testimoniado así su respeto y su simpatía hacia el doctor Reig.

Una curiosa coincidencia ha sido que la imposición de la birreta al que hasta ahora ha sido arzobispo de Valencia, se ha celebrado a los dos años justos del acto en que recibió el mismo honor el arzobispo de Zaragoza, cardenal Soldevila y Romero.

Tanto el cardenal Reig como el ablegado y el guardia noble pontificio, a quienes Su Majestad ha concedido distinciones especiales, han sido muy agasajados estos días por la sociedad madrileña.

DIEGO DE MIRANDA.

DESDE MADRID

Apuntes del momento

3-1-22

La recepción del embajador de Italia

Madrid, domingo 31.

Pasado mañana, día 2 de enero, se verificará solemnemente en Palacio la recepción del nuevo embajador de Italia, marqués Paulucci de Calboli. Trátase de uno de los más ilustres diplomáticos de aquel país, cuyas aptitudes notabilísimas se pusieron recientemente de relieve desempeñando la representación de Italia en el Japón.

El nuevo embajador, que durante la gran guerra, perdió su único hijo—entusiasta joven que, llevado de un ardiente patriotismo, continuó después de herido, como mutilado, la campaña en favor de la recluta voluntaria, hasta que la gangrena se apoderó de él, llevándole al sepulcro,—ha venido a España rodeado de los más altos prestigios.

Nombrado ya por el gobierno Mussolini, es representante, además, del gran estado de opinión existente en Italia, para la restauración de las virtudes patrias; hombre de exquisito tacto y amena conversación, será en breve, seguramente, uno de los diplomáticos que con más simpatías cuenta en la sociedad madrileña. El antiguo palacio de Obrantes, hoy restaurado por completo, muy artísticamente por cierto, volverá a abrir sus salones a la aristocracia española; salones cerrados desde aquellas inolvidables fiestas organizadas antes de la guerra por los condes Bonin Longare. Los embajadores que sucedieron a éstos, marqués Carloti—muerto recientemente,—y barón Fasciotti, hicieron vida más retirada, sobre todo el segundo, que apenas si tuvo trato alguno con la sociedad de Madrid.

La recepción del marqués Paulucci de Calboli será pasado mañana, con arreglo al ceremonial previsto para estos casos. Al embajador se le tributarán honores de Alteza Real. Al Palacio de la embajada, en la calle Mayor, acudirán a buscarle tres carrozas de la Real Casa: una para el nuevo representante y el primer introductor de embajadores, conde de Velle, y las otras dos para el secretario señor Tosti de Valminuta, para el agregado militar coronel Marsengo y para el resto del personal de la embajada, entre el que figura el duque de Caffarelli. Las carrozas rea-

4
les que forman comúnmente en las comitivas de los nuevos embajadores son el coche llamado «de ciras» de la época del Imperio; la carroza de caoba, hecha en Madrid en 1833 por don Francisco Rodríguez y don Fernando Durán, que alcanzaron gran fama en su arte, y el coche de «Tableros dorados», regalado a Carlos IV por el Virrey de Méjico, marqués de Branciforte. Esta carroza es la que iba de respeto el día de la boda de los Reyes y fué a la que se trasladaron Sus Majestades a raíz del atentado de la calle Mayor, precisamente enfrente del edificio de la embajada de Italia. Cuando alguna de estas carrozas está en restauración, figuran en la comitiva del embajador la de «Amaranto», del tiempo de Carlos III, y las de «concha» y de «Corona Ducal», construidas en Francia en el siglo XVIII por el maestro de coches M. Gouffier.

Con las carrozas acuden una sección de la Escolta Real al mando de un comandante, un caballero de la Real Casa y un correo-gabinete.

La comitiva entra por la plaza de la Armería, en donde se hallan

formadas las tropas de la guardia exterior, rindiendo honores. La carroza que conduce al embajador penetra por la puerta central de Palacio, deteniéndose al pie de la gran escalera, y las otras dos por las puertas laterales. En la escalera se encuentra un zaguante del cuerpo de Alabarderos; la banda del mismo real cuerpo ejecuta el Himno italiano y la Marcha Real fusilera. El embajador y su séquito suben, en unión de una comisión de mayordomos de semana, a la antecámara, pasando luego, previa la venia de Su Majestad, al Salón de Embajadores o del Trono, en el que están los Soberanos, con las personas de su alta servidumbre, gobierno en pleno, damas de la Reina, grandes de España, clases de etiqueta, oficialidades de Alabarderos y Escolta y casa militar del Rey. Las demás personas reales pre-

ceden la entrada del embajador desde la pieza llamada el «camón», que está en el final de la escalera. El nuevo representante diplomático lee su discurso, al que contesta el Rey. Su Majestad, después, desciende del Trono y conversa con el embajador particularmente.

Luego éste pasa a presentar sus respetos a la Reina doña Cristina y vuelve, con los mismos honores, a la embajada. De aquí torna a salir en un «coche de París» de media gata, para hacer las visitas oficiales de ritual, al presidente del Consejo y al ministro de Estado.

Este será el ceremonial que se seguirá el martes. En el discurso del marqués Paulucci—primero de un embajador del gobierno Mussolini,—habrá, sin duda, conceptos y afirmaciones muy interesantes.

DIEGO DE MIRANDA.

Apuntes del momento

Palacio y el Padre Cardona

Madrid, jueves 4.

La muerte del obispo de Sión, Patriarca de las Indias, lamentada con sincero pesar por todos los católicos españoles, ha sido especialmente sentida en Palacio. Don Jaime Cardona era, para los Reyes y para sus augustos hijos, un consejero leal, un guía carifoso, una verdadera luz para sus almas. Nuestro Rey, don Alfonso XIII, le conocía desde que su inteligencia despertó. No digamos el Príncipe de Asturias y los Infantitos, educados desde el primer momento en el respeto y cariño hacia el sabio y bondadoso prelado. Mas, para las Reinas, especialmente, sus consejos —sus admirables consejos, dictados por el talento, la virtud y la experiencia,—eran normas de vida y de educación.

Puede decirse que el obispo de Sión, desde hace treinta años propicellán mayor de Palacio, era en el regio Alcázar la persona acaso más venerada y querida.

Fué su consagración como obispo el 11 de noviembre de 1892, en la Capilla Real. El acto revistió gran solemnidad. Como prelado consagrante ofició el Nuncio de Su Santidad, monseñor Di Pietro, y actuaron como prelados asistentes los obispos de Huesca de Tamasso. Concurrieron a la ceremonia los obispos de Madrid y de Lérida, y fué madrina la Reina Regente, representada por el duque de Medina Sidonia. La Soberana asistió desde la tribuna baja. La Capilla ofrecía brillantísimo aspecto, ocupada por damas, grandes de España y clases de etiqueta.

La Reina doña Cristina hizo entonces al nuevo obispo un regalo, que siempre llevó el prelado como preferente atributo: un anillo de oro con una gran amatista, en la que un diestro artífice trazó la figura del Angel de la Guarda, llevando de la mano un niño. También le regaló un magnifico pectoral de oro con la cruz esmaltada de brillantes, y, en su frente, siete amatistas con un Cristo en el centro; en el árbol y los brazos de la cruz, las figuras de los cuatro Evangelistas y los atributos de la Pasión.

Nota interesante de aquella ceremonia, fué que a ella concurrió la anciana madre del nuevo obispo, piadosa señora que tuvo entonces una de las alegrías más grandes y una de las emociones más fuertes de su vida, y que, al poco tiempo, a edad ya muy avanzada, entregó su alma a Dios.

Desde su consagración como obispo, fué el Padre Cardona asiduo concurrente a Palacio. Iba, no sola cuantas veces lo requería el desempeño de su cargo, sino todas las mañanas, para visitar a una u otra persona Real. El obispo de Sión ha bautizado a los hijos de los Reyes y a los demás Infantitos; ha administrado la primera Comunión a don Alfonso XIII y a todos los augustos niños de la Real familia; ha oficiado en casi todas las capillas públicas y otras ceremonias religiosas; ha pronunciado centenares de pláticas desde el púlpito palatino, y ha sido, en fin, como antes decimos, el constante director religioso de la augusta familia.

Las jurisdicciones privilegiadas, palatina y castrense, que tenía, eran, como es sabido, las delegadas, desde tiempo immemorial, por Su Santidad, para un ilustre prelado español, y se renovaban cada siete años.

El escudo de armas del obispo de Sión tenía cuatro cuarteles, que correspondían a sus apellidos, y, en el centro, la imagen de Nuestra Señora de Loreto.

Era el ilustre Patriarca de las In-

dias de corta estatura, delgado de cuerpo y de mirada fija y penetrante. En sus huellas se observaban las huellas de la vigilia, del insomnio y del estudio.

Hombre muy llano, tenía una conversación íntima muy agradable, salpicada siempre con el ameno relato de cuentecillos o la interesante evocación de recuerdos. En el púlpito se transformaba; su figura parecía crecer, y su verbo adquiría proporciones grandilocuentes.

A los ochenta y cinco años, después de una vida ejemplar y una labor religiosa y patriótica enorme, reposa para siempre el venerable prelado. Sobre su sepultura de la iglesia del Colegio de Loreto depositarán manos augustas y aristocráticas frescas flores. Mas, con ellas, habrá otras muchas que llevarán, como tributo de gratitud, las gentes humildes. Porque el Padre Cardona tuvo, como suprema virtud, la de la Caridad.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Los domingos del Museo del Prado

Madrid, domingo 7.

Cuando, hace algunos años, la dirección de nuestro Museo Nacional de Pinturas fijó un precio para la entrada en éste, se censuró duramente la medida, por estimar que con ello se ponían dificultades al conocimiento de un tesoro de arte de tal importancia. Sin embargo, el Museo del Prado sigue viéndose a diario concurridísimo, habiendo desaparecido entre su público la legión de desocupados que acudían allí por pasar el rato, y no hacían otra cosa que estorbar. En el Louvre de París, donde pasaba algo parecido en mayor escala, han tenido que hacer el año pasado algo parecido. Como tampoco es justo que el verdadero aficionado—cuyos recursos no le permitan dedicar una cantidad, por pequeña que sea, a un gasto no imprescindible,—se quede privado de contemplar las maravillas artísticas que el Museo encierra, la entrada, en los domingos, es gratis, y el espectáculo que el público de Madrid ofrece en tales días, es hermoso y alentador. Una muchedumbre, formada en su mayoría por familias de la clase media, pero en la que no faltan humildes gentes artesanas y trabajadoras, se congrega en las salas del Museo, y las recorren poseídas de un espíritu de verdadera devoción que se traduce en miradas y gestos de asombro y en comentarios siempre en voz baja. Es la fuerza suprema del arte—su grandeza soberana,—que cohibe, sugiere y apabulla.

Los que van los domingos por la mañana al Museo, abandonando al soleado paseo de la Castellana—pues «El Prado» no se abre los días de lluvia,—son los que verdaderamente desean aprovechar las horas de descanso para saturarse de emociones artísticas. Y así, en esas mañanas en que los copistas no pueden ser estorbados porque no trabajan, el público noble y sano, que siente un legítimo orgullo al

pensar que el tesoro de este Museo es uno de los principales del mundo, se esparce gozoso ante los archifamosos cuadros de los grandes pintores, y disfruta de verdad, transmitiéndose, de unos en otros visitantes, los sentimientos de admiración y las exclamaciones de asombro. Toda visita a un Museo tiene una indudable misión educadora; estas de los domingos poseen, pues, a nuestro juicio, una eficacia cultural, cuyos resultados no fardarán, seguramente, en evidenciarse.

Para los asiduos visitantes, el Museo ofrece ahora otro interés: el de las importantes reformas que

se han introducido en su organización interior, respondiendo al plan del malogrado Aureliano Perueite, que ha sido continuado por su sucesor el ilustre artista Fernando Sotomayor.

Ahora, entrando en el Museo, lo primero que se halla es la sala donde se admiran los Goyas, lo mismo que antes. En esto no ha habido todavía variación, y junto a los retratos de Carlos IV y de su familia, y a las imperecederas majas, se contemplan las impresionantes escenas de la guerra de la Independencia, llenas de realidad y de emoción. Sigue a esta sala, de frente, el gran salón central, del que han desaparecido muchos de sus antiguos lienzos—para ir a otros lados,—pero que no carece, ni mucho menos, de gran interés, puesto que en él se hallan todos los cuadros que en El Prado existen del Tiziano, los de Correggio y el Veronés, y otros muchos muy valiosos. A la izquierda hay una sucesión de salas dedicadas al arte italiano, en sus distintas épocas y manifestaciones. Como continuación de ellas existe una pequeña estancia, en la que figuran las obras de los primeros tiempos de Velázquez, presididas por el famoso Cristo. En general, son cuadros religiosos y retratos. La sala, admirable, invita al recogimiento. De ella se pasa—siempre a la izquierda del gran salón central,—a la sala importante de Velázquez, donde están los demás cuadros del gran artista: las *Lanzas*, las *Meninas*, los *Borrachos* y tantas otras maravillas. Después hallanse otras salas especiales, dedicadas a famosos pintores: la del *Greco*, de reciente instalación, en la que el artista cretense tiene su adecuada exaltación; la de Rubens y la de Van Dyck, nuevas también, y luego la de Murillo—ésta, sobre poco más o menos, tal como se encontraba,—y la de Ribera.

De este modo, y aun cuando la realización del plan de reforma no está aún terminada, el público, al visitar el Museo, no se desorienta y obtiene provecho de la visita. Las salas de la derecha continúan dedicadas a retratos, así como las de la planta baja a primitivos—de los que hay una colección inapreciable,—y más lejos, teniendo la entrada por el paseo del Prado, a pintura francesa, desde Claudio de Lorena a nuestros días, en sus diferentes interesantes períodos. Estas salas de arte francés fueron recientemente inauguradas, con motivo de la visita a Madrid de los académicos franceses que vinieron para asistir a la colocación de la primera piedra de la «Villa Velázquez».

Los concurrentes al Museo se saben ya de memoria su nueva organización. Hay personas que todos los domingos van. Son parroquianos fieles de Rafael Sanzio de Urbino y Tintoretto. Y muchos de ellos se conocen ya y se saludan, como buenos amigos.

Amigos son, en efecto. Les unen lazos más fuertes que los que suele tener una sencilla amistad: el sentimiento de lo bello y la emoción del arte. Y éstos no envejecen los hombres ni en el mundo.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

El automóvil de plata

Madrid, miércoles 10.

Hace unos días tan solo ha hecho su aparición en las calles madrileñas. ¿Es de un millonario? ¿Es de un aristócrata? ¿Es de un diplomático? Lo ignoro; pero desde luego puedo afirmar que es de alguien amigo de las excentricidades. No de otro modo se comprende el capricho de pasear en un automóvil cuya carrocería es de plata; de pura y resplandeciente plata.

Su aparición en Madrid ha producido verdadero asombro. En estos días despejados y luminosos, los rayos del sol se quiebran en las aristas del cuerpo delantero del auto. Y éste, en su carrera vertiginosa, parece que va desarrollando una cinta inacabable de haces de luz. Visto de frente, en el paseo de la Castellana, por ejemplo, el efecto que produce es el de un templo pagano rodeado por una aureola luminosa.

Este automóvil, grande, majestuoso, de silencioso andar y movimientos suaves, puede ser considerado como un soberano de su especie, que pasa entre sus semejantes con cierto aire de orgullo y cierto empaque de superioridad. Los hombres le han dotado de una máquina—su alma—poderosa, resistente, apta para lograr velocidades poco corrientes y para soportar largas caminatas; y todo ello suavemente, sin un movimiento brusco, como por encanto. Para envolver tal espíritu motriz, pensaron sus constructores en darle el más bello cuerpo que imaginar pudiesen. Y así como, en la antigüedad, los romanos valoraron sus carros con metales preciosos, ellos idearon embellecer toda la cubierta del auto con una capa de plata. ¿Iba a resultar eso muy caro? ¿Qué importaba! El propietario tenía dinero para ello, y, por lo visto, tal era su capricho.

Cuando el automóvil hizo su aparición en nuestra capital, causó en todos sorpresa; pero ésta subió de punto cuando a los pocos días surgió, conduciéndole, un imponente mecánico negro, envuelto en rico abrigo de blancas pieles. El contraste era extraordinario; la impresión estética, admirable. Indudablemente, el dueño del coche es un hombre raro, pero de buen gusto.

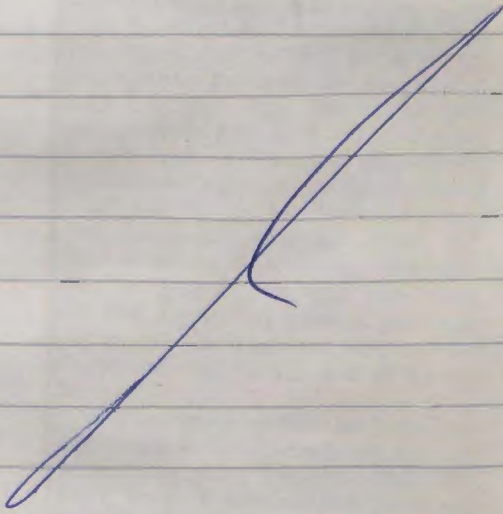
No todo el mundo, sin embargo, pensó lo mismo. La otra mañana, un grupo de obreros que bajaba por la calle de Goya, osó reírse del *chauffeur* negro que avanzaba, en su coche, por la de Velázquez. —«¡Al negro!, ¡al negro!», —se oyó gritar.

Pronto hubieron de arrepentirse. El mecánico enfiló el auto hacia ellos, lo paró en seco y descendió del coche. Entonces pudo verse su estatura; su enorme estatura. Era un negrazo imponente. Por boca y ojos profirió cuantos insultos llegaron a su imaginación; los obreros, aturcidos al principio y asustados después, no solo no replicaron una palabra, sino que edharon a correr cada cual por su lado, no bien pudieron darse cuenta de que sus respectivos físicos peligraban. Y el altivo mecánico, que había tenido en aquel momento la fuerza de la razón, unida a la indiscutible de sus puños, volvió triunfalmente a su carroza de plata, que se perdió, magnífica, entre una nube de polvo.

Ya es popular en Madrid el auto del negro. ¿Qué importa que sea de un millonario o de un aristócrata? Aquí le hemos dado el nombre del «auto del negro», y con él pasará a la historia. No en vano la carrocería y el *chauffeur* le han dado carácter, paseando por las calles de Madrid esta especie de chocolate envuelto en papel de plata.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.



DESDE MADRID

Apuntes del momento

18-1-92

Los marqueses de Carisbrooke

Madrid, domingo 14.

Desde hace unos días se hallan pasando una temporada en el Palacio Real de Madrid, los marqueses de Carisbrooke, únicos hermanos hoy de la Reina doña Victoria. Con ella les hemos visto pasear por esas plazas y calles; con ella han acudido a diversos actos de carácter benéfico; con ella el Príncipe Alejandro habrá recordado de nuevo muchas alegres horas infantiles, pasadas al amor del hogar en el viejo palacio de Windsor, junto a la anciana «Queen Victoria», o en los severos parques de Westminster. Porque el Príncipe Alejandro de Battenberg, hoy marqués de Carisbrooke, fué, de niño, por ser el hermano mayor, el compañero de juegos de la gentil Princesita Ena, gala de la corte inglesa y adoración de la Soberana británica.

Tanto la Princesa Ena como el Príncipe Alejandro, tuvieron desde pequeños caracteres muy alegres.

Camaradas inseparables en muchas correrías y diversiones al aire libre, llenaban con su alborozo los paseos y los jardines. En Suiza, durante una de las últimas vi-

sitas que hizo la vieja Reina Victoria a aquellos parajes, alquiló la Princesa Beatriz—madre de nuestra Reina,—hallándose ya viuda, una villa apartada, con objeto de librar a la anciana Soberana del continuo sobresalto en que la ponían los juegos de sus nietecitos. Esta vida, llena de infantil alborozo y de sana libertad, tenía encantada a toda la colonia extranjera y admirados a los franceses. «Acabo de ser presentada a los nietos de vuestra Reina—decía una señora francesa a varios caballeros ingleses, en Cimiez, en la primavera de 1896,—he procurado dirigirme a ellos con toda la etiqueta y la formalidad cortesanas debidas a su rango; pero no pude desecher de la imaginación la sospecha de si eran ellos los que saquearon mi huerto, dejándome sin una sola naranja, la semana pasada.»

A partir de aquella fecha, puede decirse que la Reina Victoria de Inglaterra vivió, si es posible, más compenetrada aún con sus hijos y sus nietos predilectos. Así, la Princesa Ena y el Príncipe Alejandro se hallaron al lado del lecho mortuario de la Soberana, en aquella melancólica tarde del mes de ene-

ro de 1901, en que exhaló el último suspiro aquella a quien sus fieles súbditos designaban con las palabras, nacidas en el fondo del corazón, de «nuestra madre la Reina».

Pasaron los años, y la Princesa y los Príncipes Alejandro, Mauricio y Leopoldo de Battenberg, convirtieron en una mujer bellísima y en unos hombres de buen provecho. Un buen día llegó el Rey de España a Londres y quedó prendado de aquella belleza. Poco después la Princesa Ena era Reina de España y con ella vinieron su madre y sus hermanos, todos solteros.

Cuando aquí conocimos a los Príncipes ingleses, nos llamaron especialmente la atención por sus decorativos uniformes. Sin embargo, ocho años más tarde los hubieron de cambiar por los de campaña de la marina y el ejército británicos. El Príncipe Alejandro, oficial de la Armada, estuvo en los Dardanelos con la escuadra aliada, yendo a verte a Gibraltar nuestra Reina cuando pasó por el Estrecho a la ida y a la vuelta. El Príncipe Mauricio, más infortunado, halló la muerte gloriosamente, peleando sobre el campo de batalla del Iser como oficial del ejército. El hermano menor, Príncipe Leopoldo, no participó en la lucha a causa de su falta de salud, que, continuada, le llevó el año pasado también al sepulcro.

Quedó, pues, tan solo, de los hermanos de la Reina, el Príncipe Alejandro, que en 1917, al prescindir todas las personas de la Familia Real inglesa de los títulos alemanes, hubo de renunciar, como su madre, al de Battenberg, adoptando los títulos que, por concesión del Rey Jorge, hoy ostenta, de marqués de Carisbrooke, conde de Berghemstead y vizconde de Launceston.

El Príncipe Alejandro se halla casado, desde hace cinco años, con una distinguida dama inglesa: Lady Irene Frances Adza Denison, hija de los condes de Londesborough. Bella y elegante, la marquesa de Carisbrooke es, como nuestra Reina, una admirable amazona, muy aficionada a los deportes hípicas.

Habitualmente, el matrimonio reside en Londres o en la isla de Wight, donde pasan temporadas al lado de la Princesa Beatriz. A España suelen venir, siempre por pocos días, una vez al año. Ahora anuncian su partida para el jueves. Seguramente la Reina, que tan feliz se encuentra en su hogar madrileño, verá alejarse al Príncipe Alejandro—al camarada de juegos infantiles,—con un poquito de melancolía.

DIEGO DE MIRANDA.

DESDE MADRID

Apuntes del momento

En la Biblioteca Nacional

Madrid, jueves 18

Uno de los espectáculos más alentadores para cuantos se preocupan por el porvenir de España, es sin duda el que a diario ofrece el gran salón de lectura de la Biblioteca Nacional.

De diez de la mañana a seis de la tarde—con excepción de los domingos, que se cierra a la una,—la amplia sala se ve completamente ocupada por personas de diferente sexo y condición, que allí acuden a trabajar, estudiar o simplemente procurarse unas horas de sano y culto esparcimiento.

De hace algunos años a esta parte ha podido observarse en la Biblioteca un renacimiento notable en la pública afición al estudio. Antes dominaban los muchachos de diez a quince años, que acudían a leer novelitas ligeras o libros de cuentos; ahora son mayoría las peticiones de obras de texto y de consulta, las de carácter histórico y las buenas novelas. ¿Por qué esta evolución? Indudablemente por que las juventudes parecen mejor orientadas y porque un imperitante contingente de lectores lo dan ahora las muchas señoritas que, por razón de sus carreras o de sus profesiones, se hallan interesadas en el examen de materias que antes parecían vedadas, o poco menos, a la mujer española.

Las condiciones de comodidad que el público halla en el servicio de libros y en las salas de lecturas, contribuyen también a este aumento de concurrentes.

Nadie ignora que el salón grande se encuentra en el centro del piso principal del edificio destinado a este fin, que se eleva en el rectángulo formado por el Paseo de Recoletos y las calles de Serrano, Villanueva y Jorge Juan. Todo el salón, rodeado por grandes armarios con volúmenes, está cruzado por largas mesas, a las que sirven de complemento cómodos sillones. A cualquier hora de las reclamatorias que se vayan a la Biblioteca, se ve este salón lleno. Y aun las salas destinadas a incunables, raros o revistas, están siempre también muy concurridas.

Según manifestaciones de los funcionarios del cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros que allí prestan servicio, a la Biblioteca Nacional acuden ahora diariamente más de 500 personas, jóvenes en su mayor parte.

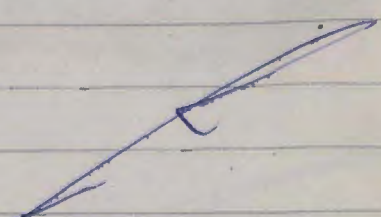
Los autores españoles que más se leen—aparte de los autores de obras de texto,—son, entre los antiguos, Cervantes, Quevedo, Calderón y Lope de Vega, y de los modernos, Alarcón, Galdós, Valera, Pereda, Blasco Ibáñez, la condesa de Pardo Bazán, Palacio Valdés, Valle Inclán, Baroja y Ricardo León.

También son muy solicitadas las obras extranjeras, y principalmente las de Alejandro Dumas y Anatole France, de Francia; Walter Scott y Dickens, de Inglaterra; Goethe y Schiller, de Alemania; Dante, Petrarca y D'Annunzio, de Italia; Eça de Queiroz, de Portugal, y Tolstoy, de Rusia, todos ellos traducidos al castellano. Los clásicos griegos y romanos se leen poco; en ello no deja de influir las escasas colecciones de estas obras que existen, pues aparte de la incompleta Biblioteca clásica, no hay ediciones ordenadas que merezcan crédito al público.

De todos modos, se ensancha el espíritu al contemplar a los lectores de la Biblioteca. Cuando de allí se sale y se pasa ante la estatua erigida a la memoria de Menéndez y Pelayo, y después, en la escalinata, ante las del Rey Sabio, Luis Vives y otros gloriosos españoles, vuelve a sentir el ánimo optimismo y piensa uno, sin apenas darse cuenta de ello, en que un pueblo que cuenta con una tradición como la nuestra y con una juventud estudiosa y trabajadora, que quiere luchar y se apresia al combate no puede resignarse a una muerte lenta. ¿Por qué no pensar en un pronto y alentador resurgimiento?

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



Apuntes del momento

24-1-922

La esposa de monseñor

Madrid, domingo, 21.

Monseñor es Su Alteza Real el duque de Montpensier; y su esposa, la bella *Belina* Valdeterrazo, una de las muchachas de la sociedad madrileña que más simpatías ha sabido siempre inspirar.

Por primera vez, después de su matrimonio en Francia, han venido los duques de Montpensier a Madrid. Llegaron hace dos o tres días, y están siendo objeto de numerosos agasajos y atenciones, tanto por par-

te de la familia Real, como de las personas aristocráticas. Anteayer almorzaron en Palacio; esta noche vuelven, para comer en familia con Sus Majestades y Altezas; pasado mañana asistirán a la comida de gala del Santo del Rey; después será el duque obsequiado con una cacería por el Soberano; y las fiestas y banquetes aristocráticos en proyecto, son muchos... En realidad, el Príncipe Fernando de Orleans y su encantadora esposa, no podrán quejarse de la acogida que se les ha dispensado en Madrid.

Para muchos antiguos amigos de la bellísima señorita Isabel González de Olañeta, hija de los grandes de España marqueses de Valdeterrazo, que de soltera llevó el título de vizcondesa de los Antrines, ha tenido su vuelta a Madrid el atractivo de poder felicitarla personalmente, comprobando de cerca la ventura de que goza.

La duquesa de Montpensier merece desde luego esa felicidad. Por su elegancia, su belleza y su bondad, era ya acreedora a un buen marido. Pero, además, posee dotes de inteligencia y de cultura nada comunes, y éstas, unidas a aquellas cualidades y a la brillante posición que en nuestra sociedad ocupaba, hicieron posible su matrimonio con el que sería hoy, si continuase el régimen monárquico en Francia, heredero del Trono.

Nadie ignora que, en la actualidad, el jefe de la casa Real de Francia es el Príncipe Luis Felipe de Orleans, duque de Orleans, que no tiene hijos, y cuyo único hermano varón es el duque de Montpensier. Hermanas de ellos son la exReina Amelia de Portugal, las duquesas de Guisa y de Aosta y la Infanta doña Luisa de España, casada con el Infante don Carlos.

El duque de Montpensier es Alteza Real y tiene el tratamiento de Monseñor; pertenece a la armada española como marino honorario, y ha recorrido, en viajes de exploración o de recreo y en cacerías, me-

El año pasado fué la boda. El Príncipe Fernando se enamoró en París y Biarritz de la gentil señorita española. Esta supo conquistarle con los atractivos propios de nuestras mujeres; como la señorita de Silva, hoy duquesa de Talavera, supo cautivar al Infante don Fernando, y como, hace ya sesenta años, la condesa de Montijo supo llegar al corazón de Napoleón III, Emperador de los franceses.

Fuó la ceremonia nupcial en el castillo de Randan, desde entonces residencia habitual de los duques. La aristocracia española y la nobleza gala se fundieron para hacer llegar hasta el suntuoso palacio sus fervientes votos de felicidad.

A los pocos meses los duques de Montpensier fueron a París y así no tardó la duquesa en ocupar un puesto preeminente por su talento y su simpatía. Los duques de Vendôme, la Princesa Murat, la embañada de España y otras muchas nobles casas organizaron banquetes en su honor. Hoy puede decirse que la que fué vizcondesa de los Antrines ha sabido demostrar plenamente que es digna de llevar, por alcurnia y por méritos propios, el famoso collar de brillantes de las Reinas de Francia, que le pertenece como duquesa de Montpensier, ya que el duque de Orleans se divorció de su esposa.

Ahora, «monseñor el duque» y su bella consorte han venido a recorrer España y a pasar unos días con los marqueses de Valdeterrazo, en el antiguo palacio que éstos poseen en la calle de Hortaleza.

Después recorrerán Andalucía y luego... ¿quién sabe? El duque está tan acostumbrado a los viajes extraordinarios, que si embarca en su yate, pudiera muy bien alejarse, con su compañera, y llegar a alguno de aquellos países de ensueño que en otros tiempos visitó.

Mas, por lo pronto, el Príncipe Fernando y la gentil *Belina* se sienten durante unos días madrileños. Y aquí del embarazo de algunos amigos de ella que al disponerse ahora a ir a saludarla, no saben cómo tratarla, puesto que siempre la han tuteado y hoy es Princesa; aunque lo probable es que la duquesa, que es la llaneza misma, les alaje diciendo, como ayer a una señora íntima de su casa: —«Pero ¿qué disparáte, Pularita! ¿Es que al verme feliz va a influir en que me quieras menos y no tengas la misma confianza conmigo?»

DIEGO DE MIRANDA.

Apuntes del momento

26-1-1925

Banquetes, recepciones y besamanos

Madrid, miércoles 24.

Con motivo del Santo de Su Majestad el Rey, se celebró ayer en Palacio un banquete de gala, al que concurren las más altas representaciones del Estado. No hubo, en cambio, la recepción oficial de costumbre, limitándose el Soberano a recibir, por la mañana, los cumplimientos de su Casa Militar y las oficialidades de Alabarderos y Escolta.

En los cerca de veinte años que lleva reinando de hecho don Alfonso XIII, se han celebrado, en Palacio, con motivo del Santo y el cumpleaños de Su Majestad, unas treinta recepciones. Su bisabuelo don Fernando VII celebró aún los días en el Regio Alcázar, durante veinticinco años; su abuela la Reina doña Isabel II, durante treinta y cinco; y su augusto padre, don Alfonso XII, durante once. De los dos Reyes de España, en el siglo pasado, no pertenecientes a la dinastía de los Borbones, José Bonaparte reinó desde 1808 a 1813, pero tan azarosamente, que no tuvo tiempo

de pensar en fiestas; y don Amadeo I solo celebró sus recepciones en el día de su cumpleaños, dándoles un carácter eminentemente democrático y desposeyéndolas de toda solemnidad.

En tiempos de Fernando VII, lo que se verificaba principalmente era el besamanos, con arreglo a las tradiciones de la etiqueta antigua, que se conservaron durante todo el reinado de doña Isabel II y aún revistieron mayor elegancia, sobre todo en las épocas en que desempeñaron el cargo de camarera mayor la condesa de Montijo, la marquesa de Alba y la de Gor. El conde de Balazote, abuelo del ilustre actor don Fernando Díaz de Mendoza, dió también gran esplendor a estas fiestas cuando desempeñó el cargo de jefe superior de Palacio.

Por entonces, los grandes de España y las damas iban a Palacio en sus carrozas de gala, servidas por lacayos de gran librea. Los trajes de las señoras eran, según un cronista de la época, «verdaderamente monumentales, enriquecidos con costosísimos encajes, por regla general heredados de sus antepasados y realizados por aquellos aderezos antiguos que componían el diadema, collar, pendientes, pelo, cintarón y broches, en forma de lazos o de flores, que se prendían en diferentes partes del traje, para completar el adorno.»

En algunos retratos de Federico Madrazo, se ve, en efecto, a muchas antiguas damas nobles con esos trajes, que llevaron con mucho señorío la condesa de Malpica y la marquesa de Santa Cruz, la marquesa de Espeja y la condesa de Puñocentro, y otras distinguidas señoras. Los grandes de España lucían en las solemnidades palatinas uniformes de gala con calzón corto, media de seda y casaca bordada en todas las costuras. Este uniforme lo siguen llevando los grandes; solo que están autorizados para alternar los, en fiestas palatinas, con los del ejército o la marina, las Reales Maestranzas o las distintas Ordenes militares. En los besamanos, se hacían, al entrar en el salón del Trono, tres reverencias, que eran de rigor: una en la puerta, otra después de haber dado unos pasos y la tercera ante las gradas del sofo. Se subían luego éstas, se besaba la mano de la Reina, y, sin volver la espalda, se descendía del Trono y se continuaba luego el camino hasta salir del salón por la puerta opuesta a la de la entrada.

Don Alfonso XII, después de la Restauración, suprimió los besamanos y estableció las recepciones en las que solo se hace una cortesía al pasar ante el Trono.

Los grandes y damas no van en carrozas de gala, sino en sus automóviles, y las señoras llevan trajes más elegantes y bellos, pero menos recargados de pedrerías.

Hace unos años no se concebía que pudiesen ser suspendidas estas regias recepciones. Hoy, en que las costumbres han variado—sobre todo a partir de la guerra,—las recepciones se celebran menos, porque imponen a las personas reales y a las distintas representaciones que a ellas acuden una inevitable fatiga. Sin embargo, la tradición de nuestra Corte exige que no desaparezcan. Ellas ponen en comunicación a la Corona con el país, y son como un trozo de la aureola que rodea la figura del primer magistrado de la nación.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

7-2-1913

La fiesta de San Blas

Madrid 4, domingo.

Una de las más típicas y antiguas tradiciones madrileñas, es la de acudir todos los años, en el día de San Blas, a la iglesia parroquial de San Jerónimo, para adorar la imagen y la reliquia de aquel Santo, obispo y mártir, que allí se veneran desde hace mucho tiempo.

Ayer, por ejemplo, el amplio templo que fué testigo de las bodas de nuestros actuales Soberanos, y es uno de los más bellos ejemplares del arte gótico existentes en Madrid, se vió por mañana y tarde completamente lleno de mujeres de toda clase y condición, que acudían, con sus hijos en brazos o de la mano, para pedir al Santo protección contra los males de garganta.

Sabido es que San Blas, cuando después de haber sido descubierto en la cueva en que vivía, apartado del mundo y rodeado de fieras, se dirigía, ya condenado por los enemigos del cristianismo, al lugar donde fué martirizado, halló en su camino a una pobre mujer, angustiada porque a su hijo se le había atravesado una espina en la garganta. El Santo salvó al niño milagrosamente, entró la admiración general, y en recuerdo de aquel hecho, San Blas es considerado el protector de los enfermos de esta clase.

La imagen que se venera en la iglesia de San Jerónimo el Real es muy antigua, y si no tiene el mérito artístico de las de la parroquia de San Pablo, de Zaragoza, y de la Catedral de Pisa, o del cuadro de Crayer, que se conserva en el Museo Real de Bruselas, y el lienzo de Claudio Coello, que se admira en una de las capillas del monasterio de El Escorial, posee, en cambio, una tradición de milagrosa que la hace ser popularísima en Madrid. Como el Jesus de la casa de Medinaceli; como el Santísimo Cristo de la Salud en la iglesia de su nombre; como las imágenes de Nuestra Señora de la Paloma y la Virgen de la Almudena y como algunas otras —no hablemos de las de Atocha y San Isidro,— tiene la imagen de San Blas millares de devotos incondicionales, que acuden a ella con fe ciega en el famoso obispo de Sebaste.

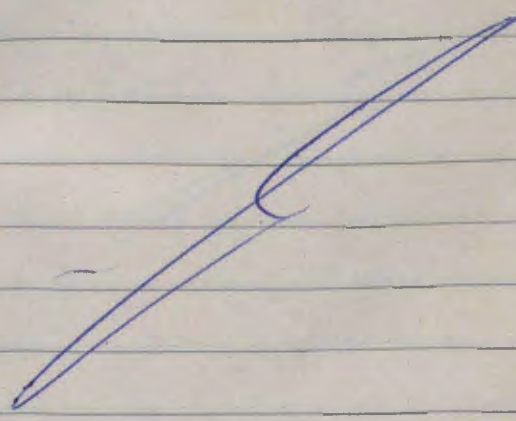
Para ordenar la entrada y salida de los fieles, hubo que recurrir ayer, como en otras ocasiones, a la fuerza pública. Los devotos, así, sin aglomeraciones y poco a poco, iban pasando ante el altar del Santo —que se halla en una de las naves laterales— oraban allí durante unos minutos, y luego, ya frente al altar mayor, adoraban y besaban una reliquia, análoga a las que poseen las parroquias de Ragusa, Tarento y otras poblaciones italianas.

Al salir del templo, esperaban a los adoradores de San Blas, por el atrio y por la gran escalinata que da frente al Museo del Prado, los típicos vendedores de carracas, que madrugan ahora más que antes, adelantándose bastante a la Semana Santa.

Como siempre, la Infanta doña Isabel acudió a la iglesia con su dama la señorita de Bertrán de Lis, y fué cariñosamente aplaudida. Esta Infanta, popular por su madrelismo, no falta jamás a las ceremonias del pueblo. Lazo de unión entre la casa Real y las clases humildes, no hay verbena, fiesta de Carnaval, festejo público o acto religioso que a Madrid afecte, que no se vea realzado por la presencia de la augusta dama. Y así como otras veces son los acordes de la Marcha de Infantes los que la despiden, ayer fueron los gritos jubilosos de las mujeres y niños y los extraños ruidos de las carracas los que se confundieron para decir adiós a la simpática Infanta, que supo unirse a sus paisanos en la piadosa misión de impetrar de San Blas protección y ayuda para los tiernos seres que comienzan ahora a vivir.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.



DESDE MADRID

Apuntes del momento

El cartero del Rey

Madrid, domingo 18.

Al cartero de nuestro Monarca don Alfonso XIII, le pasa todo lo contrario que al protagonista invisible del famoso poema de Rabindranath Tagore. Aquél, portador de una carta del Rey, no llega a su destino hasta que es tarde ya; éste, portador de la correspondencia que para nuestro Soberano viene, es la puntualidad y la exactitud personificadas. Y no es, ciertamente, porque el cartero de Su Majestad haya visto representar en el teatro de la Princesa, el año pasado, la obra de Tagore, bellamente traducida por Cenobia Camproux de Ximénez y haya formado el propósito de ser más diligente que su compañero de la leyenda india, sino porque es un hombre formal y cumplidor de sus deberes, que tiene conciencia exacta de la misión que le ha sido, desde hace algunos años, confiada.

El cartero de nuestro Rey—cuyo nombre ignoro, sin que ello importe para el caso,—es, entre los servidores de Su Majestad, uno de los que mayor confianza inspira en Palacio. Pertenece, como es lógico, al cuerpo de Carteros, pero su plaza es fija, percibiendo por la casa Real una gratificación.

Hombre aún joven, es una persona fina y educada, que conoce varios idiomas, y cuya honorabilidad ha sido sometida a toda clase de pruebas. Nadie más que él está autorizado para recoger, en la central del Palacio de Comunicaciones, la correspondencia particular del Monarca; tanto certificada, como ordinaria e impresa. Para ello lleva una cartera especial, en cuyo cuero está grabado el regio escudo, y que, de continuo, se ve completamente llena. Hay días en que es preciso reanudar, desde Correos a Palacio, más de dos y de tres viajes.

Todas las cartas van a parar a la secretaría particular del Rey, que se hace cargo de ellas. Es curioso observar que raro es el día en que bajan de quinientas las cartas dirigidas a Su Majestad, que se reciben en Palacio. Solo con este detalle, se comprende la labor que sobre la secretaría pesa. Hay muchas espaldas que, ignorando la forma procedida de dirigirse al Rey, o no queriendo utilizarla por saber que don Alfonso acoge y atiende cuantos ecos de la opinión del país llegan hasta él, escriben a Su Majestad directamente, exponiéndole planes,

pidiéndole protección o refiriéndole cosas más o menos interesantes; De cuanto merece la pena, queda entonado en el acto el Soberano, durante el diario despacho con su secretario señor Torres.

Como se comprenderá, en la correspondencia de Su Majestad hay siempre dos o tres cartas diarias, cuando menos, de positiva importancia. Por eso, el cartero ha de ser una persona fija y de comprobada lealtad.

Pero, cuando secretaría y cartero realizaron una labor verdaderamente impropia, fué durante la gran guerra, en que, como se recordará, quedó montado en Palacio un servicio en favor de los prisioneros. Entonces, las cartas afluan por millares a la secretaría del Rey, y hubo que poner a la disposición del cartero un cochecito, para poder trasladar en él la correspondencia.

Ni una carta se perdió durante los varios años de guerra, y ni una dejó de ser contestada. En la gran obra de piedad, llevando el consuelo a innumerables hogares angustiados, realizada entonces por el Rey de España, tuvieron estos celosos auxiliares de Su Majestad una participación, no por ignorada menos importante.

Ahora, el cartero de Palacio alterna con su misión, que ejerce por mañana y tarde, el cargo de acomodador del Teatro Real, por la noche.

Los espectadores que ayer, en el estreno de *Monna Lisa*, recibieron de sus manos un programa o unos gemelos, no podían seguramente figurarse que aquel galoneado servidor era el mismo que horas antes había llevado a Palacio, para Su Majestad, cartas que muy bien puede que algún día influyan en el porvenir de nuestra nación.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento
24-2-26

Curiosidades de la temporada teatral

Madrid, jueves 22.

Ante la cartelera de la calle de Alcalá, frente a Apolo, me he encontrado esta mañana a un amigo aficionado a ver, en todas las cosas, su aspecto curioso o pintoresco.

—¿Qué hace usted por aquí?— le he preguntado.

—Dedicaciones y observaciones— me ha respondido.

Y luego, señalando a distintos carteles anunciadores de funciones teatrales para hoy, ha continuado:

—No se ha fijado usted en que ésta es la temporada teatral en que se han estrenado más obras con títulos de colores? Pues vea, y se convencerá. En el Centro, *La pluma verde*; en la Comedia, *El pájaro azul*; en Cervantes, *La fiebre verde*; en el Infanta Isabel, *La pimienta escarlata*, y, por si era poco, en Apolo, *Arco Iris*, donde tiene todos los colores que quiera.

—Siempre han sido los colores muy socorridos para títulos— le he contestado. —Recuerde usted *El chaleco blanco*, *El misterio del cuarto amarillo*, *La dama roja*, *La luz verde*, *Blanco y Negro*, y tantas más.

—Pero nunca han coincidido, como ahora, en los cartetes de un mismo día. Otra cosa curiosa. ¿No le parece gracioso que las dos primeras obras estrenadas en Apolo tengan en sus títulos el mismo número de letras y que ambas empiecen en su primera palabra por A y terminen la segunda por consonante? *Arco Iris* y *Avé César* ofrecen esta semejanza. Pues la tercera obra estrenada en ese teatro, *La tierra de Carmen*, que se representa ahora por las noches, tiene, como puede usted comprobar, justamente el doble número de letras en su título, o sea tanto como las otras dos juntas.

—Pues si da también a la empresa el doble de dinero, es para felicitar a Velasco.

—Hay más. Este año se dan como pocos los títulos que son afirmaciones rotundas. En el Rey Alfonso ha habido ya tres de ese género: *Mi marido se aburre*, *Agapito se divierte* y *Mi prima está loca*; en el Reina Victoria, *Roma se divierte*; en el Teatro Imperial, *El director es un hacha*, y en Lara, *Yo quiero tener un hijo*. ¿No dirá usted que no!

—Yo no digo nada, amigo mío.

—Pues, ¿y en elslava? Allí han optado esta temporada por los títulos con nombres de animales. Con excepción de las obras de Muñoz Seca y Arniches—que, entre paréntesis, ofrecen análogos títulos: *El conflicto de Mercedes* y *La tragedia de Marichu*—vea usted las demás obras estrenadas: *El pavo real*, *El grillo del hogar* y *Los gorriones del Prado*. ¡Y creo que está en ensayo *Carne a las fieras*!

—Esa es ya más curiosa.

—En cambio, los que están en baja son los títulos compuestos de un artículo y un nombre sustantivo. Esos que don Enrique Arregui, el famoso empresario de grata memoria, llamaba *cartilleros*. *La tamborilera*, *El preceptor* y algunos más. Lo mismo les ocurre este año a los que son los nombres de las protagonistas. Bien es verdad que los dos únicos que recuerdo han sido dos grandes éxitos: *Cristalina* y *Paloma la Fostinera*.

—Pues, ya que se fija usted en estas cosas, ¿cuáles han sido los títulos más raros aparecidos en los cartetes?

—Sin duda alguna, *Hoy*, en Price, y *S. S. S.*, en la Comedia. No hay miedo de que haya coincidencia con otros iguales. Y no olvide esa obra argentina que ahora aplaudirá Valencia, y que se llama *Hasta la hacienda maguila cae al jaguel con la seca*, estrenada en la Zarzuela.

—No lo olvide, no.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

2-2-12

Apuntes del momento

Ejercicios espirituales

Madrid, miércoles 28.

En la calle de Ayala, ante la iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, se estacionan, por mañana y

tarde, desde el lunes, varias docenas de automóviles y carruajes. ¿Motivo? Es que se están haciendo en dicho templo los ejercicios espirituales correspondientes a esta Cuaresma, que dirige el muy prestigioso Padre Rubio, tan conocido en la sociedad madrileña y tan apreciado desde que fué director de la Asociación de las Marías.

En llegando esta época, que la Iglesia consagra a la evocación de los sagrados episcopios que culminaron en la Pasión del Señor, la Compañía de Jesús realiza, en todos aquellos sitios donde sus representantes tienen residencia, una labor espiritual de indiscutible importancia, desde el doble punto de vista social y religioso; social, porque va encaminada su firmeza y tenacidad a la modificación de ideas y costumbres, tan desarrriadas hoy, por desgracia, y religioso, porque ese es su principal fin y esa la razón de ser de los ejercicios.

En Madrid, varios son los jesuitas que se dedican por entero, durante la Cuaresma, a esta misión, espínosa y difícil, pues el árduo es sostener la atención de un auditorio durante un par de horas, mucho más será convencer hasta llegar al convencimiento, en puntos tan esenciales como creencias, métodos de vida, vestidos, diversiones, etc., utilizando la palabra por varias horas, en mañana y tarde, durante toda una semana seguida.

Sin embargo—dicho sea en honor de los católicos madrileños,—todos los templos donde se verifican ejercicios espirituales se ven completamente llenos. El Padre Rubio, cuando termine en ésta, irá a otra iglesia. El elocuente y cultísimo Padre Alfonso Torres los dirigió la semana pasada en el Colegio del Sagrado Corazón, de la calle de Caballero de Gracia, y ya se prepara para otros. El Padre Domínguez los ha terminado en el de Nuestra Señora de Loreto. El Padre López comenzará en breve en la parroquia de la Concepción y el Padre Vilasón, por un

otro más nombres,—los está haciendo o los va a hacer en las Esclavas.

Con leves diferencias, la obra de estos religiosos es la misma. Obligando a meditar sobre «el más allá», haciendo que las conciencias de las gentes se despierten, condenando el vicio y dando normas de vida, procuran orientar la sociedad hacia el camino seguro del bien.

A ellos no les detiene pensar en que el año pasado predicaron análogos consejos y apenas si luego fueron obedecidos: saben que en la constancia está el secreto del triunfo, y están persuadidos de que vencerán. Por eso son incansables.

Pero bueno será que quienes advertimos esa labor admirable ante muchedumbres que, por el pronto parecen convencidas, digamos a éstas que no vale la pena de ir con puntualidad a los ejercicios y de escuchar las pláticas, del religioso que sea, de punta a cabo, si no se forma el firmísimo propósito de modificar en el vestido, en el lenguaje y hasta en el modo de pensar las costumbres a que nos ha traído una época completamente materialista.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

6-3-23

Apuntes del momento

El himno de la Coronación

Madrid, domingo 4.

Nos hallamos en casa del maestro Serrano. El gran compositor pasea nerviosamente por el comedor, decorado con evidente buen gusto, en estilo español antiguo.

Pepe Serrano habla sin dejar meter baza, como persona que tiene una gran preocupación. ¿Algún tema teatral de los muchos que le apasionan? No. ¿Alguna composición musical que le trab a mal traer? Tampoco. El maestro valenciano habla de la pesca del próximo verano en el Porelló, de los permisos de pesca que se propone pedir, del derecho que tienen a poseer todos los pueblos de la Albufera. Y habla y habla como si, hoy por hoy, fuera ésta la única cuestión que le interesara en el mundo.

Una pregunta, de pronto, le hace volver a acordarse de que es músico.

—¿Es cierto que ha prometido usted hacer el himno que ha de tocarse en Valencia en las fiestas de la Coronación de la Virgen?

—Ciertísimo. ¿Puede haber para mí mayor satisfacción tratándose de la Virgen de los Desamparados? A la comisión que vino a hablarme de esto, se le prometió, y ya he empezado a pensar en él.

Una sonrisa nuestra, que bien puede ser de duda, le obliga a proseguir.

—Estoy muy metido ahora en trabajo, es verdad. Pero el himno lo hago; ¡vaya si lo hago! Si se tratase de un compromiso de menor categoría y que no fuese a fecha fija, ya sería otra cosa. ¡Vea si le soy franco! Es un himno a la Patrona de Valencia, y yo, ante todo, soy valenciano. ¡No le digo más!

Y aquí Pepe Serrano recuerda, con frases llenas de gratitud, los momentos emocionantes y, para él inolvidables, en que dió a conocer el «Himno de la Exposición», que tanto prestigio le ha valido, y la noche, también perdurable, en que estrenó, en la plaza de Toros, «La canción del soldado», hallándose él enfermo. El cariño que Valencia le demostró en tales ocasiones, no se puede, en efecto, olvidar.

El maestro ha dejado de pasear. Ahora está de pie mirando, al través de los grandes ventanales del comedor, el panorama de la parte oriental de Madrid. Sus ojos se clavan en la azul lojanía. Ahá, detrás de aquellas tierras que cierran el horizonte, y detrás de otras tierras que las siguen, está Valencia. De allí vino hace años, siendo desconocido en absoluto, pero con la seguridad de triunfar. El recuerdo de la tierra madre le dió alientos en los instantes de lucha y de inquietud. Pero no se arredró. Tuvo fé en la Virgen de los Desamparados—como buen valenciano,—y ella supo llevarle al triunfo. ¡Ella fué sin duda!

Pepe Serrano ha dejado de mirar al horizonte. Ya no habla, ya no pasea. Su mirada, ahora, es vaga, imprecisa.

Le pronto se sienta al piano. Duda un sólo instante... y entre sus dedos surgen unos acordes graves, armoniosos...

Valencia podrá escuchar en mayo el himno de la Coronación.

DIEGO DE MIRANDA

Desde Madrid

Apuntes del momento

En el Parque Zoológico

Madrid, jueves 30.

Madrid, antes tenía una Casa de Fieras, sin fieras. Hoy tiene un Parque Zoológico, con un jardín muy bonito y muchas y muy interesantes fieras: En éste, no cabe duda de que hemos progresado.

Por las tardes, cuando ya el sol ha perdido su fuerza, un verdadero ejército infantil invade el precioso recinto del Retiro, en donde el jardinero mayor del Ayuntamiento ha hecho verdaderas maravillas, convirtiéndole en un parque que, con sus bancos de azulejos, sus claros surtidores y sus elegantes arcos floridos, recuerda las bellezas de aquel otro de María Luisa que es gala y encanto de Sevilla.

Frente a ese jardín delicioso, y en medio de él, se hallan las distintas especies zoológicas que han sido reunidas allí para estudio de los aficionados y solaz de los niños. Alineadas, a la izquierda, en sentido perpendicular de la puerta, se alzan las jaulas de las fieras. ¿Qué ejemplares son dignos de mención?

Ante todo hay un soberbio león del Senegal con cuatro cachorros, regalo del Rey. El envío se componía de los cachorros y la leona, que los acababa de criar; pero al llegar a Lisboa se murió la leona, y entonces fué traído su compañero el león. Se llevan muy bien el padre y los hijos dentro de la misma jaula. Claro que, para darles de comer, los separan... por si acaso.

Dos panteras procedentes de la Guinea española, un tigre también del Senegal, dos pumas de Fernando Pó, un chimpancé, dos puercoespines y un macho cabrío, son los ocupantes de las distintas jaulas en hilera.

En el centro del jardín, una gran jaula, llena de monos, es el encanto de la gente menuda.

Pasando bajo un arco de flores, la decoración cambia de aspecto: una amplia y larga avenida, y a los lados el dromedario, los ciervos, los kanguros, un hipopótamo, y toda una variedad geológica muy interesante. A derecha e izquierda del arco, dos grutas con un oso pequeño y otro grande de los Picos de Europa. Y allá, al fondo, todo género de aves, desde el pomposo pavo real, hasta la gallina de Indias, acondicionados con un buen gusto y una sencillez extraordinarios. Al final de la avenida se abre un estanque, con una especie de casita rústica en el centro. Es el lugar destinado a los patos y los cisnes.

Dos faltas se advierten en la Casa de Fieras: el elefante, que se murió de viejo, y la girafa, que no sabemos por qué, pero también se

murió. Una nueva girafa y un nuevo elefante, ya adquiridos, tienen sus lugares preparados.

Cuando, por la tarde, llega la hora de dar de comer a los animales, el público se divierte de lo lindo. Los niños no se acuerdan de que son niños y cesan en sus llantos, y los hombres se convierten en niños por unos instantes.

Minutos después, el Parque Zoológico cierra sus puertas, y mientras que las fieras duermen, los mismos hombres que se han aninado viéndolas, reanudan en la ciudad sus luchas, mucho menos nobles que las de las fieras en libertad.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

DESDE MADRID

Apuntes del momento

A orillas del Manzanares

Madrid, lunes 9.

Los muchos madrileños que gustan de pasear por el camino de El Pardo y otros alrededores del humilde Manzanares, pueden estos días advertir los notables progresos que ha experimentado la obra de canalización del río.

«Ahora sí que va de veras», habrán de decir los observadores. Y así es. Las aguas, encauzadas, se deslizan tranquilas entre dos paredes de piedra, construídas ya en casi todo el curso del río, por su parte cercana a Madrid. Visto desde el puente de los Franceses o desde el que pone en comunicación el Campo del Moro con la Casa de Campo, ofrece el Manzanares un efecto, menos poético si se quiere, pero más propio de la capital de España. En primer lugar han desaparecido de sus orillas, trasladándose a otros lugares cercanos, dispuestos al efecto, las lavanderas, que ensuciaban el agua; la nube de chicos que acudían a bañarse en el traje de nuestro padre Adán, ha tenido también que cambiar de sitio de recreo, no disfrutándose ya, por tanto, en para-

jes tan a la vista de propios y extraños, un espectáculo como ese, tan primitivo y tan poco edificante; la fealdad que mostraba el cauce del río, con frecuencia ancho para la escasa cantidad de agua que contenía, se ha corregido desde el momento en que parte de esas tierras se pueden ahora cultivar, y se ha alejado el riesgo de las inundaciones—tan fáciles antes en cuanto al Manzanares «se le hinchaban las narices»,—al haberle dado al canal una gran profundidad.

Como se ve, no es poco lo conseguido. No están aún las obras terminadas, ni mucho menos; pero de lo que no cabe duda, es de que el sueño de los madrileños de ver, canalizado el río, está a punto de ser una completa realidad.

Claro que de eso a que el Manzanares fuera un río navegable, como pretendía Felipe II, va una gran distancia; mas, algo es algo, y las ventajas agrícolas e industriales que se obtendrán serán infinitas.

Es curioso, sin embargo, recordar que el río, que nace en el ventisquero de las Guarramillas, entre Navacerrada y Becerril, mereció en el siglo XVII, en que, a decir verdad, era más caudaloso que ahora, el detenido estudio del ingeniero italiano Juan Bautista Antierpi, quien, para poner en comunicación fluvial Madrid con Lisboa, quiso hacer navegables el Manzanares, el Jarama y el Tago. Llegó a construir una embarcación, y fracasó en su intento. Más tarde, en el reinado de Carlos III, los hermanos Gruhnenberg, hicieron navegable el río hasta Vacia-Madrid. En 1842, teniendo en cuenta los trabajos anteriores, hechos por el señor Lemaur, por encargo del Banco Nacional de San Carlos, para la canalización del Manzanares, se constituyó una Sociedad para terminar el canal en cinco años; pero ni ese intento, ni el posterior de los señores Acebo y Píñilla, con el mismo propósito, consiguieron otra cosa que dar motivo a los burlones madrileños para que compusieran coplas o chistes, metiéndose con la humildad de su río.

Ahora ya es otra cosa. ¡Ahora va de veras! Y ahora nadie se burla del Manzanares. Será una fuente de riqueza, y eso es muy serio para tomarlo a broma. Sotos y praderas del Manzanares, immortalizados por los pinceles de Goya, de Bayeu y de Carnicero; acaso pierdan ahora belleza vuestras perspectivas; quizás seáis en lo futuro lugares menos poéticos; pero vuestro sacrificio se verá compensado con una gran mejora para esta población, que, digan lo que quieran las estadísticas, se acerca ya mucho al millón de habitantes.

DIEGO DE MIRANDA



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

DESDE MADRID

Apuntes del momento

El Ateneo

Madrid, jueves 12.

Las recientes conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, sobre el tema de las responsabilidades, por don Indalecio Prieto y el vizconde de Eza, y los apasionados comentarios a que la primera ha dado lugar, ponen nuevamente de actualidad esta docta casa, que fué siempre considerada como un timbre de orgullo de la cultura española y que hoy es tan discutida por considerar muchos que ha perdido su antigua verdadera independencia para convertirse en un centro, subvencionado por el Estado, donde solo encuentran aliento y amparo las doctrinas y propagandas más avanzadas.

Nadie ignora que el Ateneo Científico y Literario de Madrid surgió a la vida pública en 1890, viviendo sólo tres años; a causa de cuestiones de índole política. En 1895 fué instituido de nuevo, por iniciativa de don Salustiano de Olózaga y de don Ramón Mesonero Romanos, quienes lograron darle en muy poco tiempo, no sólo una gran importancia, sino elementos para una vida próspera y benéfica para la patria. Considerando que la base de todo centro de cultura debe ser una

buena biblioteca, dos años más tarde comenzó la adquisición de libros, recibiendo entonces apoyo del gobierno, que dispuso que se le facilitara un ejemplar de cada una de las obras impresas en la Imprenta Nacional y todos los libros que resultasen duplicados de la fusión de la Biblioteca de las Cortes, la Nacional y las de los suprimidos conventos. El propio Mesonero Romanos hizo el primer catálogo de la biblioteca, que sirvió de antecedente valiosísimo para el que veinticinco años después formó aquel gran protector del Ateneo, que se llamó Moreno Nieto.

La vida del importante centro de cultura adquirió pronto gran desarrollo, pudiendo decirse que éste culminó en el último cuarto del siglo XIX. Entonces, Moreno Nieto, Cánovas del Castillo, Moret, Labra y otros ilustres hombres públicos, le prestaron apoyo incondicional, siendo el Ateneo el centro del movimiento literario y artístico de España. Por su casa de la calle de la Montera, y luego por el edificio que, con fondos propios, construyó en la calle del Prado, que es el que ocupa en la actualidad, desfilaron los más ilustres oradores, los más fa-

mosos poetas y los artistas y hombres de ciencias, más eminentes. Desde aquellos célebres discursos de Echegaray a aquellas inolvidables veladas en que Rafael Calvo daba a conocer las últimas composiciones de don Gaspar Núñez de Arce o de Zorrilla, innumerables recuerdos de aquella casa surgen ahora al conjuro de los acontecimientos de ahora. Allí se reveló como un gran poeta Emilio Ferrávi con su leyenda Pedro Abelardo, y allí tuvieron siempre eco cuantas cuestiones literarias o científicas interesaban en el mundo. El conde de Romanones fué en su juventud un ateneísta entusiasta, y consecuencia de aquellos entusiasmos fué su elevación, hace un par de años, a la presidencia de la docta casa.

Ahora, el Ateneo, en honor de la verdad, sigue aliento todo el movimiento cultural español; pero no es, como antes, su centro. Hoy, en realidad, no está centralizado el movimiento; lo cual no obsta para que la importancia del Ateneo siga siendo extraordinaria, y para que se considere de transcendencia cuantitativa en su salón de actos, públicamente, se diga.

El edificio de la calle del Prado, tiene una fachada muy estrecha—honrada con un bajo-relieve de Cervantes,—pero en su interior tiene gran capacidad. En la planta baja se hallan: el salón de actos, de gran amplitud, adornado con bellas pinturas; varios salones de tertulia y una gran galería, con retratos de los socios más ilustres y de los que han sido presidentes. En la planta de sótanos se hallan las habitaciones donde se explican a diario clases de idiomas extranjeros y se dan otras enseñanzas, y en el piso principal está, entre otras cosas, la famosa *cacnarverría*—lugar llamado así por el recuerdo de las acaloradas y amenas discusiones allí habidas—y la biblioteca, que es hoy la más rica de Madrid, en lo que se refiere a libros modernos. Consta de 40.000 volúmenes, y su principal riqueza consiste en revistas nacionales y extranjeras. Tiene un presupuesto anual de 30.000 pesetas, de las cuales se dedican 22.000 a adquisición de libros, y 8.000 a suscripciones de revistas y periódicos. Por el cargo de bibliotecario han pasado muchas ilustres personalidades, entre ellas, don Ramón de Campoamor.

El Ateneo tiene convenio de reciprocidad con los de Barcelona, Valencia, Zaragoza, Palma y Vitoria y con la Asamblea de Oporto.

En estos días, los ánimos de los ateneístas—que no piensan lo mismo, como es natural—están un tanto excitados. Las controversias abundan, las polémicas surgen con facilidad. Pero en lo que parece que todos convienen es en que hay que mantener a toda costa el prestigio del Ateneo.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca, F.J.M.

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Falla y su música

Madrid, domingo 15.

Procedente de Granada, y de paso para Bruselas, llegó ayer a Madrid el españolísimo compositor Manuel de Falla.

Falla es hoy, sin duda alguna, el músico español vivo más conocido y admirado en el extranjero. Sus obras alternan con las de Albéniz y Granados, en los programas de los grandes conciertos de todo el mundo. Su música original, personalísima, moderna, y, al mismo tiempo, castizamente española, se ha impuesto lo mismo en Francia que en Inglaterra, en los Estados-Unidos que en la Argentina. Andalucía de rima y de temperamento, sus composiciones son, en su mayoría, reflejo del alma andaluza primitiva; por eso ejercen la misma sugestión que las de Albéniz, siendo en absoluto otra cosa. Podría decirse que sus notas distintivas son la austeridad y la sobriedad, unidas a un portentoso dominio de la técnica moderna y a un estudio detenidísimo de las sonoridades.

El público de Madrid ha hecho de Falla uno de sus músicos predilectos; casi un ídolo. El de fuera, ya he dicho la alta estimación en que le tiene.

¿Cómo ha logrado Falla, aún en plena juventud, conquistar tan envidiable puesto? Con su talento y con su voluntad. Es la suya una historia ejemplar, que no deja de ser la de muchos artistas españoles.

Manuel de Falla, gaditano, desde niño cultivó con entusiasmo la música, llegando a ser, ya mozo, un magnífico pianista. Vino a Madrid, y en el Ateneo y en el teatro de la Comedia dió conciertos con mucho éxito. Pero a él no le satisfacían los triunfos de intérprete de obras ajenas; la ilusión de su vida estaba en la composición, y a ella se dedicó, al bien alternando este trabajo con las lecciones de piano que daba para vivir. Se anunció por entonces un concurso de la Academia de Bellas-Artes para premiar la mejor ópera inédita española, y Falla, en colaboración con Carlos Fernández Shaw, que hizo el libreto, presentó *La vida breve*, y obtuvo el primer premio. No se estrenó la ópera en el Real, a pesar de figurar ello entre las cosas anejas a la recompensa, y no obstante los buenos deseos de los autores. Y un buen día, Falla, desilusionado después de una espera de varios años, decidió marcharse a París, y así lo hizo.

Lo que allí sufrió con su obra bajo el brazo, no es para descrito. Hambre, amarguras, hostilidades. Trabajó con verdadero afán, escribió esos famosos *nocturnos* tan aplaudidos ahora en los conciertos de Price, y logró, al fin, que le oyeran la música de *La vida breve*. Todo fué cambiando entonces. El editor Eschig; el escritor Paul Millet, que tradujo la obra al francés; los compositores Debussy, Ducas y Ravel; y otras personalidades, diéronse cuenta pronto de lo que el músico español valía. Dos años después, *La vida breve* obtenía un gran éxito en Niza, y en la temporada siguiente triunfaba en la Ópera Cómica, de París. Falla fué reconocido como un compositor de gran mérito, y la obra fué requerida para los teatros de ópera de Bruselas y Moscú.

Pero llegó la guerra. Todo cambió, y Falla regresó a España. Un empresario listo, Arturo Serrano, puso a su disposición el teatro de la Zarzuela, y buenos cantantes. La ópera se estrenó con el éxito que era de esperar, y el público madrileño comenzó a interesarse por este compositor, hasta entonces desconocido para él, que había sido aplaudido y elogiado en el extranjero. ¿No es la eterna historia? Rápidamente, Falla adquirió popularidad y consideración. Los *nocturnos*, tocados por la Sinfónica y la Filarmónica, y los estrenos de *El amor brujo* y *El corregidor y la molinera*—cuyas partes principales han pasado también a ser páginas de concierto,—terminaron de consagrarle. Luego, los *Ballets Rusos* pusieron en escena *El sombrero de tres picos*—hecho sobre la base de *El corregidor*,—y por todo el mundo lo van representando.

Hasta aquí la labor conocida. Hace un par de años, Falla recibió, de la Princesa de Polignac, el encargo de una ópera española, para ser representada en el teatro de su palacio, de París. Nuestro compatriota se retiró a Granada, y allí, en un carmen próximo a la Alhambra, haciendo vida de anacoreta—tan solo interrumpida el año pasado para organizar el concurso de *cante jondo*,—ha escrito su nueva obra *El retablo de maese Pedro*, hecho sobre el episodio del Quijote a que se refiere el título, del que ha dado recientemente una audición, a modo de ensayo, en Sevilla.

Ahora, con su ópera terminada, va a París, pues es condición expresa que se estrene aquella en el teatro de la Princesa, de Polignac. Pero antes estará unos días en Bruselas, porque allí, en el teatro de la Monnaie, se ha estrenado anoche *La vida breve*, y él se propone asistir a la tercera representación.

Como se verá, Falla es un español que honra a España. Rubinstein, el gran pianista entusiasta de la música española, decía anteayer, después de haber interpretado maravillosamente *La danza del fuego* (súito, de Falla): «Es una música que me sugiere, que me domina. Además, con ella he alcanzado en todas partes triunfos tan grandes como interpretando a Chopin.»

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

DESDE MADRID

Apuntes del momento
1-V-923.

Los Príncipes de Parma

Madrid, jueves 26.

Desde hace unos días se hallan en Madrid, siendo huéspedes de nuestros Soberanos, los Príncipes Elías de Parma, sobrinos de la Reina doña Cristina. Vinieron a principios de mes, fueron a Sevilla, en donde han asistido a las fiestas celebradas allí con motivo de la Feria, y volvieron con Sus Majestades, encantados de su excursión y solo lamentando que la lluvia haya estropeado tanta cosa bonita como los sevillanos tenían preparada.

En Madrid, los Príncipes de Parma son conocidos de otras veces que nos han visitado. Son cordiales, expresivos... Se captan fácilmente el afecto de cuantos los tratan. Y en las carreras de Aranjuez, del otro día, y en las funciones de Vera Sergine, en la Princesa, han inspirado al público en general una viva simpatía.

¿Quiénes son estos Príncipes de Parma? El es el Príncipe Elías, quinto hermano de los diez y siete que tiene el Príncipe Enrique, duque de Parma, jefe de la casa.

Sabido es que la antigua Casa de Borbón, que tiene su origen en Hugo Capeto, se considera hoy dividida en dos grandes grupos: Casa de España (Borbón-Anjou) y Casa de Francia (Borbón-Orleans). La Casa de España tiene: la línea real y la línea ducal de Parma. La real se subdivide en tres ramas—España, con la familia de don Carlos y la reinante; Dos-Sicilias y la que reconoce como aitor al Infante don Gabriel,—y la ducal es la que descende del Infante don Felipe, muerto en 1765, que fué el primer duque de Parma, Plasencia y Guastalla.

La residencia tradicional de los duques de Parma es el castillo de Wartegg, cerca de Roscharch, en Suiza. El padre del actual duque fué el Príncipe Roberto, muerto en 1907, que se casó dos veces. De su primera mujer, la Princesa María Pía de Borbón Dos Sicilias, tuvo seis hijos—el menor el Príncipe Elías,—y de su segunda esposa, la Princesa María Antonia, Infanta de Portugal, que es hoy duquesa viuda, doce, entre ellos: el Príncipe Sixto, que se hizo famoso durante la guerra, siendo oficial belga; el Príncipe Félix, casado con la gran duquesa Carlota de Luxemburgo, y la Princesa Zita, que fué Emperatriz de Austria-Hungría, y ahora es, viuda y desterrada, huésped de los españoles, con sus hijos, en el palacio vizcaíno del conde de Torregrossa.

El duque Enrique de Parma tiene cincuenta años, y permanece soltero. Como su hermano inmediato, el Príncipe José, tampoco se ha casado, lógico es pensar que la jefatura de la casa vaya a parar con el tiempo al Príncipe Elías, que es el

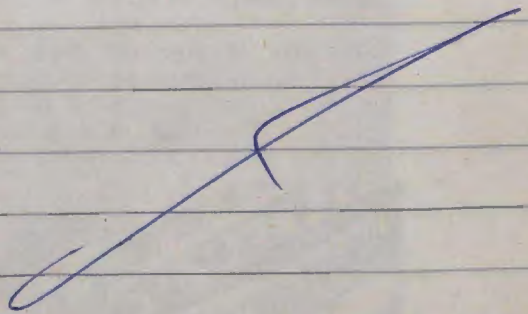
hermano varón siguiente. El Príncipe Elías contrajo matrimonio en mayo de 1903 con la archiduquesa María Ana de Austria, hija segunda del archiduque Federico, hermano mayor de nuestra Reina doña María Cristina. Esta ha profesado siempre gran cariño a todos sus sobrinos, a los cuales ha invitado con frecuencia a pasar temporadas en Madrid. Tanto la Princesa de Salm Salm y la de Parma, como las archiduquesas Gabriela e Isabel, vienen de cuando en cuando por aquí y son conocidas y estimadas en la sociedad madrileña.

Los Príncipes Elías de Parma tienen seis hijos: las Princesas Isabel y María, los Príncipes Roberto y Francisco y las Princesas Juana y Alicia. La mayor tiene ya 19 años; la menor, seis.

Familia muy unida, constituyen estos Principitos con sus primos, por línea materna, el encanto y la adoración del viejo archiduque Federico. Ellos le compensan de todas las amarguras sufridas en los últimos años. Solo por eso se habrían hecho acreedores los Príncipes de Parma al cariño de la Reina doña Cristina, que idolatra a su hermano.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



La temporada en el teatro de Apolo
8-V-913

“El valle de Ansó” y el maestro Granados

Madrid 23 abril.

Dos ídolos del público de Madrid, la admirable Eugenia Zuffoli y el graciosísimo Ramón Peña, al frente de una bien ajustada compañía, se lanzan, con la cooperación de Arturo Serrano, el perspicaz empresario, a la conquista de laureles ciertos y pesetas seguras. Y han elegido, para comenzar su actuación en España, el teatro de Apolo, de Valencia.

El día 3 de mayo debieron haber la presentación del nuevo elenco. Cuentan Peña y la Zuffoli con varios estrenos muy interesantes, entre ellos los de las óperetas *La rosa de Stambul*, de Leo Fall, y *Mamá Felicidad*, libro de don Manuel Fernández de Lapuente y música del maestro Acevedo; pero, seguramente, el atractivo mayor será el estreno de una zarzuela. *El valle de Ansó*, letra del propio Peña y partitura de Eduardo Granados.

Como conozco la obra y creo que se sale de adelantar, me ha parecido oportuno adelantar algunos detalles que puedan ser interesantes para el público valenciano.

Mi impresión, desde luego, es que será un gran éxito, pues aparte del libro, que está muy bien, la música es un completo acierto de Granados: lo mejor que, hasta ahora, ha hecho el autor de *La ciudad eterna* y *Los fanfarrones*. De los compositores jóvenes que conocen ya las mieles del triunfo y son una legítima esperanza para el renacimiento de nuestro género lírico, Granados es uno de los que mejor ha definido ya su personalidad. Un afán constante de superación le anima en todos sus trabajos; de ahí el resultado obtenido en la composición de *El valle de Ansó*.

Pero hablemos de la obra: Para hacerla, sus autores se han documentado con observaciones del natural. Durante el mes pasado realizaron un viaje a Ansó, con el expreso objeto de estudiar tipos y costumbres; volvieron entusiasma-

El primer cuadro es todo musical; muy original la idea de su lugar de acción, se prestaba a que el músico hiciese una gran página de ambiente: campanas, banda interior, coros... Producirá efecto.

Del resto de la obra—porque contarla sería acaso restarle interés al estreno,—llamarán a buen seguro la atención: un *duetto cómico* en el que la Zuffoli y Peña hacen ya, en los ensayos, diabluras; el número de las «ansotanas», de gran belleza melódica; un intermedio, que tiene la novedad de que es un solo de *violoncello*; un número típico, de unas vendedoras, al final de un cuadro que, o mucho me equivoque, o es el número de la obra; una jota, en la que la copla va glosada por el coro a varias voces, y otros más que el público no se cansará de aplaudir. En toda la partitura domina el tiempo de jota, vibrante o acariciadora, alegre o melancólica, y siempre castizamente española.

Como es lógico, Peña y Granados están muy ilusionados con *El valle de Ansó*. Han puesto en esta producción sus amores y sueñan con el día de su nacimiento.

«Una de las cosas que más me ilusiona—me decía Granados la otra tarde,—es que se estrene la obra, antes que en parte alguna, en Valencia. Allí me quieren mucho y yo les estoy muy agradecido. Y además... mi madre se llamaba Amparo y era valenciana...»

Y aquí, los ojos de este niño grande que se quedó sin padres el día del hundimiento del «Sussex», se llenaron de lágrimas.

Yo no sé si la amistad que me une con Eduardo Granados me habrá hecho incurrir en pecado de exageración; ignoro si lo mucho que me gusta toda su música me habrá impedido oír con fría serenidad la partitura de *El valle de Ansó*. Cree que no; pero poco tardarán los valencianos en decirme lo.

Por lo pronto, si mis lectores quieren un consejo, no dejen de es-



En el estudio de Eduardo Granados, en Madrid. El inspirado compositor y Ramón Peña, dando a conocer varios números de su nueva obra a la señora de Serrano (don Arturo); Eugenia Zuffoli, Bédala y otro actor de la compañía que en breve ha de funcionar en Valencia.

dos, pusiéronse a trabajar... y ahí está la obra terminada y ensayándose.

Para escuchar la partitura completa, nos reunimos el otro día en el estudio de Granados varios amigos y algunos de los artistas que han de interpretar la obra. El efecto que nos hizo fué, en verdad, extraordinario. Melodías bellas y valientes, producto de una inspiración en plena lozanía, están manejadas con picardía y habilidad teatrales muy oportunas. El músico y el autor han sabido y logrado compensarse y de ahí el acierto.

cuchar la obra. Estamos en un momento propicio para el género lírico nacional. Guerrero, Granados, Rosillo, Balaguer y varios más vienen pegando. Secundarios es obra de nobleza y de justicia.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

DESDE MADRID

16-4-23 —

Apuntes del momento

La verbena de San Antonio

Madrid, jueves 14

Con «la primera verbena que Dios envía», cambia la fisonomía de las noches de Madrid. Por la Puerta del Sol y por las calles céntricas pasan—de ida o de vuelta—los carruajes abiertos ocupados por gente generalmente joven y siempre de buen humor. Llevan ellas pañolones de Manila o los colocan sobre la recogida capota del coche; y el muñeco de cartón con largo palo y el florido bastón, son como estandartes o señeras de estos pequeños destacamentos de la alegría.

Las verbenas son algo íntimamente unido a la existencia del pueblo de Madrid; son como un trozo de su tradición. Madrid en verano, sin verbenas, no parecería Madrid; no aseguramos que estaría peor, pero habría perdido su carácter esencial.

El modo de ser de nuestro pueblo, sus costumbres, lo que sea, piden que en cuanto llega San Antonio haya churros en la Florida, y en cuanto se acerca el Carmen surjan «las giratorias» en Chamberí. ¿Que los vecinos luego no pueden dormir? ¿Qué importa! El caso es divertirse lo más castizamente posible.

Toda verbena tiene su característica propia, aun pareciéndose todas en el fondo. La de San Antonio, por ser la primera y celebrarse, como ahora, cuando aún no ha comenzado apenas el desfile veraniego, es más aristocrática; la de Chamberí, más burguesa—aun cuando el año pasado la *Kermesse* que organizó el conde de Vilana la elegantizó mucho; la de Santiago, más pueblerina, y las de San Lorenzo y San Cayetano, más populares.

Anoche la de San Antonio estuvo animadísima. Por las inmediaciones de la ermita, en un ambiente mezcla de aromas de albahaca y de olor a churros, desfilaron centenares de automóviles y coches con muchas bellas damas aristocráticas. El espíritu de don Francisco de Goya, que alienta en las pinturas inmortales del techo de la ermita, parecía vagar como una sombra sobre aquella muchedumbre aparentemente tan distraída, pero en realidad tan igual a la que él trasladó a sus cuadros. La duquesa amiga de la tradición y cortejada como

una maja de aquéllas; el soldado y el estudiante, el torero y el vendedor, llevan otros trajes, pero tienen las mismas esperanzas y preocupaciones, la misma conformación espiritual que los de antaño. A orillas del Manzanares, bajo la protección de San Antonio de la Florida, el conjunto de anoche no podía ser más típicamente madrileño. Por unos momentos, con un poquito de fantasía, la imaginación se sentía transportada a los tiempos de nuestra lucha por la Independencia.

Unos oficiales del Tercio Extranjero que pasaron entre los aplausos del público, nos volvieron a la realidad. Los tiempos son otros; los problemas que ahora preocupan a España son, aunque graves, de un género muy diferente a los de entonces. Y si de aquello salió la Patria con bien, gracias al valor de sus hijos, ¿por qué no confiar en que las empresas de ahora tendrán también un fin satisfactorio?

Bienvenida sea la primera verbena; descanse el pueblo por unos minutos de sus preocupaciones y veamos en este mantenimiento de la tradición, una muestra de la permanencia en el espíritu nacional de las cualidades, buenas o malas, con que pudo llegar a ser grande el pueblo español.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

22-41
923

Los gitanos de El Escorial

Madrid, lunes 14.

Hemos pasado cuarenta y ocho horas en El Escorial, a donde nos llevó la obligación de asistir a un acto de verdadera transcendencia para aquel Real Sitio: la colocación, por Su Majestad el Rey, de la primera piedra de las obras que una Sociedad proyecta para transformar el apacible rincón de la Sierra del Guadarrama que Felipe II escogió para retiró, en gran centro de atracción de turismo, dotado de toda clase de adelantos modernos. La Sierra cercana a Madrid progresa. Por el lado de Cercedilla, la Fonfría y Peralara, no digamos nada. Por el lado de El Escorial, ahora se empieza en serio. Lo malo será para los veraneantes modes-

tas, que dentro de unos años, no tendrán a dónde ir a tomar un poco de fresco durante el estío, pues sus obligaciones les retienen cerca de Madrid, y los sitios cercanos, a fuerza de progresar, se van poniendo imposibles».

En El Escorial, pasada la ceremonia oficial, todo volvió a que lar en normalidad completa: la normalidad de estos días de Junio, en que todavía quedan estudiantes del Colegio de Padres Agustinos y en que aún han acudido muy pocos veraneantes. Sin embargo, la fisonomía de la lonja y de las calles del Real Sitio no es ahora la acostumbrada.

Hay, desde luego—¿cómo no?—el turista extranjero con el *Baedeker* en la mano y la familia burguesa, que viene a ver el Monasterio y a comer después en el Romeral, en la Fuente de la Teja o en la Herrería; pero hay también, a docenas, otros tipos que hablan alto, gestículan mucho y llaman la atención, tanto de los vecinos como de los forasteros.

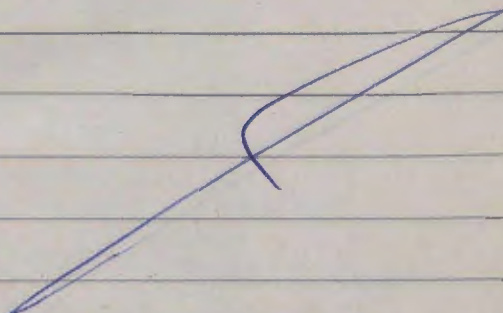
Son numerosos gitanos que han llegado allí con motivo de la feria de ganados que en San Lorenzo se celebra. Son puros representantes de esa raza bravia y aceitunada, cuyos hombres tienen los rostros cobrizos y a cuyas mujeres les reluce el pelo; y han venido a ejercer su industria: el tráfico de ganado, en el que son maestros.

Porque no se limitan estos gitanos—unos con planta de torero y otros con aires de matón—a practicar su oficio en el ferrial, establecido en el «Real Bosque de la Herrería», sino que con un potro, una mula, un borrico o cualquier otro animal de su transitoria pertenencia, recorren las calles, haciendo el artículo de aquél. La escena tantas veces referida del gitano que intenta pasar gato por liebre, se repite allí ahora a cada momento. Y menos mal cuando a seis o siete juntos no se les ocurre armar «camorra», porque entonces, ellos, y nada más que ellos, son los amos de la calle.

Poco adecuado es el severo fordo de El Escorial para las legendarias figuras de estos pícaros redomados que están pidiendo un paisaje más luminoso y pintoresco. Mas por algo la gitanería es trashumante y acampa donde puede. ¡Que le hablen a ella luego de grandes empresas industriales y de transformaciones modernas! Lo principal es vender un *penco*, haciendo creer que es una hermosa yegua de antaño. ¡Y que le vayan luego con la que queja a... Felipe II!

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca F.J.M.



DESDE MADRID

Apuntes del momento

La plaza de España

Madrid, jueves 21.

La plaza de España es la mayor de Madrid. Desde luego, mucho más que la Mayor. Y es que ésta lo fué en tiempos de los Austrias, y desde entonces, a pesar de que a principios del siglo pasado tomó el nombre de plaza de la Constitución, la gente la ha seguido designando así, ni un madrileño hay que deje de llamarla plaza Mayor.

Pero la de España, con ser la que más extensión ocupa no lo parece. ¿Por qué? Por una razón que habla mucho y muy bien—no todo han de ser censuras—en favor de nuestro Ayuntamiento y de los servicios municipales.

Cuando fué derribado, hace años, el gran cuartel de San Gil, edificio pesado y antiestético, que era, además, un constante foco de infección, resultó de pronto la antigua plaza del mismo nombre considerablemente ampliada, puesto que el derribo fué para no volver a construir allí edificio alguno.

Para igualar la nueva plaza, a la que desde luego se la dió el nombre de España, demoliéronse otras construcciones, quedando un enorme rectángulo perfectamente plano, cuyos lados eran las calles de Ferraz y Leganitos, y las dos líneas de edificios modernos perpendiculares a aquéllas. Entonces fué cuando la plaza parecía más grande. Como en su centro no se habían trazado calles ni aceras, ni nada, fueron escogidos aquellos terrenos para campo de fútbol y para instrucción de las reclutas del vecino cuartel de la Montaña.

Pero ésto, a las puertas de Madrid—al terminar la cuesta de San Vicente,—y a dos pasos del Palacio Real, no podía continuar mucho tiempo, y no continuó.

El jardinero mayor del Ayuntamiento fué el encargado de la transformación. Y en pocos meses, aque-

lla enorme caiva, fea y destuocada, se convirtió en un incipiente jardín, con bancos, con calles urbanizadas y con gran riqueza de plantas y flores. Hoy, los árboles son ya hermosos, las flores brotan por doquier, en las plazoletas hay bellos surtidores, todo el gran jardín está perfectamente cuidado, y la plaza de España no solo es la mayor, sino una de las más bellas de Madrid.

El pueblo madrileño así lo estima, y una prueba de ello es que el parque se halla por mañana y tarde lleno de niños—con el inevitable aditamento de niñeras, amas y soldados,—que dan a la plaza una nota de sana y encantadora alegría.

De los antiguos tiempos del cuartel de San Gil, solo queda una fuente de varios caños, en la que ahora, como entonces, se suben los chiquillos para beber, y se dan más de uno y de dos remojones, cuando se caen al pilón.

En el paredón alto del edificio de Caballerizas hay una lápida, con los bajo-relieves de los Reyes Católicos como recuerdo de la unidad de España. Fué colocada solemnemente hace poco.

Hoy, la parte que da a la calle de Ferraz empieza a verse invadida por columpios y puestos de baratijas. Es que se acerca la fiesta de Santiago—claro que falta más de un mes,—y con ella se aproxima la clásica verbena. Y como Santiago es el Patrón de España, ¿dónde sitio más apropiado para la verbena del Apóstol?

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Los hijos de los Reyes

Madrid, lunes 25.

En la Capilla Real se ha celebrado el acto de administrar la primera Comunión a los dos hijos menores de nuestros Reyes, los Infantes don Juan y don Gonzalo, y en el oratorio particular de Sus Majestades, que es el Salón de Tapices de Palacio, ha hecho la tradicional ofrenda de monedas de plata, por su cumpleaños, el Infante don Jaime.

Poco a poco, sin que vayamos dándonos apenas cuenta, los hijos de don Alfonso XIII van haciéndose hombres. Todos ellos se encuentran ya en pleno período de estudios; a todos su augusto padre, con arreglo a las aficiones que en cada uno apuntan, les va marcando el camino a seguir.

El Príncipe de Asturias y sus augustos hermanos son ya una próxima realidad; son los que dentro de unos años padrán servir a nuestro Soberano, no ya de estímulo, que lo son en la hora presente, sino de eficaces auxiliares en las múltiples ocasiones en que tal cosa puede ser factible.

Diez y seis años ha cumplido el heredero de la Corona. Su clara inteligencia, su afición al estudio y su ingénita bondad, le han conquistado generales simpatías. En el regimiento de infantería del Rey, al que pertenece como sargento, y en el acorazado «España», en el que ha hecho prácticas como guardia marina, supo inspirar a compañeros y jefes afectos sincerísimos, merced a la llaneza y la cordialidad de su trato. En estos últimos meses ha estado Su Alteza algo delicado de salud; pero de ningún modo en los términos que rumores desprovistos de fundamento afirmaron. La dolencia del Príncipe se ha limitado a una simple gripe, que solo en muy rotundos días le privó de hacer su vida normal, que hace ya tiempo repudió perfectamente. Nada de particular tendría, aun cuando esto no se halla quizás decidido aún definitivamente, que, para terminar su fortalecimiento—ya que en el invierno próximo espera el Príncipe una vida de intensidad de estudio,—fuese este verano a pasar una temporada a El Escorial. En ese caso, la Reina doña Victoria también pasaría unos días en el mismo Real Sitio.

En cuanto a los Infantes don Juan y don Gonzalo harán, igual que sus demás hermanos, la vida de siempre. Este año parece que la jornada regia de verano comenzará por Santander, y sabido es lo que los Infantes disfrutan en la playa de la Magdalena. Contentos, ágiles, fuertes, sanos, corren y juegan después del baño, siendo la alegría de cuantos con ellos están.

Son los Benjamines de la casa; pero ellos, con sus voces y con sus risas, se encargan de ser, en realidad, los amos del regío hogar.

Pronto serán también unos hombres; más pronto aún, comenzarán, siguiendo el rumbo trazado por sus hermanos mayores, a cultivar importantes estudios. Y todos ellos constituirán entonces para el Rey—todavía más que ahora—un estímulo eficaz y un aliento poderoso.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Damitas bolivianas

Madrid, viernes 6.

Han salido para París las señoras de Patiño, hijas del Ministro de Bolivia en España. Durante más de un mes, las señoritas de Patiño han sido la nota más saliente del Hotel Ritz, de Madrid.

No puede decirse que sean dos bellezas, pero sí puede asegurarse que ambas—y sobre todo una—poseen singulares encantos para llamar la atención de la gente y suscitar la admiración de los muchachos. Son cultas e inteligentes, hablan varios idiomas, y—esto es lo principal—saben bailar muy bien. Hoy día los bailes modernos ejercen una positiva influencia en la vida de sociedad. En un paso de *fox-trot* o en una vuelta de *shimmy*, se halla la felicidad o la desgracia de dos existencias. Es una excesiva importancia la que se le ha concedido al baile; pero es así, y hay que reconocerlo y acatarlo.

Las señoritas de Patiño, menudas de cuerpo, morenas, ágiles, no han perdido baile en los Hoteles de moda, y han inflamado en amor, seguramente, muchos corazones.

Pero aún hay otra razón que haya motivado tantos adoradores a un tiempo. Todo hay que decirlo: las señoritas de Patiño son inmensamente ricas. Ellas, en realidad, no; pero lo son sus padres, y es mejor.

En Madrid se refieren muchas cosas que demuestran la fortuna de esta familia: en Bolivia el señor Patiño posee centenares de casas y de fincas rústicas; en Europa han comprado casa en París, una «villa» en Biarritz, otra en la Costa Azul y no sabemos si alguna más en otra parte.

Durante su estancia en nuestra capital han sabido derrochar los pesos. En una fiesta benéfica vendieron las Infantitas doña Beatriz y doña Cristina papeletas para una tombola; las señoritas bolivianas entregaron cada una a cada Infantita un billete de mil pesetas. Una noche invitaron a comer a Sus Altezas el Infante don Fernando y la duquesa de Talavera, y cuál no sería el alarde que los señores de Patiño hicieron, que las augustas personas, acostumbradas, como es lógico, a ver mesas bien presentadas y banquetes bien servidos, aseguraron luego a personas de su intimidad que nunca habían presenciado derroche de lujo parecido.

A las comidas de gala del Ritz no faltaron ninguna noche. En la terraza que da sobre el jardín, sus siluetas un poco exóticas se dibujaban todos los lunes. Ambas solían llevar trajes de tonos llamativos sobre amplios mirifaques; ni más ni menos que nuestras abue-

tas. Y en torno de ellas, el inevitable cortejo de... bailarines.

Ya se han ido. Ya se fueron con su dinero a otra parte, después de habernos deslumbrado un poco con el brillo de sus joyas y de sus monedas.

Han dejado una estela de simpatía, y han hecho acaso más por la obra de confraternidad hispano-americana que lo que puedan hacer muchos entonados discursos. Bien es verdad que por Madrid ha pasado ahora una nueva ráfaga de americanismo fraternal. El arte del gran peruano Felipe Sassone, triunfante en el teatro Cómico; la visita del ilustre argentino Mitre, y hasta los éxitos de la famosa orquesta guatemalteca «La Mirimba», nos han traído ecos del carifeo que en aquellas tierras se siente por España.

Por eso lo menos que nosotros podemos hacer es acoger a todos con el máximo de simpatía y de admiración. Aunque no sea precisamente en el mismo grado que las que experimentan los innumerados adoradores de las señoritas de Patiño.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

El accidente a los Quintero

Madrid, lunes 9.

La Lonja de El Escorial. Sentados en los bancos de piedra que la bordean, los veranpantes miran y remiran la mole inmensa del monasterio, que se eleva solemne y severo. A un lado, y detrás las líneas de edificios, también austeros, que construyeron los arquitectos del Rey Carlos III. En la lejanía, las peñas cumbres.

Ha ido oscureciendo poco a poco. Sobre la bola de una de las torres del monasterio se recorta la silueta de una cigüeña. En el final de una chimenea de piedra, en la misma torre, otra cigüeña, que formó allí su nido, es saludada por sus crías, que rebrincan sobre las ramas y las pajás. Otras diez o doce aves de la misma clase cruzan por encima, trazando, con sus vuelos, anchos círculos. Su batir de alas llama la atención de la gente; pero casi no se las ve, porque las sombras van cundiendo, y apenas si se vislumbran sobre tierra otra cosa que ruidos.

De pronto, por el extremo opuesto de la Lonja aparece una masa informe que se mueve un poco rítmicamente. Avanza y puede adivinarse ya de lo que se trata. Unos carabineros, destacados, llevan a hombros una camilla. Y en torno, seis o siete personas marchan silenciosas. La comitiva, destacada sobre el severo marco descrito, impresiona el ánimo.

Me acerco al grupo, y pregunto a un rústico que va detrás.

- ¿Qué es?
- Un vuelco de automóvil.
- Pero, ¿a quién llevan?
- No sé. Dicen que a un señor Quintero. ¿Quién sabe cómo irá!

- ¿Quintero?
- Sí, señor. Uno de esos hermanos tan listos de «Villa Consolación».

No necesito oír más. Es uno de los Quintero. La emoción es de presumir. ¿Cuál de ellos será? ¿Cómo irá? Ninguno de la comitiva habla. Tan solo un teniente de carabineros que ya delante, dice, de cuando en cuando:

—¡Cuidado con ese bache! Seguid por aquí! ¡Más despacio!

Me uno a los que acompañan al herido. Al llegar al hotel en donde residen todos los veranos los ilustres autores sevillanos, me entero de lo ocurrido. El propio Serafín, ensangrentado a causa de una leve herida en la frente, me lo explica. Toda la familia ha sufrido, aunque levemente por fortuna, las consecuencias de un accidente de automóvil. El que más ha sufrido es su hermano Joaquín, que es quien va en la camilla. La lesión no es tampoco de gran importancia. «Pero, ¡hemos podido estrellarnos!», agrega sonriendo Serafín Alvarez Quintero.

Vuelvo a la Lonja. Allí se han formado grupos, comentando con emoción el accidente y echando a volar la más pesimista fantasía.

Poco a poco, la realidad se impone, y las aguas tornan a su cauce.

Sobre la negra mole del Monasterio, bajo la luz de la luna y el parpadeo de las estrellas, siguen recordándose las siluetas de las cigüeñas de la torre.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca, FJM.

DESDE MADRID

Apuntes del momento

A toda velocidad

Madrid, jueves 12.

La frase del poeta «¡Quién tuviese alas para volar!», apenas si tiene hoy razón de ser. Aeroplanos en que poder elevarse en competencia con las soberbias águilas caudales, los poseen ya muchos hombres audaces, y, si no los poseen, los utilizan, que es lo principal. El que no emplea este novísimo aparato, hace uso del automóvil, del tren, y, en general, de todo aquello que, según sus medios, puede conducirle de un lado a otro lo más rápidamente posible. Y el que va a pie, camina ahora por Madrid con una prisa hasta ahora desconocida; que pudiéramos llamar antirraccional.

Es que la vida moderna, inquieta en términos insospechados antes de la guerra, se ha complicado y se ha multiplicado. Rara es la persona que tiene un solo asunto de que ocuparse, y muchas son, en cambio, las que se ven obligadas a hacer a diario muchas más cosas de las que materialmente pueden. Es el vértigo. Es... la razón de existencia de la neurastenia.

Este afán o esta necesidad de correr se comunica, como es natural, a los que nada tienen que hacer, que son, por curiosa paradoja, los que más de prisa van y vienen siempre. Ir a toda velocidad a la Cuesta de las Perdices para divertirse y volver, sabe Dios cómo, también a toda velocidad, es un placer, peligroso si se quiere, pero que tiene en Madrid más adeptos cada día.

¿Cómo, si no, podía darse el caso de este automóvil que ha amanecido hoy en plena calle de Alcalá, frente al teatro de Apolo—o sea en la parte más ancha de la calle,—con todo el motor deshecho a causa de un contronazo con una farola del tranvía, que fué derribada por el golpe? El auto bajaba, ya de madrugada, por la amplia calle. No había nadie: ni tranvías, ni coches, ni apenas transeúntes. Y él solo, en su alocada carrera, injustificada, inútil, fué a estrellarse contra la inmóvil farola.

Allí ha estado toda la mañana el pobre coche, mostrando a los curiosos, que no han cesado de rodearle, la tristeza de su maquinaria destrozada. Un poco más allá, la verja del Banco de España, aún rota desde que contra ella chocó otro automóvil, completaba al efecto.

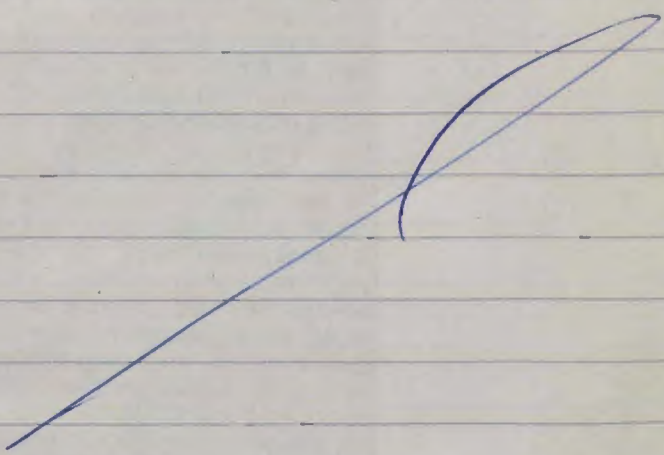
¡Correr! ¡Correr! ¿A dónde vamos a parar? ¿Es necesario? Si son necesarias, benditas sean las prisas, y, con ellas, todos los elementos que el progreso ha puesto en nuestras manos para calmarlas. Pero la inutilidad de la carrera, el estéril desenfreno, la velocidad sin causa, ¿por qué?

No parece sino que nos hemos vuelto todos locos, y que, además, tenemos mucha prisa en demostrarlo.

DIEGO DE MIRANDA



Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca, F.J.M.



DESDE MADRID

Apuntes del momento

Placeres de excursionista

Madrid, lunes 16.

El gran placer para el madrileño que tiene poco dinero y muchas ocupaciones, está en salir los domingos en uno de los varios trenes de recreo que van a la Sierra, y pasarse el día al aire libre en San Rafael o Cercadilla, en El Escorial o Torreldones. Claro que el placer está atenuado por la enorme cantidad de gente que quiere disfrutar de él. Los trenes van y vienen atestados; la gente tiene que ir, en su mayoría, de pie en los pasillos y plataformas, y las horas felices—frescas y reposadas—que al fin se pasan, solo sirven de débil compensación de las fatigas que antes se han sufrido.

Los que repetimos con alguna frecuencia estas sencillas excursiones estivales, llegamos a aprendernos el corto camino—nunca excede el viaje de cincuenta a sesenta kilómetros—con la misma perfección que pueda saberlo el propio maquinista: «aquí tal pueblo, allí tal casa, más allá la bifurcación de tal carretera, y más lejos tal cañada, o tal río». Y no hay piedra, árbol ni puentecillo del trayecto que nos sorprenda. Es como la persona que conoce todas las tiendas y todos los portales del trozo de calle en que vive.

Nada de particular tiene, pues, que sepamos también los nombres de los propietarios de las hermosas fincas que desde el tren se contemplan durante el camino, no bien se pierden de vista las bellas y sugeridas perspectivas de la Casa de Campo por un lado, y de los montes de El Pardo por el otro.

Políticos y aristócratas muy conocidos han ido convirtiendo esos cotos de caza en verdaderas posesiones de recreo, en donde no solo pasan temporadas de verano, sino que residen con frecuencia en el resto del año. «El Plantío», la magnífica finca de los condes de Heredia Spínola, extiende sus propios pinares; tras los cuales se averigua el palacio, recientemente restaurado. Más allá aparece «París», la posesión de los condes de Torre Arias, y luego la casa del conde de López Muñoz. Pronto se acerca el tren a Torreldones; pero antes, a la derecha, el viajero ha podido ver, en una gran llanada que llega hasta las tapias del Norte de El Pardo, la hermosa finca que han adquirido hace algún tiempo los condes de la Mortera, y,

eminentia, la gran casa campestre, especie de fortaleza moderna, que acaba de construir—embelleciéndola con una porción de valiosas obras de arte—el conde de las Almenas. Si se vuelve la mirada a la izquierda, se ve, sobre la cumbre de otro monte, y como elevado en él, un hotel de elegante traza, en el que descansa de sus preocupaciones actuales, en cuanto tiene tiempo para ello, el Presidente del Consejo de Ministros, marqués de Alhucemas.

Se atraviesa un túnel y surge Torreldones, con su colonia de *chateaux*, que tiene algo de Nacimiento. Allí las casas del ex Ministro Ortúño, de don Javier García de Leaniz y de otros políticos. Sigue el tren: a la derecha, un extenso coto de caza, con preciosa casa—*Los Rosales*—de don Tirso Rodríguez. Y después... ¿Para qué seguir? La finca de Robledo, que hizo famosa al marqués de Estella; la de Otero—por otra línea,—que fué la ilusión de don José Canalejas y tantas más, todas encantadoras.

Para el modesto excursionista veraniego, todas son como bellos paraísos, a los que nunca llegará, por muchos trenes que tome y muchos domingos que viaje.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

25-VII-23

En «Las Ventas»

Madrid, lunes 23.

No se concibe cómo hay gente que, lo mismo en esta que en otra época, va a divertirse a las Ventas del Espíritu Santo. Será todo lo madrileño que se quiera, pero resulta un lugar feo, antihigiénico y desagradable. Sin embargo, en estas tardes y noches de verano está completamente lleno, aunque no de un público selecto ni muchísimo menos.

Los merenderos de Las Ventas, contruidos con unos cuantos tablones y hierros viejos, al final de la calle de Alcalá y en una hondonada formada por el arroyo Mandas, son los *cabarets* alegres de la clase baja. No pueden compararse con los de Cuatro Caminos, porque a éstos acuden las familias obreras bien acomodadas—que ahora las hay en cantidad—y se divierten allí honestamente, disfrutando toda su ilusión en comer una buena merienda.

Los toreros de mala muerte, señoritos encanallados, «chulillos» de profesión y otros jóvenes de su estilo, que disponen de pocos recursos, pero tienen aspiraciones asombrosas, llevan a los merenderos de Las Ventas a las pobres modistillas o *mechugilas* engañadas, y allí corren las grandes juergas, entre los sonos de los organillos destemplados y los vapores de los vinos baratos.

En aquella especie de barranco hace un calor insoportable; no se respira un átomo de aire puro y se oye un lenguaje reñido a todas luces con la Academia.

Cuando se pasa por allí, el espíritu de todo hombre semieducado no puede menos de sentir una lástima infinita, tanto hacia los que se hacen la ilusión de que se divierten, como hacia el desgraciado vecindario humilde de aquella barriada condenado a vivir soportando y tolerando tales visitantes.

Porque ese es otro aspecto de Las Ventas: el popular. Hoy existe allí una verdadera población industrial y extensa que no necesita sino que llegue hasta ella el cumplimiento de las Ordenanzas municipales en lo que se refiere, sobre todo, a saneamiento de habitaciones.

La actividad que, en toda aquella parte de Madrid, existe a todas horas, es extraordinaria. Hasta allí llegan las líneas de tranvías y autobuses, y en breve se inaugurará la del Metropolitano. Y de allí parten las de los tranvías a la Ciudad Lineal y Camillejas, tan favorecidas siempre por los viajeros.

Pero lo que mayor animación da a la barriada de Las Ventas es, por triste paradoja, los entierros. Aquello es paso obligado para el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, y son muchos los cortejos fúnebres que desfilan diariamente ante sus miserables casas.

¡Y es un efecto tan raro el que produce oír los cántos de los merenderos, en estas tardes de verano, mientras que a unos metros pasan el Dolor y la Muerte!

DIEGO DE MIRANDA

Apuntes del mo- mento

2-VIII-
923

Los círculos teatrales

Madrid, domingo 29.

Así como los círculos políticos se reducen en Madrid al Salón de Conferencias del Congreso, a la oficina de Teléfonos y a alguna tertulia suelta de uno o varios hombres públicos, los llamados círculos teatrales no pasan de ser—ahora en verano, en que no hay saloncillos—el Casino de Autores, el Círculo de Actores y dos o tres cafés céntricos. Y, sin embargo estos centros, verdaderos mercados de contratación, es precisamente en esta época cuando tienen importancia. Durante el invierno, cuando todos los teatros están funcionando, y raro es el actor de mérito no colocado, los círculos teatrales solo sirven para arrancarle las tiras de pellejo al prójimo. El éxito de una obra es suficiente para que las envidias, antes ocultas, salgan a relucir. Y, si el éxito ha sido grande, entonces, ¡po-bres de los autores o de los artistas que han tenido la desgracia de tener fortuna!

Pero, ahora, no. Ahora nadie se ocupa más que de sí propio. Es preciso colocar al empresario la obra terminada o a punto de ser concluída, y es necesario conseguir éste o aquél contrato que asegure una temporada más o menos brillante. Se me dirá que, de todos modos, siempre queda un ratito para la amena murmuración. Certo; pero esa es, como si dijéramos, la salsa inevitable en todos estos guisos.

Desaparecido el antiguo Casino de Autores de la calle de Sevilla, parte de sus socios se han trasladado al nuevo, instalado en el entresuelo de Tornos. Los demás han tomado como campo de operaciones, en las primeras horas de la tarde, el café de Apolo. Antiguamente, en los buenos tiempos de Arregui y Aruej, existía, en lo que es hoy Banco del Río de la Plata, el café de Cervantes, en el que se congregaba a diario una «peña» de autores, entre los que figuraban Chapí, López Silva, Arniches, y, en suma, los más prestigiosos mantenedores de la *catedral* del género chico. El café desapareció luego, y la «peña» se trasladó a la *Maison Dorée*, con ramificaciones en Fornos. Al fundarse, no hace mucho, el Casino de Autores, todos los *peñistas* del día derivaron hacia él, permaneciéndole fieles hasta su desaparición. Hoy han vuelto a imperar los cafés, y si por las tardes parece que el predilecto es éste nuevo del teatro de Apolo, construido en la parte dedicada antes a despacho y contaduría, por las noches se disputan la clientela, con ventaja el de Castilla—dentro de los amigos y admiradores del maestro Tuna;—el de Lisboa, al que concurren Serrano, Sinesio Delgado y otros, y al que no falta, cuando está en Madrid, Jacinto Benavente; el

de Levante, preferido por artistas trágicos, y el *Gato Negro*, que, además de ser, en invierno, una especie de saloncillo de la Comedia; tiene un aspecto más literario que los demás.

Estas tardes veraniegas, el café Savoia—que es el de Apolo—se ve lleno de autores y actores. En un rincón, López Monís ultima los detalles de formación de su nueva compañía del Cómic; más allá, la empresa de la Zarzuela estudia contratos y conferencia con artistas; en otro lado, el activo Barinaga, representante de Delgado, empresario de Apolo, conferencia con el popular Bartolo, agente de teatro, simpático y decidor; ante una mesa, el joven compositor Moreno Torroba ultima los preparativos de su viaje a Bruselas, en donde dará a conocer su última obra musical...

Así, hasta las seis. Entonces cambia la decoración, y el café se transforma en un elegante salón de té. Desaparecen cómicos y autores, y llegan los que, sin haber salido de verano, quieren hacerse la ilusión de estar en San Sebastián o Biarritz.

Y entre las conversaciones de antes y las de ahora subsiste, como lazo común, algo que no es exclusivo de artistas ni de gente de distinción, porque es inherente a la naturaleza humana el chismorreo libre, sin el cual parece muchas veces que no podemos vivir.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

Doña Pepita

Madrid, lunes 6.

De la antigua calle de Jacometrezo, tan popular en Madrid durante la segunda mitad del pasado siglo, apenas si queda hoy un trozo de cincuenta metros. Las obras de la segunda parte de la Gran Vía—lo que ya es Avenida Pí y Margall—echaron por tierra los viejos edificios que formaban aquella estrecha y concurridísima calle.

El trozo que aún resta, conservando su antigua fisonomía, es el que pone en comunicación la plaza de Bilbao con la de Santo Domingo, y no tardará en caer también a golpes de piqueta, si, como parece, la Gran Vía se termina.

Doña Pepita, pues, se encuentra ante un conflicto que, para ella, es de difícil solución.

¿Quién es Doña Pepita? Es una institución madrileña. No hay estudiante que por Madrid pase, que no la conozca; y muchos son los que más de una vez la han considerado como su tabla de salvación.

Desde tiempo inmemorial existe, en el trocito aludido de Jacometrezo, una tienda de libros viejos, que en épocas de entrada y fin de curso se ve completamente llena. Antes, sabe Dios quién la regentaba. Ahora, desde hace ya muchos años, está a su frente doña Pepita, gran maestra en dar *destumbrantes* cantidades por libros de texto usados y en ofrecerlos luego por sumas muy módicas... que, por lo menos, doblan las entregadas unos meses antes.

Doña Pepita, mujer aún joven, aun cuando tiene el cabello completamente blanco, metida en un mandil de crudillo y sentada ante el mostrador, valora los libros que hasta ella llegan, y da órdenes a un verdadero ejército, en miniatura, que se agita entre la trastienda y la tienda, metiendo y sacando volúmenes. Son los dependientes unas muchachitas menudas y nerviosas, que gesticulan mucho y hablan poco, y unos muchachitos, también pequeños, que imitan a sus compañeras

En todo tiempo, pero especialmente desde Agosto a Octubre, el establecimiento de doña Pepita parece un hormiguero.

—«¡Doña Pepita, es el Derecho Natural! ¡Doña Pepita, esta Mecánica! ¡Cuánto me da usted por estos Procedimientos?»

Y, al contrario:

—«Necesito la Física nueva de San Isidro. Yo, el Francés del Cardenal Cisneros.»

Y cosas tan pintorescas como éstas.

El negocio, como podrá advertirse, es lucrativo y admite, como es lógico, expansiones. Estas expansiones tienen su manifestación en otros puestos de libros de lance que, en el Botánico y otros sitios, ofrecen las existencias que en los sótanos de su casa atesora doña Pepita. Y es de ver el marido de ésta—un alemán de pelo rubio y corto, con un gran levitón de lienzo blanco y con pesadas gafas,—por las calles de Madrid, llevando de la diestra a un borrinquillo que tira de un carrito lleno de libros.

Pero el alemán del carro no interviene para nada en el negocio de Jacometrezo. Por eso, cuando el trozo de esta calle caiga demolido, acaso no volvamos a ver a doña Pepita ni a sus súbditos; será para ellos una catástrofe. Y solo aparecerán en nuestro recuerdo cuando el buen alemán, imperturbable, pase ante nuestros ojos, llevando acaso en su carrito los últimos restos de los libros de texto que tantas ilusiones y desengaños han hecho nacer en el chiribitil de doña Pepita.

DIEGO DE MIRANDA

DESDE MADRID

Apuntes del momento

El descubrimiento de un tesoro

Madrid, lunes 20.

¿Nos hallamos ante un caso como el del famoso Biel? ¿Nos encontramos ante un nuevo Fleta? ¡Chi lo sé! Lo cierto es que las esperanzas son, hoy por hoy, fundadísimas, y que, sin embargo, el que menos confía es el propio interesado, que ignora casi en absoluto el tesoro que tiene en la garganta.

Va de cuento. La escena es en uno de los saloncillos interiores del madrileño teatro de Apolo. Se ultimaban los preparativos para la presentación de la compañía lírica, formada por el maestro Vives. El autor de *Maruca*, al piano, ha probado la voz de algunos artistas.

—«Usted no tiene voz de cantante, sino de actor... Y yo necesito, especialmente, cantantes.»

O bien, a otro:

—«Déjenos las señas y se le avisará cuando haya hueco.»

Poco a poco, por este procedimiento, sin dejar de oír a nadie, se ha reunido la compañía que el día 1.º de Septiembre hará su presentación con *El barbero de Sevilla*.

Cuando ya se ha terminado la elección y está la lista completa, hasta en sus menores detalles, aparece un muchachito de figura desmedrada, sonrisa simpática y acento gallego, que viene también a que le oigan.

—No hay inconveniente—dice Vives.

El muchacho, pobremente vestido y teniendo marcadas en el rostro las huellas del hambre, vacila un poco.

—El caso es—exclama—que ya estoy arrepentido de haber venido. Tengo muy poca y muy mala voz. ¡Si hubiese sido antes! Hace unos meses: cuando vine del pueblo.

—Veamos de todos modos—apunta Paco Delgado, el empresario.

—Bueno, pues cantaré... *Carmen*. La canto y toco de oído.

Movimiento de interés en todos los circunstantes. No es vulgar que un muchacho que con tal modestia se presenta, se aventure en empresas de indudable fuste.

Comienzan a sonar las notas de *Carmen*. Los presentes se miran. Es una voz de tenor llena, cálida, hermosa. Llega un agudo y lo ataca con tal energía y con tal calidad de sonido, que Vives hace inmediatamente gestos de admiración y de asombro. Es una lástima que la voz no esté, sin embargo colocada, y sobre todo, que, por falta de fuerzas físicas, pierda brillo en alguna ocasión.

Termina la prueba. Vives pregunta al tenor cuáles son sus pretensiones.

—«Entrar en el coro.

—De ningún modo. Sería un crimen que, con esa voz, no luciese usted lo debido.

—Es que... necesito comer.

—De eso no se preocupe. Usted, lo que necesita, es fortalecerse y estudiar. Y esas dos cosas correrán de cuenta de la empresa. ¿Verdad, Delgado?»

Delgado asiente. El muchacho, sonriendo agradecido, aún duda.

—«Es que yo pensaba ir a reponerme a Galicia.

—Usted se repondrá aquí, comiendo lo que necesita. Y con lo que aprenda saliendo con los coros o con papeles pequeños a escena, y estudiando con los profesores que le pongamos, llegará un día en que... sea usted otro Fleta.

—¡Fleta! ¡Qué hermosura de voz! ¡Cómo soñar con ella? Y eso que este año le oí en el Real, y... ¡si viesen ustedes qué bien le imitaba luego en casa!

Se marchó el tenor galleguito, y a los cinco minutos quedaba acordado su ingreso en la compañía con un

carácter especial: como ordenanza de la empresa, mantenido por ella y con un sueldo superior al de los coristas, además de los gastos de estudios.

Y ayer, en que... (reservémosle todavía su nombre) prestaba ya el hombre sus nuevos servicios y había comido a gusto dos veces seguidas, reía y floraba como un chiquillo por los pasillos de Apolo, considerándose ya capaz de emular los triunfos futuros de Casnave, Bastida, Latorre y otros «ases» de la compañía que se apercebe para la lucha.

DIEGO DE MIRANDA

Desde Madrid

Apuntes del momento.

El alférez Topete

Madrid, domingo 26.

Entre los heroicos defensores de la posición de Tifarautin se ha destacado el alférez de complemento de Ingenieros, Topete. Esto lo saben hoy todos los españoles, que han leído el emocionante relato de la defensa que, durante varios inabarcables días, tuvo que hacer aquel puñado de valientes, que no dudó en ofrecer sus vidas por la Patria antes que rendirse.

En una descubierta, Topete, batido, perdió toda su gente, llegando él ileso a la posición milagrosamente; Topete luego fué de los que más alentaron a los soldados para que su entereza no flaquease; Topete, en fin, con el capitán Rodríguez Almeida, jefe de la posición, simboliza hoy el heroísmo español, llevado hasta los límites del mayor sacrificio.

¿Podrá a nadie extrañar este valor sereno, este concepto del patriotismo, si decimos que este bravo alférez de Ingenieros es nieto de aquel famoso don Juan Bautista Topete, ilustre marino, cuyo nombre llenó una importante página de nuestra historia moderna?

Don Ramón Topete y Hernández es uno de los muchos hijos que tuvo el coronel de Ingenieros don Juan Topete y Arrieta, primogénito de aquel célebre almirante. Desde muy joven sintió gran afición por la carrera de las armas, y llevado de su entusiasmo militar, marchó a Melilla en busca de gloria. No se equivocó el muchacho. Allí la ha encontrado, y hoy su nombre es un timbre de orgullo para el cuerpo de Ingenieros, al que tanto cariño tenía su padre.

El alférez Topete tiene unos veintiséis años; moreno, fuerte, animoso, su conducta no ha podido sorprender a cuantos desde hace mucho tiempo le conocemos. Como sus hermanos, es muy conocido en Madrid, donde toda la dilatada familia Topete goza de muchas simpatías. Ahora su madre—viuda desde hace ya varios años—ha seguido con la angustia que es de suponer, las incidencias de la trágica defensa de Tifarautin; pero hermosa recompensa la suya, al encontrarse hoy con el hijo, que creyó perdido, sano y salvo y aureolado con la admiración y la gratitud nacionales.

A su retiro veraniego de Suances han llegado en estos días innumerables felicitaciones para la noble dama, a quien Dios ha concedido una alegría tan grande, quizás como recompensa por la resignación con que ha sabido conllevar las muchas penas que en esta vida ha tenido.

Es de suponer que Topete, como sus demás defensores de Tifarautin, obtendrán ahora permiso para venir a España y pasar unos días entre los suyos. Sobre ellos recaerán, sin duda, muchas recompensas oficiales, de las que han sido prólogo los honores militares que les fueron rendidos por las tropas de Melilla. Pero a buen seguro que para Ramón Topete y sus compañeros, ningún premio tan codiciado como el abrazo, que les espera, de sus madres.

DIEGO DE MIRANDA

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Al comenzar.—La obra de Arniches.—Los últimos beneficios. Teatros populares y teatros de verano.—La tragedia del bujón.

Madrid 1.º de julio.

Hablo hoy por vez primera, desde las columnas de Las Provincias, a los lectores de Valencia. Ello me proporciona una doble satisfacción: porque con Valencia tengo deudas de gratitud que jamás pagaré lo suficiente, y porque con Las Provincias me hean sentimientos de afecto, que heredó de mi padre inolvidable. El me enseñó a admirar, como persona y como poeta, a don Teodoro Llorente y Junco, relictanos de memoria, muchas veces, versos del valenciano ilustre.

Nada podía, pues, halagarme tanto como hallar hospitalidad en las columnas que don Teodoro Llorente creó.

Aspiro a que sean éstas crónicas fiel reflejo de la vida teatral madrileña, en cada semana. Solo la buena fé ha de mover mi pluma; solo mi amor al teatro, noble y artístico, sincero y cordial. Y cuando el comentario no tenga donde detenerse, dejaré paso a la noticia o al rumor que corra de boca en boca, por saloncillos y entre bastidores. ¿Que algunas veces los asuntos de planes, los proyectos de temporadas, no se referiran exclusivamente a Madrid? Será porque en Madrid se hayan hecho públicos, o porque aquí se hayan concertado. Mi propósito es que el público valenciano pueda estar al tanto del movimiento teatral madrileño y de sus alrededores.

Pocas novedades nos ofrece la última semana; hoy, sin embargo, una que merece preferente atención: el estreno, en el teatro de Apolo, de la suspirada obra de Arniches; de ese don Carlos Arniches, que tantos años ha sido para aquel teatro la salvación de la temporada.

Este año fueron los colaboradores de Arniches el libretista señor Trigueros y los maestros Calleja y Estremera. La noche del estreno no obtuvo *El condesito de Lavapiés* la entusiasta acogida que se esperaba; pero luego, en sucesivas representaciones, con el teatro lleno por un público sano, la obra alcanza a diario un éxito grande, en el que participa, por su labor, de veras acertada, el popular Casimiro Ortas.

En el mismo teatro se celebró la otra noche el beneficio de Rosario Leóns. El solo aliciente de la función fué ella misma; ella misma, que está cada vez más guapa y cuenta cada vez con más simpatías en nuestro público.

En el Reina Victoria hubo racha de beneficios. La Hidalgo, la Harita y la Crehuet, pudieron advertir que el número de sus admiradores es ilimitado. Hubo aplausos y hubo flores, y hubo esa especial cordialidad que se establece siempre entre el público y los artistas que Cadenas dirige. Dos compañías modestas, al frente de las cuales figuran prestigiosos actores, están realizando en pequeños teatros, brillantes temporadas: en el Coliseo Imperial, Emilio Mesejo hace las delicias del público, en su doble calidad de actor y de autor, porque el gran Mesejo nos ha resultado ahora un autor con mucha gracia. ¿Quién había de decirselo en aquellos tiempos del Julián de *La verbena*!

Emilio Portes, en el teatro de Fuenca-rral, también gana honra y dinero. Portes ha conseguido hacersé popular en toda aquella barrida; bien es verdad que ha interpretado allí un variadísimo re-

peritorio, desde *El abuelo* a *La tragedia de Lavina*. Cultiva las notas trágicas y cómicas; y las dos con bastante acierto.

Ultimamente ha estrenado Portes una obra, que merecía el escenario de un teatro de primer orden: *La tragedia del bujón*, adaptación en verso castellano, del famoso *Le roi s'amuse*, de Victor Hugo, hecha por los señores San José y Reoyos. Obra de contrastes, de luchas, se apodera pronto del corazón del espectador. El bujón que osó reírse del dolor de un padre, y es víctima de la misma desgracia, comienza por interesar y termina emocionando honda y reciamente. La labor de los adaptadores, que demostraron una vez más sus condiciones de poetas, es muy acertada, y así lo reconoció la concurrencia, obligándoles, con sus aplausos, a salir a escena.

Otros teatros populares siguen dedicados al género chico, tan atacado, tan desdenado y tan necesario; sin embargo, de levantar. Novedades está próximo a cerrar sus puertas, y su compañía, con María Lacalle como primera figura, se prepara para hacer una excursión veraniega por provincias. En cuanto a La Latina, que es un teatro de una gran capacidad, a viento en popa, después de los éxitos de *La pelusa*, de Pepe Ramos Martín y Jacinto Guerrero, y de "El 5005", de Guillermo Perriá y Tomás y Celestino Roig. Ahora, García Ibáñez ultima otros importantes estrenos.

Zorrilla no se ha dado por satisfecho con lo que ha ganado en su campaña del Infanta Isabel, y ha pasado al teatro del Centro, dispuesto a aguantar todo el calor que queda. Si tiene un poco de suerte seguirá haciendo negocio, porque Zorrilla tiene en Madrid muchas simpatías, conquistadas a fuerza de talento y de trabajos.

Ya funcionan también varios teatros de verano. En el Paraiso, el bello parque que se extiende entre las calles de Hermosilla y Alcalá, ha inaugurado el Casino de Antozes, como veraniega, una temporada de zarzuela. Parece que atiende bastante la presentación de las obras; la compañía demuestra la hábil dirección artística de don Manuel Fernández de la Puente.

En el Retiro, la concurrencia es, como todos los veranos, considerable. El espectáculo lo constituye una compañía de circo ecuestre; pero eso es lo de menos: lo principal, en las noches del Retiro, es el aire fresco, que permite disfrutar de unas horas agradables, viendo muchachas bonitas.

En Parisiana se cultiva la revista musical, vistosa y acaso un tanto excesivamente picaresca. Es un género parecido al que ha habido durante el invierno en la *brasserie* del Palace. Tiene su público, poco amigo de pensar, y sí de divertirse.

Y si anotamos, para terminar los llenos que proporeionán al Circo de Price las luchas greco-romanas, de las que son De Riaz, Costant le Marin y Ochoa, las principales figuras, sabremos dado un vistazo general y ligero a la vida teatral madrileña en el momento actual.

No es mucho el movimiento, pero otros años ha sido menos, y nos hemos conformado.

¡Con tal de que sea avanzada de una buena temporada de invierno!

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El paréntesis del verano.--Los "ases" trabajan.--Novedades madrileñas. Varios beneficios y algunos estrenos.--Los del Vitoria a Avilés.--El teatro y sus "rivales".

Madrid 22 de julio de 1920.

Decididamente, el verano en Madrid es un completo paréntesis en la vida teatral. Dentro de unos días, cuando Apolo haya terminado y el Reina Victoria cierre sus puertas en espera de que su compañía regrese de Asturias, no funcionarán más teatros que el de la Latina, que, con el ventanillo de la calle de Toledo, ya tiene bastante para llenarse, y el del Paraíso, que es, francamente, un teatro muy de verano. Porque, si bien es verdad que también darán espectáculo la Zarzuela y Fuen-carral, no es menos cierto que cultivan y cultivarán en estos meses, como otros muchos salones, y "recintos", el cinematógrafo y las variedades.

Dicen "los técnicos" que este paréntesis le conviene al teatro, porque así, al llegar el otoño comienza la temporada con una fuerza inicial muy halagadora. Claro que entonces el público se lo lleva el teatro "que tiene obra", y que ahí es donde, de verdad, está el secreto de las grandes compañías.

Montar bien las obras, teniendo en cuenta el grado de cultura literaria y artística que ha alcanzado ya el público; cuidar su interpretación, reuniendo un adecuado cuadro de compañía; todo eso es, no solo conveniente, sino necesario. Pero, en primer término, la obra, reina y señora. En encontrándola, ya pueden dormir tranquilos empresarios y actores. Los únicos que acaso se indignen, serán los actores que aguardan turno; mas a esos les queda el recurso de tener paciencia, afinar luego, superando con su producción la anterior, y hacer, a su vez, pasar fatigas a los que han de sucederles.

Como todos estamos en el secreto, a estas alturas ya están los empresarios comprometiendo para este invierno a los "ases" de nuestro teatro. Algunos autores han terminado ya sus comedias o zarzuelas, otros trabajan en ellas, varios piensan trabajar, pero todos, más o menos, han formulado sus promesas, y, como son personas serias, darán sus obras... y sus obras darán dinero, y, ¡quién sabe si un poquito también de gloria!

Benavente ha manifestado que la atención constante que presta a los trabajos de su compañía, que está por el Norte, no le impedirá producir, ni mucho menos, los Quintero, que a raíz del fallecimiento de su hermano Pedro—modelo de caballeros,—renunciaron a toda labor, se han re-cludido ahora en El Escorial, y allí trabajan para poder medio cumplir con las demandas de unos y otros; Linares Rivas, de regreso de América, nos dará a conocer varias de sus últimas producciones, de una de las cuales, *Cristóbalón*, se hacen por anticipado grandes elogios; Muñoz Seca ha ido este año a San Sebastián, y su colaborador Pérez Fernández, a Andalucía; Torres del Amo veranea en Villalba; Vives estuvo en su residencia veraniega cerca de Barcelona, volvió, y parece que otra vez marcha para allá; Arriché trabaja en su casa de Torreledones; Serrano, ya saben mis lectores...

En realidad, el paréntesis a que antes me refería, conviene. Pero por lo que más conviene, es porque lo aprovechan los autores para escribir sus mejores obras, aquellas que, por lo menos, quieren hacer con más cariño, dedicándoles estos meses de sosiego, libres de las preocupaciones de ensayos y estrenos.

Aquí, mientras tanto, nos divertimos. ¡Vaya si nos divertimos!

Con la compañía de gallos adivinadores que actúa en la Zarzuela, unas cuantas bailarinas y el anuncio de que en el Retiro comenzará en breve un nuevo torneo de la "culta y decentísima" lucha greco-romana, ya estamos todos encantados. Con eso y un poquito de fresco que se apiadara de nosotros, ¡tan contentos!

De novedades que merezcan la pena de recogerse, ha habido últimamente los beneficios en Apolo de Gallego y Mauri. Estos dos actores, estudiosos, con gracia y

naturalidad, han sabido captarse en Madrid muchas simpatías. Galleguito, que consiguió al fin dar a su arte personalidad, es hoy, sin duda, uno de los mejores tenores cómicos de España. Dicese que, al disolverse ahora la compañía de Apolo, le han ofrecido a Gallego contratos muy ventajosos. No es de extrañar, pues su concurso en toda compañía es valiosísimo. En cuanto a Mauri, no es poco haberse abierto camino actuando al mismo tiempo que Ortas y Galleguito. Claro que Mauri fue ya aplaudido cuando vino con la compañía de Penella, pero hasta ahora no se había destacado bien.

En el beneficio del primero se estrenó una obra graciosa de los señores Larra y Lozano, con música muy bonita del maestro Alonso. Se titula *La Magdalena te quie*, y gustó mucho.

Mauri repuso la noche de su beneficio *El barquillero y Las doce y media y sereno*, que sirvieron para demostrar que, aunque los años no pasan en balde, lo que es bueno tiene siempre admiradores.

En el Reina Victoria hubo otro beneficio: el de esas tres lindas tiple que se llaman la Pinillos, la Lledó y la Saavedra. Fueron aplaudidísimas y agasajadísimas. El público sin apenas parar mientes en que la representación se hizo, como todas estas noches, a piano solo.

Y es que el conflicto con los profesores de orquesta continúa en el Reina Victoria. La empresa no cede, los profesores tampoco, y lo más sensible es que no se ve la posibilidad de un arreglo, porque Cadenas es hombre de carácter firme y parece que está decidido a no transigir.

Por lo pronto, la compañía del Vitoria marcha ahora a Avilés, donde actuará unos quince días. Va, ventajosamente contratada, a inaugurar un nuevo teatro. Ya han salido para Asturias varios vagones con vestuario y decorado.

En el teatro de la Latina ha obtenido el éxito que era de esperar, el sainete de Pepe Angeles y Leo, *Tó está pagado*, conocido y aplaudido hace dos años por el público de Valencia. Y como se trata de unas escenas muy bien vistas, que tienen gracia, el público de la Latina ratificó con sus risas y sus aplausos el fallo de Valencia, Barcelona y las demás poblaciones donde se ha hecho la obra.

Ahora ensayan una farsa trica de Ramos Martín y el maestro Guerrero, titulada *Ramón del abuelo mío*, que coincidirá, en su estreno, con el beneficio de García Ibáñez, director de la compañía.

En el Paraíso fue el primer estreno la revista *El imán*, de don Antonio López Monis y el maestro Fuentes. La obra gustó; pero hubiera gustado igual—teniendo como tiene condiciones para ello,—si, por respeto y decoro, hubiese prescindido el autor de varias irreverencias y frases de mal gusto, siempre censurables, y mucho más tratándose de López Monis, cuya cultura y cuyo talento teatral le relajan de la necesidad de recurrir a fáciles, y generalmente equivocados, efectismos.

Como *El imán* es vistoso, tiene gracia y está avalorado por varios números de música alegre y agradable, está llevando público al Paraíso.

Y nada más. Ya han comenzado las obras en lo que fué Gran Café (antes For-nes). Van a hacer un gran *cabaret*, a construir una especie de galería de invierno al nivel de la acera... ¡Qué se yo!

Madrid se está europeizando en *cabarets, music-halls, danzings, restaurants* nocturnos y recreos de todas clases.

El teatro, el verdadero recreo espiritual que ha sido y será siempre el espectáculo de los pueblos cultos, es el que necesita, si no europeizarse, si adquirir en Madrid el desarrollo debido, imponiéndose con el prestigio de su arte a esa ola de pequeñas diversiones, que desorientan y estragan el gusto en los públicos.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Vientos de fronda.—Ante la próxima temporada.—¿Qué habrá en Apolo?—Un teatro de mala suerte, que fué luego el predilecto de Madrid.—La empresa Arregui y Arnej. Obras y actores de Apolo.—¡Buena suerte!

Madrid 28 de julio.

Vientos de fronda se agitan por los menudillos teatrales madrileños. La perspectiva de la próxima temporada ha vuelto a poner los nervios en tensión, y se habla de próximos conflictos, se anuncian formaciones de compañías y se inventan mil cosas, disparatadas unas y con más fundamento otras.

Las dimisiones en la directiva del Sindicato de Actores; la cuestión del Reina Victoria, cuyos artistas se dan de baja en el Sindicato, y cuya empresa sigue decidida a funcionar sin profesores de orquesta asociados; el rumor de que la Asociación de Profesores de Orquesta piensa presentar nuevas bases relativas al número de actos que han de tocar por día; la disolución y nueva formación de la compañía del teatro de la Comedia... Asuntos son éstos de positivo interés para quienes viven o se ocupan del teatro, y aún para buena parte del público. De desear es, por bien de todos, que, cuando llegue la hora de funcionar, se imponga el buen sentido y puedan emprenderse temporadas fructíferas, que, para serlo, han de estar necesariamente basadas en la compenetración de la empresa con todos y cada uno de los componentes del artístico espectáculo.

Pero hay en Madrid otro asunto que al público le intriga. "¿Qué habrá en Apolo el año que viene?", se pregunta el buen aficionado, que conserva su costumbre de darse casi todas las noches, en invierno, un vueltecito por el teatro de la calle de Alcalá.

¿Qué habrá en Apolo en el próximo otoño? A juzgar por lo que la prensa nos cuenta, no es fácil asegurar nada. Paco y Eulogio Velasco, los emprendedores empresarios valencianos, que han adquirido la flaca, hacen sus planes para su primera campaña en su teatro. Sin embargo, Vila, el actual empresario, asegura que él seguirá funcionando, y Ortas ha hecho público uno de estos días que, a partir de septiembre, cuando regrese de una excursión que va a hacer por provincias, actuará, como siempre, en el teatro de Apolo.

Poco hemos de tardar en salir de dudas. Mientras tanto, la gente que acude ahora a las últimas funciones de la temporada—*El amigo Melquiades* y *El último chulo*—no oculta su curiosidad por saber "qué habrá el año que viene" en el coliseo más popular de Madrid.

He dicho más popular, y así lo creo, porque Apolo, frecuentado por todas las clases sociales, es hoy tan familiar al público del barrio de Salamanca como al de Argüelles, al del distrito de la Latina como al de Chamberí. Por algo ha sido durante tantos años la *catedral* del género chico, de ese género que llegó a ser tan grande y que, por desgracia, hoy se nos muestra, si no viejo, enfermo por lo menos.

El teatro de Apolo, ¡qué de recuerdos tiene para los madrileños! ¡Cómo no recordar que el teatro que puede considerarse hoy como predilecto de nuestro público—es el único que muchas veces se llena sin que el cartel ofrezca novedad alguna,—fue durante mucho tiempo considerado como uno de los más desgraciados de la Corte!

Se inauguró el teatro la temporada de 1873-74 con una importante compañía de verso, a cuyo frente figuraba como director y empresario el ilustre actor Manuel Catalina. Formaban el cuadro artístico Matilde Díez, Antonio Vico, Miguel Cepillo y Gabriel Sánchez de Castilla. En total, la compañía era muy notable, especialmente por los admirables conjuntos que lograba.

A pesar de los méritos de la compañía y de haber estrenado obras de los más ilustres autores, entre ellas *El libro talonario*, primera producción de don José Echegaray, la temporada resultó desastrosa, perdiendo Catalina de quince a veinte mil duros.

Se comenzó a decir que hacía en el teatro una temperatura excesivamente fría,

y que al levantarse el telón se producía una violentísima corriente de aire. Esto fué, en parte, corregido, pero por ésta o por otras razones, el hecho fué que cuantas temporadas se hicieron; resultaron por el estilo, y que durante diez o doce años no hubo en Madrid teatro de tan mala suerte. Otro de los defectos que se ponían al teatro, es que estaba muy lejos.

Las compañías de diversos géneros que desfilaron por Apolo durante ese tiempo, hicieron todo lo posible por medio mantenerse; pero era inútil, y los dueños del teatro tuvieron que llegar a dar el edificio gratis, para que el coliseo no dejase de funcionar y no se desacreditase por completo. El primer actor Ricardo Morales, con una modesta compañía de verso, actuó en esas condiciones, y aún le costó gran trabajo mantenerse, pues la noche que se habían vendido tres o cuatro filas de butacas, se consideraba como un entradón.

Pero todo cambia en esta vida, y la suerte de Apolo cambió de pronto. Don Francisco Florez García, hablando de este hecho, recordó en uno de sus interesantes artículos sobre "Cosas de teatros", la noche famosa en que Apolo abrió sus puertas en el otoño de 1886 para continuar representando la revista de Felipe Pérez y el maestro Chueca, *La Gran Vía*, cuyo éxito excepcional había llenado durante todo el verano anterior la sala del teatro Felipe. La popular revista, en pleno triunfo, siguió llenando Apolo durante centenares de representaciones. Don Felipe Ducazcal y don Enrique Arregui fueron los afortunados empresarios, en combinación con Ricardo Morales, que había sido impuesto por los propietarios. Aquella temporada, en la cual se estrenó también el episodio nacional *Cádiz*, fué de un magnífico resultado. Desde entonces fué ya Apolo uno de los más grandes y seguros negocios teatrales. Pasado el primer año, desapareció Morales de la empresa y entró en ella don Luis Arrej. Más tarde se retiró también Ducazcal, y quedaron solos Arregui y Arnej, que fueron durante muchos años los amos y señores, como empresarios, del género chico. Por la seriedad con que procedían, por la dirección que supieron dar al negocio, por las atenciones que guardaban a sus autores, consiguieron hacer temporadas a cuál más brillantes, estrenando la mayoría de las "obras cumbres" del género chico español. Después, habiendo abandonado el negocio Arnej, y muerto Arregui, pasaron a ser empresa Enrique Chicote y el señor Vila, que son los que lo regentaban en la actualidad.

¿Cómo hablar de Apolo sin evocar los nombres de algunos artistas allí consagrados y los títulos de obras allí triunfantes? Vico y Catalina en la primera época, y después Manolo Rodríguez, Emilio Carerras, los Mesejo, Ontiveros, la Campos, la Pretel, Isabel Brú, Joaquina Pino, la Vidal y tantos otros popularísimos artistas, fueron los creadores de tipos imaginados por Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Arniches, López Silva, Perrín y Palacios, y varios más afortunados autores. Y *La verbena de la Paloma*, *El Santo de la Isidra*, *Pepe Gallardo*, *La Revoltosa* y otras obras de gran éxito marcaron el apogeo de un género genuinamente español, que los autores y los artistas españoles debían atender con preferente solicitud.

Ahora, Ortas, Galleguito y la Leonís, han sido continuadores felices de aquellas tradiciones.

Con ellos o con la compañía que los hermanos Velasco formen, el teatro de Apolo, si va bien dirigido, y si, sobre todo, cuenta con obras, podrá seguir mereciendo la predilección del público madrileño.

Por algo para todo autor que comienza—músico o libretista,—constituye algo así como el *sumum* de sus aspiraciones estrenar una obra en Apolo, de Madrid.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El verano y la noche.—Los espectáculos al aire libre.—El Buen Retiro de ahora y el de antaño.—Recuerdos de fiestas.—La desaparición de los jardines.—El triunfo de las luchas greco-romanas.

Madrid 5 agosto.

Madrid, en verano, vive de noche. Madrid, que es una población que pudiéramos llamar de buenas costumbres, si la comparáramos con Barcelona, París y otras ciudades donde la noche triunfa en toda época, suele recogerse a la hora de la salida de los teatros; y sólo una minoría queda rezagada en los cafés céntricos o se refugia en los cabarets y restaurantes elegantes, que intentan poco a poco cada vez más, pervivir y destruir, por tanto,—a la juventud que entre sus garras seductoras cae.

Pero en llegando los meses estivales, Madrid se transforma. No es una minoría; es el buen público el que a las diez o las once de la noche se echa a la calle, para poder encontrar algún alivio al sofoco que el calor, durante el día, le produce. ¿Quién sale de casa en el centro del día? Solo los infelices que tenemos obligaciones que tenemos obligaciones que cumplir. En cambio, ¿quién se resiste a marchar, cuando las brisas de la noche empiezan, al paseo de Rosales, al parque del Oeste, al nuevo parque del Sur, a la Castellana, al Hipódromo, o al Retiro, en busca de un poco de fresco que nos consuele? Así, sucede que en esta época es frecuente y natural ver grupos de familias tranquilamente sentadas en Recoletos a las tres de la mañana, o pacíficos burgueses paseando por las calles más anchas, sombrero en mano y dispuestos a ver amanecer.

Siendo esta la vida de Madrid, nada tiene de extraño que los espectáculos públicos que más favorecidos se ven ahora, son aquéllos al aire libre. Parisiana, el Paraíso, el Retiro, ofrecen las ventajas de su agradable temperatura, y si hemos de ser sinceros, ninguno como el último reúne las condiciones apetecibles para el deseado descanso y esparcimiento que la gente ansia. Los jardines del Buen Retiro, por su altura y por sus frondas, están verdaderamente deliciosos. El espectáculo es lo de menos; allí se va, en general, para pasear, para tomar el fresco, y si las atracciones merecen alguna vez la pena, mejor.

Ahora actúa en el Retiro una compañía de circo ecuestre; más allá de la pista hay un tiro al blanco; al otro lado, una tómbola; más lejos, un estanque con sus patos. Y en el centro, el kiosco de la banda de música, que unas veces ocupa la municipal, y otras la de ingenieros. Al otro lado, frente al restaurant, se eleva, a medio construir, el futuro teatro.

Y por todas partes, sobre todo, alrededor del kiosco, este buen público madrileño, que en verano parece de capital de provincia de segundo orden, se acomoda en sillas volantes, y forma sus tertulias... y oye los conciertos.

¡Noches del Retiro! Entra las muecas de los payasos, las melodías de las músicas, los estampidos del tiro al blanco, el revoloteo de los abanicos y el rumor de las conversaciones, nacen, como en cualquier lugar de verano, noviazgos que acaban con la llegada del otoño; se forjan ilusiones, que octubre torna en desencantos, y se van viviendo unas horas de ensueño, que mueren cuando los árboles comienzan a perder su pompa y los alegres gritos de la farándula llaman otra vez a su reino a sus siempre fervorosos súbditos.

Pero no son solo jóvenes enamorados los que acuden al bello parque, ni bulliciosas familias, ni padres vigilantes. Se ven con gran frecuencia, bajo las frondas, personas aisladas, hombres de trabajo, que acuden para proporcionar a su cuerpo y a su espíritu unos minutos de sosiego.

Una de las pasadas noches, allí me encontré a un buen amigo que, si no peina canas, es por la sencilla razón de que a los treinta años apenas quedó un pelo sobre su ya reluciente cabeza. Hablamos de mil cosas, y la conversación recayó, viendo el aspecto de estos jardines, en temáticas sugeridoras como el de recordar aquéllos otros jardines del Buen Retiro que fueron las delicias de nuestros pa-

dres; y que nosotros mismos alcanzamos a ver en sus postrimerias.

Aquellos jardines, emplazados en el lugar que hoy ocupa el Palacio de Comunicaciones, fueron encanto y predilección de nuestros antepasados. Tenían un carácter más distinguido que éstos, y las representaciones de ópera que en aquel simpático teatro se daban todos los veranos, llegaron a tener algo más que popularidad, por la importancia de algunos de los cantantes que por allí estuvieron.

¡Aquél Buen Retiro! Mi amigo, aficionado a las lecturas históricas, fué sin querer evocando los orígenes de los bellos jardines. Se inauguraron en la noche de San Juan de 1631, con un gran festín, y fueron iniciativa del conde duque de Olivares, que quiso de este modo atraer hacia aquellas colinas (de la parte Este de Madrid al Rey Felipe IV. Junto a los jardines mandó edificar su palacio el de Olivares, unido al teatro de San Jerónimo.

El 1.º de octubre de 1632 fué el Monarca a ver el parque, que le encantó. Días después celebró allí una fiesta para solemnizar el nacimiento del Príncipe, Fernando, hijo de la Emperatriz doña María, hermana del Rey.

Cuentan las crónicas que salió a recibir al Soberano el alcalde honorario de los jardines, que era el propio conde-duque, quien le entregó en una fuente de plata, las llaves del parque. Horas después se celebraba la primera *fiesta del amor*, como la llamaron, y bolsillos de amor llenos de esmeraldas y ricos cortes de vestido, fueron los obsequios con que se premió su belleza a las damas de la Corte.

El día 5 hubo más festejos, que comenzaron por un juego de cañas, en que corrió el Rey las suyas, acompañado por su privado, haciendo luego lo propio los condestables y los almirantes y los señores de las Casas de Castilla. Terminaron los festejos con una corrida de toros y con una "carrera de sortijas".

A estas fiestas siguieron, entre otras, la organizada en 13 de enero de 1637, que se celebró en la "plaza de la Pelota", enclavada, según se cree, entre lo que es hoy Museo de Artillería y la actual calle de la Lealtad. Tuvieron estas diversiones carácter de fiestas romanas, en las que se distinguieron el conde-duque de Olivares, los duques del Infantado, Pastrana, Híjar y Peñaranda; el marqués del Carpio y los condes de Oropesa, Morante, Alba de Liste y Riela.

Desde entonces se sucedieron las fiestas con gran brillantez, y desde entonces los jardines del Buen Retiro fueron testigos de innumerables escenas de amor, sucesos trágicos y otros hechos, como por ejemplo, el salvamento heroico de varias damas en el estanque durante una noche de 1868.

Después, en los finales del siglo XIX, aquél madrileño no acuña, por las noches de verano, a las alamedas del típico Buen Retiro? Pero llegó, de pronto, un trágico día, y los bellos jardines hubieron de desaparecer, para que en sus terrenos se alzaran modernas construcciones. Madrid entero protestó contra ello, y aunque luego ha reconocido la conveniencia de la reforma, que ha hermoseado la población, no por eso deja de recordar con cariño y hasta con un poco de melancolía lo que fué lugar de brillantes festejos en sus tiempos primitivos, y lo que más tarde constituyó el más ameno parque de espectáculos.

Para sustituir al Buen Retiro, abrieronse, algo más arriba, estos otros jardines, de la misma procedencia, que llevan el mismo nombre. El público ya se ha habituado a ellos, y poco a poco, se va formando una nueva historia.

Mi amigo calló. Entusiastas aplausos que partían del circo, llamaron nuestra atención. Dos Hércules, jadeantes y sudorosos, saludaban sonrientes al público; después de un encuentro tenaz.

Las luchas greco-romanas triunfaban entre las arboledas del Buen Retiro.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

Una aventura de Pierrot y Colombina.—La temporada próxima en Madrid.—Teatros y compañías.—Obras en preparación. Los novedades últimas.—Bajo la luna...

Madrid 12 de agosto.

Es noche de luna llena; los árboles de los jardines apenas si mueven sus hojas de plata, que proyectan sus sombras sobre la tierra seca, formando, al parecer, como una alfombra encantada que al arrullo de las brisas se moviera.

Por el jardín de ensueño cercano a la Villa y Corte aparecen, corriendo una tras otra, dos siluetas blancas. Exhortaciones, súplicas, promesas, brotan de los labios de la que persigue; risas, bromas, leves gritos aparecen en la garganta de la perseguida. Pierrot, una vez más, implora el amor de Colombina; y una vez más lo implora en vano, porque ella, atrayente como nunca traviesa y juguetona como siempre, salta más que una corza y se desliza veloz entre la arboleda, sin que los amantes requirimientos del fatigado galán puedan detenerla. Y en tanto la luna serueja una cara que bondadosa sonríe al contemplar el curioso desfile de las dos siluetas, bajo el misterio de su luz argentada.

¿Dónde va Colombina? ¿Lo sabe acaso Pierrot? ¡Bah! Lo de menos es el sitio. Colombina corre y corre hacia Madrid porque quiere divertirse, y su enamorado intenta darle alcance; precisamente para que no se divierta. Al fin ella se detiene; no puede más. Jadeante llega él a su lado; va a regañarla; pero la mira, y nuevamente perdona. Entonces ella, toda blanca, confiesa su propósito. Colombina es muy curiosa; no puede remediarlo, pero es muy curiosa, y ha querido saber en qué se ocupan y qué hacen sus antiguos compañeros de la farándula. Sabe que con el otoño se abrirán en Madrid teatros y teatros, pero ignora lo que en cada uno de ellos va a ocurrir.

Y así se presenta ahora en ese que pudéramos llamar "Teatro de invierno de Madrid", y, acompañada ya de su galán, corre a la embocadura, puesto que la sala está aún vacía, y, empujándose sobre sus pies diminutos, mira, por un agujerito del telón, hacia adentro, y aplica el oído de cuándo en cuándo.

—¿Qué ves?—le pregunta Pierrot.

—Veo las distintas compañías que se forman, los empresarios que ultiman sus preparativos, los autores que llegan con sus libros o sus partituras, los profesores de orquesta que acuden con sus instrumentos, los sastres que presentan lujosísimos modelos, los pintores que enseñan artísticos bocetos de decorado. ¡Qué mundo tan extraño y tan divertido!

—Pero, ¿están todos juntos?

—No, tonto. Están agrupados por teatros; pero a todos no se les ve bien. Allí los del Reina Victoria, allá los de Eslava, al otro lado los de la Zarzuela, los del Infanta Isabel, los del Español. Casi todos están aún como entre sombras, de tal modo, que apenas puede decirse quiénes son. En unos grupos ya se está ensayando, en otros, los directores hablan y gesticulan, y en otros solo hay unos cuantos artistas sentados y tomando café, en espera de que lleguen sus compañeros y comiencen los ensayos. Algunos sitios observo que están vacíos y reservados a varios teatros; es, sin duda, que sus compañías, formadas y en plena actuación, se hallan en poblaciones veraniegas y no tienen más que llegar y dar comienzo a sus funciones. Sin embargo, sus representantes en Madrid no se duermen y conversan con los autores o con los periodistas que llegan acerca de sus planes para la próxima temporada.

—Buena, pero dame algunos detalles.

Colombina sonríe, y sin dejar su observatorio, continúa:

—Mira. Allí, en el sitio del Reina Victoria. Todo está dispuesto para reanudar las funciones en cuanto la compañía regrese de Avilés, donde tan gran éxito ha obtenido. Están terminados todos los ensayos de *El príncipe Carnaval*, que, según se dice, se eternizará en los carteles. Después se estrenará, probablemente, la obra de los señores Alvarez Quintero, anunciada desde el año pasado.

En el lugar del teatro de Eslava también se prepara una temporada brillante. La

compañía que dirige el señor Martínez Sierra—que ahora en San Sebastián alcanza a ciertos grandes éxitos, en los que Catalina Bárcena tiene principalísima parte,—volverá a instalarse en su coliseo del pasadizo de San Ginés. No hay más variación, con respecto al año pasado, que la que supone la sustitución de la *Argentinita* por *María Esparza* para el espectáculo del *Kursaal*.

—Y de obras nuevas, ¿no oyes nada, Colombina?

—Aguarda. Únicamente he podido coger, al vuelo, algunos títulos: *La voluntariosa*, comedia en tres actos, original de Felipe Sassone; *Pigmalión*, comedia en un prólogo y cuatro actos, de Bernard Shaw, traducción de Julio Brouta; *La niña tiene voz*, comedia en tres actos, de Fonson, traducción por Gregorio Martínez Sierra; *El hombre que quiere comer*, comedia en dos actos, de Tristan Bernard, adaptada por Joaquín Abatí.

—¿Y para el Kursaal?

—Solo he oído *El Carnaval de Puck y de Plöck* en un acto, de Morris, pero por lo que siguen hablando, deduzco que tienen preparadas muchísimas cosas más.

También parece todo ultimado en el teatro de la Zarzuela.

—¿La compañía del maestro Serrano?

—Esa vendrá después. ¡No seas impaciente, Pierrot! En septiembre llegará la de Esperanza Iris, que quizás actúe hasta febrero. Según oigo, tiene el propósito de estrenar operetas de autores españoles. ¿Me parece muy bien! ¿A ti también, verdad?

En los ojos de Pierrot puede observarse que a él le parece bien todo lo que dice ella.

Colombina sigue mirando, oyendo y hablando:

—En el Español actuará la compañía del ilustré don Jacinto Benavente, con muy pequeñas alteraciones; en la Princesa, cuando regresen de la Argentina los no menos ilustres María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza; en el Cómic, Loreto Prado y Enrique Chicote.

—¿Y en la Comedia y en Apolo?

—¡Uf! ¡Qué confuso está eso! No se ve apenas, Pierrot. En el sitio de la Comedia sí se advierte a don Tirso Escudero, y luego a vislumbrar a distintos actores y actrices, pero no les distingo bien. Parecen caras nuevas en aquel sitio. Lo de Apolo está aún más horroso. Hay gente, se nota que hay gente, pero aún no puedo decirte quiénes son ni quién les dirige.

En otro grupo, más acá, se habla de obras próximas; de que los Quintero tienen ultimada una zarzuela en tres actos, con música del maestro Luna, titulada *Los papiros*, y un saixete titulado *El Dos de mayo*, musicado por el maestro Barrera; de que Muñoz Seca tiene en cartera unos treinta actos; de que Benavente y Lizares Rivas tienen también mucha labor preparada ¡Qué bien lo vamos a pasar este invierno, Pierrot!

Pero Pierrot no responde. Se ha quedado mustio y pensativo, calculando que no ha de tener recursos suficientes para llevar a su amada a cuantos sitios quiere ella ir. Colombina lo comprende, y pronto le alienta.

—Verás, verás cómo ganamos un fortuna. Por ese mismo agujerito se ven también los teatros que ahora actúan. Allí, el Paraíso, ofrece *La última revista*, de Romeo, Barrera y Quisilant, que está obteniendo un gran éxito; más lejos, en la Latina, Manrique Gil se hace aplaudir en obras de su repertorio, y allá arriba, Pierrot querido, en la terraza del teatro del Centro, Pepe Medina, el gran imitador, hace las delicias de la gente. Vámonos ahora mismo allí, ¡y nos contratamos formando un dúo! Nos harán una buena proposición, porque diremos que somos los auténticos Pierrot y Colombina, de la comedieta italiana.

Y los dos enamorados, bajo la luz de la luna, emprenden su marcha hacia la terraza atrayente, donde Madrid hace que se divierte.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

**Ante el sindicalismo.--¡Un poco de cordialidad!
¿Retirada de Rosario Leonis?--Los noveles.
Sus propósitos y sus aspiraciones.--Nueva
empresa del Real.--Próximo "debut".**

Madrid 19 agosto.

En Madrid, que sigue tan falto de novedades teatrales como sobrado de toda clase de comentarios en cafés y mentideros, apasiona ahora con preferencia el pleito entablado entre las empresas y los actores sindicados.

—¡Allá ellos!—exclamaba no hace muchas noches un conocido autor. Pero éste no tenía en cuenta que, por muchos daños que unos y otros se hagan, con estos pleitos, que a nada bueno conducen—me refiero, sobre todo, al procedimiento,—el mayor perjudicado será, a la postre, el autor, que para nada ha intervenido y que verá reducidas considerablemente sus liquidaciones.

¿Son tan exigentes las aspiraciones de los sindicados?

—¡Ah! Inadmisibles—me ha contestado un empresario que lleva unos cuantos años siéndolo.—Estando gravado el negocio teatral por la cantidad y calidad de impuestos que usted sabe, y no siendo posible aumentar los precios de las localidades, porque el público ya se ha visto que se retrae, supone la ruina de una empresa aceptar todas las condiciones que se exigen. Y de las pequeñas empresas no hablemos. Esas que organizan *bolos* en pueblos cercanos a las capitales y se ven atadas ahora por una serie de compromisos que nunca han existido, desistirán ahora de toda *tourne*, y aguardarán a que pase la nube.

El punto de vista del empresario no estaba mal; pero un actor que es muy popular en Madrid, y tiene probada su sensatez, repto:

—Claro que en parte tiene usted razón, y que en cuestiones artísticas no se puede medir a todo el mundo por el mismo rasero. Pero hay un fondo tal de justicia en las peticiones esas, que yo, en el puesto de usted, las habría aceptado casi íntegras. Y en cuanto a los de los *bolos* no me haga usted hablar, que todos sabemos, por triste experiencia, lo que puede pasar: que más de una y de dos veces me he visto y me he deseado yo para poder salir de un pueblo, en donde, en mal hora, se había disuelto la compañía.

¿Qué se deduce de todo esto? Que unos y otros parece que tienen la razón; pero que es necesario, para que el conflicto halla una pronta solución, que cada parte ceda un poco en su interés y en su amor propio y pueda, de ese modo, hallarse la fórmula ansiada, por corrientes de cordialidad.

Y, como hasta ahora, lo que lleva menos traza de arreglarse es lo de los profesores de orquesta y los coristas, siempre sucederá que se aumentarán las compañías de comedia, mientras que las de zarzuela irán desapareciendo cada vez más, sin que de ello ahora sean culpables los autores... que ya bastante lo han sido en estos últimos tiempos.

¿Será o no consecuencia de estas corrientes semirrevolucionarias la decisión de Rosario Leonis, la bella tiple de Apolo, de retirarse de la escena? Lo ignoro; pero el caso es que Rosarito abandona el teatro, y ya se ha dado de baja en el Sindicato. Qué su hermana Rafaela se casaba y nos abandonaba, era cosa sabida, pero esta resolución de la tiple que ha sido en estos últimos años predilecta de nuestro público, yo, al menos, lo ignoraba, como a estas horas se desconoce en medio Madrid. Puede que no sea más que un propósito, un ferviente deseo; pero, cuando el río suena...

Nuevamente constituyen la actualidad teatral los autores noveles; jóvenes entusiastas, convencidos de poseer indudables condiciones para triunfar en la escena, y a quienes no se oye ni se atiende por esos teatros. Se han reunido, por aquello de que la unión hace la fuerza, y han decidido emprender una activa campaña, con objeto de imponerse de algún modo y poder así llegar hasta el público, supremo juez y señor. De desear es, por todos conceptos, que *Los noveles*—tal es el nombre de la Asociación formada—vean logrados sus ideales, pero mucho me temo que una vez más fracasen tan legítimas aspiraciones, a no ser que vayan acompañadas por una unidad y una perseverancia, poco corriente.

La cuestión del autor novel y la lucha de éste con las empresas, es de todas las épocas y todos los países; es, generalizando, la cuestión de todos los principiantes en cualquier profesión u oficio. Por mucho talento, por muchas condiciones que se tengan, los comienzos son siempre—a no ser que haya determinadas circunstancias que favorezcan el intento,—de enormes dificultades. Por regla general, el que vale llega a triunfar al fin; pero, ¿estamos seguros de que no habrán naufragado a veces en sus intentos muchos hombres de mérito, capacitados para lo que intentaban?

El procedimiento más eficaz sería el de los concursos, siempre que éstos ofrecieran a los autores la suficiente garantía. En concursos que aún están en la memoria de todos, se dieron a conocer saineteros como los hermanos Cueva, y como Asenjo y Torres del Alamo. Fué en un concurso del *Heraldo* donde resultó premiado aquel lindo cuadro de costumbres, *Aquí háse farta un hombre*, con el que Jorge y José de la Cueva obtuvieron en Apoio un resonante éxito, demostrando aptitudes envidiables. Fue en uno de los certámenes del Ayuntamiento donde alcanzó la primera recompensa *El chico del cafetín*, que marcó el comienzo de la brillante carrera teatral de los autores de *Margarita la Tanagra*.

Estimulando con eficaces concursos—que podían abrir incluso las empresas por su propia conveniencia,—a la juventud deseosa de gloria y de dinero, y prestando atención a todo el que demuestra una aspiración noble, podrían obtenerse, sin duda, resultados que habrían de ser beneficiosos para todos.

¿Que no hay quién no haya tropezado en sus comienzos con la aparente hostilidad de los empresarios? Indudable. Allí están los señores Alvarez Quintero, que lucharon no poco, hasta imponerse, con talento y tesón, y allí están esos artículos de don Tomás Luceño, en que graciosamente—¡oh, poder del tiempo, que hace ver las cosas que fueron angustiosas con el cristal del optimismo o la benevolencia!—relata todos sus apuros y fatigas cuando, inútilmente, intentaba colocar en algún teatro la obra que constituía el *sumum* de sus anhelos.

Por eso es de esperar que aquellos jóvenes de esa simpática agrupación de noveles, que realmente valgan, no tarden en salir de su obscuridad para recibir el aplauso alentador del público; pero no confíen demasiado—con poder ser su fuerza mucha,—en la sola eficacia de la Asociación. En el esfuerzo personal, en la voluntad de vencer, y en la constancia individual para lograr el intento, ha de buscar quien tenga confianza en sí propio, las principales armas para vencer. Esa, al menos, es mi opinión sincera.

Una noticia, que a los aficionados a la música interesa, parece confirmarse: la de que el Teatro Real tendrá en la próxima temporada nueva empresa, que será la misma que actualmente tiene arrendada la plaza de Toros de Madrid. Se habla de grandes proyectos y de importantes reformas en perspectiva. Allí veremos.

No sé si esta nueva empresa abrigará los mismos propósitos que la anterior sobre la representación en Madrid de *Mendi Mendigan*, la ópera vasca del malogrado Usandizaga. De todos modos, puede considerarse seguro que en el Real o en otro teatro se hará este año la notable obra. Persona de gran competencia, que la ha oído este verano en San Sebastián, dice que *Mendi Mendigan* es lo mejor de Usandizaga; superior a *Los golondrinas*, y, desde luego, a *La Urrana*.

En cuanto a novedades de estos días, bien poco hay. Manrique Gil sigue llevando gente a La Latina, con las representaciones de *El culpable*, muy a propósito para aquel público, y El Paraiso continúa entregado a la revista alegre y vistosa.

Se anuncia para muy pronto el *debut*, en el Infanta Isabel, de la compañía de Valentí. Anuncia estrepitos interesantes.

Vengan en buena hora, que ya va resultando largo este paréntesis abierto por el calor en la vida teatral madrileña.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

Las primeras avanzadas.--Nieves Lasa vuelve a Madrid.--Raymond de Back, primera actriz dramática.--Una nueva "Muerte civil".--Los de la Comedia y Lara.--Por los alrededores. Un síntoma.

Madrid 26 agosto.

Entre el maremagnum de noticias y de impresiones que respecto a la vida teatral del próximo invierno en Madrid corren de boca en boca, ninguna hay de tanta gravedad como la lucha entre empresarios y elementos sindicados. Claro que ocurrirá lo de siempre; que al fin y a la postre todo se arreglará. Peor que si se hubiese llegado a un acuerdo desde el principio, pero se arreglará.

Mientras tanto siguen las entrevistas, continúan las discusiones, y solo se ve claramente que la vida para las empresas de género lírico va a ser cada vez más difícil.

Por lo pronto, ya se anuncian para muy pronto compañías de verso. Romperán la marcha uno de estos días la compañía que dirige el señor Valentí, en el Infanta Isabel, y la de dramas policíacos en el Cómico. Ambas, con la de Manrique Gil, que actúa en la Latina, serán las avanzadas de la próxima temporada madrileña.

La de Valentí-Vargas es, según mis noticias, una compañía modesta, pero muy disciplinada, que consigue muy notables conjuntos. Como primera actriz viene la artista argentina Nieves Lasa, conocida del público de Valencia y apenas apreciada por el de Madrid, que tan escasa atención prestó en la primavera última a la campaña de teatro argentino que intentó aquella en Cervantes.

Nieves Lasa, que demostró en algunas obras indiscutibles aptitudes, y que tuvo la desgracia de presentarse con inoportunidad de tiempo y de sitio, y con desacuerdo de compañía, podía ahora tener un merecido desquite, no en lo que se refiere a su trabajo personalísimo, que llegó a ser reconocido, sino a su amor propio de artista en general. Por eso constituye un acierto su contrato para el Infanta Isabel.

En el teatro Cómico ya está ensayando la compañía de dramas de espectáculo que dirige el primer actor Ignacio Ivans, y en la que figura como primera actriz la bella señorita Raymond de Back.

Asombra la carrera que ha hecho esta chiquilla a fuerza de intuición, de talento y de entusiasmo. Raymond de Back, que hace dos años y pico era absolutamente desconocida en el teatro, ha tenido que luchar con un factor que, si al principio hubo de favorecerle, después pudo perjudicarle: el acento extranjero.

Cuando debió en el teatro Lara con el primeroso diálogo de Benavente, *Abuela y nieta*, el público se mostró encantado con la ingenuidad de aquella casi niña que chapurreaba, más que hablaba, el castellano. A la gente le hizo mucha gracia y encontró en ello un atractivo singular. Claro es que Raymond de Back, que había sido admirada siendo una niña, en sus paseos por la Castellana todas las tardes, contaba ya con numerosas simpatías. Su elegancia, su finura de ademanes, la inflexión dulce de su voz, cautivaron, y aquella señorita que, como aficionada se presentó ante el público, pudo pensar que no era una locura seguir la carrera dramática.

Dicho y hecho. Poco después, en *El sitio de Gerona*, consiguió un indiscutible triunfo; luego perteneció a la compañía de Vilches, más tarde a la de Guerrero-Mendoza, y el año pasado la vimos, ya corregida notablemente la pronunciación, como primera dama de la compañía *Atenea*, donde hizo una labor seria y apreciable.

Ahora se nos presenta como futura protagonista de dramas truculentos. Tiene alma para poder dar vida y pasión a los personajes "emocionantes" de este género, mezcla de folletín y de película. Pero acaso la sensibilidad artística de Raymond Back no gane nada con esta prueba a que va a someterse. Viene ya como primera actriz; cumple una ilusión. Conformes, mas no debe ser ésta, a mi juicio, la meta de sus aspiraciones. ¿No se encontrará la señorita Raymond con arrestos y condiciones suficientes para hacer algo más que escapar del conde Hugo y compartir las aventuras de Polo?

Como es natural, el primer estreno de la compañía del Cómico, en la que figuran nombres estimables, es con un drama de series (película hablada) en cuatro actos, de gran espectáculo. Se titula *El heredero de Orlanda, o la moneda rota*. Emilio G. del Castillo y Javier de Burgos, que muer-

ven los hilillos de la farsa detrás del tinglado, se proponen, por lo que se ve, tenernos durante una temporada, que yo deseo que sea fructífera, con el corazón en un puño.

En la Latina, después de las representaciones de *El pan del pobre*, la obra de Francos Rodríguez y González Llana, que ha obtenido éxito tan caluroso como en la fecha, ya lejana, en que se representó por primera vez, se ha estrenado una nueva versión castellana de la famosa *Muerte civil*, hecha por don Rodolfo Gil, e interpretada por su hermano Manrique, que tantos aplausos está cosechando.

La nueva traducción, ¿es mejor o peor que la que ya conocíamos? Para todos los gustos habrá. Desde luego puede afirmarse que está bien hecha, como no podía menos de suceder tratándose de un notable escritor que es, a la vez, director de la Escuela Nacional de Idiomas. Además, ofrece ancho campo a Manrique Gil para demostrar la brillantez de sus facultades dramáticas. Y no es poco.

Otro de los teatros que veremos antes abierto es el de la Comedia. Consiguientemente Escudero reorganizar su compañía, y ya andan por ahí los anuncios. Las señoritas Redondo y Carbone, Amalia Sánchez Ariño, Tudela, Barraycoa, Tordesillas, Valeriano León y Asquerino, son las figuras principales de la nueva agrupación.

Ni que decir tiene que las obras nuevas y las de repertorio de Pedro Muñoz Seca, serán base de la temporada.

En Lara, la campaña será brillante. Ya ha llegado a España la compañía de este teatro con el señor Linares Rivas. Dará unas funciones por el Norte y luego vendrá a dar a conocer las obras que últimamente ha estrenado en América.

En Apolo seguimos en pleno pleito, sin que aún se vea claro, y en el Español se anuncian novedades, dignas de la dirección de don Jacinto Benavente. El antiguo corral de la Pacheca—aquel corral de la calle del Príncipe, propiedad de Isabel de Pacheco, que la Cofradía de la Pasión alquiló en 1568 para dar funciones con que procurar recursos para distintas obras piadosas,—ha vuelto en la última temporada a los días gloriosos de antaño. Y si tuvo popularidad con Romez, Mariano Fernández, Teodora Lamadrid y Matilde Díez en los tiempos de *La redoma encantada*, y alcanzó importancia con Catalina, Valero y la Boldán primero, con Calvo y Vico después y con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza más tarde, ahora no merece ni por la presentación, ni por la interpretación, ni por la selección de las obras. ¿Qué se demuestra con ello? Que un espíritu de gran artista, dirigido por una sabia voluntad, puede hacer verdaderos milagros.

A falta de otras novedades en Madrid, merecen anotarse las actuaciones de varias compañías de comedia en pueblos de la Sierra del Guadarrama—lugares de veraneo, muy concurridos por nutridas "colonias". En La Granja, la compañía está bien conjuntada y ofrece los últimos éxitos del año anterior en Madrid. En El Escorial se hallan las huestes que dirige el señor Morello, formadas en su mayoría por los actores que integraron últimamente el cuadro artístico del Coliseo Imperial. Como fin de fiesta actúa el ventrílocuo Balder, que goza en aquel Real Sitio de gran popularidad.

Estas representaciones veraniegas tienen un especial carácter. Asiste a ellas un público, que es el mismo de Madrid, en invierno. Sin embargo, parece otro muy distinto. Ni por un momento aparece con el entrecejo fruncido. Todo le hace gracia; todo lo celebra. ¿Qué de risas en las obras cómicas! ¿Qué de emoción en las comedias sentimentales!

Y es que durante los meses estivales es cuando el público madrileño abandona, sin darse cuenta, su actitud de crítico y va, buenamente, a distraerse. ¡Bastantes cavilaciones le aguardan para el invierno! Y, ¡claro!, para el invierno reserva sus juicios secos y su semblante adusto.

Parece como si, en verano, fuera en Madrid y en sus alrededores el teatro una cosa de juego.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

"¡Ha comenzado!"--Teatros que se abren y estrenos que se anuncian.--Morano a Madrid.--Los planes, las obras y la compañía del ilustre actor.--Un director de peso.--¿Surgirá la obra de la temporada?--¡Buena suerte!

Madrid 2 septiembre.

Esto ya es otra cosa. Pasó la calma superficial del verano, y aunque el calor continúa, comienzan a abrirse teatros, y Madrid parece que renace. Puede decirse que este es el año en que antes han comenzado a funcionar teatros importantes, y el público, llenándolos, va dando la razón a quienes aseguran que es una equivocación dejar a la capital sin teatros en los meses estivales.

El Cómico y el Infanta Isabel actúan desde hace días con pleno éxito. *El Verdadero de Orlandia* o *La moneda rota*, es, como suponía, un drama emocionante, ni mejor ni peor que otros muchos que andan por ahí haciendo, no sé si, las delicias o los estragos del buen público admirador de Raffles y Nick Carter. Gustó mucho, y tanto el señor Evans, como Raimonde de Back, son muy aplaudidos. Ya se anuncia otro estreno: *El secuestro de Lucilla*. ¡Dios nos coja confesados!

El Infanta Isabel sigue representando *El condado de Maivena*. Prepara un estreno importante. Eso es lo que hace falta.

De verdadero acontecimiento puede calificarse la presentación en la Zarzuela de la simpática Esperanza Iris, que ha vuelto, después de su excursión por Barcelona, Zaragoza, San Sebastián, Bilbao y otras poblaciones del Norte. El público, que ocupaba totalmente el teatro, acogió a la artista mejicana con el mismo entusiasmo de siempre, obligándola a repetir los principales números de *La duquesa del Bal Tabarin*.

Esta noche se celebra la inauguración de la nueva temporada en La Latina, y mañana la del teatro de la Comedia, con la reformada compañía de don Tirso Escudero, al frente de la cual figura Barranco. Comienza con el estreno de una obra en tres actos—pronto empieza este año—de don Pedro Muñoz Seca. Se llama *Los misterios de Laguardia*, y ya andan por los círculos teatrales varios de los principales chistes de la producción. Eso es tener popularidad.

En el teatro del Centro se anuncia la actuación de una compañía de comedias, de la que son elementos importantes Miguel Muñoz, Marta Grau y Emilio Mesejo, y en el Coliseo Imperial empezará muy en breve la compañía Gil Andrés-Montenegro.

En cuanto a Apolo, mientras se dilucida el pleito sobre quién tiene derecho a actuar, Vila ha reunido su compañía, de la que forma parte Ortas, y ha dado principio a los ensayos de varias obras.

Madrid renace; Madrid se anima. El telón se levanta, y la gente, cada vez más deseosa y más necesitada de distracciones, acude a los espectáculos alborozadamente. Habrá de todo: emoción, terror, arte, elegancia, limpididad, risa, música de todas clases. Madrid se prepara para un otoño teatral, francamente divertido.

Pero aguarda a los madrileños, además, una sorpresa agradable. Morano, el gran Paco Morano, actuará también este año en Madrid. Y esto es, para cuantos amamos sinceramente el arte teatral, una inmejorable noticia. Morano, que se halla ahora en la plenitud de su arte, es considerado hoy, sin duda alguna, como uno de los mejores, si no el mejor, de nuestros actores dramáticos. Desde luego, es el más completo, pues domina, como el insigne Novelli, desde la nota trágica en el más alto y noble grado, hasta la cómica, deliciosamente llena de humorismo. Las campañas de Morano se han distinguido siempre por su elevada aspiración artística. Ahora, en el teatro de la Princesa, el ilustre actor, gloria legítima de nuestra escena, volverá a admirarnos, haciéndonos sentir la emoción de las cosas grandes.

Francisco Morano se halla ahora en San Sebastián, en el teatro del Gran Casino, donde tres días antes de cada función se agotan los billetes. Tal es el interés que ha despertado. Allí terminará el último día de septiembre, y del 1 al 4 de octubre debutará en la Princesa, de Madrid, probablemente con una obra del inmortal Galdós—*Amor y ciencia*—de cuyo protagonista hace una creación. Ya es de aplaudir en Morano este hecho de querer presentarse en Madrid rindiendo homenaje a la memoria de don Benito.

La lista de estrenos ya preparados es

muy interesante, y hasta ahora no se ha hecho pública. Figuran, entre otras obras, las siguientes: *"Sylok"*, el mercader de Venecia, de Shakespeare; *Vivir*, drama de Enrique López Alarcón; *De la noche a la mañana*, drama andaluz, de José Fernández del Villar; *El caso de los demonios*, drama de Ceferino R. Ayecilla; *Desde el fondo del abismo*, drama trágico de Flavius y Robca, adaptación de Augusto Martínez Olmedilla y Enrique Feduchi; *El propio honor*, novela de *El caballero audaz*, escenificada en tres actos y un epílogo por Antonio Navarro Ordóñez; *En mitad del torcedo*, drama en tres actos de don Andrés de Prada y E. Gómez de Miguel; *Rey y señor*, drama catalán de Pons y Pagés, adaptación de Ramón Almicrao; *La casa cercada*, escenas de guerra y amor, adaptadas por Maristany y Almicrao, y algunas más cuyos títulos aún se ignoran, o cuyos originales no han sido todavía recibidos.

Morano se propone volver a representar algunas obras de gran éxito, hoy olvidadas, tales como *La Valerle en los labios*; *Los resignados*, hecha en Madrid con otro título, hace muchos años, por el propio Morano, con resultado resonante; la ya mencionada *Amor y ciencia*, y alguna otra de Galdós, cuya reposición acaso sea un acontecimiento. Como se ve, su propósito es hacer arte, en el más alto sentido de la palabra.

En Madrid terminará Morano el 6 de enero, con objeto de debutar el 8 en el teatro de los Campos Eliseos, de Bilbao. El miércoles de Ceniza irá a Gijón; de Gijón a Oviedo, y de Oviedo a Valladolid, en donde dará solo unas funciones.

Después, para Resurrección, emprenderá una excursión por Levante o por Andalucía—aún no lo tiene decidido,—y si le queda tiempo, luego una pequeña tournée por el Norte de Africa. Digo "si le queda tiempo", porque Morano saldrá en esa época para la Habana, desde donde le han requerido con tal insistencia, que han vencido su propósito de no embarcarse.

Por esa razón, principalmente, no ha podido aceptar contratos por largo tiempo que le ofrecían en Barcelona, Valencia, Santander y otros puntos.

La temporada que ahora va a terminar en San Sebastián la comenzó el 30 de agosto del año pasado, y durante ese tiempo no ha podido descansar ni un solo día, haciendo sin cesar brillantísimas campañas.

De director artístico y gerente de la empresa va, acompañando al ilustre actor, ese hombre gordo y malagueño que se llama Antonio Navarro, autor, con Pepe Telleche, de *Viejas leyes*, la notable comedia castellana que el público de Valencia aplaudió hace dos años, y que en Madrid obtuvo uno de los mayores éxitos de la temporada.

Como primera actriz lleva Morano a Amparo F. Villegas, cada vez más artista, y como otra primera actriz a Carmen López Lagar. La actriz de carácter es Julia Sala, y otras actrices, muy monas y elegantes, son Raquel Martínez, Puñá F. Villegas y Sofía y Angeles Morano. El primer actor cómico es Juan Espantaleón, y otros actores Gonzalo Llorens, Marcial Morano, cuyos progresos son constantes, López Silva y otros.

Con tales planes y elementos, no es aventurado afirmar que la campaña de Morano en Madrid será este año brillantísima.

Si Benavente hace en el Español, como es de esperar, una temporada digna también de su prestigio, y si en Lara, Eslava, el Centro y otros teatros nuestros principales autores no se duermen, nos aguarda un otoño muy interesante.

Tenemos en España autores y actores que, por su calidad, en nada tienen que envidiar a los de otras épocas. ¿Por qué hemos de ser pesimistas? Jamás ha estado la cultura artística del público al nivel que ahora. Acaso por eso sea más difícil impresionarle y deslumbrarle; pero el teatro jamás ha estado tampoco tan cultivado y tan atendido en todas sus manifestaciones. ¿Por qué no confiar en que de un día a otro puede surgir la obra-cumbre de estos tiempos? Acaso salga en este mismo otoño. Quizás estemos ya casi ante ella.

Por lo pronto, ya se ha levantado el telón, y los comediantes han salido a la escena. ¡Buena suerte, señores!

GUILLERMO FERNANDEZ, SHAW. J

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El pleito sindicalista.--El comienzo de la temporada. Dos poetas franceses rompen la marcha.--El señor Muñoz Seca y su última obra.--Otras novedades.--Chismes y cuentos: se dice...

Madrid 10 de septiembre.

¿Funcionarán, cuando estas líneas se publiquen, los teatros de Madrid? En la Asamblea que esta tarde celebran los empresarios quedará fijada, de modo preciso, su actitud ante el conflicto sindicalista, y es de temer que el acuerdo sea el de cerrar todos los espectáculos públicos o dedicarlos a cinematógrafo y variedades. Hasta ahora, en la confianza de que la cuestión de las compañías frías no tardaría en arreglarse, habrían ido abriendo sus teatros los empresarios de comedia; pero en vista de las nuevas dificultades surgidas entre los actores y las empresas de Apolo, Novedades y Martín, parece segura la solidaridad de todos los empresarios para no someterse a las demandas que consideran injustas.

Sea como quiera, lo cierto es que los perjuicios para libretistas y compositores—que para nada tienen que ver en el pleito,—están siendo grandes, y que luego, ni unos ni otros de los que ahora discuten, se consideran obligados a dar al autor perjudicado la debida compensación.

Es lástima que todas estas cosas ocurran, por estas pecas temporadas cosas comen- zado en Madrid tan brillantemente como ésta y bajo tan buenos auspicios. Compañías muy estimables, anuncios de interesantes estrenos, planes artísticos acertados; de nada, sin embargo, nan de servir si el apasionamiento sindicalista se empeña en echar por los suelos toda la labor proyectada.

Dos altos poetas franceses, de fama universal, abrieron, como con llave de oro, la temporada teatral madrileña. Y el público, que se ríe con las obras cómicas, sabe emocionarse con las manifestaciones de arte elevado, tributó un nuevo homenaje de admiración a los nombres de Víctor Hugo y Edmundo Rostand.

Víctor Hugo, que como poeta y novelista alcanzó el máximo de la celebridad, no consiguió la misma suerte como dramaturgo, aun teniendo obras como *Hernani*, de indiscutible resonancia. Pero época del gran espíritu, que llenó toda una era de la literatura francesa, no se resignaba fácilmente a su inferioridad dramática; trabajó sin descanso detrás del éxito soñado, y una de las obras en que más notoriamente acertó, fué esa *María Tudor*, que, muy bien traducida por el señor Martínez Olmedilla, se estrenó en la Latina con el título de *Amor de reina*.

Pertenece *Amor de reina* al género de los dramas históricos, en los que, sobre un fondo de realidad, vuela la imaginación del dramaturgo. Obra de intensa acción, en algunos momentos melodramática, interesa desde el primer instante y mantiene en suspenso la atención del espectador, con bastante más eficacia que el moderno género policíaco.

La concurrencia aplaudió mucho la obra, y con ella al traductor y a los intérpretes.

En cuanto a Edmundo Rostand, ¿qué decir de su admirable *Cyrano de Bergerac*, repuesto por Miguel Muñoz, al comenzar su actuación en Price? *Cyrano* tiene la virtud de gustar siempre más la última vez en que se leen o se oyen sus inmortales escenas. Cuando Coquelin asombró al público de París en aquella maravillosa escena del balcón—que ahora resulta que no es del todo original, por hallarse análoga situación en la antigua comedia francesa que don Ventura de la Vega tradujo con el título de *El hombre más feo de Francia*,—ni el mismo Rostand creía en el resultado que en todo el mundo había de alcanzar su producción. En España hemos disfrutado varias veces de las bellezas del *Cyrano* en toda su amplitud, cuando nos han visitado compañías francesas. La versión castellana, a falta de otros, tiene el mérito de ser bastante exacta, siguiendo muchas veces al pie de la letra al original; pero a excepción de Fernando Díaz de Mendoza y de aquel primer actor José González, que tuvo un indudable acierto en la composición del tipo, apenas si nuestros actores han rendido el culto merecido a la obra cumbre del teatro poético francés. Solo Miguel Muñoz—justo es reconocerlo,—ha continuado incluyen-

do en su repertorio al *Cyrano*. De lo bien que hace con ello, es prueba la serie de "entradas" que en Price está teniendo; ese teatro-circo de Price, de tan malas condiciones acústicas para obras de verso, que es la desesperación de artistas que saben recitar y gustan de matizar sus parlamentos. ¿Verdad que está usted conforme conmigo, señor Muñoz?

Mientras que por la plaza del Rey sue- nan las inspiradas estrofas de los cade- tes de la Gascuña, en el teatro de la Co- media la gente se solaza con la última obra del señor Muñoz Seca, que ha roto el fuego con toda su batería de chistes, retruécanos y situaciones cómicas. Como siempre que estrena este autor—lo cual equivale a decir que casi todos los días,— ha surgido, con motivo del estreno de *Los misterios de Laguardia*, la inevitable polémica sobre el astrakán y sus cultivado- res. "¡No hay derecho!", grita el especta- dor, después de haberse reído a placer. "¡No hay derecho!", escribe el crítico, a quien no le han hecho gracia las ocurrencias de Muñoz Seca; pero el público llena luego el teatro y el empresario sigue de- seando una obra de ese género.

Y ahí está, a mi juicio, la equivocación. Muñoz Seca, bueno o malo, regocijante o perturbador, digno de una estatua o de una mazmorra, es el primero en su género; es el Rey. De él esperan sus admiradores el gracioso dislocamiento de las escenas, las grotescas exageraciones, los chistes a traición; y como él—que cuando quiere ha- cer teatro serio y cuidado, lo hace, porque tiene de sobra talento para ello,—sabe lo que su público aguarda, no le defrauda en las obras cómicas, sobre cada una de las cuales arroja, por lo menos, un cente- nar de retruécanos.

Eso y no otra cosa es *Los misterios de Laguardia*, que, si de algo peca, es de ex- ceso de chistes, que llegan a fatigar. Pero ¿qué importa eso? El público, que tantos ratos de regocijo le debe, perdona a Mu- ñoz Seca cuando el acierto no es completo y le alienta para que "fragüe" una nueva producción, lo más hilarante posible.

¿Qué ocurre con esto? Que los empresari- os y los autores creen que es el género lo que priva y se lanzan por el camino del retruécano, tras los pasos del autor de *El rayo*, encontrándose con lamentabilísimos tropiezos.

Los demás teatros no dejan de ofrecer novedades. El Centro anuncia el estreno de *La Redentora*, del señor Estradas; el Infanta Isabel y el Coliseo Imperial viven del repertorio, y el Cómico estrena esta noche *El diablo está en el convento*, de los señores Castillo y Burgós.

Dos acontecimientos se aproximan: el estreno en el Infanta Isabel de la come- dia en dos actos, *Don Diego de Noche*, ori- ginal de Eduardo Marquina—cuya trage- dia *Evora* ha obtenido, según los cablegra- mas de América, un gran triunfo en Bue- nos Aires—y la inauguración, en el tea- tro Eslava, de la temporada otoñal por la compañía que dirige Felipe Sassone, y de la que es primera actriz María Pañou.

Sassone nos ofrecerá algunas obras nue- vas suyas. Cuando termine su actuación le sucederá el señor Martínez Sierra, que nos dará a conocer el drama de Bernard Shaw, *Pigmalión*, traducido por don Julio Brou- ta, que ha constituido recientemente en San Sebastián un éxito artístico de consi- deración.

En los mentideros teatrales se habla, cuando dejan espacio para ello las dis- cusiones sobre la cuestión sindicalista, de una porción de cosas más o menos di- vertidas que con quienes viven del teatro se relacionan. Se dice: que en San Sebas- tián sonaron el otro día dos tiros en un escenario, sin que tuvieran más conse- cuencias que una próxima disolución de compañía; que un popular actor cómico se ha visto últimamente comprometido a con- secuencia de ciertos devaneos amorosos; que en el seno de un matrimonio artístico ha habido algo más que arte y que celos; que...

No dirán ustedes que no da de sí una semana teatral.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Se encauzó la corriente.--Los éxitos de Esperanza Iris.--"Don Diego de noche".--Otros estrenos. Próximas inauguraciones.--La temporada del Español y la cuidadosa presentación de las obras. Otras novedades.

Madrid 17 septiembre.

¡Loado sea Dios, que ya parecen encauzadas las turbulentas aguas del torrente teatral sindicalista! La mediación de la Sociedad de Autores dió al fin el resultado apetecido. ¡Si se hubiese empezado por ahí!

Claro está que la solución no ha satisfecho a los empresarios tanto como a los actores; y claro está que, a la postre, los que han salido perdiendo son, como temíamos, los autores, pues si las empresas han de pagar el 25 por 100 de los sueldos, como extraordinaria, por las funciones de las cuatro de la tarde en los domingos, habrá muchos teatros que suspendan esta sección, con lo cual son un par de actos que se dejan de representar; pero el caso es que el conflicto se resolvió y que los teatros líricos anuncian ya la inauguración de sus temporadas, incluso Apolo, donde ayer la empresa, que había sido la más reacia, aceptó también la fórmula aprobada por los demás empresarios.

Y es lo que dirá Esperanza Iris: —"Por lo pronto que me quiten lo bailado... y lo cantado."

"Y lo ganado", añadimos nosotros; porque durante este tiempo, el teatro de la Zarzuela, único de género lírico abierto en Madrid, ha estado de bote en bote, con gran contentamiento de la simpática artista mejicana:

No necesitaba ésta, en realidad, de tan favorables circunstancias para hacer pingüe negocio—ya lo demostró el año pasado;—pero no cabe duda de que no le ha resultado a ella del todo mal el pleito sindicalista. Y ya que de Esperanza Iris hablamos, justo es consignar que en cuantas obras ha representado su compañía—*La viuda alegre*, *El conde de Luxemburgo*, *La princesa del Dollar*, *Bocaccio*—ha obtenido resonantes éxitos, demostrando tanto ella como sus compañeros, que no son infundadas las simpatías que cuentan entre nuestro público.

En los teatros de comedia, la única novedad digna de ser tenida en cuenta, ha sido el estreno de *Don Diego de Noche*, original de Eduardo Marquina. Adelantémonos a decir que el público del Infante Isabel acogió la obra con respeto, pero con cierta frialdad. A nosotros, si no toda, nos gustó buena parte de la obra, en la que el talento de Marquina tiene indiscutibles aciertos.

El protagonista de la comedia, como la flor que le da título, solo se muestra en público de noche. Hijo de un político, ya muerto, que logró fama, Juanito Carmona vive durante el día recluido en el humilde hogar, venido a menos, con sus hermanas; y en llegando las sombras de la noche, pónese un frac y brilla en salones y círculos, acaso en busca de un buen matrimonio. Ese es su carácter; por eso, cuando al final de la obra, Carmona reconoce su error y acepta la boda de su hermana con un honrado albañil, el auditorio no queda completamente convencido, porque presume que, si la comedia siguiera, el autor no tendría más remedio, si se inspiraba en la vida, que volver a presentarnos al protagonista nuevamente como Don Diego de Noche.

Acierto de pensamiento y de desarrollo en algunas escenas, es la obra una especie de boceto de comedia en el resto. Parece como si el señor Marquina, encariñado con la idea, hubiese tenido hechas esas preciosas escenas del comienzo del segundo acto, y, al contraer compromiso de entregar el trabajo en determinada fecha, hubiera precipitado su labor. De todos modos, *Don Diego de Noche* merece la consideración del público, pues representa algo noble, que se aparta de las modernas orientaciones—con excepciones, por fortuna—de nuestro teatro.

Los otros estrenos de la semana no alcanzaron buena suerte. *La redentora*, del señor Estrada, en el Centro, fué rechazada, y *El diablo está en el convento*, en el Cómicó, estuvo a punto de naufragar lo mismo, por la equivocación y el mal gusto de si-

tuar la acción de uno de los actos en el propio Vaticano, haciendo intervenir a unos cuantos bandidos en las incidencias de una elección de Pontífice. Como los autores de esta obra son trabajadores y muy expertos, obtendrán seguramente el desquite en el nuevo drama policiaco que anuncian, titulado *La señorita Fantomas*.

Eslava, Borrás en el Centro, y Morano en la Princesa, preparan ya sus comienzos de temporada. En Eslava fué retrasada la inauguración por enfermedad de la señorita Palou. Se celebrará mañana, con *La de San Quintín*. Es de notar, a este propósito, la coincidencia que nos ofrecen Sassone, Borrás y Morano, al querer rendir un homenaje a la memoria de Pérez Galdós. Eslava con *La de San Quintín*, el Centro con *El abuelo*, y la Princesa con *Amor y ciencia*, dan una prueba plausible de consideración hacia quien—déjense a un lado las ideas—supo honrar la literatura nacional.

También se aprésta a abrir sus puertas el Teatro Español, bajo la dirección de Benavente y con la compañía de Ricardo Calvo. La temporada será breve, porque para primeros de año comenzarán a realizarse en el coliseo municipal las proyectadas obras de reforma. No actuará, pues, la compañía, más que hasta el día de Reyes.

Aunque aún no se han hecho públicos, podemos adelantar algunos de los planes artísticos. Probablemente solo se estrenará una obra: la obligada por el contrato de cesión.

Lo importante será, en vista del resultado obtenido el año pasado, el modo de presentar las obras. Se pondrá en escena *Don Álvaro o la fuerza del sino*, con vestuario completamente distinto del que estamos acostumbrados a ver; los trajes serán de la época de Fernando VI y no de Carlos III, y el decorado será también completamente nuevo.

Se repondrá una obra de don Jacinto Benavente, no representada desde la temporada de su estreno y apenas conocida por la gente: *La princesa sin corazón*. Es una comedia del corte de *La noche del sábado*, y obtuvo un gran éxito. Luego, por diferentes causas, no se ha hecho, y así, ahora, puede el señor Benavente ofrecer la reposición como una indudable novedad.

También se harán *Los intereses creados*, con trajes nuevos inspirados en figurines ingleses e italianos, y en noviembre, los clásicos *Tenorios*, que tienen seguras unas cuantas entradas.

Como se ve, poco tiempo ha de tener Benavente si quiere dar cabida a alguna otra novedad.

En Price, Miguel Muñoz es apludido ahora representando *En el seno de la muerte*, que pese a todos los detractores del teatro efectista de Ecnegaray, sigue impresionando a la gente como en sus mejores tiempos. El Coliseo Imperial ha desempolvado *Las delicias del divorcio*—un divertido arreglo del francés, hecho por don Ceferino Palencia,—y anuncia el estreno de *La piadosa mentira*, comedia en tres actos de los señores Telles de Sotomayor y Grajales, que la compañía Comendador-Montenegro ha hecho con gran éxito en provincias.

Martin comenzará su temporada de género lírico, alegre y vistoso, dentro de muy pocos días, y Cervantes cultivará la zarzuela y el sainete con una compañía que dirige el señor García Ibáñez, integrada por elementos que pertenecieron, en su mayoría, a la que actuó este verano en la Latina.

Si todo lo que se estrene este año en Madrid es—cada cosa en su género,—digno de atención y comentario, atareada va a andar la pluma del cronista. Porque, por los anuncios, va a ser la temporada copiosa en estrenos.

¿Cuántas obras nuevas quedarán de repertorio? Punto es éste sobre el que es imposible hacer profecías.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

En Eslava.--La voluntad de María Palou y el talento de Sassone.--Los nuevos pobres.--Un buen amigo.--Inauguración de Apolo.--Dos "debuts".--Otras novedades.

Madrid 24 septiembre.

El comienzo de la temporada en el teatro de Eslava no ha podido ser más brillante. Para el público de Madrid ha representado la consagración de dos figuras que ya contaban entre nosotros con grandes simpatías: María Palou y Felipe Sassone. Cada uno es un caso de lucha, de constancia y de talento. En María Palou, la voluntad domina al talento. En Felipe Sassone, el talento domina a la voluntad.

¿Quién no recuerda a aquella Mariquita Palou de *El arte de ser bonita* y de *Cinematógrafo nacional*, que, como bailarina y como tiple, fué en poco tiempo mimada de los públicos del Cómico y de Apolo? La belleza, la gracia, la elegancia y la movilidad de aquella chiquilla cautivaban, y la gente acudía a verla, segura de encontrar siempre en ella algo que le encantase. ¡Cuántas veces hubo de repetir "La paraguaya", con que comenzaba el último cuadro de *El pollo Tejada!* Aquella danza de Pepe Serrano y Quinto Valverde, que tan popular se hizo, halló en la Palou y en Miguel Mihura Alvarez—hoy prestigioso artista y aplaudido autor—una pareja de baile ideal.

Pero María Palou tenía talento, y, por lo tanto, aspiraciones. De tiple cómica—la Mariquilla de *La mala sombra*, que a todos entusiasmaba en el dúo del "Alfilerito"—pasó a primera tiple, y dió vida a los tipos de los famosos saftetes madrileños, infundiéndoles un alma que no habían tenido desde los buenos tiempos de la Brú. Llegó, pues, a conquistar el primer puesto de Apolo.

Mas la Palou, además de talento, era estudiosa. Y sus aspiraciones, con justicia, aumentaban. Se decidió un día, y cambió de género. Aquellos momentos fueron seguramente de preocupación para la artista. Tuvo que someter su temperamento a durísimas pruebas. Al principio, el público la encontró poco flexible; luego, no. Siguió luchando, y al fin, en Lara, *Pipiolá* y *Cobardías* la impusieron como primera actriz de méritos indiscutibles. María Palou, ejemplo de voluntad, durante muchos años, había triunfado.

Felipe Sassone, ¿ha tenido voluntad? Sí; la ha tenido para vivir. Porque Sassone ha vivido en este mundo de diversos modos, y siempre, al través de su bohemia impenitente, ha hecho resplandecer las dotes de su talento. Es un caso de hemio luchador; actor, torero, cantante, periodista, intérprete, no ha dejado jamás de ser un gran poeta. La vida, que se le mostró esquiva, fué en todo momento poetizada por él. Y, como tenía talento, venció también.

Un buen amigo supo tenderle una mano. Sassone estrenó *El intérprete de Hamlet*, y demostró dotes de dramaturgo nada vulgar. Estrenó luego otras muchas obras, y *A campo traviesa*, *La señorita está loca* y alguna más le conquistaron un alto puesto en el teatro y le hicieron ganar dinero.

La Palou, triunfante, y Sassone, vencedor, eran garantía de éxito en una temporada dramática. Formaron compañía, él como director artístico y ella como primera actriz; fueron a Barcelona, e hicieron una lucida campaña. Y aquí han venido ahora, para que en Madrid se les consagre; a este Madrid que les alentó en sus comienzos y que tanto les quiere.

Ella obtuvo su primer triunfo con *La de San Quintín*; especialmente, en la escena culminante del segundo acto, el público, subyugado por el arte de la actriz, tributó a María Palou una justa ovación.

Anteayer Sassone sometió al fallo popular la primera de sus producciones en cartera: la adaptación de *La casa del hombre*, de Maurice Donnay, con el título de *Los nuevos pobres*. La acogida fué excelente.

Trátase de una de estas obras francesas nacidas en el ambiente de la *post-guerra*; alegre y picaresca, romántica y sentimental, sociológica a veces y a veces frívola. Parece compendiar la literatura dramática de Donnay. Es el caso de las familias a quienes la guerra arruinó, y que para vivir se ven sometidas a los nuevos ricos. Y

cuando quieren alcanzar de nuevo la fortuna, imitando procedimientos empleados por algunos de éstos, se ven cohibidos por su educación, que es un patrimonio que no se puede perder. Algunos momentos de la comedia son de un claro simbolismo. Como dice, acertadamente, un cronista, aquel viejecillo que ha esperado durante cuarenta años el desquite, que ha venido de su pueblo a pie para presenciar el paso triunfal de las tropas, y que en el momento del desfile cae rendido por el cansancio, es la Francia que descansa después de la lucha puede ser Clemenceau luchando como un titán en los días amargos de la duda, y que en la hora del triunfo descansa.

Lamentable es que comedia tan fina, interpretada de modo admirable por la Palou y muy bien por la señorita Tormo y por Aguirre, no encontrase iguales aciertos en los demás actores. ¿Por qué no cuidar más los conjuntos?

En el Infanta Isabel, los señores Lepina y Tedeschi nos dieron a conocer una nueva comedia de Testoni, con el título de *Un buen amigo*. Es un vodevil sin exageraciones; graciosas en todo instante, no llegan las escenas a ser grotescas. Y como el argumento es sencillo y está muy claramente desarrollado, la concurrencia se muestra encantada y aplaude con gusto cada vez que, al final de los actos, baja el telón. El buen amigo de la comedia es un muchacho a quien todos explotan y a quien, siendo soltero, ponen en trance de tener que pasar como editor responsable de cierto galante episodio. Claro es que al fin, el verdadero culpable es el que sufre las consecuencias, y el buen amigo se ve libre de ellos, aunque no sabemos si escarmentado en sus bondades. Nieves Lasá, Valenti y Vargas, dieron ajustada entonación a sus respectivos papeles.

Otro acontecimiento teatral de la semana, ha sido la inauguración de Apolo, con una compañía muy parecida a la del año anterior. Ortas y la Leonis son sus principales figuras. Ni Ortas ha aceptado los tentadores ofrecimientos que se le hacían, ni la Leonis se ha retirado, ni Vila ha dejado de funcionar, como se temía, ni el cinematógrafo ha tenido para qué substituir a los actores. Pocas veces habrá habido tantos obstáculos para la inauguración de este teatro, y pocas veces habrán corrido más rumores.

El cartel de la inauguración estaba formado con obras de repertorio. La novedad la constituían dos nuevos actores cómicos que reemplazan a Mauri y Galleguito, contratados en la Habana. Uno es Fresno, el notable caricaturista, que tiene también probadas con éxito sus condiciones de actor. En la Comedia, hace años, supo destacarse. Desde entonces acá ha ganado mucho. Precisamente, hace una semana, obtuvo un gran triunfo en El Escorial, representando el Lucio de *El genio alegre*.

Anoche, Fresno mantuvo al público en constante hilaridad durante la zarzuela *Abanicos y panderetas*. Sea muy enhorabuena.

El otro debutante, Gómez, es un actor estimable, que tuvo que luchar, en los papeles que interpretó, con el recuerdo de Moncayo. El público comprendió la situación del muchacho y le alentó con sus aplausos.

En Novedades ha tenido un éxito, cantando *Los cadetes de la Reina*, el barítono José Sala, tan conocido del público de Valencia.

En el Cómico anuncian nuevo estreno para mañana, y en el Centro se presentará, mañana también, Borrás.

Miguel Muñoz va a descansar ahora unos días con la reposición de *El velón de Lucena*, en Price, de cuyo protagonista ha hecho Emilio Mesejo una creación. La obra se montará a todo lujo.

Los demás teatros procuran también agrandar y atraer al *respectable*, y lo consiguen a ratos. Son ya muchos los teatros abiertos para que todos estén llenos a diario.

Hay que tener en cuenta que aún no ha vuelto del verano mucha gente... y que la vida está cada vez más cara.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

"Los muertos mandan".--Galdós y Chapi.--Estreno de "La piadosa mentira".--Un jefe del ejército, dramaturgo.--Eloisa Muro, cambia de compañía. Un nuevo conflicto que se arregla y un concurso que se abre.

Madrid, 1.º de octubre.

Los muertos mandan, sí; o por lo menos dan pruebas palpables de la vida que supieron infiltrar a sus obras. En los comienzos de la temporada teatral madrileña, nos hallamos con que raro es el cartel en el que no aparece una obra de autor ya fallecido. ¿Significa eso inferioridad de la producción actual? No nos atreveremos a asegurar tanto; pero sí acreditada, a nuestro entender, la óptima calidad de la obra de cuñales que abandonaron dejándonos el caudal de sus valores artísticos y literarios.

De las figuras que han revivido en estos días ante nosotros, se han destacado dos, con positivo relieve: Galdós y Chapi. Cada uno en su radio de acción, fueron honra de España, llegando a las más altas cumbres de celebridad; los públicos los aclamaron, infinitas veces, con frenesí, y en numerosos hogares se rinde culto a su memoria; por eso es natural que los teatros, campos de sus triunfos, les demuestren con frecuencia su gratitud y su admiración, en fervorosos homenajes.

Galdós fué aclamado durante toda esta semana en el Teatro del Centro. Borrás quiso comenzar su temporada con *El abuelo*, que es quizás uno de los personajes que mejor interpreta. Ha llegado a comprenderse, en efecto, de tal modo, con el alma que alienta en el noble león de Albrit, que difícilmente haya otro actor que en esta obra pueda superarle. Don Benito cuando le oí, aseguraba que aquella voz y aquellas modulaciones eran las que él había soñado para el héroe de su drama. Realmente, todo el que, sin conocer la obra teatral, lea por vez primera *El abuelo* e novela, há de irse creando un tipo de protagonista muy parecido al que Borrás encarna.

La compañía del Centro secunda con rotable acierto la labor del ilustre actor catalán, y la señorita Muñoz y los señores Ruiz Tatay y Romea, demuestran una vez más que no en vano tienen adquirida fama de buenos artistas.

En la Princesa se presenta esta noche Morano con *Amor y ciencia*. El éxito está descotado. Desde el punto de vista teatral, no es *Amor y ciencia*, ni mucho menos, la mejor producción galdosiana; pero las bellezas de conceptos y el acierto de algunos caracteres, son atractivos más que sobrados para que la concurrencia que se reuna esta noche en la aristocrática sala, vaya a la solemnidad con verdadero interés hacia la obra, por si no fuera poca la expectación que produce el solo nombre de Morano al frente del reparto.

En cuanto a Chapi, el compositor español más completo de estos últimos—y pueden preguntarle ustedes su opinión sobre este punto a Pepe Serrano,—bien elocuente ha sido el programa de la sección inaugural de Apolo, la antigua catedral del género chico: *Abanicos y panderetas* y *El diablo con faldas*, dos lindas partituras del ilustre maestro, hicieron las delicias del auditorio. Y al renovar las delicias de la empresa, ¿qué diréis que ha puesto en escena? Pues en primer lugar *El barquillero*, con la que Fresno se afianzó como primer actor de gran valía, y después *El puñao de rosas*, que es sin duda una de las producciones más inspiradas de Chapi.

Por si fuera poco, Esperanza Iris, que ahora ha repuesto con gran éxito *La Masoleta*, del maestro Andreu—otro autor que sigue triunfando después de muerto,—ha hecho en los primeros días de la semana *La revoltosa*, cuyo prelude, muy bien dirigido por el maestro Sunguerza, ha tenido que ser repetido cuantas veces se ha representado la zarzuela. Y en Cervantes, la misma partitura del inolvidable músico levantino ha llenado varias noches la amplia sala, en donde cosecha a diario aplausos y dinero la compañía, bastante estimable, que dirige Antonio García Ibáñez.

De estrenos, uno ha habido, y sin duda, afortunado. Ha sido en el Coliseo Imperial; se titula la obra estrenada *La piadosa mentira*, y son sus autores los señores Téllez de Sotomayor y Grajalés.

Permitásenos dedicar unas líneas a uno de ellos. El señor Téllez de Sotomayor es

un prestigioso jefe del ejército. En Marruecos ha combatido durante las campañas de 1909 y 1910, y allí fué herido. Hoy pertenece al cuerpo de Inválidos. Pero el señor Téllez de Sotomayor, que siente grandes entusiasmos por su carrera, no las tiene menores por la literatura en todas sus manifestaciones. En la poesía, en la novela, en el periodismo, da constantes muestras de su talento y de su asombrosa actividad. El teatro, no obstante, es su pasión favorita, y a su cultivo se ha dedicado desde hace varios años, obteniendo éxitos tan completos como los de *La reina amazona* y *Los hijos de Aragón*.

Ahora, en colaboración con el señor Grajalés—muy aplaudido en distintas ocasiones,—ha escrito esta *Piadosa mentira*, que para él se ha convertido en una venturosa verdad: la de que el público le ha sancionado como autor de indiscutibles méritos.

Se trata de una obra escrita con verdadero gusto literario y con conocimiento del teatro.

¿En qué consiste? Oigamos a un crítico: "Un conflicto familiar, agrandado por el afecto y la fatalidad, separa a dos hermanos, que siguen rumbos distintos, y mientras que "el malo" se corrige y logra encadenar a la fortuna, el otro, Cristóbal, víctima de la desventura, llega, después de cegar, a tener que vivir de los auxilios del hermano. Pero lo ignora, merced a la piadosa mentira de su esposa, Rosario, modelo de esposas y de mujeres enamoradas.

Y Cristóbal es feliz, hasta que una indiscreción le hace cegar de nuevo; pero ahora con la ceguera de los celos. La comedia se desliza hacia el drama, y cuando va a estallar el conflicto se aclara todo, y Cristóbal espone al hermano y pide perdón a su esposa por la injusticia de sus sospechas."

La delicadeza de sentimientos que en toda la obra palpaba y lo bellamente habladas que están muchas de sus escenas, subyugó al público desde el primer momento, obligándole a aplaudir calurosamente al final de todos los actos.

Los artistas compartieron con los autores el éxito. Fernando Montenegro, en el protagonista, las señoritas Gil Andreu y Ortega y los demás intérpretes demostraron cariño, voluntad y aptitud.

Otra novedad teatral ha sido el debut en el Infanta Isabel, de Eloisa Muro, que se ha separado de la compañía de Lara, después de haber llevado el peso de la campaña que las huérfanas del señor Yáñez han realizado por América.

Con el ingreso de Eloisa Muro en la compañía de los señores Valenti y Vargas, ha doblado ésta su importancia. La Muro es hoy, sin discusión, una de nuestras actrices más notables. Su actuación en Lara, desde que se presentó con la comedia de Insúa y Catá, *En familia*, ha sido una serie constante de aciertos.

El que consiguió anoche en el teatro de la calle del Barquillo, no fué inferior. Tuvo el buen acuerdo de elegir una obra que le va tan bien como *El genio alegre*. El difícil personaje de Consolación halló en la exquisita artista una extraordinaria diversidad de matices: cuantos requiriera la acertadísima concepción quinteriana.

Ahora la compañía del Infanta Isabel podrá dar a las obras que estrene el adecuado fondo, imprescindible para que la labor del dramaturgo pueda llegar al público con el debido realce.

Y no ha dado nada más de sí la semana. A punto estuvimos de que el pleito entre empresarios y actores volviese a surgir a cuenta de las secciones de los domingos por la tarde. Se arregló la cuestión y ya parece que no existan dudas. Menos mal.

Nota interesante y digna de elogio ha sido el concurso abierto por el Círculo de Bellas Artes para premiar dos zarzuelas: una de dos o más actos y otra de uno solo. Ese es el camino para procurar que el género chico renazca.

Parece que el Jurado ofrecerá garantías de justicia: ya se les ha presentado a los que se agruparon en la Sociedad "Los Noveles" ocasión de demostrar sus condiciones. ¡Vengan esas obras en buena hora!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca FJM.

MADRID TEATRAL

Al reanudar la tarea...--Un rápido resumen.--El paso de "Don Juan Tenorio".--"Pedro Fierro" y su autor.--Una obra de Bernard Shaw.--Nuevo sainete de los señores Alvarez Quintero.--"Mi primo Fernando".--Notas finales.

Madrid 8 noviembre.

Al comenzar la semana y reanudar la comunicación con Valencia, forzoso será hacer una breve síntesis del movimiento teatral habido durante el mes de octubre y lo que va de noviembre, en este Madrid de nuestras preocupaciones.

Y para que la tarea sea lo más completa posible, iremos por teatros.

Princesa.--El gran Morano sigue haciendo una lucidísima campaña, si bien no puede decirse que sea merced al resultado de los estrenos. La última obra que sometió al fallo del público fue *El caso de las demonios*, de don Ceferino R. Avelilla. La obra gustó; Morano, que representó, como protagonista, el papel de "El diablo", se hizo aplaudir en diversas ocasiones, y el autor demostró que sabe "de esas cosas de teatro". El público no respondió, sin embargo, a las excelencias de la obra, y ésta dejó paso a *Don Juan Tenorio*, conquistador y galante, que a su vez cedió el puesto a *La tizona*, la bella creación de López Alarcón y Godoy, que cuanto más se representa más gusta.

Centro.--Un éxito rotundo, verdad, si *Pedro Fierro*, primera producción del señor López Merino, que demostró condiciones de autor muy poco comunes. *Pedro Fierro*, drama popular, cuya acción se desarrolla en Málaga, es todo pasión y mucha realidad. Para Borrás fue un triunfo grande. Ahora, *Don Juan Tenorio*, está desde el día primero, haciendo de las suyas *Don Juan Tenorio*.

Español.--La presentación de la compañía de Benavente no pudo ser más afortunada. La representación de *Don Alvaro o la fuerza del sino* revistió caracteres de acontecimiento. El vestuario, hecho con sujeción a figurines de Dhöy, nos dió la sensación de la verdadera época de la obra. Ricardo Calvo nos encantó con su modo de recitar. En la parte cómica se destacó Porredón. Como era de suponer los *Tenorios* del Español han sido los más afortunados. Actores, vestuario, decorado forman un conjunto que llena aún la sala del coliseo municipal.

Comedia.--No ha sucedido nada después de *Los baños de sol*, que parece que le han sentado bien.

Lara.--*Cristobalón*, la tragedia rústica del señor Linares Rivas, que se estrenó, aunque no todo lo que se esperaba ha merecido luego gran favor del público y ahí está, flamante, en los carteles. Carmen Jiménez, Leonadia Aiba, Hernández y Espinaleón, son admirados y aplaudidos todas las noches. Como final de fiesta actúa ya Pastora Imperio, con todo el atractivo de su fama y de sus ojos.

Eslava.--Aquí hubo cambio de compañía. La de Sassone terminó su brillante temporada, después de haber estrenado *La noche en el alma*, del propio Sassone, con gran éxito, y *La última flecha*, del señor Hernández Catá, con respetuosa acogida. En la primera de ellas, María Palou conquistó, como actriz, el último entorchado. Ahora, en la sala de Eslava ya suena la voz de cristal y plata de Catalina Bárcena. Se estrenó *Pigmalión*, el día del debut. *Pigmalión*, una de las más famosas obras de Bernard Shaw, el dramaturgo inglés más discutido y más admirado entre los que laboran, fué traducida por don Julio Broseta. Merced a la cuidadosa y acertada labor de éste, a la preparación que en unas primorosas cuartillas hizo a la obra el señor Martínez Sierra y al arte de la señora Bárcena, verdaderamente insuperable, pudieron llegar al público en su mayor parte las múltiples bellezas de la comedia de Bernard Shaw. El escultor Pigmalión, el educador Pigmalión, que moldea el alma de una mujer, para que luego ella, ya moldeada, le irradie con el supremo encanto del amor, es una producción fuerte y cerebral, como casi todas las del dramaturgo sajón. En toda la obra campea la paradoja, a que tan habituados están los británicos, y domina ese fino "humour"---sátira e ingeniosidad---de que los ingleses tienen el secreto. Con la Bárcena compartieron el éxito, en la interpretación, las señoras Siria Quijada, y los señores Collado, Baena y Gabaldón. Estos dos últimos acreditaron ser muy buenos actores. Collado no tenía necesidad de acreditarlo.

Infanta Isabel.--Contra don Sinisio Delgado han escrito mucho los críticos, y han protestado mucho los públicos. Pero esta vez, al estrenar *Mi único amor*, público y crítica, han estado conformes en que se trata de una comedia muy bonita, que honra a un autor. La compañía del Infanta Isabel es la misma que el año pasado.

sado; María Gámez, Nieves Suárez, Joaquín Piase, Alarcón, Sepúlveda... Los mismos! Ahora hacen, formando cartel con *Mi único amor*, la caricatura de Pamela y Barrera, *Tenorio musical*. Cantan con mucha gracia, y el público se río. ¿Para qué más?

Zarzuela.--El primer estreno de la compañía de Esperanza Iris, Nancy, demostró la decisión de poner las obras con todo lujo, como correspondencia leal al favor constante de los muchos admiradores de la simpática artista mejicana y de sus huéspedes. *Nancy*, opereta moderna, tiene un libro entretenido, arreglado por Luis de los Ríos, seudónimo de un escritor muy popular en Madrid, tiene unos números de música muy animados de Kreisler, obras de puro sabor vienés y un danzón americano que bailan las hermanas Coria, con toda la gracia y la agilidad que tienen. Ya lleva Nancy bastantes representaciones. Esperanza Iris, desposa de no dormirse en los laureles, prepara otras novedades.

Reina Victoria.--Continúa este teatro sin estrenar. Vive de las obras de su especial repertorio, y a lo que parece, vive muy bien. El estreno de *El Príncipe Carlos* será pronto.

Price.--Acaba de terminar la actuación de la compañía de Miguel Muñoz. Ha hecho obras para todos los gustos: desde *Espectros* hasta *La almoneda del diablo*, a cargo de Emilio Mesejo, gran mago en esta obra y en *El velón de Lucena*. Del resultado económico de la temporada no respondemos; de la labor seria y digna de aplauso de Miguel Muñoz, sí.

Apolo.--Después de haberse mantenido un repertorio, llegó el primer estreno de importancia: *La del dos de mayo*, sainete de los señores Alvarez Quintero, con música del maestro Barrera. Es un cuadro de calidad, un trozo de vida, digno de los mejores autores que lo imaginaron. No podrá decirse que es la mejor obra de los señores Alvarez Quintero, pero sí que es la afortunada hermana de *La mala sombra*, de *El patinillo* y de *La reina mora*. Tiene, además, el mérito de haber logrado triunfar---lo que en el teatro está bien pervertido---el gusto, con los procedimientos sencillos y nobles del arte y el ingenio. Sin frases rebuscadas, y sin concesiones de ninguna clase a la chabacanería, *La del dos de mayo*, deleita, entretiene, encanta y solo tiene un defecto: el de que, cuando concluye, el público se siente disgustado, porque le da rabia que aquello se acabe tan pronto. La Leonis, Ortas, Gómez y Fresno se distinguen en la interpretación del luminoso sainete. Miguel Mihura merece mención aparte. Crea un tipo con tanto acierto como creó el *Polito* de *La mala sombra* y el *Pepe el tranquilo* de *El pobre Valbuena*. El nuevo sainete de los Quintero será visto y aplaudido por todo el Madrid aficionado al teatro.

Cómico.--Debutaron, cuando la compañía de dramas policíacos se marchó con sus trucos a otra parte, los de casa; es decir, Loreto y Chicote, por los que parece que no pasan años. Comenzaron con obras estrenadas el año pasado, e inauguraron luego la serie de estrenos con el de *Mi primo Fernando*, vodevil en tres actos, del señor Fernández Lepina, que obtuvo un gran éxito de risa. No es una obra de astracán, pero sí muy cómica, llena de graciosas situaciones y de chistes de buen ley. Loreto Prado, en una mujer galante, y Chicote, en un reacionario de hipocrita, tienen muchas ocasiones de lucimiento. En el segundo acto se baila una bonita danza americana, concertada por el maestro Escena. El señor Fernández Lepina cerró a escena al finalizar la representación de todos los actos. Enhorabuena.

Cervantes.--La compañía que a las órdenes de García Ibáñez hizo, en la primavera última, las delicias del público de La Latina, actúa ahora en Cervantes con buen resultado. Estrenó una desgraciada parodia---una más!--de *Tenorio*, y una revista de Pepe Ramos Martín y Jacinto Guerrero, que son ahora los autores de la casa. La nueva obra, titulada *La cámara oscura*, es un pretexto para unas decoraciones y unos trajes de efecto y para que Guerrero haya hecho unos números muy inspirados. En pocos meses ha dado este joven compositor un avance extraordinario en su carrera. El libro de *La cámara oscura*, está bien. Bastaría con decir que es de Ramos Martín.

Latina.--La modesta pero notable compañía que actúa en la Latina, ha estrenado una obra merecedora de más importantes escenarios: *El alcalde de Stilmonte*, la obra de Mauricio Maeterlink, traducida por Gómez Carrillo, ya conocida en algunas poblaciones de España. *El alcalde de Stilmonte* es un drama de la guerra; un drama de la tragedia belga. Emocionante, enérgico, patriótico, Maeterlink nos ofrece un cuadro de horrores, que interesa e impresiona. Sin embargo, pasada la guerra, ha perdido mucho la obra para su éxito entre públicos neutrales. La interpretación fué acertada.

Martín y Novedades.--Ninguno de estos teatros nos ofrecieron estrenos. Los basta con los éxitos de la temporada última y con el repertorio.

Esta es la situación; éste, a. resumen. Como verá el curioso lector, ha habido bastantes éxitos y algunos muy estimables. No ha salido, sin embargo, esa obra que apasiona; esa obra que siempre se espera. Confitemos en que no ha de tardar su aparición.

GUILLELMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

La guerra y sus consecuencias en el teatro.--Gran éxito de «La casa cercada».--Una equivocación y un ejemplo.--Los noveletas en el teatro.--Una nueva comedia del Sr. Acebal. «Sangre vienesa» en la Zarzuela.--El teatro Real y los aficionados a la música.

Madrid 2 diciembre de 1920.

Las enseñanzas de la guerra se dejan sentir en el teatro moderno. Toda la vida ha ocurrido que importantes acontecimientos en la actividad de un pueblo hayan sido luego inspiradores de multitud de obras literarias, de carácter muy vario.

El teatro, como reflejo fiel de la realidad o, por lo menos, como ficción de esa realidad, es el que más directamente refleja esos acontecimientos. No tiene, pues, nada de extraño que un suceso de la magnitud de la conflagración europea, haya sido origen de una porción de obras dramáticas nacidas en los países beligerantes. Así sucede con *El alcalde de Stilmunde*, con *La madrina de guerra*, con *La casa cercada* y con otras muchas, entre las que no hay por qué olvidar *El As*, la linda comedia cómica que, convertida en opereta, fué el gran éxito de la temporada anterior en el teatro Victoria.

Más que consecuencias de la guerra, puede decirse de algunas de estas obras que son nacidas al margen de la guerra; que su reproducción de conflictos, de momentos o de lugares relacionados con la contienda pasada.

Eso es lo que, por ejemplo, ocurre con *La casa cercada*, comedia de Frondaie, que obtuvo, no hace mucho, en Francia, una entusiasta acogida, y que ahora, traducida al castellano por los señores Maristany y Almicrao, ha logrado en el escenario de la Princesa el mismo favorable resultado. *La casa cercada* es, sin duda, la obra de esa clase que más duradero éxito ha conseguido. Reune al ambiente pintoresco, un asunto de interés y una estructura marcadamente melodramática.

El fondo del asunto es la conquista de Jerusalén por las tropas inglesas. El coronel que manda las fuerzas ha puesto toda su ilusión en ser el conquistador de la Ciudad Santa, arrebatándosela a los turcos. Una bala le hiere gravemente y no consigue entrar en la ciudad sino en una camilla. Y cuando moribundo, le rodean su hijo y sus ayudantes, por el foro llegan los ecos del "Tipperary", la canción de los soldados británicos, que entran vencedores en Jerusalén.

Todo ello está salpicado de instantes sentimentales y hasta patéticos, que no solo interesan, sino que conmueven al público.

El protagonista fué interpretado de modo admirable por Morano, compenetrado, como siempre, con el personaje que representaba. Tuvo momentos felicísimos y logró un merecido y resonante triunfo.

Su hijo Marcial fué también muy aplaudido, compartiendo el éxito el señor López Silva y las señoritas Fernández Vilegas y López Lagar, muy acertados en sus intervenciones.

Por si fuera poco, *La casa cercada* está puesta lujosamente. Por todo lo cual es lógico que esté dando buenas entradas. Merece ese resultado, pues es obra digna de verse.

No ha tenido la misma suerte la comedia estrenada días después en Lara, con el título de *El segundo mando*. Sus autores, los señores López Monís y López Núñez, respetuosos con el fallo del público, han retirado la obra del cartel, dando con ello un saludable ejemplo y renovando una costumbre que había caído en desuso por el natural deseo de empresas y autores de tirar la vida de las obras y por haberse comprobado, en varias ocasiones, el fallo apasionado del público en la noche del estreno. De todos modos, es muy de tener en cuenta esta decisión de los señores López Monís y López Núñez, quienes hubiesen podido muy bien, de haber querido, prolongar algo la vida de su comedia.

En el Español hemos asistido a la realización de un nuevo intento dramático de don Francisco Acebal. La alta estimación literaria de que el señor Acebal goza en España, y su gran talento, eran prendas del éxito que, por fortuna, obtuvo *El antepasado*. El ilustre escritor que en la novela ha creado interesantísimas obras y que en la labor vulgarizadora de revistas y periódicos tanto ha contribuido al desarrollo de la cultura patria y al fomento y depuración de las aficiones literarias, viene sintiendo desde hace algunos años, marcada inclinación hacia el campo dramático. Hace algunos años estrenó una obra que demostró sus condiciones de autor—distintas de las generales que debe reunir todo escritor,—y posteriormente, al convertir en comedia la famosa novela de Galdós, *El amigo Manso* confirmó tales aptitudes. A nadie que siguiera con interés su producción podía, pues, sorprender este nuevo éxito del señor Acebal. *El antepasado* es una comedia de con-

trastos, en la que el dinero juega el principal papel; pudiera decirse que es el eje de la obra.

El dinero es la idea que domina en el protagonista de *El antepasado*. Ese hombre, poseído por la fiebre de los negocios, metalizado por completo, que estima todas las acciones humanas como susceptibles de cotización y que al fin halla en su amor paternal, donando a su hija su fortuna, la solución para ciertos escrúpulos de conciencia, es un tipo muy bien visto y estudiado, que honra a un autor.

Pureza de estilo en el diálogo, soltura en el manejo de los personajes, interés en el desarrollo de la comedia y moderación en el procedimiento, son las características principales de la nueva obra, cuyo estreno ha sido el primero verificado este año en el Español.

Carmen Ruiz Moragas, Paco Fuentes, en el protagonista; Porredón y Romeu, supieron dar a sus respectivos papeles la justeza de expresión que la bella comedia requería. Todos ellos participaron con el señor Acebal del honroso éxito.

En la Zarzuela también ha habido novedades, aunque relativas, porque *Sangre vienesa*, la opereta que acaba de estrenar la compañía de Esperanza Iris, ya la conocíamos, por haberla representado varias de las compañías de opereta extranjeras que nos han visitado.

En *Sangre vienesa*, lo importante es la serie de valeses, todos delicados y agradables, que acreditan la inspiración del viejo Strauss. Muchos de estos valeses, que en su tiempo se hicieron muy populares, los conocíamos y hasta nos habíamos olvidado. No obstante, y acaso por eso mismo, la partitura de *Sangre vienesa* se escucha con extraordinario deleite y es aplaudida por la complacida concurrencia.

Esperanza Iris y sus huestes trabajan en ésta, como en todas las obras, con sincero entusiasmo, y el público sabe agradecerse con su asistencia y con sus aplausos.

Recientemente también ha habido en la Zarzuela otro acontecimiento: el beneficio de los autores y arregladores de *Nancy*, que ha obtenido su 50 representación. Asistieron a la función los niños de los Asilos, invitados por la empresa, y no hay que decir que *Nancy* y sus intérpretes renovaron el gran éxito de la noche del estreno.

Esta noche comienza la temporada oficial de ópera en el teatro Real. Los aficionados a la música, que en Madrid son más cada día, están de enhorabuena. Comienza el Real con *Madama Butterfly*, cantada por la Storchio, y desde hace varios días no hay localidades para la función inaugural.

Es de esperar que la temporada será fructífera para el arte lírico, pues parece la empresa, que es nueva, bien orientada, y no lo ha fiado todo en los cantantes, sino en todos los importantes elementos que integran el moderno teatro lírico. Un acierto ha sido preparar la representación de las más importantes creaciones wagnerianas y hacer, para ellas, adoncos despees de volver a escuchar estas óperas, y seguramente, el público sabrá responder al esfuerzo de la empresa.

Ha dicho antes que en Madrid aumentará por días la afición a la música. Nada más cierto. Es evidente que antes—hace pocos años—no hubiesen podido mantenerse brillantemente como ahora dos grandes orquestas, como la Sinfónica y la Filarmónica; varias Sociedades de conciertos, como la Nacional de Música, la Filarmónica, la de Amigos de la Música y otras, así como distintas agrupaciones de parecida índole. Además, los conciertos de virtuosos se ven siempre concurridísimos, y ahora se anuncia la formación de otra nueva orquesta, dirigida por el maestro Lasalle.

¿Esto qué prueba? Que el número de aficionados y de entendidos es ya muy considerable, y que pertenecen—por el hecho de haber puesto los conciertos a disposición de todas las fortunas—a muy distintas clases sociales.

Justo es anotar la labor preparatoria e inapreciable realizada por la banda municipal y por el teatro Real, en cuyo paraiso se congrega lo más selecto de la verdadera afición madrileña.

Habrà escéptico que diga "que todo eso es música". Música es, desde luego. Pero ¿hay algo más hermoso que un trozo de buena música?

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Las últimas novedades.--Un beneficio y muchos estrenos.--Los vodeviles.--«Colilla IV» y el maestro Jacinto Guerrero.--Éxito de un entre-més.--El Sr. Muñoz Seca estrena una obra emocionante.--El dinero de «La cartera del muerto».--Una adaptación del Sr. Martínez Sierra.--Las noches del Real.

Madrid 13 diciembre.

Beneficio de Galeno, en la Zarzuela, con *Aires de primavera*, y estrenos de *Yo quiero un marido infiel*, en el Coliseo Imperial; *El grano de arena*, en la Latina; *Colilla IV*, en el Cómico; *Cupido botcheri-guá*, en el Infanta Isabel; *La cartera del muerto*, en el Centro; *La mujer fatal*, en Eslava, y *La caída de la tarde*, en Martín. Y por si fuera poco, se anuncian para la semana que hoy comienza estrenos interesantes en la Princesa, Lara, el Infanta Isabel, Eslava y Novedades, y el debut de Blanquita Pozas en Cervantes.

Como se verá, el aficionado a novedades teatrales, está en Madrid de enhorabuena. Hará es el día, en esta época próxima a las Pascuas, que no tiene en algún teatro un motivo atractivo que le interese.

Y vamos a ocuparnos de las novedades últimas.

Galeno, el primer actor cómico de la Zarzuela, se ha conquistado, en el tiempo escaso que lleva aquí actuando, las simpatías del público madrileño. Para la noche de su beneficio tuvo el acierto de escoger la bella ópera *Aires de primavera*, en la que él y Esperanza Iris están deliciosos. El público llenó el teatro y como de aplausos al simpático actor, así como al fustero Enrique Borrás, que en honor del beneficiado recitó el monólogo *La huelga de los herreros*, del modo inimitable a que nos tiene acostumbrados.

Yo quiero un marido infiel es, francamente, un divertido vodevil. Su autor, don J. Andrés de Prada, ha demostrado en esta obra cómo sabe cultivar los distintos géneros teatrales. Muy joven, lleno de entusiasmo y muy estudioso, escribe mucho y estrena todo lo que puede. Reciente está el éxito que obtuvo, con una comedia dramática, en la compañía de Morano; ahora ha conseguido un nuevo triunfo haciendo una obra graciosa, en tres actos, sin deslucamientos excesivos de lenguaje, y con un enredo de acción lo bastante complicada para divertir, y lo suficientemente claro para no ser enfadoso. *Yo quiero un marido infiel* entretuvo mucho al público del Coliseo Imperial, que reclamó la presencia del autor e hizo partícipe de los aplausos a las señoras Gil Andrés, Hurtado, Esteban, Domínguez y Ortega, y a los señores Montenegro, Alvar, Alverá, Morales, Jabaloyes y Serrano.

Otro vodevil fue la obra estrenada, con miras ya a las Pascuas, por el señor Gutiérrez Roig, en el teatro de la Latina. Se titula *El grano de arena*; tiene un gracioso asunto, basado en las incidencias a que da lugar una agencia que se encarga de averiguar la paternidad de quienes ignoran la suya; tiene un diálogo muy ingenioso, y no carece de interés.

El corte de la obra es un poco anticuado; pero si se tiene en cuenta que los públicos de estos teatros de barrio son los que más se parecen a aquellos de nuestros abuelos, que se encantaban con las comedias de Eguilaz, y a aquellos de nuestros padres, que se solazaban con las amenas producciones de Vital Aza y Ramos Carrión, se comprenderá que ese carácter, más bien es ventaja que defecto para el auditorio de la Latina. La concurrencia aplaudió mucho al señor Gutiérrez Roig y perdonó a los actores la imperdonable falta de no saberse sus papeles.

Colilla IV, es una zarzuela, con libro de José Ramos Martín y música de Jacinto Guerrero, estrenada en el Cómico. En ésta son cuatro las zarzuelas estrenadas por ambos durante el presente año. Creo que son los autores que más zarzuelas han producido de enero a ahora. El género chico debe estarles agradecido.

Un crítico madrileño dice, hablando de *Colilla IV*, que, siendo el libro muy estimable, lo principal es la música, que ha consagrado definitivamente al maestro Guerrero.

Permitaseme hablar un momento de este joven compositor, buen amigo mío, a quien creo, sinceramente, que le espera un gran porvenir. Jacinto Guerrero, entusiasta de su carrera, es toledano. Autor del *Himno a Toledo*, se hizo en poco tiempo ídolo de sus paisanos. Vino a Madrid, ansioso de gloria y de dinero, y como éste lo necesitaba en seguida, tuvo que ingresar, como viola, en la orquesta de Apolo,

a la que ha pertenecido hasta el año pasado. Pero eso de pasarse la vida en aquella orquesta no le entusiasmaba; él soñaba con éxitos grandes, como compositor; él sabía que Gerardo del Campo y sus demás profesores del Conservatorio tenían confianza y fe en sus trabajos; él tenía, ante todo, conciencia de su valer. Y trabajó sin descanso. Un día consiguió estrenar una página de concierto en la orquesta Benedito. El éxito le animó. Si-

guis trabajando, con inclinación siempre hacia el teatro. En Martín fué su revelación, con una obrita que se llamaba *El camino de Santiago*; era aquella música tan bonita, que la concurrencia adivinó que se hallaba ante un compositor de positivo mérito. Luego vinieron otros éxitos en el mismo teatro; más tarde, los estrenos de *La péruca o el regalo de Reyes*, *Ramón del alma mía* y *La cámara obscura*, y por fin, este de *Cotilla IV*, que no tiene, a mi juicio, la mejor partitura de Guerrero, pero que consta de un intermedio, que hasta por sí solo para acreditar la firma de un músico, como técnico y como autor. En la obra, que es graciosa y entretenida, se destacan las figuras de Enrique Chicote y Loreto Prado. Esta hace un papel de estilo Frécoli, que es el indicado para que esta actriz, que parece no envejecer, demuestre la flexibilidad de su talento y el incansable entusiasmo por su trabajo, de que siempre ha dado muestras. Entre los elementos que coadyuvan a la labor de ambos artistas, merecen mención las lindas segundas tiple que cantan los dos coros de la obra. Todas son muy guapas. Ese coro, digámoslo francamente, es digno del Reina Victoria.

Ramos Martín y Guerrero cosechan a diario muchos aplausos, y como son jóvenes y trabajadores, ya tienen en planta otra obra que se titula *La alsaciana*. Zarzuela cotidianamente lírica, ofrecerá ancho campo al compositor para su lucimiento.

En el Infanta Isabel se ha estrenado un entremés, original del joven periodista don Alfredo Carmona. Se titula *Cupido botcheygué*, y gustó mucho.

Al margen de un conflicto amoroso, el autor hace desfilar unos cuantos tipos muy bien vistos, aunque un poco caricaturizados. La señorita Pasadas y los señores Alarcón y Calla compartieron el éxito con el señor Carmona.

Y hemos llegado al estreno más emocionante de la semana. *La cartera del muerto*. ¡Ahí es nada! ¡Y de Pedro Muñoz Seca! Autor y título eran más que suficientes motivos para despertar la atención del público. Si a ello se une que el protagonista era Enrique Borrás, nada de extraño tuvo el hecho de que la sala del Centro se viese la otra noche llena hasta rebosar.

A qué género dramático pertenece *La cartera del muerto*? No es tragedia, ni mucho menos; no es drama, porque invade a cada momento los terrenos del melodrama; no es melodrama franco, porque tiene más pretensiones; no es obra policiaca, porque no hay policías. Y, sin embargo, es algo de todo eso y es, sin duda, constantemente emocionante.

Un espíritu escéptico, que vea la obra en frío y no deje de acordarse de que el autor de aquellas cosas es el mismo que imaginó *El rayo* y *El verdugo de Sevilla*, no podrá menos de sonreírse al escuchar las frases terroríficas de *La cartera del muerto*. Pero la gente de buena fe, que va al teatro sin preocuparse de quién es el autor y que se interesa cuando el asunto lo merece y aplaude si la obra gusta, tiene en la nueva producción del señor Muñoz Seca amplio campo para emocionarse y para aplaudir. Desde luego es una obra de autor, hecha por quien ha llegado a dominar a maravilla la técnica del teatro. En el señor Muñoz Seca se ve lo que tantas veces se ha dicho: que la técnica se aprende y, sobre todo, se perfecciona estrenando. Es la experiencia la mejor maestra y la guía más fiel. De las primeras producciones del señor Muñoz Seca a estas de los últimos tiempos, hay una diferencia enorme en cuanto a dominio de los resortes dramáticos.

El ánimo del espectador está suspenso desde las primeras escenas; aquel misterio que nadie se explica, comienza a ir-

triga, y el interés creciente se mantiene hasta el final.

Borrás está muy bien en la obra. El personaje se presta a que haga gala de sus facultades. Los demás artistas del Centro le secundan acertadamente.

La cartera del muerto es obra de dinero. Martínez Sierra que, como autor, sabe estar atento a las necesidades de Martínez Sierra como empresario, ha traducido una obra de Birabeau, titulándola *La mujer fatal*, basada en la idea de que la suerte de las mujeres comienza a ser víctima de la fatalidad cuando cada mujer va encontrando el sujeto apropiado para esos fatalismos. Es una comedia algo inocentona, que agrada sin entusiasmar. Catalina Bárcena, en un papel de sosita casada, de quién se enamora primero ficticiamente y luego en realidad un joven algo bobalicón, está deliciosa. Collado secunda su labor muy acertadamente.

La mujer fatal es el puente que Martínez Sierra necesitaba para llegar descansadamente hasta la obra de Pascuas, que será también este año de Arniches y Abelló.

Y, nada más El Real sigue su brillante temporada. Las audiciones wagnerianas están constituyendo acontecimientos memorables. Es unánime la opinión de que jamás se ha visto en Madrid la Tetralogía como ahora. En *La Walkyria*, el tenor Kirchoff y la Dakmen obtuvieron su consagración de magníficos cantantes. Las localidades altas se han llenado de público entusiasta. Los palcos y las butacas, no. ¿Seguiremos en los tiempos en que solo atraía la romanza de un día?

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Un drama intenso.—*El oculto tormento* y su desarrollo.
Una nueva comedia de Pablo Parellada.—*Triunfo de el Príncipe Carnaval*.—Una borrachera de música, luz y color.—Cadenas, *Imperato*.—Otras obras.—Los cuadros líricos.

Madrid 20 diciembre.

Varias de las obras últimamente estrenadas en los teatros de Madrid merecerían una crónica extensa para cada una. El intenso drama *El oculto tormento*, la divertida y bien construida comedia *Así predicaba Diego* y el "ensayo de revista parisienne", verdadera borrachera de música, luz y color *El Príncipe Carnaval*, son producciones, cada una en su género, dignas de que se detenga en ellas, largamente, el comentario del cronista. Al mismo tiempo, se han estrenado en otros teatros producciones muy estimables, destinadas a hacer pasar buenos ratos durante los próximos días de Pascua. Y aún se anuncian *No te ofendas*, *Beatriz*, de Arrieches y Abati, en Eslava, y *San Páez*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, en la Comedia. En llegando la Navidad no hay teatro sin obra nueva; lo importante, luego, es saber cuáles de ellas tienen fuerza suficiente para subir adrosas la siempre espinosa cuesta de enero.

El oculto tormento es un drama italiano, que ha sido adaptado a nuestra escena por los señores Tedeschi y Olmedilla, y estrenado por la compañía de Morano en la Princesa. Sintético y claro, con una concreción de argumento acaso excesiva y con una rigidez de acción, quizás extremada, cumple el principal objeto del autor: interesar y emocionar. Y da motivo, de paso, para que un gran actor tenga dos o tres momentos culminantes, que Morano, con su talento y con sus facultades, ha sabido acertadamente aprovechar.

¿Qué es *El oculto tormento*? Su explicación es sencilla. Jorge y su mujer gozan de buena posición, merced a la favorable marcha de los negocios de él. Sin embargo, Jorge no es feliz. Tiene celos de su esposa y sospecha de un alcaide joven, Julio, que, en efecto, no puede ocultar su pasión por ella. Además, una noche, al regresar, inopinadamente, a su casa, ha visto la luz de su habitación encendida y ha descubierto un bullo, huyendo entre las frondas del jardín.

Cuando la obra comienza, Jorge y sus amigos, entre ellos Julio, han marchado de cacería. En la casa está ella y varios amigos que los esperan. Al fin llegan los excursionistas, pero no les acompaña Julio. ¿Qué ha sido de él?, pregunta la madre del muchacho, alarmada. En la cara de Jorge se adivina algo trágico. Al fin habla: un ligero accidente; una herida, sin importancia. ¡Nada! Allí ha quedado esperando que sea de día para ser traído a su casa. Pero la madre quiere ir a verle y solicita de Jorge que la acompañe. Va a ponerse el abrigo para volver en seguida y marchar con él.

Cuando Jorge se queda a solas con su mujer le confiesa la verdad: Julio está muerto y lo ha matado él, impulsado por los celos. Ella se horroriza. La madre llega y Jorge se encierra en sus habitaciones, porque no tiene valor para acompañar a la madre desventurada.

El segundo acto es el más original. Jorge está dispuesto a entregarse a la justicia. Así se lo comunica a su mujer y a su íntimo y leal amigo Rogelio. Será el único modo de acallar su conciencia. "Eso no puede ser," le dice Rogelio;—nadie sospecha de ti, todos creen que fué un accidente; no puedes abandonar a tu mujer." Y Jorge empieza entonces a sospechar de Rogelio. Le pregunta, le acusa, habla en él y en su mujer contradicciones, y al fin descubre la horrorosa verdad. Hubo traidor, sí; pero Jorge, al hacer justicia, erró el blanco y mató a un desgraciado. "¡Mátame!", exclama Rogelio. Pero, no; no puede Jorge matar más. No son posible más crímenes. "Viviremos en adelante—dice Jorge—con el oculto tormento de nuestra tragedia asquerosa. Todos, cómplices del mismo repugnante delito."

En realidad, la obra acaba aquí. El público y la crítica han estado conformes en este punto. ¿Para qué otro acto? ¡Ah! Pues para que el primer actor muera ante el público, haciendo gala de aptitudes.

La madre de Julio, por deducciones, ha averiguado que su hijo fué mirado y supone que el matador es Jorge. Este no puede más. Se arrepiente de no haber hablado acaso desde el primer instante; pero ya no hay remedio. Y convulso, congestionado, aturdido, tembloroso, solo piensa, en cuanto se queda solo, en poner fin a su vida. Llega a coger el revólver, y cuando va a poner en ejecución su siniestro plan un súbito ataque al corazón le hacen caer a plomo en tierra, muerto.

La labor que realiza Morano en esta obra es, por todos conceptos, admirable. Tiene instantes de una intensidad dramática grande, y en el último acto demuestra lo que estábamos ya cansados de saber: que es uno de nuestros mejores actores contemporáneos, si no el mejor. Amparo Fernández Villegas y Fuentes (hija) se

destacan también en la interpretación de *El oculto tormento*.

La comedia de don Pablo Parellada, *Así predicaba Diego*, ya dije antes que, a mi juicio, es una buena comedia. Algo desconocido al público el hecho de que no fuera absolutamente cómica, pero como, en general, dominan en toda ella, y especialmente en los dos primeros actos, el peculiar ingenio del saladísimo Melitón González, el éxito fué claro desde el comienzo, y la obra dará muy buenas entradas. Ya tiene el teatro Infanta Isabel aseguradas sus Pascuas.

El protagonista de la obra es, como podrá suponerse, Diego, que predica una cosa u otra, según le conviene; cuando es obrero, cree que no hay nada como el trabajo manual, y que todo lo demás es deleznable; cuando se encuentra tenor de ópera, analiza el arte, como la suprema expresión de la belleza. Claro que la concurrencia del Infanta Isabel se fijó, más que en el pensamiento de la comedia—cada uno predica lo que le tiene encanta—en el desfile afortunado de tipos cómicos, dibujados con la maestría del observador Pablo Parellada.

La comedia entretiene mucho y hace pasar un rato agradable; en él colaboran, con el autor, María Gámez, Nieves Suárez, Sepúlveda, Alarcón y García Agullar.

Por fin, *El príncipe Carnaval* se presentó ante el público de Madrid. Y se presentó con toda clase de honores y obteniendo un éxito verdaderamente resonante. ¿Quiénes fueron los principales triunfadores? Sin género de duda, el músico y el empresario. Mi amistad con Pepe Serrano no creo que sea motivo para que me considere obligado a callar este éxito clamoroso del maestro valenciano, que dirigió la orquesta en la noche del estreno, recibiendo constantemente esa clase de enormes ovaciones a que él está tan acostumbrado. Nueve números se repitieron aquella noche, siendo apatridisimos los demás de la partitura, que, con Serrano, firma el malogrado Quinto Valverde, muerto hace cerca de dos años. En el recuerdo de todos está que *El príncipe Carnaval* era una revista en un acto que Cadenas y Azevedo Más, con los dos compositores citados, hicieron para que la compañía de los hermanos Velasco estrenase en América. La obra obtuvo un éxito entusiasta, representándose millares de veces.

Ahora, Cadenas ha querido ofrecer la revista al público español, superándose a sí propio. Entre él y Serrano convirtieron la revista en una obra en tres actos. Se comprenderá la labor del músico y la del escritor y empresario. Porque, eso sí: Cadenas ha hecho honor al maestro, gastándose en poner la obra lo que aún no se había gastado con ninguna ópera; y, como el dinero empleado ha sido teniendo en cuenta, ante todo, el arte, *El príncipe Carnaval* ha resultado la obra más lujosa y artísticamente puesta de cuantas se han representado en España. Es un verdadero derroche de melodía, de luces, de efectos, de tracas, de caras bonitas y de todo lo que constituye el encanto supremo de ese palacio encantado, del que es brujo José Juan Cadenas. Nueve son los cuadros de la revista; todos produjeron gran efecto, y especialmente el de los paraísos artificiales. El desfile de la comarsa veneciana con Helena Cortesina al frente, fué también un enorme éxito. De los números, pronto se harán populares muchos: la canción española, un fox trot y un tango argentino. Hevan esa marca Serrano inconfundible e imitable. Todas las bellas tiples del Victoria, empezando por la Hidalgo y la Crehuet; el escenógrafo Martínez Gari; Pepe Moncayo; Pepito Serrano como director artístico, y cuantos han contribuido al triunfo de la obra, han demostrado los muchos elementos que hay en España para hacer las cosas, cuando nos las proponemos, mejor que en el extranjero.

De las demás obras estrenadas, es graciosa y merece verse *La reina de la ópera*, en Lara, adaptada por Fernández Lepina. Gustó mucho, y llevará gente. En este teatro ha debutado la supletista Pilar Alonso, que venía de Barcelona precedida de gran fama. Ha hecho muy buen efecto, y nada tendría de particular que el público de Madrid se mostrara de completo acuerdo con el barcelonés, en cuanto la artista comience a hacerse popular.

Quede para otro momento, por no permitirlo ahora el espacio, hablar del loable esfuerzo que representan los cuadros líricos estrenados en Price. *Bella Sylvia*, de Francés, y *La maja de los lunares*, de Obradores, son dos óperas muy interesantes, con las cuales han dado sus autores prueba de lo mucho que valen. Campañas como ésta debían estar alentadas por el público. ¡Lástima es que, para realizarlas, haya hecho falta la colaboración del programa Ajuria!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJMI

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Los estrenos de Pascua.--Exito de «No te ofendas, Beatriz»,
Una obra desafortunada.--¿De quién es la culpa?--«Fi-Fi»
y Esperanza Iris.--Otros estrenos.--Una opereta de Frutos.
Ante las «Inocentadas».

Madrid 27 diciembre.

Por vez primera se ha dado el caso de que en los días de Nochebuena y de Navidad no se haya estrenado una sola obra en los teatros de Madrid. No quiere esto decir que los teatros no hayan estrenado este año sus obras de Pascua. ¡No faltaba más! ¿Quién quita atractivos al público en estos días ideales para todo negocio teatral?

Lo que ha ocurrido es que los empresarios, que se hallan en plena competencia, se han sentido impacientes, y todos han ofrecido sus novedades al público con uno o varios días de anticipación. Así, por ejemplo, los del Reina Victoria, Infanta Isabel y otros, dieron a conocer sus "preparados" una semana antes, y los de la Zárzuela, la Comedia y Eslava, el día 23. Con lo cual el día de Nochebuena y el de Navidad perdieron su peculiar carácter de clásicos días de estrenos.

Esto no ha sido obstáculo para que todos los teatros se hayan llenado hasta rebosar. Entrando en cualquiera de ellos, parece que tienen negocio asegurado por sabe Dios cuánto tiempo. Ya veremos lo que nos dice la sala de cada uno en cuanto pase el día de Reyes.

Eslava, por las trazas, tiene un brillante porvenir. La obra de Pascuas, que ha corrido a cargo de Arniches y Abatí, ha sido un gran éxito. Estos maestros del género son seguros, y *No te ofendas, Beatriz*, es una de sus más afortunadas producciones. Si a ello unimos el triunfo personal obtenido en esta obra por Catalina Bárcena, se comprenderá por qué es brillante el porvenir de la temporada de Eslava.

El argumento de *No te ofendas, Beatriz*, no es nuevo; pero la forma en que ha sido desarrollado y las galas con que ha sido vestido, sí tienen novedad. El caso de un muchacho y una joven, enamorados respectivamente de otra joven y otro muchacho, y a quienes sus padres quieren casar, lo hemos visto muchas veces. La decisión de ambos de sincerarse mutuamente para convencerse de que no pueden casarse, por querer a otros, y el amor que insensiblemente nace en los días al irse conociendo merced a esa sinceridad con que se tratan, tampoco es absolutamente nuevo. Pero está hecha toda la obra de tal manera, tiene tantísima gracia, está tratado todo tan diestramente y tiene tipos tan acertados, que el más exigente se rinde ante los méritos de la nueva obra, aplaude a los autores con fervor y les queda agradecido por el rato delicioso que le han hecho pasar.

Catalina Bárcena, Princesa con tratamiento de Majestad en el teatro español contemporáneo, hace un nuevo alarde de la flexibilidad de su talento. La voz, la cara, el gesto, la mano y el ademán de esta artista, tienen siempre suspenso el ánimo del espectador. Obtuvo también efusivos aplausos, que compartió con Collado, París y otros excelentes actores de la compañía de Eslava.

Dicho queda que el público salió en el día del estreno complacidísimo. ¿Se han fijado ustedes en las pocas veces que no sale el público complacido de ver una obra de Arniches?

No tuvo la misma suerte el estreno de la Comedia; teatro que parece tener este año el Santo de espaldas. El público, su público habitual, parece haber torcido el gesto. Ni las obras, ni los actores, le satisfacen por completo, a pesar de deberse aquéllas a las mismas expertas plumas que tanto le regocijaron, y no obstante haber en la compañía muy notables artistas. ¿Razón de lo que ocurre? Pues que no hay figura de relieve—un Bonafé, un Zorrilla, una Alba—entre los actores, y que no ha habido la obra esa que, con actores buenos o malos, triunfa, porque tiene que triunfar. Es verdad que la falta de una primera figura influye mucho, pero ya veríamos lo que sucedería si se estrenasen ahora, con esa misma compañía, *El rayo* o *El orgullo de Albacete*.

Sea como fuere, el caso ha sido que *San Pérez*, el nuevo juguete cómico de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, no tuvo la misma fortuna que otras obras del mismo género y de los mismos

autores. No quiere esto decir que *San Pérez* sea inferior a aquéllas. Es que ha sido una víctima de todas las circunstancias que dejamos apuntadas. Y como su mérito no era lo suficiente para hacer al público reaccionar, el resultado fué desfavorable.

Las idas y venidas de un entre por la escena, que en otra ocasión hubiesen producido hilaridad resonante en el auditorio, no hicieron gracia ahora. En sucesivas representaciones parece que el fallo ha sido más favorable. Pero, así y todo, *San Pérez* no ha sido la obra que la Comedia necesitaba.

En la interpretación se distinguieron las señoritas Carbonero y Redondo, y los señores Tardela, Asquerino y algunos más.

Parece que la misma obra, estrenada en otras poblaciones, ha tenido éxito. Eso da motivo para pensar en la conveniencia de conservar siempre completos los buenos cuadros de compañías.

En el teatro de la Zárzuela están, en cambio, de enhorabuena. *Fi Fi*, la preciosa opereta de Christiné, que en París se ha hecho muchos centenares de noches, ha sido en Madrid lo que se esperaba. Forzoso es convenir, ante todo, el acierto que han tenido los señores González del Toro y Mihura al adaptar la obra al castellano, quitándole toda la parte exageradamente atrevida y dejando, sin embargo, una acción y un diálogo muy regocijados, que son complemento adecuado de una partitura deliciosa, de una interpretación muy afortunada y de una espléndida presentación.

El carácter bufo de la obra da ocasión a Esperanza Iris y a sus compañeros para hacer pasar al espectador unas horas agradabilísimas. Ver en escena a conocidos personales griegos, dentro de una acción moderna, es cosa francamente divertida. La Iris está muy bien en toda la obra. Ha triunfado una vez más como artista y como directora de escena. En este último aspecto no ha querido ser anulada por las esplendideces de Cadenas en el Victoria; el decorado, los trucos, toda la "postura" en escena, demuestran ese decidido propósito. Y cuando al final de la opereta aparece ella misma dentro de una cesta de flores, en la que atraviesa la amplia sala, columpiándose sobre los espectadores, éstos rompen en un espontáneo apriuso hacia la actriz-empresaria que pone todo su esfuerzo al servicio del público.

También ha habido estrenos en Lara, en el Cómico y en Novedades.

En Lara, *El portal de Belén*, comedia en un acto, gustó mucho y servirá para completar el cartel, ya reforzado por la actuación de la cada vez más aplaudida Pilar Alonso.

En el Cómico, don Luis de Vargas, que se dió recientemente a conocer como autor con su comedia *Juan de Madrid*, ha estrenado un sainete en un acto, *Modistillas y perdigones*, que tiene tipos muy bien observados y tiene unos agradables números de los maestros Quislad y Badía. Loreto Prado y Enrique Chicote son, con Castro, los héroes de la obra.

La millonaria se titula la opereta estrenada en Novedades. El autor del libro es don Luis Pascual Frutos, uno de los libretistas a quienes más debe nuestro género lírico. Diganlo, si no, *El guitarrico*, *Musseta*, *Molinos de viento* y *Maruxa*. Como era de esperar, *La millonaria* es una obra de buen gusto, con situaciones musicales y con notas sentidas y bonitas. Aquellas situaciones han sido bien aprovechadas por los maestros Vela y Brú.

El público de Novedades, no acostumbrado a las operetas, acogió ésta, sin embargo, con agrado, y aplaudió reiteradamente a autores e intérpretes.

En el Español, *La cenicienta*, del ilustre Benavente, ha llenado el teatro durante las Pascuas; en Apolo y en Cervantes lo han conseguido *Los sobrinos del capitán Grant*; los demás teatros explotan sus últimos éxitos.

Mañana, fiesta de Inocentes. Son muy pocas las empresas que anuncian "inocentadas". Parece que estas funciones van pasando de moda. Y es que el público va siendo cada vez menos infantil.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

Las uvas de año nuevo.--Esperanza Iris a Valencia.--La misma cara.--Un beneficio y una reposición.--El último estreno de Pinillos.--El beneficio de Morano.--Lohengrin en alemán.--Una obra de Pascuas.--En Rosales.

Quiso
1921

Madrid 3 enero de 1921.

Con buen pie parecen haber entrado los teatros madrileños, en el nuevo año. Por lo menos eso han intentado demostrar, festejando jubilosamente la entrada de 1921. En todos ellos hubo su correspondiente "nuevo mesillo" con alusiones al año entrante. En la Zarzuela, Esperanza Iris, esa simpática artista que va ahora al Principal de Valencia, interrumpió la representación de uno de los actos de *Fi-Fi*, y salió a escena con un bacilo de doce uvas, que comió a las doce en punto. Toda la compañía hizo lo propio, y después corrió el champagne. Al público le encantó la ocurrencia, y hubo espectador que desde su palco o su butaca tomó parte en el festín.

Como novedad, ofreció la Zarzuela el estreno del entremés titulado *La misma cara*, original de los señores Muñoz y Lapena, con música de los maestros Soutullo y Vért. La obra no tiene gran importancia, pero es lo suficiente para demostrar las condiciones que sus autores tienen para cultivar el teatro. El episodio de una mujer elegante que, para no comer sola la cena de Noche Buena, hace subir a un vendedor de periódicos, con quien le sorprende momentos después su protector, que al fin sabe perdonar, entretiene al público durante un cuarto de hora y hace que Esperanza Iris demuestre una vez más su flexibilidad artística y luzca unas cuantas joyas y pieles magníficas. La música es agradable.

En el teatro del Centro hemos tenido dos novedades: el beneficio de Ruiz Tatay, con la reposición de *La calle de la Montera*, de Narciso Serra, y el estreno del nuevo drama de "Parmeno", titulado *Como el humo*. Ambas funciones tuvieron el carácter de solemnidades artísticas.

Ruiz Tatay está hoy considerado, con justicia, como el mejor actor de carácter de España. El acierto de Borrás, al tenerlo en su compañía, es innegable; Ruiz Tatay, con su sobriedad, con su justeza de expresión, con la dignidad que sabe dar a los papeles que lo requieren, es el actor ideal para el género que Borrás cultiva, y destaca en vez de debilitar la labor del gran trágico. El "Don Lope", de *El alcalde de Zalamea*, y el "Comendador", del *Tenorio*, para no citar más que obras muy conocidas, tienen en él insuperable encarnación.

Para la noche de su beneficio eligió Ruiz Tatay la siempre lozana *Calle de la Montera*, delicia de nuestros antepasados. Por unos instantes revivimos aquella época del Madrid de Felipe III, recién convertido en Corte, y asistimos a las incidencias a que dan lugar los enamorados de "la Montera", la gentil viudita de un montero de Espinosa, a quien unos cortejan por su dinero y a quien otros aman por su belleza y por sus virtudes. El verso fácil y siempre armonioso, que tan corriente era en Narciso Serra, aún regala los oídos de nuestros públicos, y la gracia sencilla y natural que fluye entre la versificación hace pensar en la degeneración que, en cierto aspecto, ha tenido nuestro teatro. Claro es que las obras cómicas de ahora son más graciosas e intencionadas. Pero aquellas de hace cincuenta años tienen, en su misma inocencia, un especial atractivo que no enviejera nunca. Y eso no podríamos asegurarlo lo mismo de las comedias de *astracán* de hoy. Carmen Muñoz y Alberto Romea compartieron con Ruiz Tatay los calurosos aplausos de la completa concurrencia.

Para fin de fiesta, y en honor de Ruiz Tatay, recitó Borrás, como él sabe hacerlo, el monólogo *La huelga de los herreros*. Produjo, sin embargo, en el público menos efecto que otras veces. Creo que influiría en ello el hecho de que el público no pudo meterse en situación. Recitar *La huelga de los herreros*—tragedia de un viejo minero, que para llevar pan y calor a su hambriento y miserable hogar mata a un compañero—vistiendo frác y camisa de pechera impecable, llevando joyas y luciendo un rostro que, para fortuna del señor Borrás, está aún joven, es empresa de la que solo un actor del talento y del prestigio suyos puede salir airoso. Fué aplaudido mucho. ¡Ya lo creo! ¡Como que lo dice muy bien! Pero aún lo hubiera dicho me-

mejor, viéndose él mismo en situación: ¿no estamos conforme?

Al día siguiente fué el estreno de *Como el humo*. El nuevo drama del señor López Pinillos no aportará nuevos prestigios a su firma, mas se mantiene gallardamente en el alto nivel a que el ilustrado "Parmeno" ha llegado. La felicidad, según el autor, desaparece como el humo. Apenas si nos damos cuenta de cuando ha desaparecido. La creemos segura, nos sentimos en posesión de ella, y en un instante, estado que nos podemos pensarlo, nos hallamos sin su alegría, con la vida rota. Eso le pasa al protagonista del drama de Pinillos: ha corrido su ventura en los encantos de su hogar, en las delicias de la vida conyugal. Es feliz, aunque debiera no serlo, porque ignora que la perversidad le traiciona. Y al encontrarse, de pronto, frente a frente de la verdad, siente derrumbarse toda su existencia. Toda la obra tiene interés; algunos momentos, sobre todo en los finales de los actos, y algunos tipos, como por ejemplo el del cínico Barrientos, se destacan especialmente como valores de positiva importancia teatral. El auditorio aplaudió la obra, pero aplaudió más al dramaturgo. Borrás tuvo un gran acierto en la composición y desarrollo de su tipo, y obtuvo un gran éxito. Ruiz Tatay, Gatuellas, Romea, las señoritas Muñoz y Bravo y la señora Canelo, completaron la acertada interpretación.

A ver cómo *el humo* irá rumbo gente; se lo merece el nombre de "Parmeno" y su labor recia, valiente y siempre original, que ha dado a Pinillos el prestigio que disfruta entre los dramaturgos españoles.

En el español se celebró el beneficio de Francisco Fuentes, y poco después el estreno de *Las dos sandas*, comedia en tres actos del señor Marsillach, tan admirado por sus brillantes crónicas barcelonesas en *El Imparcial*. La obra, por falta de condiciones teatrales y por algunas rarezas de lenguaje, no consiguió la acogida entusiasta que su autor, sin duda, esperaba; sirvió, no obstante, para demostrar que el señor Marsillach tiene condiciones nada vulgares para el arte del teatro, en el que puede conseguir un puesto tan preeminente como el que ocupa en la prensa como escritor de claro juicio y estilo admirable. La compañía del Español, con Ricardo Calvo a su frente, hizo la obra con cariño.

En la Princesa, Morano celebró también su beneficio. Ha hecho el gran actor una buena campaña, y el público de Madrid supo, en esa noche, demostrarle su agradecimiento, con sus fervorosos aplausos. Sin duda alguna, la obra que más resultado le ha dado ha sido *La casa cercada*.

Para los aficionados a la música, el acontecimiento de la semana última ha sido la representación de *Lohengrin*, por el cuadro de artistas alemanes. Dada la insuperable interpretación alcanzada por la tetralogía wagneriana, y sabido, por los apuntes, que la versión de esta ópera sería muy distinta a la italiana que conocíamos, la expectación que hubo fué realmente extraordinaria. Para ser en absoluto sincero, diré que el público no quedó satisfecho de la función. ¿Es que no le gustara la versión alemana? Nada de eso. ¿Es que los principales intérpretes no le gustaban? Mucho más. Es que los coros desentonaban cantando en italiano, y desafinaban, además, de un modo harto perceptible. Además, el modo de llevar la orquesta el conchuzado maestro Cortáles tampoco satisfizo sobremanera. Los que triunfaron desde luego fueron la Daknien y el tenor Kirchoff. Ella fué una "Elsa" poética, inspirada siempre, pero jamás acarameñada, y él fué un "Lohengrin" de vibrantes acentos y de juvenil majestad. Para ambos debió la concurrencia, sin reservas de ninguna clase, sus calurosos aplausos.

De otros teatros, lo más notable ha sido la obra estrenada en el Coliseo Imperial con el título de *La república de la broma*, de la que son autores los señores Moncayo (don Manuel) y Benedicto. Es un juguete cómico lleno de chistes de todo género, muy a propósito para época de Pascuas, que fué acogido por el auditorio jubilosamente. Sobresallaron en la interpretación la señorita Esteban y los señores Serrano y Albar.

Unos cuantos días antes se había estrenado, con desgraciado éxito, el cuento burlesco del señor Avécilla, *La noche de los tiempos*.

Aún ha dado más de sí la semana teatral: la inauguración del teatro del Ideal Rosales y el estreno de la revista de gran espectáculo *Chófer, a Rosales!* Es un alarde de lujo, de luz, de mujeres, de hablables y de muchas cosas más. Pero quede para otro día su descripción y comentario, que bastante he abusado hoy de la benevolencia del paciente lector.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El "Álbum" de Rosales.—El impero de las entonaciones.—Dos poemas dramáticos en el Español.—Se fué Morano y llegó Camila Quiroga.—El teatro nacional argentino y su desarrollo actual.—"La fuerza ciega".—Cambio de género en la Comedia.—"La gorriona".—Adiós a la Iris.

Madrid 10 enero.

La inauguración del Ideal Rosales; el término de la temporada del Español, con dos estrenos; el finat de la campaña de Morano y el comienzo de la compañía argentina en la Princesa; el estreno de *La gorriona*, en la Comedia, y las últimas representaciones de Esperanza Iris en la Zarzuela, han constituido las últimas novedades teatrales que han merecido la atención del público.

¡El Ideal Rosales! Ya en nuestra crítica anterior apuntábamos algo de lo que son el teatro y el espectáculo que, desde hace unos días, se ofrece a la afición madrileña en uno de los más bellos barrios de la capital. El teatro es bonito y elegante. La obra estrenada, *Chofér, a Rosales*, es una revista análoga a las que se hacen en Francia; tan análoga, que varios cuadros son los mismos de una revista que ha obtenido centenares de representaciones en París, Portenociendo la obra a tal género, no hay que pedir que tenga libre, ni siquiera argumento. Eso es lo de menos. Lo principal es el desfile de cuadros fastuosos y artísticos y de mujeres bonitas, acompañados unos y otras por una música agradable, que tampoco hace falta que sea original. Considerada ya la obra desde ese punto de vista, hay que reconocer en ella una elegancia, un lujo y un arte en las entonaciones, a las que no estábamos acostumbrados más que en los bailes rusos y en las representaciones del teatro Reina Victoria. *Chofér, a Rosales*, es como un *álbum* de preciosas estampas nocturnas, que se animaran de repente. Los cuadros son muchos, y algunos sorprendentes; las decoraciones, preciosas y de gran novedad, y los efectos de luz y de color, muy afortunados. Las bonitas apachesas —cerca de un centenar— que toman parte en la representación, visten y medio visten con elegancia suma los innumerables números de la obra. Muchas veces la ropa no les estorba demastado; más hay que convenir en que la que conservan tiene verdadero *chic*. ¿Habéis visto alguna vez las puntadas de *La vie parisienne*? Pues ese, aunque no por completo, es el efecto que producen estas gentiles artistas del Ideal Rosales. El baile tiene, además, una importancia suma en la revista. La Tikarova y Sacha demuestran su agilidad y su maestría en el antiguo arte de Terpsícore, que con las innovaciones de estos últimos tiempos, no sería, seguramente, conocido por su mitológica fundadora, la simpática diosa de la danza.

El nuevo teatro, a pesar de hallarse en un sitio algo retirado, está siendo favorecido por numeroso público.

El Español terminó su breve y brillante temporada—nuevo éxito de Benavente y Ricardo Calvo,—con los estrenos de dos obras: *La leyenda del tigre*, para beneficio de Carmen Seco, y *La danza de la cautiva*, en el de Carmen Ruiz Moragas. Ambas notables artistas recibieron los homenajes de sus admiradores, que son, en honor de la verdad, más cada vez.

La leyenda del tigre es un poema dramático del joven poeta don Valentín de Pedro. La versificación es fácil, y, en momentos, muy entonada; hay parlamentos inspirados, que gustaron mucho al auditorio. Desde el punto de vista dramático, el poema es más endoble. Así y todo, *La leyenda del tigre* consiguió un bonito éxito, en el que participó, con el autor, la beneficiada, ya aplaudida, como se merecía, en el poema de Rey Soto, *Amor que vence al amor*, una de las obras poéticas más afortunadas de estos últimos tiempos. La concurrencia quedó convencida de que Carmen Seco es de las pocas actrices españolas que saben recitar bien el verso.

La danza de la cautiva es otro poema, de más proporciones y más aspiraciones. Son sus autores el ilustre poeta Eduardo Marquina y don Alejandro Mackinley. Está dividido en tres estancias, y nunca mejor calificados los actos, porque la obra, más que una producción dramática, parece un poema lírico representado; una de aquellas orientales que nacieron al mismo tiempo, o como consecuencia de las famosas de don José Zorrilla, y que nos entantan con la música de su versificación

y la sucesión de bellas imágenes, sobre un fondo morisco evocador. El argumento, como el de todas las obras eminentemente poéticas, es sencillo. Una cautiva castellana está a punto de ceder al cerco amoroso que le ha puesto un Príncipe moro, dueño de ella por la ley de la guerra; pero la voz de otro cristiano, cautivo como ella, le hace recobrar sus energías, y antes que rendirse al Príncipe, prefiere morir arrojándose por las almenas del castillo, no sin antes bailar una trágica danza. La música de ésta se debe al maestro Angel Barrios, que es otro moro, retirado allá en Granada, bien a pesar de sus muchos admiradores, que lamentan no verle trabajar con más constancia.

La señora Ruiz Moragas, Ricardo Calvo y Roméu, se hicieron aplaudir justamente interpretando *La danza de la cautiva*. Ahora realizará la compañía una excursión por provincias. Más tarde embarcará para América. Lo sentimos por nosotros, y nos alegramos por el buen nombre artístico de España en el extranjero.

Morano terminó brillantemente su temporada en la Princesa, y marchó a Bilbao. De allí irá a Asturias, luego a Andalucía, y después al Norte de Africa.

Poco tiempo ha estado cerrado el lindo teatro de Díaz de Mendoza. Anteayer ha vuelto a abrir sus puertas para que conociéramos a la compañía de teatro argentino, a cuyo frente figura Camila Quiroga. Puede decirse que hasta ahora no nos hemos dado, en realidad, cuenta en España de la existencia de un teatro nacional argentino. El estreno de alguna que otra obra—*Fruta picada*, de García Velloso; *Alma gaucha*, de Ghirardo, y pocas más,—y la actuación de algunos artistas, como Palavecín y Nieves-Lasa, no fueron suficientes para que consideráramos como existente tal teatro, con caracteres propios y definidos. Han hecho falta esta compañía de la Quiroga y la presencia de un autor del prestigio del señor Martínez Cuitiño—que ha sabido preparar, con oportuna conferencia en el Ateneo, el espíritu del público madrileño,—para que nos convenzámos de que, como consecuencia de la guerra—por la escasez de producción y de artistas europeos,—y como alentada por los triunfos del uruguayo Florencio Sánchez, cuyo teatro representa la última transformación del primitivo drama gaucho, existe hoy en la Argentina un teatro patrio, con producción original y fuerte, y con artistas preparados y de talento. Que esa producción está influenciada por el teatro español, por el francés o por el inglés. Y eso, ¿qué importa? ¿Qué teatro, en sus comienzos, no ha tenido esas influencias naturales? Ello, a los españoles, no nos debe disgustar. El hecho de que en la Argentina se cree una dramática propia, no significa que vaya a desmerecer la nuestra si no decae. Lo que sí puede indicar claramente a los autores españoles, es la necesidad de mantener siempre, a la debida altura, el pabellón. En Buenos-Aires se sigue muy atentamente el movimiento cultural del mundo, y lógicamente, el público ha de exigir, llevado por su progreso en todos los órdenes, más selectas producciones cada vez.

Por lo pronto, la impresión que hizo anteanoche la compañía, no puede ser mejor. *La fuerza ciega*, drama del señor Martínez Cuitiño, no es una producción esencialmente española. Su argumento y su fondo son propios de otro cualquier ambiente. Demuestra en el autor verdadera fibra dramática y una aptitud de observador no vulgar. En el acto primero, de perfiles cómicos, se ve esto bien, claramente.

Camila Quiroga pareció al público una buena artista, de temperamento comprensivo y de sensibilidad delicada. Gustó mucho también el actor cómico señor Olarra, de gracia espontánea y nunca afectada. Los demás actores completan el excelente conjunto. En sucesivas representaciones acaso veamos destacarse a alguno de ellos.

En la Comedia obtuvo un buen éxito *La gorriona*, traducción hecha por Ignacio Alberti, de la adaptación teatral francesa de la novela de Bourget, *Monique*. Con este estreno se ha apartado la dirección

artística de este teatro del camino del astracán. ¿Se dará resultado? Eso aún es pronto para asegurarlo. Desde luego, la obra ha motivado un general elogio de la crítica hacia ese cambio de rumbo. *La gorriona*, sin embargo, no ha sido un éxito resonante; tan solo lo bastante para que se dé por bien empleado el trabajo notable del señor Alberti y el esfuerzo de los intérpretes al representar la obra. Quizás si el público abandona el prejuicio de que en la Comedia ha de ver "algo de risa" (légese el melodrama que eso es principalmente) lo que no consigueron las producciones cómicas de este año. La señorita Redondo y el señor Tordesillas merecen ser citados en primer lugar como acertados intérpretes de *La gorriona*.

En la Zarzuela, Esperanza Iris se despidió de Madrid con *La verbena de la Paloma*. ¿No es esa atención suficiente motivo para que los madrileños no nos olvidemos de la simpática artista? Y eso que ya sabe Esperanza Iris que son bastantes más las causas por las cuales siempre nos acordaremos de sus temporadas..., para desear que vuelva.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Las representaciones de la compañía Quiroga en la Princesa.--Indice de las obras estrenadas.--Florencio Sánchez y su teatro.--Un curso de dramática argentina.--Otros estrenos.--La compañía Alta-Bonafé.--Un éxito de Torres del Alamo y A:enjo.--Las delicias de Capua.--Notas finales.

Madrid 17 enero de 1921.

El acontecimiento teatral de la semana ha sido la serie de representaciones de obras argentinas en la Princesa. El público acogió al principio—preciso es reconocerlo—con indiferencia la actuación de la compañía de Camila Quiroga, pero poco a poco ha ido luego experimentando interés, y ahora, las representaciones se cuentan por llenos, y en pechos y butacas se ve a las más conocidas familias de Madrid.

El milagro lo han hecho el mérito de algunas producciones, la valía de Camila Quiroga y de algunos otros artistas, y la sucesión de estrenos interesantes. Parece que la compañía, que viene bajo los auspicios de la Sociedad de Autores argentinos, trae ensayadas y montadas cerca de veinte obras, puesto que su propósito es darnos a conocer, en conjunto, el arte dramático platense. Ya ha estrenado siete u ocho, y en todos los estrenos la ha acompañado el éxito, si bien es justo apuntar que las obras, esencialmente dramáticas, han parecido, y lo son, desde luego, superiores a las del género cómico. Los dramas de Florencio Sánchez y de Martínez Cuitiño, han producido honda e intensa emoción, dándonos la sensación de que el teatro argentino, a pesar de hallarse en un período de juventud, tiene ya las necesarias aptitudes de madurez para ocupar en el mundo un puesto definitivo.

Después de *La fuerza ciega*, de Martínez Cuitiño, hemos conocido *Las de Barranca*, de don Gregorio de Lafarrere; *La serpiente*, de Moeck; *El complot del silencio*, de don César Iglesias Paz; *Barranca abajo* y *En familia*, de Florencio Sánchez; *Las d'enfrente*, de don Federico Mertens, y *El amigo Raquel*, de Weisbachz. Para esta noche ya hay anunciada obra nueva. No puede, pues, quejarse el público madrileño.

Con la brevedad que estas crónicas requieren, diremos algo de la impresión producida por las obras estrenadas. *Las de Barranca* es una comedia de costumbres, de un género cómico sencillo, con la sencillez de las buenas comedias con que se encantaban nuestros abuelos. En Buenos-Aires, la obra ha obtenido un gran éxito. ¿Será porque el público es allí más rico? Nada de eso; entre otras razones, porque aquí, la acogida no pudo ser también más satisfactoria.

La serpiente pertenece a un género completamente distinto. Dramática, o más bien melodramática, da ocasión para que Camila Quiroga y sus compañeros tengan varios momentos de brillantez.

El complot del silencio es una comedia interesante. Gustó sin entusiasmar. Su asunto se reduce al siguiente: Una joven de buena familia, Mecha, acude, en un momento de pérdida de juicio, a casa de su novio. La aventura tiene las naturales consecuencias. Pasa el tiempo, y los padres de ella, pensando en regularizar la situación social de la muchacha, deciden casarla con otro joven que la corteja. Mecha accede, pero se confiesa al que pretende ser su esposo. El agradece la sinceridad, perdona... y se casa.

La obra no tiene sabor argentino; tiene, por su asunto y por su ambiente, un carácter más universal, lo cual constituye, además, una nota muy interesante en esta serie de muestras de un teatro nacional. La aspiración a lo universal, sin prescindir del amor al suelo materno, es simpática y digna de los más sinceros alientos.

Y llegamos a la obra fundamental, de este teatro: a una obra de vigoroso color local, puntualizado en las costumbres, en los caracteres de los personajes y en el lenguaje; a *Barranca abajo*, drama representativo, original del uruguayo Florencio Sánchez, a quien con razón se adjudica el primer puesto en el teatro platense. Merced a Sánchez, el género criollo comenzó a ser nacional; gracias a su talento de dramaturgo, se impuso un teatro que hasta entonces estaba considerado como inferior. Se comprende la expectación que *Barranca abajo* había despertado en Madrid.

Como nuestra *Tierra baja*, la obra de Sánchez es un drama rural, cuya acción ocurre entre labradores y ganaderos, llamados estancieros. Asistimos a la ruina de uno de éstos, que va viéndose acosado por hombres de mala fe, por reveses de fortuna y por desgracias de familia. Cuanto rodea a este hombre—el medio en que vive,—da una sensación tal de verismo, que el público llega a adquirir la seguridad de que aquello es la realidad exactamente.

Otra obra de Florencio Sánchez, estrenada por Camila Quiroga—*En familia*—prueba lo mucho que se podía esperar de este autor, prematuramente fallecido. El asunto de *En familia* es, en cierto modo, parecido al de *Barranca abajo*; es el caso de la degradación de una familia, al verse

en la miseria. Un relajamiento moral se apodera de todos los miembros de la familia. Y es inútil que intente evitarlo el único individuo de ella que se ha salvado de la degradación y sigue siendo un hombre laborioso. Cuando intenta regenerar a sus padres y a sus hermanos; cuando echa sobre sus hombros la gran tarea de salvarlos, se encuentra robado por su propio padre. El drama, de una intensidad marcadamente pesimista, impresiona y aúna anonada.

Las d'enfrente es obra cómica, sin pretensiones, perfectamente burguesa. El elemento cómico no está en los chistes, ni en las situaciones forzadas. Está en la naturalidad de la acción y en el original punto de vista que plantea el autor. Se basa su argumento únicamente en la envidia que siente una buena familia al ver como viven y gastan las vecinas de enfrente. La obra, contenida dentro de los cauces sobrios y sencillos de la antigua comedia de costumbres, acusa un temperamento dramático; aun cuando refleja todavía algunas inexperiencias.

El amigo Raquel nos ofrece un trozo de vida de Buenos-Aires. No es una comedia de la Pampa, sino eminentemente ciudadana; es una muestra del cosmopolitismo a que aspira la capital argentina. Raquel es una muchacha que vive en el campo con Juan Pablo, de quien está enamorada. Pero vienen a la ciudad, y el ambiente de ésta influye sobre él, el poderoso y le hace olvidar a su antigua compañera. Raquel comprende cuál debe ser su actitud y comienza a frecuentar los cabarets y otros sitios alegres, alternando con los muchachos como un amigo más, y sin pasar los límites que su honradez y su cariño le imponen. Juan Pablo siente entonces nacer los celos y busca una reconciliación. Esto, como es lógico, no tarda en llegar, y Raquel ve, al fin, lograda su suprema ilusión, al ser elegida por Juan Pablo para esposa.

De intento he dejado para el final hablar de la interpretación que da a estas obras la compañía Quiroga. En conjunto y en detalle, es excelentísima. El público la ha reconocido así, y los nombres de varios de estos artistas son ya prestigiosos y hasta populares en Madrid.

Camila Quiroga es, desde luego, una gran actriz, de un temperamento muy flexible que le hace abarcar con el mismo acierto los papeles cómicos que los dramáticos. En la niña enferma de *Barranca abajo*; en la simpática heroína de *El complot del silencio*; en la infortunada Raquel y en otros tipos, ha sabido encontrar entonación y gesto tan apropiados, que nos ha subyugado a todos.

Las señoritas Arnesdo y Mesa, la Mancini y los señores Olarra, Escarcela, Acchiardi y Fregues, destacan también sus personajes, probando que son concienzudos artistas.

No se trata, pues, de una compañía extranjera de "exportación", de esas a las que, desgraciadamente, estamos tan acostumbrados. Es una embajada de arte y de cultura, y es su trabajo, como ha dicho acertadamente un crítico, un curso de dramática argentina representada.

En otros teatros, pocas novedades hubo. El del Centro inauguró felizmente su primera temporada del año con la compañía de la que son primeras figuras María Ladrón de Guevara, la Moneró, Irene La y Juan Bonafé. Representaron *Los caciques*, de Arniches, que han gustado tanto como cuando se estrenó la obra en la Comedia. La compañía ha producido buen efecto. Ahora depende todo del acierto en la elección de obras.

En el Cómico, Lorato Prado y Enrique Chicote nos mostraron que siguen siendo incansables y no saben dormirse sobre laureles conquistados. El nuevo manjar que nos han servido, se debe nada menos que a cocineros tan expertos como Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo, quienes aderezaron un guiso muy del gusto del público, salpicado con pura sal madrileña. Como novedades, tiene la obra que se llama *La pena de los cien*,—las de que Chicote tiene una sesión de esgrima con su profesor el señor Aparicio, y que hay un *match* de boxeo.

A la obra ha puesto varios agradables números de música el maestro Romero.

Nó quedan más estrenos de la semana por relatar que el de *Las delicias de Capua*, en Cervantes, obra que soy yo el menos indicado para juzgarla aun cuando si uno de los más capacitados para reconocer sus defectos. Que la zarzuelita—algo atrevida, hasta donde permiten los límites del buen gusto,—tuvo un éxito grande, no puedo negarlo. ¿Lo mereció? No lo sé. El lector comprenderá la situación al contestar a esa pregunta. Lo único positivo es que el joven compositor Ernesto Rosillo probó lo que sabemos todos: que es uno de los

musicos que empiezan de más talento y más porvenir. Del libro, como crítico, algo habría que decir, y como autor, algo habría que explicar; pero juzgo que críticas y justificaciones a nadie importan, y me limito por hoy a consignar, por creerlo de mi deber, el estreno y la excelentísima interpretación obtenida.

Madrid teatral

«Su Alteza se casa» y Arturo Serrano se lucra.—La Gámez, tiple. El éxito de «Pasionera» y el teatro de los señores Alvarez Quintero.—Las representaciones de la compañía Quiroga.—«El parque de Sevilla».—Más estrenos.—La bailarina de la inteligencia.

Madrid 24 enero de 1921.

Arturo Serrano, el empresario del Infanta Isabel, es un hombre de ideas originales; muchas de las que durante un día se le ocurren, son irrealizables; pero siempre, entre ellas, hay alguna acertada, desde el punto de vista de su negocio. Y esa, siempre sabe llevarla luego a la práctica.

Algo de esto le ha ocurrido con la última obra estrenada en el teatro de la calle del Barquillo. Pensó Serrano que el hecho de que los actores y las actrices de su compañía cantaran, podría ser una nota original y despertar en el público curiosidad e interés. Tenía como base unos cuantos artistas que han figurado anteriormente en compañías líricas. ¿Por qué no intentarlo? ¿Sería tan curioso oír cantar a la Gámez, por ejemplo?

La dificultad estribaba en quiénes habrían de hacer la obra; mas la elección no fué dudosa: Sinesio Delgado, el fecundo autor, el inspirado poeta, el hombre de probado buen gusto y de ingenio reconocido, podría tejer la fábula, y Pablo Luna, el compositor elegante, tantas veces aplaudido, sabría hacer la música apropiada para el artístico intento.

Así surgió *Su Alteza se casa*, opereta en un acto que fué acogida el otro día con grandes aplausos por la concurrencia del Infanta Isabel. Es obra de época, pero de una época un poco imaginaria. Parece como si el autor hubiese escrito al frente de su obra aquello que un poeta indicó una vez: "basta con que la decoración y los trajes sean bonitos". Porque, justo es decir que el decorado, de Mignoni, y el vestuario, son primorosos, y contribuyen al deleite que experimenta el espectador durante la representación de la opereta.

Su Alteza el Príncipe (señorita Gámez) se aburre en su castillo y congrega, como todas las tardes, a su corte, para ofrecerles la merienda, que consiste únicamente en vino con nueces. Un dignatario, al abrir una nuez, halla dentro una preciosa sortija. ¿Qué significa esto? El Príncipe acude y reconoce la joya como suya. Pero, ¿por qué está ahí? El Príncipe ruega a su madre y a las damas que le dejen a solas con sus altos servidores, y con ellos se sincerará. Hace unos días, ya al caer la tarde, paseaba Su Alteza por los alrededores de la ciudad; sólo, cuando le sorprendió una tormenta y tuvo que guarecerse en una cueva. Lo propio le ocurrió a una joven, a quien el Príncipe, por la oscuridad que ya reinaba, no pudo llegar a ver; pero el caso fué que Su Alteza se enamoró de ella, y que la joven hizo al Príncipe determinadas concesiones que le obligaron a él a regalarle una de sus sortijas, como promesa de matrimonio.

El Príncipe no sabe más. ¿Cómo ha podido venir la alhaja encerrada en una nuez? Ese es el misterio. Cuando Su Alteza y sus confidentes se alejan, aparecen las damas, que, detrás de una cortina, han escuchado la conversación. Una de ellas consigue entrevistarse con el Príncipe, y toda ruborosa, le confiesa que ella fué la joven de la gruta. Su Alteza dice que cumplirá su palabra. A poco, otra dama llega con la Reina y confiesa la misma culpa; minutos más tarde, una tercera dama, toda acongojada, llega con su padre, reconociéndose culpable del mismo delito. El Príncipe, lleno de buen deseo, no puede dar a las tres la misma palabra, pues a él le consta que solo una fué la de la gruta. Al fin todo se pone en claro: la joven de la aventura no ha sido ninguna de las damas, sino la criada de una vieja camaretera. Y cuando el Príncipe comprueba que ésta es "la verdadera conquista", le reitera su palabra de casamiento, entre el asombro general.

Como se verá, *Su Alteza se casa* es un cuento de Boccaccio, que, al ser escrito por Sinesio Delgado para el Infanta Isabel, ha conservado un poco de picardía, pero nada más que un poco. La música, rica en elegantes melodías, acredita la firma de Luna. La Gámez, como actriz, estuvo muy bien, y como cantante, graciosa. Joaquina Pino demostró que aún conserva su hermosa voz; Alarcón y Sepúlveda, muy afortunados en la parte cómica, y Manso y los demás intérpretes, muy bien.

En Lara hubo acontecimiento de importancia: *Pasionera*, de los ilustres hermanos Alvarez Quintero, congregó, en el teatro donde tantos éxitos han obtenido, a numeroso público. ¿Gustó la obra? Desde luego; gustó mucho, porque está muy bien hecha; porque en ella se advierte a cada momento el dominio de la técnica que poseen sus autores, y porque tiene toda la obra esa lozanía, esa limpieza, ese optimismo, esa emoción y esa simpatía que caracterizan el teatro de los señores Alvarez Quintero.

¡Simpatía! He aquí el gran secreto del triunfo de estos ilustres dramaturgos. No es que ellos sean más o menos simpáticos, no. Es que su producción total es simpática, como ninguna otra. Sus obras son, en conjunto y en detalle, tan saludables y están hechas con un sentido tan ajustado

del buen gusto, que el público agradece esta constante orientación y reconoce el mérito que supone no haberse salido de la senda del arte en una época en que tantas concesiones, de todo género, se han hecho en el teatro.

Si a ello se unen los méritos dramáticos de cada obra quinteriana, se tendrá el triunfo mayor o menor de cada una de ellas. Podrán equivocarse alguna vez; pero jamás los señores Quintero lo harán por haberse rebajado. Y una equivocación en un alto empeño, es digna de la mayor consideración.

Otra nota resplandece, ya que hablo de él, en el teatro quinteriano: el patriotismo. Tanto en sus obras andaluzas, como en zarzuelas de otro corte—recordamos *La patria chica*,—y en obras de mayor importancia,—ahí está *La calumniada*,—los señores Alvarez Quintero realizan una labor a la que todo buen español debe estar reconocido.

Por lo que se refiere a *Pasionera*, no puede decirse que sea su mejor obra, pero tampoco la peor. Mantiene gallardamente el prestigio de sus autores, y tiene tipos—ese que de todo saca una copia y algunos más,—que son dignos hermanos de los innumerables personajes que han dado fama a sus autores.

Con *Pasionera* se presentó nuevamente ante el público de Madrid Ricardo Simó Raso, que se halla en el apogeo de su talento. Él y Leocadia Alba y Carmen Jiménez, compartieron, principalmente, con los señores Alvarez Quintero, el éxito de la noche.

La compañía argentina de Camila Quiroga ha continuado en la Princesa la serie de sus triunfos, si bien no todas las obras han alcanzado el mismo fallo. *Cervos rubios*, del señor Martínez Cuitiño, encantó a la concurrencia. Con esta obra hemos llegado al convencimiento de que el señor Martínez Cuitiño es hoy uno de los más positivos valores con que cuenta el teatro argentino. *Alma gaucha*, de don Alberto Ghiraldo, no convenció; le ocurrió lo mismo que cuando fué estrenada el año pasado, por la compañía del señor Martínez Sierra. Sin embargo, como tiene indiscutibles aciertos y esta compañía le da también una excelente interpretación, fué oída con respeto y atención. Camila Quiroga y sus compañeros preparan sus últimas funciones. No irán quejados del público ni de la crítica de Madrid. Claro es que no han sabido seducir con las bellezas de su arte joven.

En Apolo también hubo novedades. *El parque de Sevilla* era esperado desde hacía tiempo, y por los nombres de sus autores, los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández y maestro Vives, se profetizaba un gran éxito. Este, si no ha sido todo lo que se esperaba, ha tenido la suficiente fuerza para asegurar el cartel por muchas noches. El primer acto, largo y un poco lánguido, pareció a la gente pesado, y los números de música hicieron escaso efecto. Pero llegó el acto segundo y la fuerza de las situaciones cómicas, sucediéndose sin interrupción, y el gran acierto de Vives con el precioso número de las flores, "levantaron la obra", y lo que empezó pareciendo un fracaso, terminó siendo un bonito éxito.

De "farsa sainetesca" califican los autores la obra. El ambiente es de sainete, aunque algo exagerado; es ese villanismo de *Trianeras* y de *Pepe Conde*. Después la obra deriva en algunos momentos hacia la revista más o menos fantástica. Así y todo, hábilmente hecha, es obra que ha de dar dinero.

Ortas y Rosario Leonís tienen dos papeles para ellos, y los hacen a las mil maravillas. Los demás actores les secundan en la medida de sus fuerzas, destacándose Fresno.

La presentación ha sido muy cuidada. La obra tiene varios trucos; pero en honor de la verdad, no se ha debido a ellos la sanción favorable del público.

En Novedades hemos conocido, con música, un sainete bonito de Antonio Ramos Martín, que domina este difícil género. Se titula *El compañero cocido*, y ha hecho reír de verdad a la concurrencia, siempre numerosa, de aquel teatro.

Otro buen éxito ha sido el de *Los héroes de la pantalla*, de los señores Haro y Aznar y maestro Badia, en el Cómico. Es una consecuencia del imperio del cinematógrafo, e inútil es decir que los protagonistas son Loreto y Chicote.

"La Argentina", como fin de fiesta, en Lara, congrega a diario a la sociedad aristocrática madrileña. Sigue siendo tan artista como antes.

—Es la bailarina de la inteligencia—me decía el otro día un admirador suyo.

Puede que así sea; en este país en que se piensa tanto con los pies, nada tiene de extraño que, para bailar, sea necesario ante todo la inteligencia. Aunque conven-gamos en que "La Argentina" es algo más que inteligente.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Se fué la compañía argentina.--Presentación de Carmencita Oliver Cobeña.--Una gran actriz en perspectiva.--La temporada de la Comedia.--Un nuevo éxito de Pinillos.--El problema de la tierra y el de la emigración.--No va más.

Madrid 31 enero.

Comenzó la semana con una despedida que lamentamos y una presentación que acogimos con satisfacción y simpatía. Se fueron Gamella Quiroga y los suyos y llegaron Federico Oliver y Carmen Cobeña con una hija que es aún una niña y es ya una buena actriz. Y hubo, para que no se pierda la costumbre, algunas estrenos, aunque pocos, y otras novedades de más o menos nota.

Terminó su actuación la compañía argentina, dejando en la gran impresión de su interesante campaña, interés a la que hemos conocido los principales miembros de un teatro que toco. Las diez obras que nos ha dado a conocer, son, por su distinto género, por su técnica diferente y hasta por su desigual valor, muy suficientes para que hayamos llegado al convencimiento de que en la Argentina existe una dramática de consistencia, que merece la atención y el aliento de los públicos cultos. El día de su despedida representó la compañía platense *La madrecita*, de Novot, y, como es natural, tanto Camilla Quiroga como sus compañeros, fueron objeto de repetidas y caducosas muestras de admiración y de simpatía por la concurrencia del teatro de la Princesa.

Parece que la compañía se propone volver por Madrid para darnos a conocer otras obras. Será recibida seguramente de modo muy distinto a como fué acogida la noche de su presentación. La causa es clara. El público está educado por la propaganda que, a bombo y platillo, se hace a compañías extranjeras mediocres, y no hace caso ya de reclamos. Necesita enterarse por sí mismo del mérito del espectáculo que se le ofrece, y si le convence de verdad, como ocurrió en este caso, acude solícito y llena el teatro noches y noches, sin regatear el aplauso; por eso ahora que copoca y admira a los actores argentinos, los espera con interés. La Quiroga, como Tina di Lorenzo, como Mimí Aguglia, ya es una buena amiga de los madrileños.

Y hablemos de Carmencita Oliver Cobeña. Han hecho muy bien sus padres en presentarla en Madrid, como primera actriz, a pesar de sus pocas años, cinco apenas. Como no disponían del Español, combinaron con Montañés Sierra un corto número de funciones en Estara, para que alternaran con las representaciones de *No te ofendas*, *Beatriz*, y el intento no ha podido tener mejor fortuna.

Carmencita Oliver, criada en el teatro, temperamento dramático de la Cobeña, y por padre a un autor tan experimentado y tan hábil como Federico Oliver, había de ser, por ley natural, una gran artista. Pero si esto puede parecer lógico, no lo es tanto y eso es lo asombroso,—el hecho de que a su edad tenga ya una flexibilidad tal, un dominio de la escena tan grande y un modo de sentir los personajes tan personal, que la hace poder ser comparada ya con muchas actrices consagradas, como eminentes. ¿Que aún no está cuajada por completo? ¿Quién lo duda? Es que si no tuviera aún ciertas inexperiencias, sería poco menos que un caso único.

Se presentó Carmencita Oliver con *La niña boba*, de Lope de Vega, y la impresión no pudo ser mejor. Estas comedias de nuestro teatro clásico son, sin duda, las más a propósito para estas presentaciones. En ellas se aprecia la dición clara, la escuela de declamación, el gesto y la voz como en ningunas obras. En *La niña boba* demostró la debutante lo mucho que se puede esperar de ella. Pocas noches después interpretó *Marianela*. Este admirable personaje gallego que, por virtud de los señores Alvaréz Quintero, ha adquirido forma teatral, tiene una psicología mucho más complicada que la *La niña boba*, de Lope. Para su interpretación es necesario un temperamento dramático de verdadero fuste; es preciso reflejar todas las gradaciones del sentimiento de un alma de mujer. Y Carmencita Oliver lo ha conseguido. En toda la obra estuvo muy bien, pero especialmente en las escenas patéticas del final, cuando *Marianela* ve derrumbarse su vida ante la vuelta a la vista del ser amado que, ciego, no podía advertir la mezquindad de su figura. Después de haber visto interpretar este personaje a Margarita Xirgu, había de ser el público de Madrid exigente; lo fué, en efecto, y no necesitó ser benévolo para otorgar sus aplausos a la joven actriz que con tantos bríos comienza. Esta noche hace la Oliver *Retazo*, de Darío Nicodemi. La compañía es lo suficientemente buena para que se destaque sobre ella el trabajo de Carmen Cobeña y de su hija.

En la Comedia sigue la noche mala. El paréntesis de *La gorriona* ha sido breve,

por desgracia. Volvió la dirección artística a demostrar sus preferencias por el género francamente cómico y un poquito dislocado. Y el resultado ha sido el mismo que con las últimas obras de *astrakán* rechazadas. De la temporada actual, aparte de *La gorriona*, solo salió completamente floja y hasta triunfante, *Los baños de sol*. Lo demás, ni a la empresa ni a los autores ha dado otra cosa que disgustos. Claro que el día menos pensado vuelve el señor Muñoz Seca a encontrar la obra de dinero. Quien encontró barbas, bien puede tener fortuna una vez más.

De *La mujer ya está en casa*, vodevil de Testoni, se dio en *La aventura del coche*, pero se puede hablar. El público escuchó con agrado el primer acto, con impaciencia el segundo y con interrupciones, más o menos de júbilo desagrado el tercero. Justo nos pareció este fallo de la comedia en este último punto. Es indudable que la obra peca de pesada, y, sobre todo, de confusa, por las frecuentes entradas y salidas de los personajes, sin explicación posible; pero ¿cuántos sinuets cómicos se han apurrido inferiores a este! Lo que ocurre es que ya la gente está pre-dispuesta en contra de la compañía y las obras de la Comedia; sea por lo que sea, perdió esa simpatía con que miraba siempre las novedades de aquel teatro; ahora va a los estrenos con el gesto duro, con el empuje fruncido; con rostro de juez y no con cara de Pascuas... Y hace falta una obra de triple fuerza que antes para conseguir un gran éxito. Estranar hoy en la Comedia, es casi tan aventurado como estrenar en el irradionalmente peligroso Apolo.

La compañía del teatro de la calle del Príncipe es, ya que no sobrecalentada, disgregada y, en algunos elementos, notable. No se merece tampoco esa obstinada actitud preventiva. Las señoritas Redondo y Carbono y los señores Asquerino y León, trabajaron en el vodevil de Testoni muy convenientemente, defendiéndolo hasta el final.

En el Español se inauguró el sábado la nueva temporada con la compañía que dirige Matilde Moreno y Miguel Muñoz. La obra de presentación había despertado vivo interés, que estaba justificado, pues *La tierra*, nuevo drama del señor López Pinillos, está llamado a ser tema de numerosas controversias. Se había hablado en Madrid mucho de esta obra antes de su estreno, porque algunas compañías tuvieran aludido de ponerla en escena. Muñoz se ha decidido ahora, y la obra ha tenido un éxito clamoroso. Hubo momentos en que la gente se preguntaba si estaría ante una nueva *Electra*. No fué así, en cuanto al aspecto político; pero faltó poco en cuanto al efecto teatral. El nuevo temperamento de *Parmeno* trató un tema que hoy apasiona tanto como el de la propiedad de la tierra, tema que ofrecer al público momentos de intensa emoción. Socialmente considerada la obra, no es más que una nueva propaganda en pro del reparto equitativo de las grandes propiedades: de eso que en Inglaterra, y sobre todo en Irlanda, se viene practicando hace años para resolver el problema agrario, y de lo que muchos propietarios españoles se han adelantado a hacer en sus fincas y colos.

Problema tan interesante, desarrollado por un dramaturgo de la fibra y de la técnica de Pinillos, tenía que producir un drama de intensidad, de choques de pasiones, de emoción sincera. En el último acto toca el autor otro problema, también de gran trascendencia social y relacionado con el anterior: el de la emigración, desde el punto de vista español. Y decimos "punto de vista español", porque nadie ignora que en otros lados, como por ejemplo, en Italia, la emigración es objeto de estudio para su organización y fomento, mientras que en España debiera serlo para su realización. El emigrante español huye de su tierra porque no puede vivir en ella; el italiano se aleja de su país en un movimiento de expansión; a Italia le sobran hombres, a España le faltan brazos. Y este momento de la triste emigración es el tratado por *Parmeno*, adobado con unas cuantas pinceladas de tierra y humada poesía.

La obra de Pinillos es exclusivamente para el lucimiento de los actores; apenas si las actrices tienen intervención en ella. ¡No es una obra con el amor por protagonista! Así y todo, Matilde Moreno se hizo aplaudir. Miguel Muñoz y Galache compartieron con *Parmeno* el triunfo de la noche.

Y por ahora—como dirían en algunos sitios de espectáculos públicos, tan en boga hoy por estas tierras,—no va más.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

Las noches del Real.—Lucía de Lammermoor y María Barrientos.—El tiempo aquel.—Una obra optimista.—Amor es vida. Los entremeses de los señores Alvarez Quintero.—La revolución rusa en el teatro.—La noche roja.—Éxito de «Clara Moore». Una reposición afortunada.

Madrid 7 febrero.

Puede decirse que el teatro Real ha ofrecido durante la última semana, las principales novedades para el público madrileño. Comenzó con algo que esperábamos con verdadero interés: la presentación, después de larga ausencia, de nuestra compatriota María Barrientos, y el debut del tenor Palet, que con tantas simpatías cuenta aquí.

La obra elegida fué la vetusta *Lucía de Lammermoor*, cuya partitura cuenta todavía con numerosos adeptos. A los que no hemos alcanzado los tiempos de *Lucía*, no nos puede causar emoción esta música que, siendo bonita, no llega a impresionarnos, quizás debido a su propia infantería. De todos modos, no cabe duda de que ofrece esta ópera muchas ocasiones de lucimiento a los cantantes, y como esto, al fin y al cabo, era lo principal en esa noche, *Lucía* pareció de perlas al "respetable", que no estaba formado, precisamente, por los mismos que han acudido a presenciar fervorosamente las representaciones wagnerianas, dadas por el cuadro de artistas alemanes, de que es figura preeminente Walter Kichoff.

María Barrientos nos volvió a cautivar con la belleza de su voz y la maestría de su arte; si los años han pasado por ella, apenas si se le conoce, y si la voz no tiene aquellas supremas gallardías de la juventud, posee, en cambio, ese don de los grandes artistas consumados, que la hace ser casi más atrayente y cautivadora. El público acogió a la ilustre cantante con cariñosas ovaciones, subyugado por su arte, y agradecido por su retorno. Con la vuelta de la Barrientos, ¡cuántos recuerdos se han evocado en estos días! Los antiguos abonados al Real han visto, con la natural amargura, que más de la mitad de los que entonces "figuraban en sociedad" han desaparecido! No tiene, pues, nada de extraño que también hayan desaparecido muchos apasionamientos, y que, si el público se ha transformado, se hayan transformado, a la vez, los gustos de ese público.

Palet produjo la misma impresión favorable de siempre, y fué también calorosamente aplaudido.

Días después, el Real ofreció deslumbrador aspecto. Función regia de gala. ¡Ahí es nada! La sala, adornadísima y llena, un denroche de lujo y de luz. Desde el punto de vista teatral, no tuvo la fiesta el mismo interés que desde el aristocrático. Sin embargo, María Barrientos y el tenor Ciniselli, en un acto de *Traviata*; el mismo Ciniselli y el bajo Mansueto, en otro de *Mefistófele*; las señoritas Yrouska y Pepita Fernández, en los bailables de *Thais*, y la gentil Argentina, en las danzas de *El Avapiés*, estuvieron a la altura del espectáculo, mostrándose en todo momento dignos del regio homenaje.

En otros teatros, cuatro estrenos hemos tenido: *Amor es vida*, en el Infanta Isabel; *La seria*, en Eslava; *La noche roja*, en la Latina, y *Clara Moore*, en el Cómico. Vaya por delante que todas han sido aplaudidas en mayor o menor grado.

Amor es vida, es una comedia de los señores Torres del Alamo y Asenjo, muy propia para el público del Infanta Isabel. Tiene todo lo que apetece aquel público: trama amorosa, gracia natural y fluida, tipos pintorescos, momentos sentimentales y un final a gusto de la concurrencia. Los ingeniosísimos saineteros, que en tantas obras han tenido rotundos aciertos con obras en las que han pintado la vida del mundo galante y de la gente del pueblo de Madrid, no podían dejar de acusar su definida personalidad en esta comedia de corte obligado; por eso sus aciertos en *Amor es vida* fueron muchos, teniendo la recompensa del favorable fallo de la concurrencia.

El amor es la vida; el amor vence todas las dificultades que se oponen a su paso, siempre que es puro y está inspirado en altos ideales. Así, cuando los padres que, por diferencia de posición social, se han opuesto al matrimonio de su hijo, ven nacer su primer nieto, olvidan cuántas razones hallaron para su disgusto, y llegan a una tierna reconciliación. La pareja de jóvenes enamorados ha salvado ya todos los obstáculos, y el amor que une sus corazones es el que verdaderamente triunfa.

La trama de la nueva obra de los señores Asenjo y Torres del Alamo es, como se ve, sencilla y clara. El mérito principal está en la parte episódica y en la gracia del diálogo. Con los autores compartieron las mieles del éxito, María Gámez, Nieves Suárez, la señorita Posadas, Joaquina Pina, la Manso, Alarcón, García Aguilar y Pierrá. Y ya que de estos actores hablamos, digamos, de pasada, que la compañía de este teatro es, por lo ajustada y bien dirigida, la que acaso mejores conjuntos ofrece hoy en Madrid.

En Eslava, Carmencita Oliver continuó demostrándonos lo mucho que vale. Esos tipos de mujeres medio niñas, y de niñas casi mujeres, tienen en ella ajustadísima interpretación. Después de *Marianela*, la hemos visto en *Retazo* y en *La chocolatería*, y últimamente en *Pipiola*, la bella comedia de los señores Alvarez Quintero.

De estos ilustres autores ha estrenado un delicado entremés, titulado *La seria*, escrito para ella expresamente. La obra gustó mucho, y la Oliver y La Riva lo representaron muy bien. Y ya que hablo de los señores Alvarez Quintero, justo es decir que otro entremés suyo, estrenado en el Centro, ha obtenido también un gran éxito. Se titula *La flor en el libro*, y es un ingenioso motivo para que Irene Alba y Juan Bonafé prueben lo mucho que valen como actores.

La noche roja es otro drama consecuencia de la guerra; es el drama de la revolución rusa, cuando los revolucionarios de San Petersburgo creyeron que con destruir al Zar y destruir a la familia imperial se habían acabado para los rusos todas las penas. No podían presumir el dictatorial régimen bolchevique de ahora, impuesto por el terror a fuerza de crímenes y consecuente en su obra exterminadora. De tres millones de habitantes que había en la capital rusa antes de estallar la guerra, existen ahora apenas seiscientos mil. Es la obra de Lenin, fusilando a todo el que no simpatiza con los soviets, y haciendo que todo ruso que no transija con los crímenes rojos, piense solo en la huida.

Estos problemas apenas si se esbozan en *La noche roja*. ¿Cómo presumir tanto horror? Ya son bastante trágicas las escenas que precedieron, insospechadamente, a estos horrendos cuadros de ruina. Las conspiraciones y persecuciones que integraron el largo periodo de la revolución y que dieron por resultado el destronamiento de Nicolás II, desfilan ante el espectador como visiones sangrientas de un cinematógrafo fantástico.

Cuando la obra de Kampf se estrenó hace años en París, tuvo un éxito resonante; ahora, en la Latina, hábilmente traducida por los señores Cadenas y Gutiérrez Más, ha logrado también acogida favorable, a pesar de que, por los asuntos que en ella se tratan, ha envejecido notablemente.

La verdadera acción dramática—los amores de Ana y Basilio,—está supeditada a los cuadros de la revolución, que es lo episódico. Así, el interés solo en los momentos patéticos se despierta, sin que se sostenga debidamente de un cuadro a otro. *La noche roja*, no obstante, tiene la suficiente fuerza para impresionar a un auditorio; el del teatro de la Latina así lo evidenció, aplaudiendo con calor al final de todos los actos y al terminar la obra. Desde luego, el tercer acto, que es el mejor, fué el que más efecto produjo.

Antonia Arévalo, el señor Alvarez Rubio y el señor Cabré, trabajaron con el mejor deseo, contribuyendo al éxito de *La noche roja*.

En el Cómico hemos tenido también estreno: una comedia detectivesca, en tres actos, original del señor Fernández Lepina autor cada vez más experto. En poco tiempo ha conseguido poseer el señor Lepina lo que más echaba de menos en sus primeras producciones: el dominio de la técnica teatral. Ahora, en posesión del secreto de este difícil arte dramático, que tan fácil parece, podrá darnos a conocer obras mejores o peores, pero siempre habrá en ellas aciertos indudables. En *Clara Moore*, los aciertos se suceden, y el éxito es, por tanto, perfectamente lógico.

Trátase de una obra de detectives, sin truculencias gastadas y vista y desarrollada con originalidad. Una multimillonaria yanqui tiene una afición desmedida por las películas y los folletines. ¡Cuánto le gustaría ser protagonista de una cinta cinematográfica! ¡Cuánto le seduce pensar en que podría convertirse en héroe de una película! Un empleado listo, que no tiene dinero, pero sí ingenio, decide explotar esas excentricidades y hace locuras. El resultado está a la vista: se hace pasar por héroe de película y termina por lograr la mano de la multimillonaria, con gran desesperación del detective, que esperaba tener un gran éxito policiaco.

Loreto y Chizote llevan el peso de la comedia, acompañados por la señorita Melchor, por Panzano y por otros elementos valiosos de la disciplinada compañía del Cómico.

Clara Moore dará buenas entradas, a la empresa y dinero en abundancia al señor Fernández Lepina. Por lo menos así se lo deseamos.

De otras novedades, lo más saliente ha sido la reposición de *Las pecadoras*, de Torres del Alamo y Asenjo, en la Comedia. El teatro se llenó, lo cual prueba que no hay animosidad del público contra el teatro, y los actores fueron muy aplaudidos, lo que demuestra que la concurrencia sabe apreciar los méritos, cuando existen. Es un tanto más que pueden apuntarse a su favor los que dicen que el problema de la Comedia, en esta temporada, está en la falta de obras buenas que estrenar. Y es lo que exclamará a estas horas Tirso Escudero: "Bueno; pues ¡que me la traigan!"

Son los inconvenientes que tiene creer que bastan siempre para salvar una temporada unos cuantos autores.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El Español, viento en popa.—La obra de un dramaturgo: «Entre nieblas».—Una opereta en Apolo.—La primera que gusta.—Lo que es «La amazona del antifaz».—La temporada de Portes en el Cómico.—Otras notas.—Novedades próximas.—Un día de duelo.

Madrid 9 febrero.

La compañía de Matilde Moreno y Miguel Muñoz no puede quejarse de su suerte. Dos obras lleva estrenadas desde que comenzó su temporada en el teatro Español, y las dos fueron éxitos francos y resonantes. El primero, el de *La tierra*, de Pinillos, comentado fué a su debido tiempo. El segundo, conseguido ahora, ha sido el de una obra de un autor valenciano, que ya hace años nos había demostrado en ensayos aislados, dotes de dramaturgo nada vulgares, y que en esta ocasión nos ha afirmado en la creencia de que puede llegar a ser, si selecciona bien los asuntos, un continuador de nuestro teatro de costumbres y un autor de la fibra de un Feliu y Codina.

Esperábamos del señor Martí Orberá un drama intenso, y en eso no nos engañó; aguardábamos también una obra regional, y en eso sí nos llevamos chasco. El ambiente de *Entre nieblas*, que así se llama el drama, es muy otro de los que hemos visto en otras producciones del notable autor. Se ha inspirado ahora en la vida de clases sociales elevadas y ha colocado el lugar de la acción nada menos que en la cosmopolita París. En realidad, el conflicto que en *Entre nieblas* se plantea, lo mismo podía ocurrir en París que en otra parte, si bien se comprenden las razones que hayan podido mover al señor Martí Orberá para no desarrollar su drama en personajes españoles.

La idea capital de la obra ofrece, desde luego, novedad, y varias escenas tienen gran intensidad emotiva y dramática. Aquel hombre que engaña a su mujer, que comete un desfalco, que más tarde llega a matar a su amante y que, sin embargo, por haberse cubierto siempre las apariencias para salvarle una vez, siendo su propia mujer la que da el dinero para cubrir el desfalco, y otra vez achacando a locura su crimen, sigue siendo ante el mundo perfectamente honorable, es un caso que puede estar arrancado de la realidad, y que, sin embargo, resulta nuevo y no tocado aún en el teatro. Pero ese hombre, no es, no puede ser ya un sér normal; termina por perder en realidad el juicio; camina "entre nieblas", llega a sentirse semejante al topo que marcha a oscuras entre la tierra, quiere aplastarlo, y termina, como es de presumir, quitándose a sí mismo la vida en un momento de locura. Las escenas del protagonista con la princesa y otras del acto final, encierran bellezas y aciertos indudables.

La obra es, en general, muy notable, y si hemos de ser veraces, gustó al público mucho, desde el primer acto. Matilde Moreno y Miguel Muñoz llevan el peso del drama; con ellos se distinguen los actores más valiosos de la compañía del Español.

En Apolo, la antigua Catedral del género chico, hemos tenido el estreno de una opereta extranjera. Y ha sido la primera opereta que ha gustado en Apolo. En realidad, no es éste el género apropiado para este teatro; ni los actores, ni el público, ni la empresa, están acostumbrados a esta clase de espectáculos en aquel marco. El éxito, por tanto, de *La amazona del antifaz* es mucho más apreciable, y el esfuerzo realizado por los artistas de Apolo mucho más posible.

¿Qué es *La amazona del antifaz*? Es sencilla la explicación. En un pueblo de la frontera franco-holandesa vive un muchacho joven, que se dice pintor, y es en realidad un acaudalado conde, perteneciente a una aristocrática familia de Berlín. Hans, que así se llama, se ha enamorado de la maestra del pueblo, encantadora muchacha, a quien adoran sus discípulos, y que vive en una modesta casita, alquilada a una sencilla labradora, llamada Lisbeth, novia a su vez de un aldeano que ejerce funciones de sereno en aquellos contornos.

Llega, de pronto, un viejo clown de circo que busca a la maestra. La maestra ha sido antes una famosa artista, ídolo de los públicos. Es la célebre Elsa Esmeralda, "la amazona del antifaz", que en las pistas de los circos ha enloquecido a las gentes. Y el viejo artista viene a buscarla de nuevo, proponiéndole la firma de un contrato ventajosísimo si se decide a reanudar su antigua vida.

Ella desoye las tentadoras proposiciones, y marcha a dar sus clases. A poco llega el tío del conde, que viene a comunicarle el fallecimiento de una próxima pariente que deja una gran fortuna. Es preciso que el joven cande contriga matrimonio con la hija de la muerta; pero no ha contado el tío con la decisión de su sobrino: él no abandonará el pueblo, no puede abandonarlo; está comprometido

con una mujer a quien quiere. Sin embargo, el tío, que es hombre de recursos, promete arreglarlo todo y hablar con la muchacha; mas se equivoca, y lleva a Lisbeth—que también mira con buenos ojos al pintor—por la maestra. Está oye la conversación, y se da cuenta de los proyectos de tío y sobrino; el desengaño se apodera de ella, y entonces resuelve, cuando el viejo clown insiste, hacer caso a la proposición y marchar de nuevo a Berlín, para ser la "amazona del antifaz", por conseguir a la cual se han hecho en la capital alemana apuestas entre dos bandos. Hay que advertir que Hans es el designado por uno de estos bandos para rendir a la amazona.

El acto segundo transcurre en el circo de Berlín, en la parte destinada a los artistas. Los dos Clubs se preparan a la conquista de Elsa Esmeralda. Esta obtiene un triunfo resonante, y no menor el sencillo al "canc" novio de Lisbeth, que ha llegado a Berlín, y a quien toman por el famoso clown Memet, que tenía anunciado su debut. Pero también llega Lisbeth, decidida a decir a "la amazona del antifaz" que no haga caso al conde, porque va a hacer la desgracia de la maestra. Lisbeth hace lo que se propone, sin sospechar que la amazona y la maestra son la misma persona. El acto termina con la amargura que a Elsa produce ver que Hans la quiere conq estar por ganar la apuesta.

Menos interés tiene ya el acto tercero, que se reduce a una serie de explicaciones entre los personajes, que dan por resultado que todo se arregle a satisfacción general.

La opereta, original de autores alemanes, ha sido adaptada muy hábilmente al castellano por los señores Lepina y Domínguez, y la música, acoplada y aumentada por el maestro Badia. La impresión que produce es sumamente agradable. Obra de una placidez encantadora, no tiene momentos de entusiasmar, pero tampoco llega a pesar poco ni mucho. El libro es ingenioso, y la música, ligera y fluida, constantemente acariciadora.

Para los actores de Apolo era empeño comprometido, más que difícil, la representación de esta obra. De la empresa salieron airoso, destacándose Rosario Leonis, guapa como siempre—sobre todo en el primer acto;—la señorita Saturnini, que ha dado, a nuestro juicio, un importante paso en su carrera artística—pues fué la que estuvo constantemente más acertada;—el barítono señor Frontera; el tenor cómico Povedano, que *debutada* y tuvo una buena tarde; Carlos Rufart, que es uno de los actores que sabe llevar mejor la ropa de vestir; el tenor Segura y algún otro.

La empresa hizo un loable esfuerzo, presentando la obra muy bien, y el público supo agradecer toda esa cantidad de elementos reunidos, no escatimando sus aplausos y haciendo salir a saludar al palco escénico al señor Fernández Lepina.

En el Cómico se ha presentado la compañía de dramas y comedias que dirige el señor Portes, continuadora de la temporada Loreto y Chieche. Portes no ha estrenado nada aún, pero le han bastado unas cuantas *reprises* para tener llenos estos días el teatro. Sobre todo, con *La tragedia de Lavina*, no ha echado, ciertamente, de menos obra nueva alguna.

Algo parecido les ocurre a la Alba y Bonafé en el Centro, con *La casa de la Troya*, y al teatro Cervantes con la reaparición del famoso barítono Manuel Carbonell.

En el Infanta Isabel ha habido una reposición afortunada: la de *La chocolatería*, que es la obra, digámoslo así, de María Gámez.

Ahora se preparan estrenos interesantes en el Infanta Isabel, en el Centro y en Novedades. El teatro de la Zarzuela, subarrendado por el conocido empresario de Valencia señor Barber, anuncia una serie de nuevas funciones, de noche, de los bailes viveses, que con gran éxito acaban de actuar en Barcelona. Parece que a éstos seguirán, en el mismo teatro, los bailes suecos, que se hallan ahora en la Ciudad Condal. De todo corazón deseamos que ambas compañías obtengan aquí éxito en el doble aspecto artístico y económico a que aspiran; pero no se nos oculta que los bailes rusos de Gerge Diagileff dieron en Madrid tal sensación de perfección, de lujo y de arte que es empresa muy difícil intentar nada que verdaderamente no pueda competir con ellos a la misma altura. Interés, desde luego, han despertado... y no es poco.

Con esto, y con decir que el cobarde asesinato del señor Dato repercutió notablemente en los teatros, por la impresión enorme que en la gente produjo, hemos de hacer punto por hoy.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El Carnaval en el teatro.—Una aventura de Puk y de Plok.—La maña de la mañica o Catalina Bárcena, baturra.—Las hermanas Corio y sus bailes.—Éxito de «Los dos lunares».—Debut de la señorita Guillot en Cervantes.—«La cocina», repuesta.—Dos nuevos teatros.—La próxima campaña alemana.—«La escuela del matrimonio».

Madrid 14 febrero.

Pocas novedades nos ha ofrecido la semana última, desde el punto de vista teatral. Los estrenos han sido pocos y de no gran importancia, si bien es justo reconocer que varios de ellos han ofrecido, por diversas causas, indudable interés.

No estária muchas veces el interés de las obras, en su extensión ni aun en su género: en una obra en un acto cómica o sencillamente sentimental, puede hallarse más mérito positivo que en muchas producciones más o menos transcendentales. Ese es, a mi juicio, el caso de *El Carnaval de Puk y de Plok*, cuadrillo dramático estrenado, con muy buena fortuna, en Eslava, que ha tenido además la oportunidad de ser la única obra que se ha hecho este año en Madrid relacionada con los Carnavales, excepción hecha de *El Príncipe Carnaval*, estrenado a principios de temporada.

Los señores Moris y Marcus Bernard son los autores de esta linda farsa. Por lo menos eso dicen los autores. El traductor ha debido ser el señor Martínez Sierra. Sea como fuere, lo cierto es que al autor de *Ganción de cuna* le debemos la representación y el éxito de *El Carnaval de Puk y de Plok*.

La idea de la obra es original. En una casa aristocrática de Londres se celebra un baile de trajes. La antesala de la casa, que es, bajo las luces fulgurantes, un ascua de oro, presencia un continuado desfile de elegantes máscaras. De pronto, entre los disfrazados, aparecen en escena dos mendigos, harapientos. ¿Qué hacen allí? Uno de ellos no lo sabe bien a punto fijo; el otro, sí. Han subido allí para ver de cerca cómo se divierten los mimados por la fortuna, y han aprovechado la circunstancia favorable de que todo el mundo los toma por dos máscaras auténticas, ponderando la realidad de sus disfraces y el arte con que los ingeniosos Fulano y Zutano—porque no pueden ser otros—han compuesto estos dos originales tipos. ¡Si aquello es la verdad misma!

¡La verdad! ¡Qué amarga es la verdad! Cuando los dos astrosos se quedan a solas, sus reflexiones son dignas de ser oídas. Uno de ellos, Plok, ha gozado en su juventud, de buena posición y posee una sólida cultura; con tales antecedentes, prefiere olvidar por unos momentos las angustias de su vida y aprovecha la ocasión para conquistar, al través de sus harapos, a una linda damita, que le da una cita para el día siguiente. Entonces es cuando surge el desencanto de Plok. ¿Cómo ya a acudir el mañana a cita ninguna? La desilusión del mendigo es completa. Mientras tanto Puk, el eterno pesimista, que ha estado todo el tiempo temiendo que de pronto los arrojen de allí a puntapiés, ha bebido de lo lindo, y cuando su camarada le llama para marcharse, se niega rotundamente; lo cual no obsta para que Plok—con mucho juicio, lo arrastre hacia la puerta.

La concurrencia encontró muy de su agrado este trozo sentimental, delicadamente escrito y finamente interpretado por Josefina Morer, Ana Siria, Collado y París.

La misma noche se estrenó, también en Eslava, un cuadro de costumbres aragonesas, titulado *La maña de la mañica*, y firmado por los señores Arniches, Abati y Marín. Es un cuento baturro puesto en acción, que entretiene mucho por el gracejo que domina en todo el diálogo. La maña que se da una mañica para hacer que su padre, acepte a su novio, valiéndose de la estratagema de aparentar querer lo contrario, es motivo más que suficiente para que autores de la técnica de Arniches y Abati, hagan pasar al espectador un rato divertido. *Catalina Bárcena* es una mañica adorable. Viéndola, se comprende el orgullo que de su tierra tienen los aragoneses.

No hay que decir que la obrita se rió y se aplaudió muchísimo.

Para fin de fiestas debutaron las notables bailarinas hermanas Corio, que ya habíamos aplaudido con fervor en el teatro de la Zarzuela durante las dos temporadas de Esperanza Iris. Las hermanas Corio, como número suelto, lucen más, sobre todo si actúan en un escenario como el de Eslava, de más reducidas dimensiones. Bailaron sus danzas más conocidas y nos demostraron que para ellas no tiene secretos el arte de Terpsicore.

Como se ve, el señor Martínez Sierra ha compuesto con estas dos obras y este número final un espectáculo entretenido muy del gusto de su público. Tiene esto para él la ventaja de poder ir sustituyendo poca a poca obra por obra y tener así siempre alguna novedad en el cartel.

En el Cómico hubo también estreno, que hace el número no sé cuántos de la temporada. Está continuada sucesión de obras nuevas, puede que de resultado a la empresa desde el punto de vista del negocio, pero no favorece en nada a los autores que allí estrenan. Desde luego, para Loreto Prado y Enrique Chicote supone un esfuerzo considerable y continuo que, soportan gracias al entusiasmo que sienten por su arte. Lo malo es que el público habitual del Cómico se puede acostumbrar a que cada ocho días le den un título nuevo y pase lo que ocurre con las comedias políticas: que, sean buenas o malas, "no se pone" cada una más de una semana. En esta temporada se han estrenado algunas obras, como *Colilla IV*, *Clara Moore* y al-

guna otra dignas de vida larga y próspera, y aun cuando la tendrán en España y en América, es lástima que hayan sufrido aquí las consecuencias naturales de ese desfile constante de obras nuevas. En la estrenada últimamente, se ha dado a conocer al público de Madrid un autor novel—don Gonzalo Quintilla,—que ha demostrado apropiadas condiciones para el género. Su zarzuela *Los dos lunares* no es un momento, pero está muy bien, y por sí fuera poco, cuenta con unos inspirados números de música del maestro Roig. Los del Cómico interpretan la obra con acierto, y la concurrencia pasa un rato muy agradable.

Cervantes volvió a abrir sus puertas a pesar de las profecías de algunos mal intencionados. La compañía, reformada, participó al concurso "de perlas", y el director y primer actor, Elías Herrero, tuvo un gran éxito. Interpretando el protagonista de *El pobre Valbuena*, hizo las delicias del público, y en todas las obras probó su acertada dirección. Entre la gente nueva se ha destacado la tiplé señorita Prida, de elegante figura, bonita cara y gran desenvoltura en escena. Ha conseguido muchos aplausos en *La niña de los besos*.

Días después hizo su presentación, para substituir a Blanquita Pozas, la primera tiplé cómica Amalia Guillot, a quien recientemente ha aplaudido el público de Valencia durante su actuación en la compañía de Ramón Peña. La señorita Guillot, con su preciosa figura, su gracia pícarasca y su bonita voz, cautivó pronto a la concurrencia, que la prodigó cariñosas ovaciones.

En Novedades ha habido una reposición muy interesante: la del sainete de Antonio Ramos Martín, *La cocina*, una de las más afortunadas producciones de este autor. Es de un realismo tan grande el breve cuadro, están los graciosos tipos tan bien dibujados, que se comprende el éxito que obtuvo cuando se estrenó en Apolo, interpretado por Amalia Isaura, y el que ahora ha vuelto a alcanzar, hecho por María Lacalle.

En un barrio muy popular, uno de los clásicos barrios bajos, está próximo a inaugurarse un nuevo teatro, que lleva el nombre de Olympia. Actuará en él una compañía dramática, dirigida por Manrique Gil, y el género que se cultivará será el que es peculiar en este teatro: el drama popular, que tiene su origen y su ejemplo en *Tierra baja* y en *Juan José*. Es género muy propio para aquellos lugares.

Paréceme también próximo a inaugurarse otro teatro, que, según referencias, ha quedado hecho una monada. Me refiero al antiguo Salón Madrid, de la calle de Don Nicolás María Rivero. Los arquitectos han aprovechado tan bien el escaso terreno de que disponían, que el nuevo teatro tiene, en total, más localidades que Lara. No se dice nada de si los espectadores estarán o no cómodos en el nuevo teatrillo.

Como acontecimiento de importancia, se anuncia el próximo debut, en el teatro de la Princesa, de una compañía dramática alemana, integrada por valiosos elementos. Debemos felicitarlos de estas visitas de buenas compañías extranjeras, después de las muy regulares que hace años tuvimos que padecer. Guítry, Esperanza Iris y Camilla Quiroga, han podido aprender que que cuando vienen buenas agrupaciones artísticas, el público madrileño sabe responder, y aprecia aquello que lo merece.

En el repertorio de esta compañía alemana figuran obras clásicas de aquel teatro y producciones de autores contemporáneos. Como las representaciones serán en alemán, no podrán la crítica y el público advertir en todo su valor el mérito de las obras desconocidas. Aun así, será seguramente una provechosa campaña, en la que encontrarán mutuos beneficios los artistas de Alemania y el público de Madrid. Schiller, Sudermann, Hebbel y otros famosos dramaturgos, nos serán desde ahora más familiares, y el gran público sentirá el deseo de conocer mejor una dramática tan interesante como la alemana, digna hermana de las demás manifestaciones artísticas que se producen en Alemania. También representará la compañía obras de Ibsen y de Strindberg. Al frente de ella viene la eminente trágica Mara Felden Foester. Por lo pronto, el anuncio de esta campaña ha despertado curiosidad.

Y para terminar estas líneas, quiero acoger la noticia del éxito obtenido en el Arriaga, de Bilbao, por la refundición de un acto de la comedia de Moratín, *La escuela de los maridos*. La refundición se titula *La escuela del matrimonio*, y su autor es don Sabino A. Micón, que ha probado sus aptitudes para el arte dramático. La obra obtuvo una calurosa acogida, y el señor Micón se vió obligado a salir varias veces a escena, compartiendo los aplausos con Carmen Seco y los señores Fuentes y Romeu, principales intérpretes de la comedia. La compañía del Español, de Madrid, que dirige Benavente, que es la que la ha estrenado, nos la dará a conocer el año próximo. Queden para entonces algunas reflexiones que nos sugiera este éxito de la obra de Moratín.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Las compañías extranjeras, sus méritos y sus errores. - Los bailes vieneses en la Zarzuela. - Danzarines y caricatos. - El feminismo en el teatro. - Las superhembas del Infanta Isabel. - Éxito de «Los hombrecitos» en Novedades. - De todo un poco. - Ante la temporada de Pascuas.

Madrid 15 marzo.

Las compañías extranjeras que vienen a Madrid suelen fiar sus éxitos, generalmente, a sus propios méritos. Y esto, con ser mucho, no es bastante, sobre todo, para el resultado económico de las tournées. Ni la propaganda la cuidan como debieran, ni organizan con la anticipación necesaria los envíos de decorado y vestuario. De lo primero se resintió la temporada de teatro argentino, que no tuvo el éxito que hasta que el propio público hizo la propaganda; de ambas faltas adoleció la compañía alemana, que ni se anunció con tiempo ni pudo presentarse con trajes y decorado propios; y de la última previsión olvidó esta agrupación de notables artistas austriacos, que se ha presentado con gran éxito el domingo último en la Zarzuela, interpretando interesantes "bailes vieneses". En estos últimos tiempos, la única que supo atender a todos los detalles fué la Compañía mejicana—y casi española,—de Esparanza Ijicán. No flojó en su valer, y no se presentó hasta que tuvo todos sus elementos escénicos, y hasta que su actuación no había sido preparada convenientemente por una seria y eficaz propaganda.

No puede decirse que la compañía de "bailes vieneses" no ha sido convenientemente anunciada; algo más hubiera podido hacerse, pero no ha estado mal, en realidad. En cambio, las circunstancias por las cuales no ha llegado a tiempo el decorado, hubiesen llevado seguramente al fracaso a la compañía, si ésta no hubiese estado integrada por artistas muy notables y no hubiesen sido los bailes en sí de poderosa y sugestiva fuerza de atracción. Ello es que al espectáculo se representa con unas decoraciones improvisadas, y que es una verdadera lástima que así suceda, por no ser merecedores de tal cosa, ni los actores y bailarines austriacos, ni el público que acude a ver algo que sabe que es artístico y completo.

Hemos dicho que los artistas son muy notables, y añadiremos ahora que el público de Madrid lo ha reconocido así, aplaudiéndoles con verdadera efusión. No tienen estos bailes, si vamos a analizarlos, ni la elegancia suma, ni la selecta exquisitez en luces y colores de los famosos "bailes rusos", que ya se anuncian también en el Real, trayendo como novedad sobresaliente *El sombrero de tres picos*, de nuestro compatriota el ilustre Manuel Falla, pero están dotados acaso de mayor picardía, de más gracia burlona, de más grotesca comicidad. Los bailarines rusos son, sin duda, los reyes de la danza; los danzarines vieneses son, además de excelentes devotos de Terpsicore, graciosos cómicos y divertidos caricatos. Aquellos subyugan, encantan y embelesan; éstos mueven a admiración, sin llegar a los términos de los rusos, y constantemente divierten. Sus ballets son, en general, comedias cómicas sin palabras; faras líricas, en las que la música subraya gestos, actitudes y acciones de los personajes. Por eso en los "bailes vieneses" tanta importancia tienen los danzarines como para los actores; es, para éstos, una nueva modalidad del modo de interpretar argumentos para cinematógrafo.

Los bailes que hasta ahora hemos visto en Madrid son muy bonitos y han gustado todos mucho. *La Princesa Trágica*, calificada, con razón, de comedia coreográfica; los *Divertissements*, la antigua y famosa *Coppelia*, felizmente resucitada; la farsa *Las bodas de plata* y el bailable *Fúbulu*, tienen una acción tan movida, unos argumentos tan acertados—mezcla de lo sentimental con lo bufo—y una música tan agradable, que a la concurrencia, en gran parte aristocrática, del teatro de la Zarzuela han producido inmejorable impresión, siendo su éxito creciente.

Las principales figuras de la compañía son media docena de encantadoras criaturas que unen a su belleza, distinción y agilidad, un arte expresivo de verdaderas actrices. Gusti Pichler, Annie Horvalth, María Buchinger y Rechy Pfundmeyer, son unas mimas extraordinarias, dignas—y no es juego de palabras—de otros tantos extraordinarios mimos. Los señores Leo Czardil, Willy Franzl, Dubois y algunos más, contribuyen a colocar estos bailes en un nivel artístico, que solo se consigue alcanzar a fuerza de muchos estudios y de muy buen gusto.

Aparte del mérito individual de cada bailarín, se advierte también la mano de un director de escena muy hábil. Todos los bailables aparecen perfectamente ensayados, dando una inmejorable sensación de conjunto.

En el Infanta Isabel, Arturo Serrano, decidido defensor del feminismo, nos ha brindado la traducción—muy bien hecha por ciento, por los señores Gutiérrez Rois y Luis de los Ríos,—de una obra de Victoriano Sardou, que allá por los años en que se estrenó, produjo en Francia verdadero entusiasmo. Estaba allí entonces en sus balbucesos, la campaña feminista, y lo popular era—como aquí todavía lo es, aun cuando menos cada día,—oponerse a ella, señalando solo sus peligros y defectos.

No es esta la primera obra que se presta a comentarios sobre los derechos de la mujer en la vida, representada en los últimos años en el hondo coliseo de la calle del Barquillo. Hace dos años, Serrano nos ofreció la comedia de Pablo Parollada, *¿Tienen razón las mujeres?*, y ya entonces hubo entre las bellas damas y damitas de la siempre distinguida concurrencia sus más y sus menos sobre los puntos de vista mantenidos por el personaje que acompañaba María Gómez. Ahora no sabemos lo que pensarán de esta notable actriz al verla interpretar el papel de una mujer que se empeña en seguir siendo mujer y, despreciando otras armas, por el feminismo conquistadas, triunfa—en la obra de Sardou al menos—con la fuerza irresistible de la belleza, la dulzura y las cualidades seductoras de una buena ama de casa.

Se llama la comedia en la traducción castellana *Las superhembas*, y está tratado el asunto desde el punto de vista de combatir la posibilidad de que las mujeres, por la libertad, por la emancipación, por el género de sus trabajos, lleguen a parecer hombres. La comedia resulta muy agradable y entretenida, y desde luego, honesta.

María Gómez, que tiene, como se habrá advertido, el papel más simpático, está deliciosa. Le acompaña, aparte de su arte en general, para este tipo, la voz. La Gómez y la Barona son, a mi juicio, las dos actrices españolas que tienen más bonito timbre de voz, sobre todo en los momentos tiernos o apacibles.

Acompañan a aquella en la feliz interpretación de *Las superhembas*, las señoritas Jiménez y Posadas, encargadas de interpretar las figuras de contraste, Nieves Suárez, Joaquina Pino, Juana Manso, Alarcón, Sepúlveda y Calle.

Con lo dicho, sentido queda que el Infanta Isabel cuenta desde ahora con un nuevo éxito en el cartel y con una obra más, muy de su público, en el repertorio.

Novedades ha hallado un nuevo sainete con que divertir a sus habituales. Es de uno de los "autores de la casa", porque Novedades, a semejanza de Apolo en sus buenos tiempos, tiene "sus autores", a los cuales considera y anima, como es lógico; son los que todos los años le llevan una obra de éxito por lo menos; los encargados de mantener el teatro siempre rebosante de público. Uno de ellos es el simpático Enrique Calonge, cuyo último triunfo con *La pitusa*, le consagró como autor. El sainete de ahora se titula *Los hombrecitos*, y véase cómo, por rara coincidencia, han aparecido al mismo tiempo, ante el público madrileño, dos obras cuyos títulos tienen evidente analogía. *Las superhembas* y *Los hombrecitos* pueden ser, por los títulos, la misma obra. Sin embargo, el sainete de Calonge no se mete en feminismos más o menos modernos. El hambrecito de su obra es un María Lacalle, que es reina y emperadora en aquella popular barriada. El sainete está bien hecho, y algunos de los tipos están trazados con fortuna. La música, sin ser una gran cosa, sirve bien las situaciones del libro. La obra tuvo un gran éxito, y los autores y los intérpretes se cansaron de saludar, desde el palco escénico, a la numerosísima concurrencia.

El Ideal Rosales ha dejado de funcionar, por ahora. ¿Causas? Se dice que un disgusto de la Tikanova con la empresa. Lo cierto es que la revista *¡Chófer... a Rosales!* ha cesado de representarse, y que se habla de que la admirable bailarina ha sido contratada por Serge Diaghileff para su compañía de "bailes rusos". En el Ideal Rosales se anuncia para el sábado de Gloria la presentación de una gran compañía internacional de variedades. El elenco de Parnis también tiene ya preparada su temporada de primavera que, según se dice, será muy brillante, porque el popular M. Leonard ha conseguido contratar muchos números extranjeros, que estaban por ahí desperdigados durante la guerra.

En el Real, lo más saliente ha sido el nuevo éxito de Lauri Volpi, el tenor prodigioso, con *Tosca*, que es la ópera que mejor se adapta a sus facultades. También las representaciones de *Tristán e Isolda* por Cecilia Gagliardi, han sido de gran interés para los verdaderos amantes de la música.

Ahora, como ya hemos dicho, se aproximan los bailes rusos, que serán seguidos, en la Zarzuela, de los bailes suecos, que actúan a estas horas en Barcelona. Ya veremos qué provecho sacamos de todo esto.

En el Español, parece que va a tener realidad la iniciativa de un importante grupo de autores noveles, que se deciden, formando compañía y siendo empresa, a ponerse así en contacto con el público, "supremo amo y señor". Lo más interesante de la campaña que anuncia será el estreno de una obra del famoso novelista Pío Baroja, que se ha decidido a abordar el teatro.

En general, todos los teatros preparan novedades de todo género para después de Semana Santa. ¿Qué nos tendrá preparado la divina Talla en esta su segunda temporada madrileña?

la. GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Terminó el segundo periodo de la temporada.--El éxito de los bailes rusos.--«La boutique fantasque» y su interpretación.--Igor Strawinsky en Madrid.--Los bailes vieneses: el «ballet de una archiduquesa».--Un entremés de los Quintero en Lara.--Una reposición y un beneficio.--Próximos estrenos.--Un concurso.

Madrid 22 de marzo.

Hemos entrado en la Semana Santa, y nos encontramos ante el paréntesis teatral que imponen estos días, conságrados a la meditación y a las prácticas religiosas. Las compañías teatrales no se han esforzado en brindarnos novedades en los últimos tiempos. Es natural; se preparan para las temporadas de primavera, y no ofrecerán nada hasta el Sábado de Gloria.

Ha habido, sin embargo, más notas de interés que otros años en esta época. Claro que la mayoría de ellas han corrido a cuenta de las compañías de bailes, extranjeras. Los bailes rusos, que, con el mismo éxito de siempre, se han presentado en el Real, y los vieneses, que han seguido actuando en la Zarzuela, han solicitado la preferente atención del público, que les ha prodigado sus aplausos con parecido fervor, aun cuando no ha dejado de reconocer el diferente mérito artístico de una y otra compañía.

Los bailes vieneses de la Zarzuela terminan esta noche. Han hecho una campaña muy bonita desde el punto de vista artístico, y muy floja desde el económico. Han demostrado los danzarines que son de lo más notable que por aquí ha pasado, y han puesto en escena espectáculos verdaderamente encantadores. Porque ésta es la característica principal de los bailes vieneses: el encanto. Son bailes propios para grandes públicos, y especialmente para públicos en los que abunden señoras, y en general, gentes de sentimientos delicados.

Los bailes rusos son más selectos, más exóticos, más elegantes, más refinados, más atrevidos. Los magos del ritmo, Strawinsky—el ilustre compositor,—y Serge Diaghileff, el director de la compañía, han hecho el milagro de dar a estas huestes un sello personal ultramoderno, tan raramente atractivo, que hoy día, los bailes rusos—espectáculo que cuesta tres mil duros diarios, incluyéndolo todo,—gozan de fama mundial. Por eso donde la compañía hace gran negocio es en París, en Londres y en Nueva-York, donde los precios de las localidades es muy elevado. A España y a Italia vienen por gratitud, por simpatía, y por el deseo de estudiar tipos y ambientes que, pasados luego por el tamiz de su arte personal, producen obras de gran fuerza emotiva y colorista, que obtienen entusiasta aceptación en los países no latinos.

Este año ha representado, hasta ahora, la compañía, los bailes *Silfides*, *Scherezada*, *Petroucka* y *Papillons*, ya conocidos de nuestro público, y *La boutique fantasque*, que ha sido estreno en Madrid.

Silfides ha producido la misma encantadora impresión de siempre. Si cuando Chopin escribió esta bella página le hubieran dicho que su interpretación escénica iba a ser como la ha entendido Diaghileff, a buen seguro que habría encontrado poca diferencia en la realidad por él imaginada. Es el romanticismo, es la poesía, es la espiritualidad.

Scherezada nos ha impresionado hondamente con la fuerza avasalladora de esta visión oriental, de esta página de tragedia, vista en las famosas ilustraciones de Dutac a *Las mil y una noches*. *Scherezada* es, sin duda, la composición más inspirada de Rimsky Korsakoff. La riqueza de colorido que tiene, la brillantez de expresión que demuestra y la profusión de melodías que parecen andaluzas, a fuerza de ser moras hacen de esta página uno de los aciertos más afortunados de la moderna música rusa. Claro que *Scherezada*, tal como nos la presentan los bailes rusos, no es un espectáculo precisamente moral, pero si el arte lo enaltece todo, no hay más remedio que reconocer que aquí, por encima de todo, reina el arte.

Petroucka es otro alarde artístico, que, al través de una fábula de muñecos, nos da la sensación extraña y abigarrada de las ferias populares rusas. La música, de Strawinsky, es de una fuerza descriptiva extraordinaria. Este año tuvo para el auditorio del Real la novedad de ser dirigida la orquesta por el propio Igor Strawinsky, considerado hoy como una de las figuras musicales más eminentes del mundo.

La boutique fantasque es un baile ideado por Massine, el gran bailarín, sobre varias composiciones musicales de Rossini. La idea no puede ser más original. Se trata de una tienda en donde se venden toda clase de muñecos. Llegan varios compradores—familias de todo género y diferentes nacionalidades, tratantes con apuntes caricaturescos,—y adquieren diversos objetos, que encargan les sean llevados a sus domicilios. Pero al llegar los muñecos solos, adquieren de pronto vida, pónense en movimiento y tejen fantásticas danzas: valsés y mazurcas se suceden sin interrupción, y la tienda es por unos momentos algo arbitrario y confuso. Con las primeras tintas del alba vuélvense los muñecos a sus puestos, y torna la tienda a su aspecto normal. Pero los compradores irrum-

pen en ella indignados: ¿Cómo es que no se han llevado los encargos? ¡Esto es intolerable! Y se agitan y gesticulan y llenan de improperios a los dueños de la *boutique*. Todo ello dura hasta que se acaba la paciencia de los muñecos, a quienes no hace ninguna gracia salir de su local; pónense de nuevo en movimiento, mas no para divertirse ahora, sino para arrojar a palos y puntapiés a los insensatos compradores. Y se promueve entonces un barullo tal, que parece mentira que los artistas puedan entenderse. Porque, esto es lo más admirable: que todo ese barullo está sujeto a movimientos perfectamente matemáticos, y que cada personaje tiene exactamente marcados los sitios que ha de ocupar en cada momento. Hé ahí uno de los secretos del éxito excepcional de estos bailes. En España siempre dejamos un gran margen a la espontaneidad de cada artista. En los bailes rusos están estudiados hasta los gestos más nimios y los más pequeños movimientos. Inútil es decir que los muñecos de *La boutique fantasque* terminan por arrojar de su local a todos los compradores.

Volviendo a los bailes vieneses, que hoy concluyen, hemos de recoger, como nota interesante, el estreno de *Las diez y ocho primaveras*, ballet original de la archiduquesa Inmaculada, de Austria. Es un baile de música agradable y de argumento sencillo e ingenuo. Una gentil muchacha, que cumple diez y ocho años, se arregla en su tocador y recibe allí las felicitaciones de sus amigas, que la miman y agasajan. La gentil muchachita celebra su fiesta "presentándose en sociedad", y para ello, sus padres la llevan a un baile de trajes preciosos, donde brilla ante todas sus amiguitas. Y surge lo inevitable: el encuentro más o menos casual con un galán más o menos apuesto, y la llama del amor que prende al mismo tiempo en dos corazones. Y todo este mundo de disfraces y la alegría de toda fiesta de Carnaval. La archiduquesa Inmaculada acusa felices disposiciones para este género, indudablemente más fácil, así tratado, que el genuinamente dramático.

¿Otras novedades? Lara, en su función a beneficio de la caja de ahorros de la compañía, nos ofreció la primera representación del entremés de los señores Alvarez Quintero, *La moral de Arrabales*, que ya conocíamos por haberse publicado en *Blanco y Negro*. Como señalan varios críticos, el asunto de este entremés es el mismo que el de la zarzuela *Las bribonas*—la compañía de género alegre que llega a un pueblo, el varón respetable que en nombre de la moralidad se opone a la actuación de la compañía, y la primera actriz, que, a fuerza de picardía, consigue convencer de lo contrario al austero varón;—pero sirve para demostrar cómo el mismo argumento puede tener finalidades diferentes, según quienes lo tratan. *Las bribonas* resultó una obra que pudiéramos llamar de escándalo, y *La moral de Arrabales* figura sin desdoro junto al repertorio limpio y diáfano, de los ilustres dramaturgos sevillanos.

También de los señores Alvarez Quintero es la otra novedad relativa de que hemos disfrutado últimamente. En el teatro del Centro, la compañía Alba-Bonafé ha estrenado su comedia en tres actos *La casa de los señores*, desde su estreno en el Espinosa. Habíamos vuelto a ver. La obra ha gustado mucho más que cuando se estrenó, y ha probado la ligereza con que muchas veces emiten su fallo los críticos de los estrenos. En el Centro anuncian para el Sábado de Gloria el de *El señor de los tres del Alamo* y *Asenjo*, el primer estreno, al cabo de dos meses de temporada, en la época peor del año. ¿Cuál quiere decir mucho del mérito y de las simpatías de Irene Alba, María Fernanda Ladrón de Guevara y Juan Bonafé.

En Cervantes se despidió del público madrileño el baritono Manuel F. Carbonell, convertido en verdadero ídolo. Anoche fué su beneficio; Carbonell hizo nuevos alardes de sus grandes facultades, y la gente le correspondió con largas ovaciones.

En este teatro se anuncia el próximo estreno de *¡Señoras, a sindicarse!*, de Manuel Fernández de la Puente, el maestro Jacinto Guerrero; en Apolo, el del sainete *La hora del reparto*, de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, con partitura del mismo compositor, y en la Comedia, el del juguete cómico en tres actos, de don Antonio Paso, *¡Tío de mi vida!*

La empresa Losada ha fallado ya en el concurso de zarzuelas que abrió. Varias son las obras presentadas, algunas de ellas de autores conocidos. De desear es que pronto las veamos convertidas en éxitos grandes. ¡El fallo del público es el principal estímulo para un autor!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

Los estrenos del Sábado de Gloria.--Lluvia de novedades.

El circo y sus payason.--Reaparición de la compañía argentina.--El estreno del Centro.--Un gran éxito de risa:

«Tío de mi vida».--Llegó «a hora del reparto» y quedó

implantada.--«El concejal».--Otras notas.

Madrid 29 marzo.

El Sábado de Gloria es para el cronista teatral madrileño una verdadera preocupación. Las empresas teatrales reservan para ese día sus novedades más notables. «Echan el resto», como por aquí se dice; y ocurre que, en una misma noche, se inauguran temporadas, se celebran estrenos, se presentan artistas... y se trae de cabeza a quien por obligación—y por gusto—ha de procurar ver la mayor cantidad de novedades posibles.

Menos mal que el Domingo de Resurrección es providencial, y en él se completa el conocimiento de las cosas más interesantes.

Ha habido este año inauguración de temporadas en el Circo de París, en el Español y en la Latina; estrenos de obras en el Centro, de Comedia, Apolo y Cómico; una repostería interesante en Eslava y Buts de artistas en Reina Victoria, Cervantes, Eslava y algún otro teatro.

Cobentemos por hablar del circo. Con jubilo hemos vuelto a oír los desafinados gritos de los payasones y a ver sus bobalicones caras empolvadas. Los payasones que todos los Sábados de Gloria nos saludan con sus contorsiones y sus carcajadas, representan para nosotros el retorno de la primavera, la nueva alegría de la vida, los primeros brotes verdes en los tristes árboles que el frío del invierno dejó desnudos.

El circo es, además, el espectáculo de los niños y de aquellas personas mayores que tienen por fortuna para ellos, el espíritu infantil. Con los payasones y los excéntricos atentan este año, como otras veces, números de emoción que podríamos llamar sensacionales. La emoción corriente ahora a cargo de un señor que hace el *loophing* en forma parecida a miss Mina Alix, de triste recuerdo, y de un «rey de los aires», que hace en los trapecios miles de diabluras, sin red alguna debajo que le proteja de una posible caída. Para mucha gente, estos números son los únicos inconvenientes del circo. Dicen que no les halaga la posibilidad de ver a un hombre hecho tortilla. Y en eso, justo es convenir que no les falta la razón.

En el Español se presentó de nuevo en Madrid día compañía argentina de Camila Quiroga, que tan provechosa y brillante campaña había hecho hace un par de meses en la Princesa. Como es natural, el público, que se ha interesado por el teatro argentino y que ha sabido apreciar el arte de la Quiroga, ha correspondido llevando a diario el antiguo corral de la Pacheca. Dos estrenos nos ofreció, hasta ahora, la compañía: *Nuestros hijos* y *El rosal de las ruinas*.

Nuestros hijos es, como todas las obras del aruguayo Florencio Sánchez, de recia contectura dramática. Sin ser la mejor de las producciones de este autor—eje del teatro argentino—acredita su firme temperamento, presentándonos un conflicto, arrancado de la realidad misma de la vida.

Otra cosa es *El rosal de las ruinas*. Aquí se advierte el elemento lírico más pronunciado; el dramaturgo deja con frecuencia paso al poeta. Y es que el autor es don Belisario Roldán, aquel ilustré argentino que hace unos años nos maravilló en Madrid con la magia de su oratoria florida y grandilocuente.

El señor Roldán, después de su viaje a Europa, comenzó a escribir, en su país, para el teatro, y pronto consiguió sobre la escena éxitos tan resonantes como los que había alcanzado en la tribuna. Hoy es uno de los autores argentinos que más recaudación tiene. Una de sus obras más afortunadas es la que el lunes nos dio a conocer Camila Quiroga. El autor no puede olvidar en ella que es un orador de bellas imágenes, y pone muchas en labios de sus personajes. Esto puede perjudicar algo a la acción dramática, pero embellece el diálogo, y la compensación es manifiesta.

El público aplaudió mucho las dos obras y tributo a la Quiroga y a sus compañeros constantes y calurosas pruebas de admiración y simpatía.

También inauguración de temporada hubo—y perdónese la desproporción de teatros—en la Latina. Debutó la compañía de García Ibáñez, con obras de repertorio, y demostró el conjunto lo muy apropiado que es para aquel coliseo popular.

El estreno de *El ilustre prócer*, en el Centro, constituyó un verdadero acontecimiento. Los nombres de sus autores, Asenjo y Torres del Álamo, y al saberse que los ambientes en que se desarrollaba la obra eran muy populares en Madrid, despertaron viva curiosidad. Esta no quedó, ciertamente, defraudada. Torres y Asenjo nos presentan en el primer acto un frozo del Hipódromo de la Castellana, en día de carreras; en el segundo, una parte del salón de sesiones del Congreso, y en el tercero, una «kermesse» aristocrática, con la reproducción de un tapiz de Goya.

Esto, unido a la gracia del diálogo, y a la acertada pintura de los tipos, es suficiente para que el espectador pase un rato agradable y bendiga a los graciosos autores que así les alegran la vida. Lastima es que el asunto que eligieron fuera tan poco consistente. De haber dado a la acción mayor interés, *El ilustre prócer*, que fué un éxito, hubiera sido uno de los triunfos mayores de esta simpática pareja. Como siempre, Bonafé e Irene Alba se destacan en la interpretación de la obra.

El estreno de la Comedia fué el éxito de la noche; el que, de verdad, perdurará en el cartel. Ya encontró la Comedia la obra por que ha suspirado, en vano, durante toda la temporada. Tirso Escudero habrá respirado al fin. El milagro se ha debido al fecundo don Antonio Paso, a quien en esta ocasión, ha acompañado el señor Sánchez Gerona.

Tío de mi vida! es un juguete cómico, con gracia por arrebas, con una serfía pacatilla... chistes casi todos de buen gusto, y con un fondo moral realmente plausible. Un buen señor se preocupa más de la inverosimilitud de un sobrino suyo que es una mala cabeza, sin un solo tornillo en su sitio. El tío quiere a toda costa que el sobrino disfrute fama de hombre intachable, y como el sobrino tiene muchas tachas, se ve agobiado obligado, para defenderle, a acusarse autor de todas las locuras del muchacho y a sufrir las naturales consecuencias. Los mil enredos y complicaciones a que esto da lugar, mantienen al público en constante hilaridad durante toda la obra, y especialmente durante el acto segundo, que es donde culminan las situaciones cómicas.

Genio es natural, ya se están popularizando por Madrid los principales dichos y chistes del juguete. Algo parecido a lo que ocurrió con *El rayo*. En la interpretación de *Tío de mi vida!* se distinguen la señorita Redondo, las señoras Sánchez Anílo y Andrés, y los señores León (Valeriano), Tudela, Asquerino y Tordesillas.

La hora del reparto se titula la obra estrenada en Apolo. Un éxito de libro y un gran éxito de música. Los autores del primero, señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, dan nuevas pruebas de su gracia y su pericia teatral; el autor de la segunda, maestro Jacinto Guerrero, ha subido un nuevo peldaño en la escalera que le conduce al imperio del trimestre. Ya en otra ocasión hablé de la brillante carrera y del porvenir que aguarda a este joven músico toledano, que hace tres años figuraba en la orquesta de Apolo, tocando la viola. Los éxitos obtenidos en la Latina, Martín y Cervantes, le valieron un libro de Muñoz Seca, y para él escribió Guerrero una partitura muy inspirada y muy bien hecha, de la que se repitieron la noche del estreno casi todos los números.

Trátase, en la obra, de un desgraciado patán del campo andaluz, en el que han germinado las ideas bolchevistas, que llevan a mil contratiempos. La zarzuela termina con el arrepentimiento lógico. El ambiente andaluz de ella pertenece a la misma clase de otras obras andaluzas de los mismos autores. Es un andalucismo que acaso tenga algo de real, pero que no conviene. De la partitura se destaca el «himno bolchevique», el coro de los viejos y el intermedio, que es una página que, por sí sola, acredita a un compositor.

La hora del reparto da ocasión a Casimiro Ortas para que luzca su extraordinaria vis cómica, y a Rosario Leónis para que demuestre, una vez más, lo guapa que es. Los demás intérpretes, también están acertados.

En el Cómico se estrenó el drama *El concejal*, del señor Ramos de Castro. Aparecen en esta obra personajes conocidos en Madrid, y el lugar de la acción es, en uno de los actos, el patio de cristales de nuestro Ayuntamiento. La obra es la tragedia de un hombre honrado que, siendo concejal, se ve obligado a sacrificar los más íntimos afectos y los más preciados intereses, para no dejar de ser honrado. El drama interesó desde el primer momento, y apasionó más tarde, consiguiendo un legítimo triunfo. El señor Ortas fué muy aplaudido en el papel del protagonista.

La reposición de *El reino de Dios*, de Martínez Sierra, en Eslava, fué un acierto; el teatro ha vuelto a verse lleno. En el Reina Victoria se presentó, con *El Principe Carnaval*, un trío que está bien, pero nada más. En Cervantes debutaron, con calurosa acogida, la primera triple Julia García y el baritono Jesús de Santos. Y en Romea se inauguró la nueva temporada con una porción de números nuevos interesantes. Pifar Alonso, en Lara, estrenó ocho cuplés, hechos expresamente para ella, que fueron muy del agrado de la selecta concurrencia.

Y no dió más de sí el Sábado de Gloria. Al comenzar la semana ha habido otras novedades más; pero de ellas nos hemos de ocupar con la detención debida.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernandez Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

La segunda temporada en Madrid de la compañía argentina.--González Blanco en el teatro.--«Ruinas» y su éxito. Siguen los «balles».--Estreno de «Cuentos rusos».--«Señoras, ¿sindicarse!» y señores, a aplaudir.--Una obra de efecto: «El majo».--Ante nuevos acontecimientos

Madrid 5 abril.

A poco, muy a poco, nos ha sabido la segunda actuación de la compañía argentina de Camila Quiroga. No ha llegado a diez días, y durante ellos, nos ha dado a conocer cuatro obras más de su extenso y excelente repertorio. Ya he hablado de *Nuestros hijos*, una de las más avanzadas y atrevidas creaciones de Florencio Sánchez, ya popular entre nosotros. Tocame hoy referirme a los últimos estrenos: *Jaulas de oro*, *El movimiento continuo* y *Misia Pancha la Brava*, que completan la idea del actual teatro argentino que ha querido darnos la compañía de la Quiroga.

La comedia *Jaulas de oro* no era nueva para nosotros. La conocíamos, por haberla estrenado, en Cervantes, Nieves Lasa; entonces no se pudo apreciar bien el mérito de la obra, por lo deficiente del conjunto de aquella compañía. Excepto en Nieves Lasa, la interpretación dejó bastante que desear, y el público, que fue además escaso, salió mal impresionado. Pero ahora ha sido otra cosa: la gente ha llenado todas las noches la sala del Español; Camila Quiroga y los suyos traen todas las obras perfectamente conjuntadas, y alcanzan, por tanto perfectas interpretaciones, y *Jaulas de oro*, así representada, alcanzó una favorabilísima acogida, apreciando el auditorio en la comedia lindezas y primores, que hasta entonces no había observado.

El movimiento continuo y *Misia Pancha la Brava* son dos producciones cómicas; la primera, hecha sobre los moldes de las obras españolas—con mezcla de aquel modo de hacer en que fue maestro Vital Aza, y de este modo de dialogar en que ha sido campeón Muñoz Seca,—y la segunda, con mayor intervención de ambiente local. Desde luego, la producción cómica argentina no está, ni aun guardando las debidas proporciones, a la altura de la esencialmente dramática. Así como tienen un dramaturgo de cuerpo entero, como Florencio Sánchez, y algunos muy estimables, como Martínez Cuitiño, Roldán y algunos otros, no han logrado aún tener un autor cómico de fuerza; lo cual prueba que no es tan fácil como parece ser un Tristán Bernard o un Fiers, un Muñoz Seca o un García Alvarez.

Se dirá que las obras que hemos visto en esta segunda temporada han sido, en conjunto, inferiores a las de la primera. Eso tiene fácil explicación, y es que la compañía, antes desconocida, tenía necesidad de echar por delante lo mejor de su repertorio. Así pudo lograr el triunfo plenamente. De Camila Quiroga ya habíamos apreciado su mucho valer; otros artistas, como el delicioso Alarsa, aún nos tenían reservadas nuevas modalidades de su arte.

Bien podemos, en fin, decir que la compañía argentina ha podido irse plenamente satisfecha, y persuadida de que en Madrid ha dejado muchos y muy sinceros admiradores.

El Coliseo Imperial nos brindó una novedad doblemente interesante: por la obra en sí y por su autor. ¿Quién no conoce a Andrés González Blanco! ¿Quién no ha leído alguna de sus numerosas obras, o por lo menos sus cuentos, sus crónicas, sus trabajos literarios, aparecidos en publicaciones de todo género! Andrés González Blanco, el menor de estos tres hermanos que brillan en nuestra literatura contemporánea, se dio a conocer cuando era casi un niño. Entonces, su cultura y su afición le llevaron a escribir una obra importantísima, que le valió el premio Charro Hidalgo del Ateneo de Madrid. A partir de aquella fecha, sus novelas y sus críticas literarias han sido muchas y muy notables. Pero *Androsito*, como le llamaron en otros tiempos sus amigos y camaradas, no había abordado aún el teatro. Por eso, cuando el público vió en el cartel del Coliseo Imperial anunciada una obra, adaptada a nuestra escena por González Blanco, no pudo reprimir su interés o su curiosidad, y acudió al teatro, llenándolo. Y *Ruinas*, la obra dramática de Salvagen, traducida y adaptada por nuestro compatriota, fue un éxito brillante, franco, desde las primeras escenas, y más de estimar si se tiene en cuenta que en aquel teatro acaba de alcanzar 170 representaciones una obra eminentemente cómica, como *La república de la broma*. Las *Ruinas* de la comedia de Carlos Salvagen—uno de los más conocidos autores portugueses,—son las de la vida del protagonista y las de la torre del castillo provinciano en que vive.

Las ruinas del edificio secular no tienen arreglo posible: las del hombre que disipa su existencia y su fortuna, arrastrado por las pasiones y los vicios, sí; pero cuando llega la ocasión, y al hombre arruinado se le presenta la ocasión de regenerarse, no tiene valor para ello, y acepta la catástrofe que se aproxima, lo mismo que la de la torre resquebrajada. Desde luego, el mejor acto es el segundo. De los intérpretes se destacó Mario Alvar, que es, sin duda, un buen actor, distinguiéndose también la señora Vera, la señorita Estaban y el señor Montenegro.

En el Real, los bailes rusos nos brindaron otro estreno: el de *Cuentos rusos*, música de Liadon y coreografía de Miassine. Consisten en tres leyendas, que tienen no poco de exótico y mucho de oriental, y cuyo mérito principal consiste en la sensación que dan del ambiente popular ruso. Pertenecen, hasta por el género de música—armónicamente estridente,—al género de *Petroucha*, sin que ello quiera decir que tenga la partitura mérito igual al de la obra de Strawinsky. La primera leyenda es la de *Kirimora*, que representa el espíritu de la humanidad triunfando por el mundo; la segunda es la de la *Princesa Cisne*, prisionera del Dragón y liberada por un singular caballero, y la tercera es la de *Baba-Zaga*, que nos presenta a una niña que se libra de ser devorada por una ogresa haciendo la señal de la cruz. Todos estos cuentos llevan como fondo escenas populares rusas de mucho movimiento y brillante colorido.

Esta noche estrenará la compañía de Diaghileff el baile *El sombrero de tres picos*, de nuestros compatriotas Martínez Sierra y Falla. Hay mucho interés por

conocerlo, puesto en el Real. La protagonista será interpretada por una gitana muy guapa, conocida por "la perla negra".

En Cervantes se verificó el anunciado estreno de *Señoras... a sindicarse!*, de don Manuel Fernández de la Puente y el maestro Guerrero. Alegría, animación, vitalidad, muchachas guapas, gracia y música; mucha y buena música. Hé aquí el resumen de la obra, que sus autores califican de humorada. Como se desprende del título, el argumento se basa en la extensión que van tomando los Sindicatos en todas las profesiones y oficios. Se han sindicado las criadas del servicio doméstico, y ante esta ola de la sindicación y la constante subida de los precios, las señoras deciden unirse también y formar un Sindicato único. De esto se derivan mil cómicas incidencias y mil situaciones divertidas, que libretista y compositor han aprovechado para hacer pasar un buen rato al público de Cervantes. De la música se repitieron casi todos los números. ¡Este maestro Guerrero!

Otro estreno y otro éxito hubo en el teatro Olympia, en el que actúa la compañía de Manrique Gil. *El majo*, el drama que ahora hemos conocido, produjo en aquel público sano un enorme efecto. Don Joaquín García, que ya con *El culpable*—estrenado por la misma compañía en la Latina—había demostrado evidentes condiciones de dramaturgo, probó ahora que eran fundadas las esperanzas que entonces hizo concebir. En *El majo* hay, desde luego, concesiones a la galería, que en un teatro de este género están justificadas; hay efectismos que no son nunca recomendables, pero son siempre de resultado, y hay, en cambio, escenas sobrias y bien pensadas, que dan por bien empleadas aquellas concesiones.

No ha habido más novedades. Para anoche estaba anunciada la presentación en el Español de la compañía formada por algunos elementos entusiastas de nuestro arte dramático. La obra elegida era *El rico hombre de Alcalá*, y por causas ignoradas, se ha aplazado la inauguración. Los organizadores de esta temporada se las prometen muy felices. Por lo pronto, se puede asegurar que harán arte bien orientado; y no es poco.

Otros estrenos inmediatos son los de *El doctor Frade Calzado*, en el Infanta Isabel, obra americana, adaptada a nuestra escena por Parellada e Isabal, y otra obra que prepara la empresa de la Latina.

Para hoy también se anuncia, en Apollo, la presentación de los bailes suecos, ya conocidos del público de Valencia. De todo corazón les deseamos mejor éxito económico que el obtenido por los bailarines vieneses, a beneficio de los cuales hubo de organizarse ayer la sociedad madrileña una fiesta patrocinada por la familia real. Y es que la vida no puede ser todo baile; tiene muchas cosas prosaicas, y una de ellas es la necesidad de comer todos los días.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

«El sombrero de tres picos» en el Real.—Una partitura de Falla
 Los éxitos de un compositor español en el extranjero.
 Una presentación discutida.—Los «bailes suecos» y su visión del Greco
 La última obra de Parellada.—Estreno en el Español
 de «Padres».—Un drama sobrio, aunque sombrío.
 La educación de los hijos en el teatro.—Un tema interesante.

Madrid 12 abril.

Pocas obras habrán producido más enconadas discusiones en el público y en la prensa que *El sombrero de tres picos*, estrenado en el teatro Real por la compañía de bailes rusos. No ha sido, ciertamente, la música de Falla la discutida; la partitura del gran músico español, ya conocida de cuando nos la dió a conocer en Eslava, produjo en el auditorio el mismo entusiasta efecto, y ha sido apreciada por la crítica como una producción de alto mérito, que tiene la característica, tan propia de Falla, de brindarnos una serie de nuevas sonoridades, apenas empleadas antes en música, de un modo verdaderamente artístico. Sería aventurado afirmar que esta partitura, inspirada e irónica, graciosa y científica, verdadera maravilla de moderna orquestación, es la mejor obra de Manuel Falla. *La vida breve*, los *Nocturnos* y *El amor brujo*, son obras de un valor extraordinario, que no permiten hacer tan osadas afirmaciones; pero sí se puede asegurar que el ilustre compositor, inspirándose siempre en esta España que tanto ama y a la que tanto enaltece, ha hecho una labor, con la cual ha sido aclamado en el extranjero el arte español. En París, en Londres y en Roma, la obra de Falla ha gustado extraordinariamente. Y como este éxito ha ido precedido del que han obtenido los *Nocturnos* en varios países, y del que logró *La vida breve*, en Niza y en París, el nombre de nuestro compatriota está estimado fuera de España como nosotros mismos no podemos sospechar. Puede decirse que, muertos Albéniz y Granados, es Falla el músico español contemporáneo más admirado en el extranjero. Ahora, dentro de unas semanas, abandona Falla su retiro de Granada para volver a París, con objeto de asistir al estreno de una nueva producción suya: *El retablo de maese Pedro*, escrita por encargo de una ilustre dama poseedora de un teatro al que concurre lo más selecto de la sociedad y del mundo artístico franceses. En este teatro se estrenarán este año tres obras: una de Ravel, el compositor francés de más partidarios y más enemigos; otra de Strawinsky el famoso músico ruso, autor de *El pájaro de fuego* y de *Petrouška*, y otra, de Falla. El asunto de la obra es bien claro: es el propio retablo de maese Pedro, del *Quijote*, con las mismas voces que puso Cervantes en su obra inmortal. No ha necesitado, pues, Falla de libretista alguno; lo encontró—y bien indiscutible, por cierto,—en el príncipe de nuestras letras.

Pero si la partitura de *El sombrero de tres picos* (en francés *Le tricorne*), y aun el argumento de la obra—el de *El corregidor y la moñera*, de Alarcón, adaptado por Martínez Sierra,—no han sido, generalmente, discutidos, sí lo ha sido, y mucho, la presentación de la obra, por considerarla unos como una nueva «españolada» de exportación, que ha de contribuir a extender en el extranjero la idea de la España arbitraria y pintoresca que en muchos países se tiene, y por estimarla otros, por el contrario, como una obra eminentemente artística, que no se puede juzgar con un criterio estrecho. No cabe duda de que la decoración y los trajes, debidos a Picaso, son, por su línea y por su colorido, de gran atrevimiento. Es la estilización en las figuras y en los fondos. Aquello no es, desde luego, la realidad; es la exageración artística de la realidad, considerada desde un punto de vista un poco exótico; tiene atracción, tiene originalidad, y sin embargo, no puede convenir a un público como el madrileño, al que no asustan las innovaciones, pero siempre que no se refieran a cosas españolas. Lo cual no obsta para que ese mismo público que se escandaliza por ver en un telón pintada una plaza de Toros con un picador—porque eso nos desprestigia en el extranjero—llene luego, en cada domingo, todas las plazas de Toros de España y saque en hombros a cualquier lidiador afortunado, convirtiéndolo en ídolo popular.

Sea como quiera, lo cierto es que *El sombrero de tres picos* fué un éxito muy grande, y que las cuatro veces que se representó hubo en

el Real otros tantos llenos rebosantes, a pesar del elevadísimo precio de las localidades.

Coincidiendo con el final de los bailes rusos, que ya se han despedido hasta dentro de dos años, hubo en el teatro de Apolo la serie de representaciones de bailes suecos. No han interesado mucho a la gente, en realidad; pero la que ha ido ha apreciado el encanto de estos bailes, de ingenuidad un tanto infantil, de belleza un poco primitiva y de delicadeza propia de esos países escandinavos de ilusión y leyenda. El baile que más gustó fué el de *Las vírgenes locas*, y el que llamó más la atención de los inteligentes, el del Greco, que tiene, en efecto, por las actitudes, por los movimientos y por la presentación, una espiritualidad semejante a la que vemos en los cuadros del soberano artista cretense. No se atrevieron los bailes suecos a representar el ballet *Iberia*, hecho sobre la obra de Albéniz. No tenían, por lo visto, gran confianza en el éxito de la obra en Madrid.

En el Infanta Isabel se estrenó la anunciada obra de Parellada e Isábal, *El doctor Fraile Calzado*, que hizo pasar a la concurrencia un rato verdaderamente delicioso. No hay nada transcendental en la nueva producción de «Melitón González»; pero sí hay bastante gracia en las situaciones y en los diálogos, que tienen la marca de fábrica característica. Y como los artistas del Infanta Isabel son excelentes y concienzudos, interpretaron la obra a la perfección y consiguieron el éxito que merecía. *El doctor Fraile Calzado* hará carrera; pues a juzgar por el fallo del tribunal en sus primeras oposiciones, cabe augurarle un magnífico porvenir.

La novedad más interesante de los últimos días, en lo que al arte dramático se refiere, ha estado, sin embargo, en el teatro Español, donde el aclamado autor de *Pedro Fierro* consiguió otro gran éxito con el estreno de su drama, en tres actos, *Padres*. Con esta obra ha quedado definitivamente demostrado que en el señor López Merino hay un gran dramaturgo que no tardará en producir, por tener indiscutibles condiciones para ello, la obra que ha de consagrarle en plena juventud.

Quiero prescindir del prejuicio de considerar *Padres* como obra hecha con anterioridad a *Pedro Fierro*. Teniendo esto en cuenta, por haberlo hecho público su autor, algunas personas han visto grandes inexperiencias y verdadera inferioridad en la obra estrenada anoche. Yo me atrevo a pensar que, excepción hecha de algunos ilustres críticos, muy acostumbrados a apreciar méritos y errores y advertir progresos o retrocesos en la labor de los autores dramáticos, nadie hubiese visto tal inferioridad si el señor López Merino, un tanto ingenuamente, no les hubiera confesado, en una temerosa autocritica, el orden cronológico en que fueron escritas ambas producciones.

La idea generadora de la obra es, a mi juicio, un acierto. Los hijos no son una heredad que tienen los padres para explotar a su favor; criar un hijo no supone cultivar una finca, cuyos frutos solo han de redundar en provecho de los padres; éstos tienen el deber de poner en condiciones a sus hijos, no de ser siervos suyos, sino de elevarse sobre ellos, de adquirir nuevos conocimientos, de tener nuevas aspiraciones y de ser, en el porvenir, otros padres que sepan hacer que sus hijos puedan, con la inteligencia y con el trabajo, continuar esa línea ascensional, que es la aspiración que debe tener la sociedad moderna.

¿Cómo desarrolla el señor López Merino su idea? Con un primer acto sobrio y muy natural, que acredita, por sí solo, a un autor que empieza, y con dos actos subsiguientes que, si no tienen la misma naturalidad y adolecen de cierto rebuscado efectismo, son estimables, sin embargo, y dignos del aplauso con que los recibió el público. El primero no tiene «pero»; el segundo peca de algo confuso, y el tercero de alguna languidez. La gente se entusiasmó con el primero, y aplaudió de buen grado los otros dos.

Madrid teatral

68

Los noveles en el teatro.—Antón del Olmet, dramaturgo.—En el Español: un intento que no pasa de ser bien intencionado.—Un entremés gracioso.—Los de la Comedia.—El caso lamentable de «Lo que no se hereda».—Nuevo éxito de Paso.—Estreno de «Figuritas de cera».—El triunfo de un «foxtrot».—Un buen sainete madrileño.—Ante una obra de los Quintero.

Madrid 26 de abril de 1921.

¿Estrenos de importancia? Ninguno. ¿Estrenos de obras? Varios. Durante la semana última hemos visto simpáticos intentos, plausibles ensayos y acertadas concepciones de autores que comienzan en el teatro, y obras de pocas pretensiones de autores ya conocidos y aplaudidos. De los primeros, lo más consistente ha sido la labor ofrecida por el señor Antón del Olmet, que, si en efecto es considerado como novel en el teatro, tiene un nombre literario de sobra estimado, merced a la multitud de novelas, cuentos, crónicas y artículos que ha escrito. El señor Antón del Olmet, que tiene un espíritu inquieto, no se ha sentido satisfecho con los éxitos que en la novela y en el periodismo logró alcanzar en distintas ocasiones, y ha querido intentar también el teatro.

¿Tiene condiciones dramáticas el señor Antón del Olmet? A juzgar por lo que el público del teatro Cómico opinó la otra noche, si *No es lo mismo*—que así se titula la obra,—reune, evidentemente, cualidades muy estimables, merecedoras del aplauso. El asunto es interesante, y su desarrollo está hecho con habilidad. «No es lo mismo la infidelidad del marido que la de la mujer, en el matrimonio». Planteado el problema, el autor lo resuelve de acuerdo con el verdadero sentido de nuestras leyes y nuestras creencias. *Hay obra*, como se dice en el «argot» de entre bastidores, y sobre todo, hay pruebas de que el talento del señor Antón, orientado hacia esta manifestación literaria, y atento a los problemas sociales—como en su primera obra en Eslava—o naturales—como en esta del Cómico,—puede producir algo de verdadera consistencia. El nervio, la vibración, el vigor que posee el señor Antón del Olmet, son garantía de que podría llegar a triunfar en la escena de un modo positivo.

En el Teatro Español estrenó el señor Antón otra obra de menos importancia, acogida con complacencia por el público. No quita ni pone nada en su carrera dramática.

En el mismo teatro hemos visto la primera producción de autores francamente noveles. La compañía se formó, como es sabido, con el fin de dar a conocer autores desconocidos, y la dirección, fiel a sus propósitos, acogió con cariño y presentó con esmero el drama *Rebeldes*, de los señores Romo y Plaza.

El intento fué noble y bien intencionado, pero la realidad no respondió a las buenas intenciones. El conflicto, que se reduce a la presentación de un caso de bigamia, está desarrollado más con temeridad que con valentía. El mejor acto es el tercero. En realidad, se advierte en toda la obra el deseo de los autores de demostrar el conocimiento de todos los resortes dramáticos; con lo cual, la obra, como tiene consistencia, resulta artificiosa y falta, por tanto, de naturalidad. Aun así, el esfuerzo es estimable; los señores Romo y Plaza deben perseverar en su labor, desentendiéndose de toda clase de prejuicios. En la interpretación de *Rebeldes* se distinguieron las señoritas Torrea y Lajos, y el señor Bevia. Este se ha destacado rotablemente del cuadro artístico del Español, demostrando que, si estudia, tiene buen porvenir en el teatro.

También es novel el autor del entremés *De tejas arriba*, estrenado en el teatro del Centro. Don Luis Martínez Román demuestra felices disposiciones para cultivar el teatro; su obra es un acertado apunte de ambiente madrileño. Un tallista, cuyas aficiones mitinescas le obligan a tener que huir en cierta ocasión de los guardias, se refugia en un buhardilla, donde da la coincidencia que vive su novia, que es una bonita modistilla. Lo ingenioso del diálogo es suficiente para que la gente pase un buen rato.

En la Comedia se celebró una función extraordinaria a beneficio de la compañía, estrenándose dos obras hechas por actores de aquel elenco. Una de ellas, *Ladrones*, es una adaptación escénica de la novela italiana *I tre ladri*, debida a Joaquín F. Roa y Antonio Pedrosa. Como se comprenderá por el título, es una comedia de aventuras, en la que no sale la policía, aunque sí los ladrones. Estos son dos... hasta que al final de la obra nos enteramos de que hay otro, más ladrón que los anteriores: El que figura durante toda la comedia como robado. La adaptación está hecha con habilidad y gusto mucho. También fué muy aplaudido *El relicario*, sainete de Francisco Barrycoa, inspirado en el *couplet* del mismo título. Es un cuadrillo de época, en el que tiene fondo apropiado el drama del torero herido y la noble dama, y es un pretexto para que las lindas actrices de la Comedia luzcan ricos y

artíficos trajes de la época de
oña.

El último estreno de autor novel que hemos tenido, fué sencillamente lamentable. Don Francisco Mateos, mal aconsejado, sin duda, tuvo el atrevimiento de formar una compañía y tomar el teatro de la Princesa para representar una cosa que en mala hora se le había ocurrido, y a la que puso el título de *Lo que no se hereda*. A la función fué escaso público, pero el que fué dió una lección al ingénuo autor, que, sin condiciones teatrales de ninguna clase, se expuso a la chacota general. El público fué, desde luego, en exceso cruel; pero, al fin y al cabo, tuvo la disculpa de que había pagado por ver una obra teatral, mala o buena, y se encontró con que aquello no pasaba de ser un buen deseo, malogrado desde su principio.

Los autores conocidos y aplaudidos que nos han brindado obras nuevas, han sido: Antonio Paso y José Rosales, en Cervantes; Pacheco y Grajales, en el Centro; Casado y Sánchez Carrera, en Novedades, y Fernández del Villar, en el Infanta Isabel.

¡No te cases, que peligras!, el nuevo sainete de Paso y Rosales, con música del maestro Monterde, obtuvo un gran éxito. Es una obra de mucha gracia, llena de situaciones de gran fuerza cómica y plagada de chistes de todos calibres; obra, en fin, «marca Paso». La música no es un prodigio, pero reúne las inapreciables condiciones de ser ligera, alegre y pegadiza. Se repitieron varios números, entre ellos, unos *couplets* «del picar», que cantó muy bien la señorita Guillot; un fox-trot muy original y un coro de bolcheviques. La interpretación fué muy cuidada, destacándose, además de la señorita Guillot, los señores Herrero e Iñigo. La concurrencia, que pasó una hora de regocijo durante la representación de ¡No te cases, que peligras!, no escatimó el final sus aplausos espontáneos y calurosos.

Figuritas de cera, comedia en tres actos, de los señores Pacheco y Grajales, tuvo una acogida desigual. Algunas escenas complacieron al respetable, pero otras produjeron su inquietud y su enojo, dando lugar a demostraciones harto ejecuentes en contra de la obra. Es lástima que así sucediera, porque *Figuritas de cera* tiene una idea bonita y varios tipos muy bien dibujados. La culpa de que el resultado de la comedia no haya respondido a las esperanzas de sus autores, está, a mi juicio, en que el asunto, que es muy pequeño, ha sido estirado forzadamente, con lo cual se pierde el interés, que es un elemento de capital importancia en el teatro. Co-

mo los señores Pacheco y Grajales son autores muy experimentados, no tardarán en darnos ocasión para que les tributemos, con toda justicia, el aplauso que, por su talento, merecen.

La señorita Meneró, siempre tan buena actriz; Irene Alba y Juan Bonafé, interpretaron muy acertadamente los principales papeles de *Figuritas de cera*.

Don José Casado y don Adolfo Sánchez Carrera, los afortunados autores de *El niño de Ríotinto*—obra que ha sido agraciada con el primer premio del concurso abierto por la empresa Losada,—estrenaron en Novedades un sainete titulado ¡Suerte que tie una!, que reúne todas las condiciones del género: movimiento, gracia, bonita música y un poquito de sentimentalismo. Feliz colaborador de los libretistas ha sido don Antonio Estremera, autor

de la partitura. De ésta sobresalió un fox-trot, bailado con perfección extraordinaria por la señorita Lacalle y el señor Alares; Tanto gustó este número, que tuvieron que bailararlo siete u ocho veces, haciendo el público salir a escena al maestro de baile—un simpático negro,—que, a su vez, tuvo que danzar el fox-trot. El señor Aparici logró también un éxito en su graciosa intervención.

El Infanta Isabel es el teatro donde mayores triunfos ha obtenido el señor Fernández del Villar. *La casa de los pájaros*, *La caseta de la feria* y *Alfonso XII*, 13, le han dado derecho a ser considerado como uno de los autores predilectos de aquella empresa. Ahora ha conseguido un nuevo éxito con el estreno de *La mujer de su casa*, un sainete en un acto—antes, cuando se decía *sainete*, no había por qué añadir *que* en un acto,—de costumbres madrileñas. Esta es la principal novedad: Fernández del Villar, malagueño,

andaluz de corazón, solo no había presentado en sus sainetes cuadros de ambiente andaluz, pero como es, por sainetero, un gran observador, le ha bastado vivir unos cuantos años en Madrid, para, inspirándose en la realidad, reflejar tipos y costumbres de nuestros barrios con fidelidad indiscutible. El sainete de ahora tiene mucho ingenio, mucha sal madrileña, recogida por un andaluz de salero. Y eso es todo. No hay que decir que Alarcón está delicioso, y que le igualan casi todos los demás artistas del Infanta Isabel.

Y para terminar, no he de dejar sin decir que el beneficio de Paco Hernández, en Lara, fué muy lucido, y el debut de Pepe Hernández, en Apolo, muy afortunado.

Para hoy, gran solemnidad: estreno de una comedia de los Quintero, en el Centro. La semana que viene hablaremos.

G. FERNANDEZ SHAW

Llegado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM

Madrid teatral

Un nuevo éxito de los Quintero: «Ramo de locura» en el Centro.—Dos entremeses de los mismos autores.—Los noveles del Español.—Un Sainete de de la antigua cepa.—La compañía de la Isaura. En Cervantes

Madrid 5 de mayo de 1921.

Cerrábamos nuestra crónica anterior anunciando el estreno de la comedia dramática de los señores Alvarez Quintero, *Ramo de locura*, en el teatro del Centro. El estreno se verificó y constituyó un nuevo y legítimo éxito para los ilustres autores. Dos partes tiene *Ramo de locura*: una sentimental, otra cómica. La parte sentimental está tratada con verdadera emoción, y la cómica, de un poco más bulto que lo que suelen hacer los Quintero, tiene muchísima gracia. El asunto, en manos de dramaturgos menos expertos, hubiese sido peligroso por no ser el tema del suicidio simpático a los públicos; pero, ahí de la habilidad y del ingenio del escritor. Sorteadó el escollo de modo admirable, es aprovechada la situación para presentarnos una nueva modalidad del amor, un conflicto amoroso visto de una manera original.

Un muchacho, enamorado y desengañado, ve muertas sus ilusiones, cerrado el camino de su vida, y decide, en un momento de ofuscación, suicidarse. Lo impide un buen amigo, un leal consejero, que le indica el verdadero camino a seguir. Vemos luego al protagonista en una nueva trama amorosa; la mujer que ahora le quiere, está decidida a consagrarse a él. Pero, ¿se decide el muchacho a olvidar sus antiguos desengaños, a afrontar la posibilidad de una nueva desilusión? No; no tiene valor... y, tristemente —más bien pudiéramos decir amargamente,—termina la comedia.

¿Y la parte cómica?, así. Está en el ambiente de la casa a donde va a parar el muchacho, llevado por el amigo bueno. Allí conocemos a una mujer de pelo en pecho; buena, noble, pero que no tolera que nadie le haga una mala pasada, porque ¡pobre de quien se la haga! Así resulta que siempre está de gresca. Ella y su marido—encarnados a maravilla por Irene Alba e Hidalgo,—son dos deliciosas figuras, dignas de la fecunda y brillante galería cómica quinteriana.

Bonafé en el amigo leal, y *Ladrón de Guevara* y *Rivelles* en los tipos centrales, están, asimismo, muy acertados. Autores e intérpretes fueron aplaudidos largamente. Siendo toda la obra éxito, acaso gustó más que ninguno, el segundo cuadro.

En el beneficio de Joaquina Pino, en el *Infanta Isabel*, se estrenó un entremés de los mismos autores. Se titula *La sillita*, y es un acertadísimo boceto; uno de esos deliciosos apuntes en que son, desde hace muchos años, maestros los señores Alvarez Quintero. Tanto *La sillita* como *La cuerda sensible*, puesto ayer en el beneficio de María Gámez, acreditan ese arte especial de estos autores, que, con una idea, siempre delicada y bonita, tejen unas escenas movidas y graciosas, que cautivan al auditorio durante veinte o treinta minutos.

En el Español hemos conocido una

nueva obra que firma don Angel de Gregorio, y se titula *La única verdad*. La comedia es un noble intento, pero nada más; allí falta inventiva, nervio dramático, y otra porción de condiciones que son necesarias a toda obra teatral.

Eso no quiere decir que la obra no tenga ciertas bellezas muy estimables, y que el público no mostrara en varias ocasiones su complacencia.

Un nuevo sainete madrileño hemos conocido en Apolo, o sea en la casa donde se estrenaron los más famosos sainetes madrileños de nuestro decadente género chico—que si los autores españoles quisieran, no tardaría en recobrar sus antiguos vuelos;—don César García Iniesta, distinguido periodista madrileño, que en *El Día* primero, y en *La Tribuna* y *La Libertad* después, ha demostrado su competencia en «cosas de teatros», escribió un sainete, inspirándose, según confesión propia, en los moldes de aquellos sainetes famosos. Alguien le ha reprochado esto, por considerar que no en las obras pasadas, sino en la realidad presente, es donde debe inspirarse todo sainetero; pero si se tiene en cuenta que la entraña del pueblo de Madrid sigue siendo la misma; que los tipos apenas si han cambiado, y que los modismos, siendo distintos, son análogos a los que entonces empleaban los típicos chulos, fácilmente se comprenderá que *El querer quita el sentido*—así se titula la obra, teniendo como precedente *La verbena de la Paloma*, *El Santo de la Isidra*, o *La Revoltosa*, es un sainete que refleja con gran exactitud las costumbres y las pasiones del pueblo madrileño. Prueba de que el público así lo apreció, es el éxito que obtuvo la obra. Bien es verdad que el maestro Luna supo avalorarla con unos cuantos números de música, como suyos, bien hechos, que acreditan una vez más el arte y la pericia del autor de *Molinos de viento*.

En *El querer quita el sentido* estuvieron afortunados todos los intérpretes, pero especialmente Rosario Leonis, garbosa protagonista, que, siendo sevillana, parecía nacida en el propio barrio de Embajadores.

Y... aquí la suerte de las obras y de los autores. *El querer quita el sentido* tenía asegurada una serie

bastante larga y no interrumpida de representaciones; pero hé aquí que cuando llevaba ocho o nueve, una enfermedad de Rosario Leonis obliga a la empresa a retirarla del cartel, por no haber en el teatro otra tiple con que poder sustituirla. Claro que cuando la Leonis se reponga volverá el sainete de Iniesta al cartel; pero, ¿quién evita los daños sufridos, y, sobre todo, el pie dado a la maledicencia, que, en los corrillos teatrales, vive tan de continuo?

En el mismo teatro se ha vuelto a representar, después de no sé cuántos años, *El bateo*, aquel sainete que dió a conocer a Antonio Domínguez, y cuyos cuplets tan populares se hicieron.

En el Coliseo Imperial se ha presentado la compañía de Amalia de Isaura y Antonio Martiáñez, unidos en matrimonio artístico, civil y canónico. El es un actor muy estimable, y ella, una prodigiosa artista. Y, por añadidura, viene como primera actriz en la compañía Margarita Robles, que ha perfeccionado mucho su arte.

En *El condado de Mairena*, la bella comedia de Muñoz Seca, que fué la escogida para la presentación, obtuvo la compañía un franco éxito, destacándose la Robles y Martiáñez.

Después de la representación de la obra, Isaura dió a conocer algunos de los nuevos números que le han proporcionado éxitos en Barcelona como artista de variedades.

Amalia Isaura, que ha recorrido todos los géneros, siempre triunfante, logró la misma entusiasta acogida de otras veces. Después ha representando la comedia de Martínez Sierra, *Madame Pepita*, en la que sus cualidades de actriz ingenua se destacan notablemente.

Se puede augurar, desde luego, una buena temporada a la compañía Isaura Martiáñez.

Y no ha dado más de sí la semana teatral. En Cervantes se celebró anoche el beneficio de la bella Isabel Clemente, convertida ya en toda una señora primera tiple. Se estrenó *La serranilla*, y consiguió un éxito. ¿Merecido? Soy el menos llamado a decirlo. Desde luego, si tengo la satisfacción de decir que dió ocasión para que la Clemente y sus compañeros demostraran sus inapreciables cualidades de cantantes y «recitadores» de versos, y para que el público viera en el joven compositor Ernesto Rosillo a uno de los músicos españoles que más porvenir tienen, por unir, a una inspiración poco común, un conocimiento extraordinario de la técnica. Los admiradores de la Clemente colmaron a ésta de regalos. Y éstos, como es natural, fueron innumerables, por ser inmensa la lista de sus admiradores.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Pocas cosas.—Los aficionados en el teatro.—Una actriz que no lo es.—Rosario Muro y su vocación artística.—En el teatro de la Princesa.—El éxito de una función benéfica.—Las últimas novedades.—Una comedia italiana y un sainete madrileño.—Los beneficios.—«Cuidado con los piropos!»

Madrid 11 de mayo de 1921.

La semana teatral ha dado poco de sí. Se ha limitado a dos estrenos—uno en el Centro y otro en el Español,—y a varios beneficios. De unos y otros hablaré luego; por lo pronto, quiero comentar aquí algo que, a mi juicio, ha constituido la nota teatral más saliente en estos últimos días. Me refiero a las funciones de aficionados dadas, con asistencia de los Reyes, en el teatro de la Princesa, con fines exclusivamente benéficos.

En Madrid existe, desde hace algunos años, un grupo de distinguidos aficionados, que bien pudiera decirse que forman una compañía perfectamente disciplinada. No son estos jóvenes artistas—pertenecientes todos a familias madrileñas conocidísimas—socios de ninguna agrupación de aficionados; no constituyen la Sociedad *hache* o la Asociación *be*, dedicadas a dar funciones periódicas, con el fin, generalmente, de dar a conocer a actrices o actores en ciernes, con aspiraciones legítimas en el arte dramático. Los propósitos de aquellos aficionados se limitan a cultivar un arte por el que sienten vocación, y a dar forma práctica a toda obra de carácter benéfico que solicite su concurso.

La Sociedad *La Farándula*, las que llevan los nombres prestigiosos de Linares Rivas y los Quintero,

realizan, desde el punto de vista teatral, una labor admirable. Ellas son como escuela de artistas; como Conservatorios particulares. Alientan al que vale; le enseñan, le perfeccionan, y rinden un beneficio indiscutible al teatro español. De una de estas Sociedades salió Catalina Bárcena, hoy orgullo de nuestra escena.

Los aficionados a que me refiero no tienen, como he dicho, Sociedad alguna. Les une algo tan fuerte como la obligación: la amistad; y les alienta la afición y el deseo de hacer, cuantas veces sea preciso, obras de caridad. Se dirá que alguien ha de ser el alma de todo esto, el talento directivo, la energía organizadora, la vocación entusiasta. Claro. En este caso, se llama Rosario Muro.

Rosario Muro no es actriz; sin embargo, es una de las primeras actrices españolas. Y me explicaré.

No es actriz esta distinguida señorita, emparentada con aristocráticas familias madrileñas, por culpa de los eternos e inevitables convencionalismos sociales. Ellos le impidieron consagrarse desde niña a esta noble profesión, para la que tenía y tiene excepcionales condiciones. Si se hubiese dedicado al teatro profesionalmente, su nombre figuraría hoy al lado de nuestras actrices más admiradas.

Pero Rosario Muro, a pesar de no haberse consagrado oficialmente a la escena, es, ante todo y sobre todo, una actriz. Su vocación irresistible la ha llevado a acometer las más arduas empresas, de las que ha salido siempre triunfante. En el teatro solo piensa, y para el teatro vive. Tiene belleza—una belleza morosa de gran fuerza y expresión,—tiene figura, y tiene una voz muy bonita y muy dramática. Si a ello se une que domina perfectamente la escena, que es graciosa cuando hace falta y sabe emocionar cuando es necesario, que viste muy bien y que trabaja siempre con verdadero entusiasmo, se comprenderá que el número de sus admiradores sea extensísimo, y que, función por ella organizada y por ella interpretada, cuente de antemano con un éxito seguro.

Tal ocurrió anoche en el teatro de la Princesa. Fué una fiesta a beneficio de la «Escuela de Golfos de María Milagrosa», y se representaron la comedia de Martínez Sierra,

Mamá, y el sainete de Javier de Burgos y el maestro Jiménez, *El baile de Luis Alonso*. La sala, presidida por los Soberanos, estaba llena, y los aplausos, durante toda la representación, fueron calurosos y constantes.

La comedia *Mamá* es una de las más dadas producciones de Martínez Serra; el mérito principal de los intérpretes consiste en dar adecuado realce a esa delicadeza, sin incurrir en el menor asomo de cursilería. Rosario Muro hizo el papel que fué escrito para María Guerrero a las mil maravillas. Toda la variedad de matices de aquella mujer frívola pero buena, que no ha conocido el mundo sino los caprichos, que nunca ha sido para su marido más que una muñeca, y que, al fin, halla en su corazón de madre la nueva faceta para su vida, tuvo en la señorita Muro una felicísima interpretación. Por eso fué, con justicia, muy aplaudida.

¿Quiénes fueron los demás intérpretes? La gentil Maribel Castro, de deliciosa ingenuidad; las señoritas de Comas, Arias y Guitrán; don Juan Spottorno—el brillante escritor y buen poeta, que, al dedicar parte de su actividad a la crónica del gran mundo en *A B C*, ha hecho popular el pseudónimo de *Gil de Escalante*;—don Javier del Arco, don Antonio Morán, don Ramón López Montenegro—el aplaudidísimo autor, colaborador de Peña, que, además de dramaturgo, de músico y de dibujante, es un actor de grandes condiciones,—y los señores Zapatero, Ferrero y Buesa.

El sainete, de Burgos y Jiménez, ofrecía la novedad de «ser con música»; era música de *El baile de Luis Alonso*, de lozanía extraordinaria, que hará imperecedero el nombre del ya anciano compositor andaluz. Rosario Muro, en la gitana gaditana, demostró hechuras, garbo y salero; un tipo que hacía contraste con la distinción del personaje de *Mamá*. Pero el interés principal en el sainete estaba en Ricardo de la Vega, el director artístico actual de la compañía de Esclaya, que quiso hacer el protagonista de *El baile de Luis Alonso*, en unión de sus antiguos amigos, que fueran sus camaradas en múltiples funciones de aficionados. Ricardo de la Vega, hijo del famoso autor de *La verbena de la Paloma*, fué otro caso de vocación, resistida por culpa de los dichosos convencionalismos. Hace unos años—después de dedicar los mejores de su juventud a funciones de aficionados,—se decidió al fin Ricardo de la Vega a ingresar en la compañía de Martínez Sierra, y de ella es, sin duda, una de las figuras principales.

En el maestro de baile del sainete de Burgos, hizo anoche el señor Vega una hermosa creación. La gente joven rió de buen grado, y la de cierta edad reconoció que no había visto tan acertadamente encarnado el Luis Alonso desde los tiempos, ya lejanos, del gran Riquelme.

En el teatro del Centro se estrenó ayer tarde la comedia italiana *Una madre*, traducida al castellano por los señores Tedeschi y Martínez Olmedilla. Es una obra diferente por completo de cuanto se ha venido haciendo hasta ahora en aquel teatro; francamente dramática entre comedias eminentemente cómicas, tenía en su perjuicio la costumbre del público de ir al Centro para reírse. Sin embargo, la técnica dramática de Renato Simoni—el crítico teatral del *Corriere della Sera*, de Roma,—supo triunfar en el difícil empeño, si bien no todo lo brillantemente que los traductores, sin duda, esperaban. En la obra hay, sobre todo, una escena de verdadera emoción; parece construída toda la comedia para esta escena, y en verdad que, por su intensidad y por su originalidad, le merece. El público estuvo algo desorientado ante los tonos un tanto sombríos de la obra; sin embargo, no dejó de escuchar con atención, y al final aplaudió, si no con entusiasmo, con cortesía. Irene Alpa, la señora Villa, Bonafé y otros artistas del Centro, interpretaron la obra con la justeza a que nos tienen acostumbrados y el cariño que ponen siempre a sus trabajos.

El otro estreno fué en el Español:

un sainete del director artístico de aquel teatro, señor Portillo, titulado *Las alas de la hormiga*. Gustó mucho; lo que más ha gustado en la temporada de los autores noveles. Tiene observación y tipos, y un diálogo ingenioso y adecuado. El señor Portillo ha demostrado indudables disposiciones para el cultivo del teatro. Además, la actual temporada del Español, que tan de cerca sigue, le estará sirviendo de muy provechosa enseñanza.

En los demás teatros ha continuado la racha de beneficios, que no es, si no, la avanzada de la marcha de unas cuantas compañías a provincias. Los de la Gámez y Sepúlveda, en el Infanta Isabel; Videgain y la Paisano, en Martín; Bonafé, en el Centro, y algunos más, han estado concurrenciosos. El de Bonafé ofreció la novedad del estreno de un entremés de Asenjo y Torres del Alamo, titulado *Cuidado con los piropos!* El público se rió muchísimo; no obstante, el entremés se ha hecho solo una noche. ¿Por qué? Lo ignoro; desde luego, no ha sido por falta de éxito.

G. FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

La semana de los siete entremeses.—Beneficios de Alarcón, de Amalia Guillot y de otros artistas.—El de la suerte.—Otro sainete en Noveidades.—El compositor Manuel Blanco.—El aliento de los libretistas.—Fracaso de una obra francesa

Ha sido la última la semana de los entremeses. No quiere esto decir que no se hayan estrenado otras obras, algunas estimables; pero los entremeses han constituido la nota principal, por haber dado la coincidencia de ser estrenados todos en la misma función, por compañías de distintos teatros.

Pocos géneros de más tradición en España que el entremés. Su aparición puede decirse que coincide en el nacimiento de nuestro teatro. Aquellos pasos de Lope de Rueda no eran sino entremeses, y aún después, nuestros autores del siglo de oro los cultivaron con cariño, como lo demuestran *Las aceitunas*, *Los habladores* y otros de felices ingenios de aquella época admirable. Es, pues, el entremés tan clásico como puedan serlo el auto sacramental o el drama, y más que el sainete, aun cuando en realidad los entremeses, como bocetos que son de trozos de vida, deben considerarse a la postre como verdaderos sainetes de reducidas proporciones. También los sainetes, por tener como única misión la pintura acertada de tipos y costumbres con un hilo de argumento, han sido siempre breves, porque la moda de hacer sainetes en dos o más actos no se había visto hasta ahora en que se ha llegado a prescindir de los más elementales preceptos de la dramática. Por eso, aquellos autores que saben lo que se pescan, si hacen una comedia de costumbres un poco gorda se abstienen de llamarla sainete, y llegan, cuando más, a calificarla de farsa sainetesca.

Los entremeses que en una sola tarde hemos conocido han sido cuatro: *Los ateos*, de Arniches; *Tranquillo y sereno*, de Paradas y Jiménez; *¡No más calvos!*, de Pacheco y Candelas, y *Alegría*, de Portolés. El teatro en que los conocimos fué Apolo, y la función, la del Sindicato de periodistas madrileños. Como en todos los espectáculos de esta clase, necesariamente largos, unos estrenos se perjudican a otros, porque el público se fatiga y no escucha con la tranquilidad debida. Además, a la gente le agrada ver un entremés como principio o como final de una obra grande; como *vermuth* o como postre de una comida fuerte, y no está acostumbrada a que se los sirvan como platos de resistencia. Eso fué lo que ocurrió la noche tarde: se pasó el espectáculo haciendo boca al público—muy complacido, eso sí,—y cuando pensaba hallarse con el plato de fuerza se encontró con que la función había terminado, por virtud de unos cuentecillos con que nos regaló Ortas, a manera de postre.

Eso no quiere decir en modo alguno que los entremeses no gustaran; todos ellos fueron aplaudidos, aunque no en la misma medida, y algunos, como *¡No más calvos!* y *Tranquillo y sereno*, mantuvieron a la concurrencia en hilaridad constante. En las representaciones que les han dado después las respectivas compañías se ha confirmado el lisonjero fallo, probándose, además, lo que antes decíamos sobre el sitio en que les conviene a los entremeses ir colocados en los programas.

Los *ateos* lo conocíamos por haberlo publicado Arniches el año pasado en *Blanco y Negro*. Como todo lo de este ilustre autor, tiene un diálogo muy teatral y tipos arrancados de la realidad.

En el Infanta Isabel se ha estrenado, con motivo del beneficio de Paco Alarcón, otro entremés, titulado *El fresco del juego*. ¿Será necesario decir que es gracioso, llevando la firma de Pedro Muñoz Seca? Este popularísimo autor, que en la presente temporada, debido sin duda a mal estado de salud, ha estrenado menos que en las anteriores, escribió una obrita muy a propósito para el lucimiento de Alarcón. Esto se logró con creces, con lo cual ha debido darse por muy satisfecho el señor Muñoz Seca.

Pero aún ha habido dos nuevos entremeses: los que se estrenaron en Cervantes en el beneficio de la simpática Amalia Guillot. Se titula uno *La mano de la chica*, y el otro *Manolita la Peque*. Autores del pri-

mero son don Alvaro Rodríguez y don Ramón Sánchez Sarachaga, y del segundo Pepe Ramos Martín y el compositor Jacinto Guerrero, a quien un ilustre crítico ha llamado, con frase feliz, el músico de moda.

La mano de la chica es un pasatiempo muy gracioso, lleno de chistes de todos calibres. Acredita muy raras disposiciones en sus autores para el teatro, y debe servirles de estímulo para emprender mayores empresas. *Manolita la Peque* es un gran acierto de tipo. La chica de la modista, que llega a una casa donde jamás puede cobrar una cuenta, es motivo más que suficiente para un chispeante diálogo y una constante situación cómica. El único número de música que tiene la obra fué repetido. La Guillot fué muy aplaudida y festejada; es una tiple cómica llamada a alcanzar un bonito puesto entre nuestras tiples de género chico.

En La Latina los mismos autores de *Manolita la Peque* nos dieron a conocer un sainete madrileño, titulado *El de la suerte*. Claro está que el de la suerte fué el teatro, porque la obra gustó mucho, tanto por el libro como por la música. Es un cuadro muy enfonado con la parte cómica, exenta de chocarrerías y con algunos toques serios bien dados.

En Noveidades, el teatro de en frente, también ha habido sainete nuevo y bien hecho: *La mancha de la mora*; libro de Paso (hijo) y Silva Aramburu y música de Roig y Blanco. Diciendo que la obra gustó, que las escenas se rieron y que varios números se repitieron, habríamos salido del paso. Pero en este estreno ha habido algo que merece un detenido comentario: puede decirse que con ella se presentaba al público—al gran público—un músico nuevo, a quien espera, sin duda, un gran porvenir: Manolo Blanco. El año pasado estrenó en el Español una obrita de época, que tuvo buen éxito; pero como la temporada estaba terminando, fueron contadas las personas que pudieron darse cuenta de la aparición de este nuevo valor en la música española. Ahora no tenía en realidad Blanco grandes ocasiones de lucimiento; pero, aun así, tanto él como Roig, que hacía de buen padrino, supieron aprovechar todo lo aprovechable, haciendo una partitura llena de ambiente, de inspiración y de gracia. La crítica se ha fijado en la aparición de este joven artista, adivinando en él aptitudes indiscutibles. Desde luego no se ha equivocado, a mi juicio, la crítica, porque Blanco tiene terminadas producciones de verdadero mérito, que no hemos de tardar en ver. Me refiero a *La noble dama*, zarzuela de corte clásico, con una partitura importante, y libro de don Sabino Micón, que la empresa Velasco ha tomado por su cuenta y estrenará en breve en la Habana.

Hemos estado varios años lamentándonos de la falta de músicos jóvenes capaces de alcanzar en el tiempo puestos de la altura de los logrados por Jiménez, Vives, Serrano y Luna. Ahora la perspectiva ha cambiado. Rosillo, Guerrero, Blanco, Eduardo Granados, Balaguer, son realidades que constituyen grandes esperanzas. Todos ellos son jóvenes y entusiastas, tienen talento e inspiración y dominan perfectamente la técnica. Es muy difícil predecir cuál de ellos llegará más alto, ni aún cuál llegará más pronto. Todo depende de lo que cada uno quiera trabajar. Lógico es pensar que lo que necesitan es estímulo en el público y aliento en los libretistas. Así como los compositores ya afamados dan la mano a los escritores que empiezan, los libretistas de nombre deberían no olvidarse de los músicos de mérito que principian. Muñoz Seca dando un libro—el de *La hora del reparto*—a Guerrero, ofreció un saludable ejemplo. ¿Por qué no han de imitarle los demás?

Los teatros de comedia han estre-

nado dos obras: *Montmartre*, el Centro y *Lo que no hace falta*, el Español. El primero fué un fracaso. ¿Por qué? Pues sencillamente por ser una obra demasiado parisiense. El público de Madrid—lo ha demostrado en muchas ocasiones—no entiende determinadas modalidades de la vida de París. No le interesa el Moulin Rouge ni la vida bohemia a palo seco; precisa que eso se lo den con argumentos claros y completos, resueltos al modo español. Por eso muchos grandes éxitos franceses fracasan en España. Hacen falta verdaderas adaptaciones, que

no siempre son posibles. Y eso es lo que ha ocurrido con *Montmartre*, de Francis de Miomandre, estrenado en el beneficio de la Ladrón de Guevara. Del fallo adverso se salvó la beneficiada, que fué muy cariñosamente aplaudida.

Lo que no hace falta, de José Castellón, estrenado anoche, obtuvo un gran éxito. Pero de él hablaremos más adelante, con la atención que la obra y el autor requieren.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Madrid 17 mayo.

Madrid teatral

Sarah Bernhardt y su arte.—La trágica de la voz de oro.—Una historia gloriosa.—La Sarah de hoy. Representación de «Daniel» en la Comedia.—El nieto de la actriz.—Verneuil y su teatro.—Otras manifestaciones artísticas.—La obra de Castellón. Temporada de ópera en la Zarzuela.—El desfile de las compañías

Madrid 24 de mayo de 1921.

Sarah Bernhardt habla en escena. La sala de la Comedia, completamente llena, está pendiente de la voz de oro de la trágica famosa. Contiene la respiración de centenares de pechos, no se oye ruido alguno que pueda perturbar la armonía de esa voz que ha maravillado a varias generaciones del mundo entero. Y la voz suena fresca, juvenil, lozana, como nacida en una garganta privilegiada de veinte años.

¿Cómo está Sarah Bernhardt? ¿Qué efecto hace? Desde una de las últimas filas de butacas—asiendo que tras no pocos esfuerzos conseguí,—nadie diría, no sabiéndolo, que aquella es una mujer vieja. El perfecto maquillaje, visto a distancia, quita la sensación de la vejez; y como el ademán tiene energía, el gesto es, en todo momento, noble y expresivo, y la voz conserva sus famosas amplias sonoridades—timbre aureo, como dice un ilustre crítico,—la ilusión es completa. Y hay momentos en que, viendo y escuchando a Sarah, adquirimos plenamente la sensación, por lo que aún es, de lo que esta artista portentosa ha sido.

Así, al terminar el tercer acto de *Daniel*—primero de esta obra en que trabaja la eminente trágica,—las manos de todos los espectadores se han unido en aplauso fervido y entusiasta, que ha sido homenaje de admiración y pleitesía, no solo a la labor de ahora, sino a toda una gloriosa vida escénica, llena de resonantes triunfos. Porque, ¿cómo alejar de la imaginación el recuerdo de la Sarah Bernhardt de otros días? ¿Quién ignora sus primeros pasos, su aparición en la Comedia Française, sus inquietudes luego actuando en distintos teatros, sus famosas excursiones por Europa, por América, por el mundo todo; sus creaciones, siempre extraordinarias? *L'Aiglon*, hecho por Rostand para ella; *Cismonde* y muchas otras más, recibieron, al estrenarlas Sarah, el aliento de la más feliz colaboración. Y en obras de repertorio, como *Hamlet*, como *La dama de las camelias* y como toda esa serie de producciones del teatro francés en verso—esos cadenciosos y a veces enfáticos alexandrinos,—la actriz francesa llegó a una altura dramática inconcebible, como soberana emperatriz de la declamación, del gesto y del ademán. Vigor, majestad, intensa emoción dramática; hé aquí las características más salientes del arte de Sarah Bernhardt; y justo es decir que todas ellas se conservan con bastante lozanía. Por lo menos, con una lozanía que es raro encontrar en cualquier artista que haya pasado del medio siglo.

Daniel, el drama en que la hemos visto ahora, quizás por última vez, es una obra que demuestra a cada instante que está escrita para ella; para la Sarah inválida y achacos que no cumplirá ya los setenta. Su intervención es importantísima, pero breve; de los cuatro actos del drama, *Daniel*, el protagonista, solo figura en los dos últimos. He aquí, someramente, el argumento: *Daniel*, alma buena en cuerpo bello, pero débil, se ha enamorado, de joven, de Geneveva. Su hermano Alberto—antítesis de *Daniel*—también se enamora y se casa con ella, mientras que el desgraciado hermano, resignado, esconde su pena, uniéndola a los mil sufrimientos de la enfermedad que mina su existencia. Pero Geneveva no es feiz... y un día acepta los ofrecimientos amore-

dos de Mauricio, amigo íntimo de ambos hermanos. Pronto Alberto sospecha la infidelidad de su mujer; pronto los celos le clegan... Y en esta situación llega el acto tercero, sin que hasta entonces el público haya conocido a *Daniel*, de quien no se ha dejado de hablar en el transcurso de las escenas. Se comprenderá el justificado interés del auditorio cuando se alza el telón y aparece, sentado en su sillón, enfermo, el hermano de Alberto, encarnado en la gloriosa Sarah.

Todas las principales figuras del drama, que tienen en *Daniel* absoluta confianza, desfilan ante el enfermo, refiriéndole su respectiva situación y pidiéndole consejo. Geneveva, que le confiesa su torpe proceder; Mauricio, que le confía sus más íntimos secretos, y al fin, Alberto, que, ya con la certeza de que su ofensor es Mauricio, deja entrever intenciones siniestras, que son como la llama que prende de pronto en el pecho de *Daniel*. He aquí el momento culminante de la obra: una escena perfectamente teatral, de efecto seguro, sobre todo interpretado de manera sorprendente por Sarah Bernhardt. *Daniel* tiene un arranque entonces para salvar a todos, y en un momento de ficticia sinceridad, se acusa a sí mismo como el culpable de la infidelidad de Geneveva: el ofensor es él; solo él. Y cuando Alberto, al recordar la antigua adoración de *Daniel* por ella, va a arrojarle, arrastrado por los celos, sobre él, un desfallecimiento apenas perceptible del enfermo le hace volver en sí, detener su brazo y huir. *Daniel* ha mantenido su arranque abnegado con una virilidad de acentos, con una energía de acción impresionable. Y el público ovaciona a la artista, que aún sabe deslumbrarnos con su genio.

En el último acto vemos que el sacrificio de *Daniel* ha sido inútil. Geneveva y Mauricio han escapado, y Alberto, rendido a la realidad, vuelve a la cabecera del hermano, que expira. Los dos han visto tronchado el amor de su vida. Y *Daniel* muere suavemente, con una muerte que emociona, formando como un nudo en nuestra garganta. El talento y la energía de Sarah, la eternamente joven, han vuelto a triunfar.

Ha sido una noche de entusiasmos y de melancolía; de arrebatos y de recuerdos; de homenaje a toda una vida de arte y de gloria.

Y hablemos también de Verneuil. Este dramaturgo y actor—como Sacha Guitry, como nuestro Ramón Peña, como tantos otros—es, ante todo, «un hombre de teatro». Nieto de Sarah Bernhardt, ha organizado esta tournée de la gran trágica, a base de obras supayas exclusivamente, y con una compañía que, si no merece el calificativo de mediana, tampoco puede admitir el de notable. Verneuil domina todos los géneros, sin pasar de un determinado límite. Su obra maestra es *Daniel*, y ya se habrá comprendido que es una producción eminentemente melodramática. Efectista, pero bien planeado y hábilmente conducido, *Daniel* reúne todas las condiciones para triunfar en escena, siempre que cuente con una gran actriz. El interés creciente de los dos primeros actos y la intensidad de acción de los otros dos, prueban que Verneuil es autor. En las demás obras estrenadas por él en Madrid, hechas a manera de vermouth para la presentación de Sarah; se nos presentó Verneuil con otro aspecto menos estimable y más digno de censura. Siguiendo

siendo autor, pero un autor desaprensivo, demasiado alegre, con exceso atrevido. Sus argumentos están siempre al margen de la moral; sus conflictos no se distinguen precisamente por su tendencia a las buenas costumbres: matrimonios blancos, rivalidades amorosas entre padres e hijos, modos anormales de vivir en familia y familias constituidas... sin constituir. *Pour avoir Adrienne* y los demás *vaudevilles* representados en la Comedia pertenecen a un género que da en París mucho dinero, pero poca gloria. Como actor, Verneuil tiene desenvoltura y facilidad de expresión; pero da a todos los personajes la misma interpretación, hasta el punto de que en los *vaudevilles* da la sensación de que es la misma persona que pasa de una acción a otra. El resto de la compañía no pasa de discreto. Como es sabido, al día siguiente del estreno de *Daniel* representó Sarah Bernhardt uno de los actos de este drama ante un público fervoroso y selecto.

La actualidad teatral ha sido, sin duda, Sarah; pero no por eso ha dejado de haber otras interesantes manifestaciones de arte dramático.

Daba cuenta en mi crónica última del estreno en el Español de *Lo que tenemos cerca*, original del conocido escritor don José Castellón. Este drama es, sin duda, lo más considerable de cuanto se ha estrenado en la temporada de autores noveles. Acredita un temperamento y afirma la existencia de un buen dramaturgo. La obra gustó mucho. Lo que tenemos cerca es, según el señor Castellón y según otros muchos autores, lo que menos sabemos apreciar. El protagonista de la obra, enamorado de una estatua de mujer desnuda, se siente arrastrado por el amor a una muchacha en la que ha creído adivinar el modelo de la estatua. Para seguirla no duda en abandonar a su propia mujer, cuya indudable belleza no sabe apreciar. Y resulta que ha sido ella, su mujer, la modelo admirable del escultor. Para que la pureza de ésta no

se pierda, el autor justifica el hecho de que ella accediera a ser modelo, haciendo que el escultor, hombre de edad, sea su tío y esté como loco buscando un modelo soñado. La sobrina, para arrancarle de la miseria y procurarle la gloria, se decide a ser su modelo, castamente, sin la menor sombra de liviandad y con la sola condición del secreto. Y cuando el marido, al fin, se entera de la verdad, no la cree, no puede creer que aquel cuerpo adorado sea el de su mujer, buena y amante. Como se verá, la idea es original. La interpretación, acertada.

En la Zarzuela, el maestro Tolosa, gran organizador de compañías líricas, mantenedor de la zarzuela grande española y autor de algunas notables obras, ha emprendido una campaña que puede darle, a juzgar por el principio, un magnífico resultado. Siempre han sido negocios en Madrid las temporadas de ópera barata. Esta no es excesivamente barata, pero lo suficiente para que esté al alcance de todas las fortunas. Si, con tal condición como precedente, los cantantes son luego buenos, sin necesidad de que sean óptimos, el resultado satisfactorio es seguro. En el Gran Teatro, hace dos o tres años se hizo una brillantísima campaña lírica y se dieron a conocer Casenave, Espinosa de los Monteros y otros cantantes de positivo mérito. Ahora, en la Zarzuela, *Aida* ha sido bien cantada. Y el teatro, lleno y entusiasmado.

A otros teatros les llegó la hora del desfile de sus compañías. La Bárcena y los suyos han dejado cerrado Eslava; los del Infanta Isabel marcharon a otras poblaciones, y han sido sustituidos, por diez días, con Amalia Isaura y Antonio Martiñez; los del Cómico y los de Martín también levantaron el vuelo.

¿Volverán? La mayoría de ellos, sí. Otros, muchos, nos tememos que no. Les sucederá, bien a pesar suyo, lo que a las famosas golondrinas de Becquer.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Una nueva obra de Alberto Ghirardo: «Los salvajes» y el teatro argentino.—Otras novedades del teatro.—La campaña del Español.—En Apolo: un medio éxito.—Paradas y Jiménez en la Comedia. Los cantantes de la Zarzuela y los arrestos del maestro Tolosa

31-V-921

La temporada de la compañía Alba-Bonafé, en el teatro del Centro, ha sido por todos conceptos brillante, y ha terminado con una nota verdaderamente artística, con un intento teatral nobilísimo y acertado. La característica principal de la temporada ha sido su aspecto cómico: *El ilustre huésped* y todo el repertorio de la Alba y Bonafé han dado magníficas entradas, y, por consiguiente, gran provecho. El estreno, después, de *Ramo de locura*, de los señores Alvarez Quintero, fué como un intermedio entre el género eminentemente cómico y la comedia dramática. A continuación de este gran éxito pusieron en escena varias obras de menos importancia, y al fin, en la semana pasada, *Los salvajes*, de Alberto Ghirardo, producción francamente dramática, de emoción y de intensidad, que al lograr también un legítimo triunfo, probó las variadas aptitudes de esta notable compañía, capacitada para hacer con fortuna los más distintos géneros.

El estreno de *Los salvajes* constituyó un acontecimiento hispanoamericano. La nacionalidad de Ghirardo, el ambiente en que se desenvuelve la obra, los tipos que en ella intervienen y aun las cuartillas que el autor leyó antes del estreno sobre el teatro argentino y el teatro español, justificaban la solemnidad y confirmaban la significación americana del acto. Las cuartillas de Ghirardo fueron oídas con extrema complacencia; su orientación resultó en extremo simpática. Según ellas, el teatro argentino tiene su base y su antecedente en el teatro español; no podrá ser considerado jamás como un teatro rival, sino siempre como filial del nuestro.

Esto lo demuestra Ghirardo con su drama *Los salvajes*, que él califica de tríplico, y que es la obra más consistente del autor de *Alma gaucha*. ¿Por qué le llama tríplico? Indudablemente porque en los tres actos nos presenta tres cuadros característicos de la vida popular argentina, y tres momentos de acción característicos también.

Los salvajes, según Ghirardo, no son sólo los indígenas de la pampa: son también los extranjeros colonizadores. Los primeros están representados por un mozo argentino, vigoroso e impulsivo, y los segundos por un italiano, un gringo, que surge como rival de aquél. Cuando la pasión desbordada, cuando el instinto sin freno se apodera de los hombres, todos somos salvajes, todos procedemos como fieras más que como criaturas humanas. Hay en el fondo de nuestro ser algo bárbaro y animal, que despierta al contacto de la pasión. Para contrarrestarla, no hay más que la educación y la cultura, y ambas no pueden encontrarse aún en el corazón de la pampa, ni en sus moradores, ni en quienes han encaminado su vida hacia la conquista de ella.

Ambos jóvenes, el gringo y el pampero, están enamorados de la misma mujer; la lucha entre los dos se produce, y muere el italiano. ¡Ah! Pero también entre los compañeros del muerto hay gentes capaces de tomar la venganza. Y en el último acto los conquistadores, los civilizados, acorralan al mozo argentino y le matan, a pesar de que él se defiende fieramente. Este es el argumento, en síntesis. Lo demás es pintura local, fidelísima; trozos de ambiente y reproducción de costumbres. El pericón, baile nacional argentino, lo conocíamos, por habérselo visto a la compañía de Camilla Quiroga. De lo que entonces aprendimos, pudimos deducir ahora observaciones que nos han llevado a apreciar la fidelidad con que ha tratado el ambiente el dramaturgo de *Los salvajes*.

En la interpretación gustaron especialmente, por su labor seria y

ajustada, Bonafé, Rivelles, Hidalgo y alguno más, y de ellas la Meneró.

En el mismo teatro, y dos días antes de dar por concluida la temporada, hemos visto *El modisto parisino*, refundición en dos actos, de otra obra en tres, de los mismos autores, que no son otros que la simpática pareja Torres del Alamo-Asenjo. *El modisto parisino* tiene mucha gracia, y además da ocasión a Irene Alba para que luzca en todo su apogeo, varias veces, su inagotable vis cómica. En uno de los actos se ofreció al público una entretenida sesión de variedades, con lo cual hubo, si no para todos los paladares, para muy variados gustos.

En el Español, después del fracaso de *Sor Teresa de Jesús*—fracaso resonante que, según posteriores sueltos, se ha convertido poco menos que en éxito en noches sucesivas—se ha estrenado un sainete que se titula *El orgullo de San Roque*, y que está bien visto y bien dialogado. A la altura en que está ya la temporada, poco puede hacer una obra en un acto para «deventar un teatro», como suele decirse. Esta campaña de noveles no ha logrado el principal objeto que se proponían los organizadores: no ha despertado en el público el menor interés, y si de ella se habla en los corrillos teatrales, es para comentar sus equivocaciones. Esto es tanto más de sentir desde el instante en que se han dado a conocer cuatro obras estimables: dos grandes y dos chicas: *Padres*, de López Merino, y *Lo que tenemos cerca*, de Castellón, en tres actos, y *Las alas de la hormiga* y *El orgullo de San Roque*, de los señores Portillo y Ruiz, en uno. Ese es el inconveniente de no seleccionar bien las cosas y de dejarse arrastrar por los mil compromisos con que nace toda empresa; y en el caso de ahora han

pagado justos por pecadores, y han ido obras de indiscutibles méritos confundidas con desacertados intentos dramáticos.

En Apolo hemos conocido *Las petas del diablo*, en la noche del beneficio de Ortas. Es una zarzuela de los señores Polo y Romeo, con música del maestro Quisiant, graciosa la letra y alegre la música. En su estreno gustó mucho el primer cuadro y menos el segundo, que pasó con dificultades. Como una de las principales razones de esto fué la excesiva longitud de la obra, los autores le dieron, con muy buen acuerdo, algunos ocrtes, y ahí está en el cartel de Apolo la zarzuelita, dispuesta a dar un mentís a cuantos anunciaron su muerte. No es un monumento literario ni musical, pero obras peores se han hecho centenares de veces.

Por coincidir con el estreno de *Los salvajes*, no pude asistir al de *Mi salvador*, nuevo sainete, en tres actos, de Paradas y Jiménez, en el teatro de la Comedia. Fui noches después, y comprendí la razón del público al dar a la obra proporciones de gran éxito.

No hace mucho hablé con detenimiento de la labor teatral de estos jóvenes autores, que van avanzando, segura y rápidamente, en su carrera artística. Ahora, este éxito de la Comedia les coloca en una categoría distinta de la que hasta ahora han tenido.

Mi salvador es un verdadero sainete, gracioso y ponderado, sin dislocamiento de frases y con tipos arrancados todos del natural. Difícil es hacer un sainete—que tenga caracteres de tal—en un acto, pero mucho más en tres, porque ni el argumento puede ser intrincado, por no permitirlo el género, ni el interés debe decaer al través de toda la obra. Y una y otra favorable condición las reúne la obra de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez.

En el Infanta Isabel está terminando la breve actuación de la compañía Isaura-Martínez. Elle sigue cosechando aplausos y simpatías; él se ha conquistado el favor del público; no tiene en contra, pues es un buen artista, más que la poca flexibilidad de su voz, demasiado dura.

En la Zarzuela habrá hasta fines de semana ópera extranjera. En *Jucia*, la señorita Jiménez, que debutó demostró una gran flexibilidad de garganta; en *El trovador*, Elena Fons reverdecó antiguos laureles, y De Marchi obtuvo un gran éxito, sobre todo en la famosa *pira*. Se anuncia *Lohengrin*. Está visto que el veterano maestro Tolosa, infatigable como en sus años juveniles, se atreve con todo. Y estamos seguros de que *Lohengrin* saldrá tan ajustado, por lo menos, como las óperas italianas que hemos oído en estos días.

Y es que en materia de arte, siempre que se cuente con la primera materia, es esencialísima una cosa, que muchas veces falta: la buena voluntad.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

Una injusticia reparada.—El homenaje al maestro San José.—Función variada e interesante.—Las variedades del Centro.—Sacha Gondine y sus compañeras.—Un éxito del maestro Estela.—«Eres mi padre» y su argumento.—Fin de la temporada del Español.—«Paisaje de abanico».—Hacia el verano

Madrid 7 junio.

El maestro compositor don Teodoro San José cree que no se le ha hecho la justicia que, por sus méritos y por su obra, merece; y lo que él cree, lo pensamos muchos españoles. Es, sin duda, el simpático maestro, uno de tantos casos que se ven en España; la crítica y el público han apreciado en distintos momentos y en diferentes épocas sus producciones; ha conseguido él muchas veces legítimos triunfos; se han reconocido las bellezas de sus partituras y los conocimientos que éstas demostraban, y, sin embargo, el maestro San José no se hizo verdaderamente popular en sus primeros tiempos, ni había tenido hasta ahora lo que pudiéramos llamar una consagración. Desengañado de las gentes, un tanto retraído, el veterano maestro—así se le llama comunmente, cuando se le podían anteponer muchos de los adjetivos que inmerecidamente se prodigan—habrá podido pensar mucho sobre el mundo y sus vanidades; dotado en su legítimo orgullo, habrá podido enristrarse; pero siendo, ante todo, un verdadero artista, no han podido influir amarguras y desengaños en hacerle cesar en su trabajo... Y hasta ahora ha seguido trabajando con fe y con ideales, impulsado por los mismos entusiasmos de sus años juveniles. Y al fin, un día—ayer tarde—Madrid ha compensado, reconociendo su falta, al ilustre músico español, ofreciéndole un cálido homenaje de admiración y de simpatía.

Hacia ayer treinta y tres años de que el maestro San José estrenó su primera obra teatral. Desde entonces, cerca de un centenar escribió, entre ellas esa noble partitura del *Don Quijote de la Mancha*, dada a conocer no hace mucho en Price, y vuelta a escuchar en sus trozos principales con singular agrado, en la tarde de ayer.

Con ello comenzó la función de homenaje. La Orquesta Filarmónica, bajo la dirección, inteligente y segura, de Pérez Casas, interpretó el prólogo de la obra y un nocturno.—Canto a la noche—de mucho ambiente, y el final del primer acto, de gran brillantez. Ya fué a su tiempo analizada esta obra, que marca un momento culminante en la vida de este compositor; se reconocieron entonces sus muchos aciertos y se hizo a San José unánime, aunque pasajera justicia.

La compañía de Novedades, formada por elementos estimables, representó luego el sainete en un acto *El gitano*, libro del infortunado Manuel Garrido—muerto cuando en el teatro y en el periodismo tenía un brillante porvenir—y música del homenajeado. Es acaso este sainete la obra de San José que más se ha hecho; bien construída y con números muy inspirados, gusta siempre, como gustó ayer.

Después conocimos dos romanzas bonitas del drama *Los tejedores*, que cantaron el barítono Juan Las Heras y la tiple María Regidor, y la canción *Lejos de la patria*, a la que Mari Isaura, la bella tiple del Reina Victoria, dió relieve extraordinario, teniendo que repetirla.

Y la fiesta terminó con dos pasacalles del mismo maestro—el primero, titulado «Infantería de marina», de mejor factura,—que interpretó la banda del segundo regimiento de Ingenieros, que dirige el maestro Marquina, y con los bailables de la zarzuela *Amor gitano*, muy rítmicos y vistosos.

Y ya que del teatro del Centro hablamos, digámos que hace unas noches se inauguró allí la temporada de variedades, con números de este género que no pasan de regulares, si exceptuamos el trío Sacha Gondine, Ninus y la Morenowska, magníficos bailarines rusos, que en nada tienen que envidiar a los de la compañía de Diaghilew. La Morenowska es muy guapa y baila muy

bien; la Ninus es lo que pudiéramos decir una acróbata de la danza artística, y Sacha Gondine es un verdadero portento de flexibilidad y fuerza. Tienen los tres un elevado concepto de su arte, y es lástima que, a veces, por un mal expresado deseo de superar a otros artistas, acudan a retorcimientos y extravagancias inverosímiles e innecesarios. Aun así, son admirables y se hacen acreedores al aplauso que les tributa a diario el público.

Sacha Gondine y sus compañeras han tenido, además, un acierto: el de estrenar el bailable «Borgia», música del maestro valenciano Enrique Estela. Estela, que es uno de los compositores jóvenes de más porvenir, ha demostrado en esta ocasión lo bien que se ha asimilado este género complicado y exótico. Claro que la música rusa, a pesar de sus exotismos, es eminentemente oriental; y en este punto, ¿quién mejor que un compositor valenciano para coincidir con los rusos en una visión orientalista de las danzas y de los ritmos? Estela domina la técnica y es muy inspirado—no nos olvidemos de *La hebreá*—y una y otra cosa lucen en este «Borgia», que es como una consecuencia de la famosa «Scherazada».

El éxito del bailable fué completo, y tanto el autor como sus intérpretes, recibieron, en la escena, la elocuente prueba de la satisfacción del público.

En el Infanta Isabel terminó su breve actuación la compañía Isaura-Martínez, no sin estrenar un gracioso juguete de don Alfonso Muñoz y don Alfonso Lapena, titulado *Eres mi padre*. Estos dos distinguidos periodistas han probado con esta obra que tienen indudables condiciones para cultivar el teatro. Hasta ahora, sin embargo, no han hecho más que intentos inferiores a sus aptitudes. Si perseveran en sus propósitos de afrontar otras empresas de más importancia, y las realizan con la fortuna a que dan derecho a esperar, lograrán un nombre envidiable.

Eres mi padre tiene situaciones cómicas bien vistas. Alberto, un rico solterón empedernido, se ve advertido lealmente por su ayuda de cámara, de que le han aparecido doce canas. ¡Doce canas! Eso significa que debe irse dejando de devaneos amorosos y pensar con seriedad en casarse. Alberto llegó a convencerse. Sí; se casará con la hija de Rodríguez, un millonario, enriquecido en la guerra, que muchas veces le ha ofrecido la niña para esposa. Llega de pronto Eduardo, su íntimo amigo Eduardo, de su misma edad; está arrepentido de la vida que lleva. Comprende que no puede seguir viviendo con la amiguita que ha hecho hasta ahora su felicidad; tiene que pensar en serio; sus cabellos han comenzado a canear y ha decidido entrar en relaciones formales con la hija de Rodríguez, que es un buen partido. Esta noticia no agrada demasiado a Alberto, quien, sin embargo, nada opone a ella.

Eduardo dice a su fraternal camarada—al que considera como un padre,—que ha acudido a él para que le salve del apuro; quiere que vaya a casa de la amiguita, le diga que Eduardo no tiene más remedio que separarse de ella, le entregue las cartas suyas y le aguante el ataque de nervios que, seguramente, le dará; en una palabra, que le arregle el asunto. Queda Alberto en hacerlo; pero no bien ha desaparecido su amigo, llaman de nuevo al timbre y llega ella con una embajada parecida: Eduardo no es el mismo que antes, se duerme después de comer, tiene ya iniciada la curva de la felicidad, y ella, desilusionada, no puede aguantarle; trae las cartas de él para que Alberto se las devuelva; quiere que éste le resuelva la cuestión. Pero cuando Alberto, con sinceridad, le dice que no hay tal cuestión, porque preci-

samente Eduardo ha pensado lo mismo que ella, la muchacha se indigna y dice que no puede tolerar ese desprecio. «Eso es una canallada... ¡Haberse adelantado!» Alberto la aplaca y hasta la cita para por la tarde en el Ritz, al despedirla. Vuelve Eduardo; sabe lo ocurrido y le sucede lo propio: su indignación no tiene límites: «¡Haberse ella adelantado!» Como en el teatro, todo es convencional, vuelve ella a casa de Alberto con un fútil pretexto; surge una escena entre los dos, y, al final, el arreglo, mientras que Alberto vuelve a respirar tranquilo, pensando en su boda con la hija de Rodríguez.

Los espectadores pasaron un rato muy entretenido, y como decimos, aplaudieron mucho a autores e intérpretes. Entre éstos, se destacó la señorita Robles.

En el Español hemos visto, dos días antes de terminar la temporada de los autores noveles, el poema escénico del señor López Parra, *Paisaje de abanico*. Tiene versos bonitos y un ambiente bien entonado. Como obra teatral, quizás sea un poco lánguida. El señor López Parra, sobradamente conocido como poeta, puede considerarse satisfecho del resultado de este intento.

Con el cierre del Español, de Infanta Isabel y de la Zarzuela, han quedado reducidos a tres o cuatro los teatros de cierta importancia que actúan. Se acerca el verano y con él ese paréntesis inverosímil que se abre en la vida teatral madrileña. Se dice que este año no ocurrirá así: que el Reina Victoria va a dejar de funcionar solo un mes; que en la Zarzuela va a haber opereta, y que el Ideal Rosales permanecerá abierto todo el estío. ¡Ya veremos!

Si, por lo menos, aprovecharan ese paréntesis nuestros autores para producir mucho y bien, menos mal.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

En los dominios de la opereta.—Beneficio de Consuelo Hidalgo: «Los claveles rojos».—El éxito de una canción.—En Rosales: la revista de este año.—Las novedades de la Fiesta del Sainete.—El caso de los hermanos Cueva.—Medio sainete de Arniches y uno de Rusiñol.—Un monólogo que hace gracia

Madrid 14 de junio de 1921.

Para los pocos teatros que funcionan ahora en Madrid, muchas novedades ofreció la semana última. *Los claveles rojos*, en el Reina Victoria; ¡*Oh, la Revue!*, en el Ideal Rosales, y *En las ruinas*, *Margarita la Pispajo* y *El triunfo de la carne*, en la fiesta del Sainete, de Apolo.

Vamos, pues, por ese orden. *Los claveles rojos*, «vaudeville» francés adaptado por Cadenas, con música del maestro Cuscina (?), fué un gran éxito. Es una obra muy propia del Reina Victoria: desenfadado, escenas escabrosas, música ligera, diálogo fácil, presentación espléndida, caras bonitas y desnudos... artísticos. Se estrenó en la función de beneficio de Consuelo Hidalgo, la tiple bella, elegante y graciosa, que ha conseguido ser emperatriz de aquellos Estados de la opereta y la alegría. La Hidalgo fué muy festejada; tiene en la obra un papel que hace primorosamente, y a ello unió el acierto de intercalar dos canciones muy populares en Francia, que eran también muy conocidas en Madrid, merced a los sextetos y a las pianolas. Una de ellas, sobre todo, la titulada *Mon homme*, constituyó un gran éxito y fué dos veces repetida.

El libro de *Los claveles rojos* gustó también, a pesar de sus ligerezas —o por lo mismo,—y de sus irreverencias. El señor Cadenas conoce mucho a su público, y le sirvió, como autor, el plato que, sin duda, esperaba. Como empresario hizo, como siempre, alarde de su buen gusto y de su esplendor, cosas ambas imprescindibles en toda persona que figure hoy al frente de una empresa teatral. El jardín de Aspasia en el segundo acto—la obra tiene por acción una ciudad griega,—llama positivamente la atención.

De los intérpretes lucieron, además de la beneficiada, Angelina Villar, Rafaelita Haro, Moncayo y Barreto. Y excuso decir que para estos artistas, así como para el resto de la notable compañía, hubo muchos aplausos. Con *Los claveles rojos* y *El príncipe Carnaval*, que va por la 250 representación, tiene el Reina Victoria de sobra hasta terminar su temporada; es decir, para lo que resta de este mes y para todo julio.

¡*Oh, la Revue!*, la nueva humorada del Ideal Rosales, es, como la obra del año anterior, ¡*Chauffeur a Rosales!*, un pretexto para que la Mado Minty y sus compañeros demuestren lo mucho y bien que saben bailar. La presentación de la revista es magnífica y artística, y, sólo por verla, vale la pena de ir a Rosales; tiene, en cambio, más libro, lo cual le perjudica—claro que no haciendo esto gran honor a los libretistas,—y menos música buena que ¡*Chauffeur a Rosales!*. Así y todo, se pasa un rato agradable, porque los desfiles de mujeres guapas, los efectos escenográficos, los juegos de luces, el arte de los bailarines y las danzarinas, y la vis cómica de Ramper, son motivos más que suficientes para que el público dé por bien empleado el dinero que paga por el espectáculo. De lo que no cabe duda, es de que éste tiene, como se lo propusieron sus organizadores, un carácter eminentemente parisiense.

La fiesta del Sainete, a beneficio de la Asociación de la Prensa madrileña, nos brindó tres estrenos, o, mejor dicho, cuatro, si incluimos un gracioso monólogo de Muñoz Seca, recitado por Ortas.

Abrió el fuego la comedia en un acto *En las ruinas*, original de Jorge y José de la Cueva. Es raro lo que les ocurre a estos autores: después de su gran éxito con *Aquí hace falta un hombre* y de sus triunfos con *Penas buscadas* y *Agua de mayo*, retiráronse casi del teatro, hasta el punto de que llevaban varios años sin estrenar obra alguna. Soy amigo de ellos, y puedo asegurar que este retraimiento no obedeció a falta de entusiasmos por la profesión ni a carencia de seguridad en las propias aptitudes; prueba de ello es que, en la soledad de su cuarto de trabajo, los dos hermanos Cueva han seguido laborando, y hoy tienen preparadas, para estrenar, numerosas comedias y no pocos sainetes, que el público juzgará en su día. De este modo, alternando el teatro con el periodismo—Jorge es crítico musical y de arte, y José es informador político de *El Debate*,—

se hallan hoy en condiciones de poder hacer temporadas teatrales brillantísimas. Del éxito de *En las ruinas*, que fué franco y excelente, no es posible deducir consecuencias; la obra comenzó a representarse a las tres de la tarde, y a esa hora fué cuando empezó a entrar el público en el teatro, con lo cual resultó que los escasos espectadores que la vieron desde el principio, ni pudieron oír bien, por el ruido de la gente al entrar, ni les fué posible formar juicio sobre sus muchas e indiscutibles bellezas. No es *En las ruinas*, ni lo han pretendido sus autores, comedia a suscitar apasionados comentarios; pero sí es una obra de una delicadeza exquisita, de un ingenio finísimo, de una sultura de diálogo extraordinaria y de una cultura, al alcance de todos los auditorios, muy de tener en cuenta. Desde el punto de vista de la teatralidad, está contruida, como suele decirse, con todas las de la ley. Si se hubiese estrenado en Lara, en el Infanta Isabel o en un teatro análogo, habría obtenido un éxito muy considerable. Apolo es un teatro desproporcionado, y la fiesta del Sainete necesita platos más fuertes, a pesar de su nombre. Aún así, los aplausos fervorosos que sonaron al final de la representación, indicaron bien claramente a los hermanos Cuevas que no deben seguir retraídos; que tienen la obligación de dar a conocer al público —en el que cuentan con muchos admiradores,—todas esas obras—futuros grandes éxitos,—que constituyen su principal labor de dramaturgos; que deben, en suma, tener fé en su porvenir, ya que tan admirables condiciones poseen. A veces perjudica, en el teatro, tener el carácter apocado, y eso sólo es disculpable en quien no tiene absoluta confianza en sus fuerzas.

Del nuevo sainete de Arniches, *Margarita la Pispajo*, saboreamos únicamente el primer acto de los dos que tiene. Por la crítica sabemos

que es, en esencia, el sainete *La gentuza*, estrenado por el propio Arniches, hace unos años, en el Cómicó. Será así; pero indudablemente, el ilustre autor lo ha remozado de tal modo, lo ha mejorado de tal manera, que al público le pareció nuevo, y como si fuera nuevo, la aplaudió. A buen seguro que Arniches ha trabajado en él más que en una obra nueva, y es de justicia decir que ha hecho bien, puesto que ahora, *Margarita la Pispajo* resulta, por lo menos en su primer acto, una obra perfecta, que ha de dar mucho dinero a su autor y a la empresa de Novedades. Mariquita, la desgraciada muchachita madrileña que se ve obligada a vivir entre parientes que la maltratan, y que luego, al verla enriquecida por un legado de su padre, se la disputan para disfrutar del dinero, halló en María Lacalle una felicísima encarnación. Y es que esta tiple cómica de Novedades, que, si tuviera suficiente voz, tendría pocos rivales, posee cualidades de gracia, movimiento y belleza que cautivan desde el primer momento. Gómez Bur, Aparici y los demás actores de aquella compañía, contribuyen al conjunto. El primer acto de la obra cuenta con un par de bonitos números del maestro Estremera, que se repitieron. En Novedades, *Margarita la Pispajo* será un filón.

El sainete de Rusiñol, traducido por Rafael Marquina—muy bien, por cierto,—*El triunfo de la carne*, que interpretaron los actores de la recién deshecha compañía del Español, no fué, a mi juicio, bien entendido por el público. Este lo encontró pueril, inocente, y no advirtió los mil matices en que se refleja el ingenio sutil y zumbón del autor de *El místico*. No supo—o no quiso—leer entre líneas; solo se fijó en que la trama era en extremo sencilla y sin interés para él, y mostró al final su cansancio. El sainete es una sátira contra los vegetarianos y contra cuantos extreman las cosas; pero a la gente eso le tuvo, por lo visto, sin cuidado.

Julia Lajos, Vedia y sus compañeros, interpretaron la obra con todo el entusiasmo propio de quien tiene afición por su arte.

El monólogo de Muñoz Seca, *Leción de historia*, está plagado de chistes de todos los calibres. Baste decir que es la historia de los Medas, y que se habla de la Media de abajo y de una media en las agujas, y hasta de los Médicis; todo eso, sí, hilvanado con la habilidad característica de su autor. Ortas, vestido de colegial, con pantalón corto, delcioso.

Es una lección que aprovechará a muchos... actores.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Los fundadores y los mantenedores de la zarzuela española.—El homenaje a Gaztambide.—La obra del maestro. En el Ideal Rosales: «La Princesa de la Czarda».—Una opereta entretenida y una excelente partitura.—El éxito de la señorita Pinedo.—Beneficio de la Moreu en Apolo.—El sainete de Arniches en Novedades.—¿Se fueron los «clowns»!

Madrid 5 julio.

Chapí, Chueca, Bretón, San José... Sus nombres han ido desfilando, merced a bien distintas causas, por la actualidad teatral madrileña. Y al consagrar, lo mismo a los que des aparecieron de este mundo que a los que aún, felizmente, se hallan produciendo, el homenaje de nuestro recuerdo y nuestra admiración, siempre dominó en nosotros, sobre todo otro sentimiento, el de la gratitud hacia esos ilustres mantenedores y enaltecedores de la zarzuela española.

¿Cómo, pues, no estar unidos espiritualmente al acto, simpático y brillante, celebrado en honor y en memoria del inolvidable Gaztambide, a quien pudiéramos, con justicia, llamar «padre» de nuestra típica e inconfundible zarzuela? La Asociación de Compositores, que tantas y tan distintas pruebas viene dando de su vitalidad, tuvo el buen acuerdo de organizar una función de homenaje al autor de *El Juramento*; función que era como el pago de una deuda de los músicos españoles para quien supo, a mediados del pasado siglo, dar vida a un género de características completamente definidas y de méritos unánimemente reconocidos.

Gaztambide, el compositor navarro de las partituras inspiradas y elegantes, siempre sencillas y nunca «rebuscadas», puso, con el estreno de su obra en dos actos, *La mensajera*, el día de Nochebuena de 1849, uno de los más importantes pilares sobre los que más tarde se asentó el edificio de nuestro genuino género lírico. *La mensajera*, su primera obra, le acreditó como músico de gran porvenir, y la *Moscoso*, González y Francisco Salas, afortunados intérpretes de la obra, fueron los primeros que le alentaron para que acometiese una obra reservada a un hombre de sus condiciones. Así fué que dos años más tarde reunió Gaztambide a cuantos consideró que podían ayudarle en su empresa, y comenzó, con la colaboración de ellos, una temporada en el teatro Circo. Y al frente de este teatro continuó hasta que en 1856 se inauguró el de la Zarzuela, propiedad de Salas y de Gaztambide. La labor que durante diez y ocho años seguidos hizo el ilustre maestro, siendo empresario y director de orquesta, estrenando obras suyas y poniendo las ajenas y formando una Sociedad de conciertos, fué extraordinaria. Eran necesarios los entusiasmos y las energías del compositor tudelano para resistir y triunfar durante tanto tiempo, en contacto directo con el público. Su nombre llegó a ser popularísimo, y las partituras de *Catalina* y *Una vieja*, de *El juramento* y *Las hijas de Eva*, de *Los magiares* y *El sargento Federico*, eran familiares a todo el mundo y han llegado hasta nuestra generación con la lozanía que tiene todo lo espontáneo, cuando, desde luego, vale.

Resultó el espectáculo muy interesante. Carlota Sanford y otros notables artistas interpretaron *Una vieja*; Inigo y numerosos coristas cantaron el coro de la murmuración de *El juramento*; la Sociedad «La Farándula» representó *El amor en el teatro*, de los señores Alvarez Quintero; la agrupación «Ruperto Chapí» hizo *Molinós de viento*; la primera actriz Gloria Torrea leyó varias composiciones, entre ellas una muy delicada de los hermanos Quintero, y la banda municipal dió un concierto de música española. Villa, al frente de la banda, y Bretón y Luna dirigiendo el resto del programa, compartieron con los intérpretes los calurosos aplausos del público.

De la zarzuela española a la opereta vienesa, o sea, del Español al Ideal Rosales; del Corral de la Pacheca al Palacio de *La Princesa de la Czarda*... que éste es el título de la ya famosa obra de Kalman, que está recorriendo en triunfo los escenarios de Europa.

¿Ha tenido aquí la misma suerte? La misma, no; lo cual no quiere decir que no haya gustado. Los tres actos fueron aplaudidos; el libro entretuvo, la música pareció toda

ella agradable, pero no entusiasmó. Y, sin embargo, *La Princesa de la Czarda* es mucha más obra que varias operetas que han dado dinero en Madrid. Lo que ocurre es que hace año y medio con una revista el Ideal Rosales fué inaugurado en la que el libro y la música eran cosas secundarias; el atractivo estaba en la presentación fastuosa y en los desfiles de mujeres guapas y ligeritas de ropa. El género que se siguió cultivando esta primavera fué el mismo. ¡Oh, *la Revue!* y *Pajaros de oro* no fueron sino continuaciones de ¡*Chofer... a Rosales!* Y el público, acostumbrado a esta clase de obras, no va a Rosales a apreciar bellezas de composición e instrumentación como las que Kalman ha prodigado en su partitura, ni frivolidades de lenguaje y rasgos de ingenio como los que se adivinan al través de la traducción castellana de la obra.

La Princesa de la Czarda es, como advierte un ilustre crítico, una opereta a palo seco, con su acción sentimental encomendada a la pareja cantante, y su parte ingenua y movida a cargo de la tiple y el tenor cómicos o la tiple cómica y el caricato. Es una opereta de cuarteto, en la que los demás personajes, siempre muchos, son elementos secundarios. Y todo ello, entre dúos, duettos, cuartetos y concertantes, sobre los que domina, en todo instante, la línea melódica de un vals embriagador.

En *La Princesa de la Czarda*, cuyo éxito—justo es reconocerlo—se va acrecentando por días, hemos tenido ocasión de admirar el arte, la belleza y la elegancia de una primera tiple, que ya sabe reinar en este género. La señorita Pinedo—voz, gracia, distinción y lujo,—forma con la Hidalgo y la Lahera el trío que impera en la opereta en España. Con ella, como tiple cómica, sabe distinguirse la gentil Mary Isaura, de gran agilidad de voz; y de ellos el barítono Santos, tan buen cantante como siempre, y Ballester, concienzudo actor y director.

En Apolo celebró su beneficio Elisa Moreu, consagrada como excelentísima actriz de carácter, digna continuadora de aquella doña Pilar Vidal que fué, hasta que ella quiso, insustituible. La Moreu, sobrina de la Vidal, a fuerza de estudio, ha conseguido formarse una verdadera personalidad y ha logrado tener mucho público. Así, el teatro de la calle de Alcalá se vió la otra noche lleno, sin más novedades que las reposiciones de *La Revoltosa* y *El nuevo servidor*, y la representación de *El Otebo del barrio*. La beneficiada fué muy aplaudida y su cuarto se llenó de regalos.

Para mañana se anuncia el estreno del sainete de Arniches, *Mariquita la Pispajo o no hay bien como la alegría*, en Novedades. Se representará solamente mañana, por ser el beneficio de María Lacalle. Pasado mañana se terminará la temporada, y en septiembre se reanudará con *Mariquita* en todo su apogeo. Arniches merece esas consideraciones de cualquier empresa; tanto más de la de Novedades, que con el sainete del famoso autor tiene asegurados los llenos hasta Nochebuena, por lo menos. Porque lo que nadie pone en duda es el éxito que la obra alcanzará mañana.

El Circo de Parish cerró el domingo sus puertas. Se fueron los equilibristas, los prestidigitadores, los excéntricos, los clowns. Se acabaron muchas emociones y muchas risas. Los efectos de ilusionismo de Carmo han sido los últimos resplandores del brillante y divertido espectáculo que M. Leonard nos brinda todos los años en primavera. Ahora, los artistas del Circo irán con el heredero de M. William Parish a varias poblaciones españolas, difundiendo sus muecas, sus contorsiones y sus sorpresas.

La ventura le ayude. Nosotros, un poco cabizbajos, temeríamos por nuestro tedio en el verano que se avecina, si no existiesen, además de *La Princesa de la Czarda*, unas alegres artistas de variedades—ahora Merceditas Serós—en la terraza del teatro del Centro, y el anuncio de unos buenos conciertos en el Retiro por la Orquesta Sinfónica que dirige el maestro Arbós.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

El homenaje a Chapí.—Una deuda de gratitud de los autores españoles.—La obra del maestro.—¿Bretón a América?—Una fiesta en el Real.—El retablo universitario «Decíamos ayer...».—Beneficio de la Haro en el Victoria.—«Pájaros de oro» en Rosales

Madrid 21 de junio de 1921.

La Sociedad de Autores ha pagado la deuda de gratitud que tenía contraída con el maestro Chapí. Anteayer se inauguró el monumento por ella costeado, y allí vimos, ante la estatua que Julio Antonio modeló, a todo el Madrid teatral, que no sabe olvidar—¿cómo olvidarle?—al gran compositor levantino. Como si el tiempo no fuese nada, ni tuviese valor alguno, se encontraron allí congregados por la magia del nombre ilustre de Chapí, todos sus íntimos, sus incondicionales, sus admiradores: músicos, autores, típles, actores, periodistas... Muchos no se veían desde los inolvidables días del estreno de *Margarita la Tornera*, en el Real, cuando acudían a aclamar al maestro; y al volverse a ver ahora, como quienes acuden puntualmente a una cita, solo sabían hablar de la pérdida que para el arte nacional supuso la prematura muerte de quien, habiendo logrado puesto preeminente entre los primeros músicos españoles, se hallaba, cuando le sorprendió la muerte, en el apogeo de sus facultades creadoras.

Chapí—inspiración y fuego, emoción y gracia, cultura y dominio de la técnica,—alcanzó los triunfos más resonantes en una época en que tan bellas partituras se producían; espíritu fuerte, curtido en la lucha, no conoció el desaliento; artista honrado, siempre trabajó poniendo en su labor toda su alma.

Y ahí está su obra, que perdurará como el mejor monumento a su memoria. ¿Para qué citar los títulos de sus producciones, si están en el recuerdo de todos; si se hacen a diario en todos los teatros de España y América; si cautivan y emocionan como el primer día a todos los públicos?

Cuando el pueblo de Madrid aplaudía el domingo con entusiasmo la *Fantasia morisca*, y cuando Muñoz Seca elogiaba con acierto la labor del gran compositor, dos ideas dominaban sobre la emoción de los presentes: «la música de este hombre vivirá siempre; la Sociedad de Autores ha sabido acordarse de quien la creó, y los autores han demostrado su gratitud a quien los liberó.» Y al llegar a este punto, quién más, quién menos, se acordaba también de Sinesio Delgado, en plena producción aún, que algunas fatigas pasó, en unión de don Ruperto, para fundar esta Sociedad de nuestras eternas discusiones.

Ha sido ésta la semana de los compositores españoles. Ayer fué aniversario de la muerte de Chueca, cuya música, alegre y madrileñísima, va unida a la entraña de nuestro pueblo. Y anoche y hoy nos llegan dos noticias relacionadas con otro compositor ilustre—Tomás Bretón,—que nos mueven, con ser muy distintas, a una misma reflexión. El gobierno francés ha reconocido los grandes méritos de Bretón, nombrándole oficial de la Legión de Honor; y Tomás Borrás nos enteró de los propósitos del autor de *La Dolores*, de marchar a América, por ver si allí consigue lo que aquí no logra. ¿No es esto triste? ¿No es lamentable que, cuando aquí se hace el vacío, o poco menos, en torno de quien puede ser considerado como una legítima gloria patria, sea el extranjero quien le honre, y sea en el extranjero en donde piense el español ilustre hallar recompensa a una vida consagrada al arte y al trabajo? No quiero ser pesimista; no quiero creer que al llamamiento de Borrás no vayan a acudir autores conocidos, de influencia en las empresas y en los artistas; porque si eso sucediera; si Bretón tuviese al fin que embarcar para América, habíamos de sentir sonrojo todos los que del teatro o para el teatro vivimos en España.

Y pasemos a otros asuntos. La novedad más interesante de la semana fué el estreno de una obra, que no se ha representado hasta ahora más que una sola vez, y que, no obstante, obtuvo un éxito clamoroso. Fácilmente se adivinará que me refiero al «retablo universitario» *Decíamos ayer...*, que don Víctor Espinós escribió para la función, en el Real, a beneficio de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos. Si la obra hubiese sido estrenada en un teatro cualquiera, y en una temporada normal, muchas representaciones, a buen segu-

ro, alcanzaría. Compuesta para una fiesta especial, e interpretada por aristocráticos aficionados, no podía lograr más de lo que consiguió: el máximo de éxito, evidenciado por un público numerosísimo, al que presidían los Reyes y los Infantes.

Víctor Espinós—periodista brillante, notable poeta, crítico musical competentísimo, conferenciante de primera línea, constante defensor de la Religión, de la Patria y del Rey,—no había acometido hasta el año pasado empresa teatral alguna. Entonces hizo un precioso cuadro, *Antaño o Un Corpus viejo en Madrid*, que acreditó sus aptitudes dramáticas. En ésta su segunda obra, el esfuerzo ha sido más considerable. *Decíamos ayer...* es algo más que una evocación de la España de Carlos I y de la vida de nuestras Universidades famosas; es una advertencia y una enseñanza a las juventudes de hoy; y es—este aspecto nos interesa particularmente,—una acertadísima realización escénica de todas las nobles ideas que el autor ha querido ofrecernos. La Universidad de Alcalá, a principios del siglo XVI, cuando cursaban en ella sus estudios hasta siete mil escolares, recibe y agasaja al Rey de Francia Francisco I, prisionero en Pavía por nuestro Soberano y conducido a Madrid con toda clase de honores. Y al rendir este homenaje al Monarca francés, los estudiantes rinden otro, ¿cómo no?, a las nobles damas que regresan de Guadalajara a la Corte, a caballo, después de haber asistido a la fiesta organizada por el duque del Infantado en honor del Rey don Francisco. El episodio no es sino el pretexto para que ante nuestros ojos desfilen tipos, costumbres, escenas de aquellos lugares y de aquella época, y para que la cultura literaria y la inspiración poética de Víctor Espinós se pongan ampliamente de manifiesto. La obra, dados los artistas que en su presentación escénica intervinieron, fué lujosa y minuciosamente atendida. El decorado, de Martínez Garf, muy bien hecho, y los trajes, de admirable propiedad. La interpretación tuvo el gran atractivo de que las principales figuras femeninas corrieron a cargo de las señoritas de Infantado, Cedillo, Valdeiglesias, Ribera, Carvajal y Colón, Heredia Spínola, Castillo, Luca de Tena y otras bellas jóvenes aristocráticas. De los actores se distinguieron los señores Morán, Fresno, Arco, Calvo Sotelo y otros. Una hija de Espinós estuvo deliciosamente encantadora en un parlamento.

El autor del retablo universitario tuvo la doble satisfacción de verse favorecido por el caluroso aplauso del auditorio, y de proporcionar a los Reyes, al final de la obra, una ovación. También fueron aplaudidas unas bonitas seguidillas del maestro Pérez Casas—que dirigía la Orquesta Filarmónica,—cantadas con buen gusto y agradable voz por la señorita María Schmidt.

De otros teatros, el Reina Victoria y el Ideal Rosales nos sirvieron nuevos manjares. En el primero celebró su beneficio Rafaelita Haro, con *Los pájaros* y con el estreno de un diálogo de Linares Rivas, titulado *Lo que quiero yo*. La obra es un propósito, en cuyo diálogo brilla el ingenio de quien lo hizo; en ella infercaló la beneficiada un par de canciones, que dijo con picardía. La Haro fué muy aplaudida; en realidad, es de lo mejorcito que tenemos en España, en típles cómicas.

El nuevo manjar del Ideal Rosales se llama *Pájaros de oro*. Es una revista hecha con arreglo a los mismos procedimientos que las anteriores. Como no tiene unidad, unos cuadros gustan mucho, y otros no. Los hay trasplantados—con autorización, naturalmente,—de revistas extranjeras, y los hay de ignorada fabricación española, que muchas veces no se avienen con el corte de los otros. De todos modos, *Pájaros de oro* consiguió buen éxito, y la *Mado Minty*, y Ramper, fueron especialmente aplaudidos.

La empresa del Buen Retiro ya anuncia su próxima campaña. El terrible verano la impone. ¡Todo sea por el calor!

G. FERNANDEZ SHAW

22-VII-21

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Mientras llega «La Dogaresa».—La labor teatral del año.—Un resumen por teatros.—Campañas y obras. Las compañías extranjeras y las producciones nacionales.—Una obra importante.—Lo que puede representar.

Madrid 19 de julio de 1921.

Aplazado el estreno de *La Dogaresa*, y funcionando, en los teatros abiertos, compañías que han comenzado recientemente a actuar, y que en los últimos días nada nuevo han ofrecido, podemos considerar como definitivamente terminada la temporada teatral madrileña 1920-21. Oportuno será, por tanto, hacer un breve resumen de la labor efectuada durante diez meses por autores y actores en la capital de España. Y para que la labor sea más clara y ordenada, iremos haciendo el examen por teatros.

Real.—Comenzó la temporada el 2 de diciembre, con *Madame Butterfly*, cantada por la Storchio. Notas salientes de la temporada lírica fueron: la interpretación de la tetralogía wagneriana y de *Lohengrin*, por el cuadro de artistas alemanes, a cuya cabeza figuraba el tenor Kirchoff; la aparición del tenor Lauri Volpi, como un nuevo Gayarre, y los éxitos de la Barrientos y la Gagliardi. También ha habido la temporada de *Bailes rusos*, con el estreno de *El sombrero de tres picos*, de Falla; los conciertos de la Sinfónica; los de la Filarmónica, dirigida por el maestro holandés Mengelberg; el estreno de *Declamamos ayer*, y la reposición del retablo eucarístico *Antaño*.

Princesa.—Dos importantes campañas hubo; la de Morano y la de Camila Quiroga. Morano empezó con la reposición de *Amor y ciencia*, hizo *Don Juan Tenorio*, *La tizona*, *Señora ama* y otras obras de repertorio, y estrenó *El caso de los demonios*, de don Ceferino R. Avelilla; *La casa cercada*, de Frondail, que fué un gran triunfo; *El oculto tormento*, de gran intensidad dramática, y alguna otra. Fué una buena temporada, seria y artística. En enero se presentó la compañía argentina de la Quiroga. El interés por el teatro argentino fué creciendo a medida que avanzaban las representaciones, y las últimas fueron con llenos rebosantes. Florencio Sánchez—su teatro, mejor dicho,—constituyó la nota saliente, y *Barranca abajo* y *En familia* fueron unánimemente admiradas. También Martínez Cuitiño, con *La fuerza ciega* y otras producciones, demostró grandes aptitudes de autor. Camila Quiroga fué reconocida como gran actriz, y toda la compañía pareció excelente. Aparte de esto, la Princesa ha presenciado una representa-

ción de teatro alemán, muchas funciones benéficas por aficionados, y un intento descabellado de campaña por el autor desconocido de una obra, que era un ciempiés.

Español.—Ha tenido tres temporadas: la de Benavente-Calvo, la de Miguel Muñoz y la de los noveles. Benavente presentó su compañía con *Don Alvaro*, siguió con los *Tenorios*, «reprise» *La cenicienta* y otras obras, y dió a conocer *El antepasado*, de Aubal; *Las dos sendas*, del señor Marsillach; *La leyenda del tigre*, del señor De Pedro, y *La dñaza de la cautiva*, de Marquina; y Mackinley. La cuidadosa presentación de las obras fué sobresaliente. En enero comenzaron las huestes de Matilde Moreno y Miguel Muñoz, y obtuvieron los éxitos de *La tierra*, de Pinillos, y *Entre nieblas*, del dramaturgo valenciano Martí Orberá. Y tras una breve aparición de la compañía Quiroga, que estrenó algunas obras, ya de menos importancia que las anteriores, vino la compañía de los autores noveles, en la que tantos tropiezos hubo, pero en la que se destacaron: *Padres*, de López Merino; *Lo que tenemos cerca*, de Castellón; *Las alas de la hormiga* y *El perro de San Roque*.

Centro.—Borrás y la compañía Alba-Bonafé se repartieron los aplausos. Borrás empezó con *El abuelo*, y, aparte de su repertorio, representó *Pedro Fierro*, drama con que se reveló el señor López Merino, y que mereció unánimes alabanzas de público y crítica; *La cartera del muerto*, de Muñoz Seca, muy dramática y de dinero, y *Como el humo*, de Pinillos. La Alba y Bonafé tuvieron durante el mes de enero el teatro lleno, solo con obras de repertorio; estrenaron luego *El ilustrado prócer*, de Asenjo y Torres del Alamo, que duró mucho en el cartel; siguieron otros de menos interés, y a fines de abril, *Ramo de locura*, de los Quintero, con un gran éxito y con un final muy discutido. Cuando terminaban la temporada, *Los salvajes*, de Ghiraldo, les proporcionó otro triunfo considerable.

Comedia.—Todo el principio de la temporada fué desdichado. Después de *Los misterios de Laguardia*, de Muñoz Seca, se fué enfriando el teatro, y ni *San Pérez*, ni *La gorriona*, ni otro intento, lograron reanimar la sala, hasta que, al fin, llegó Paso con *Tío de mi vida*, y aquello varió. Después, *Mi salvador*, de Paradás y Jiménez, mantuvo el fuego sa-

grado hasta junio. Ahora actúa en la Comedia la compañía lírica que estrenó en Rosales *La princesa de la Czarda*. No le va mal. La *tournee* Sara Bernhardt fué un acontecimiento.

Estava.—Antes de la temporada oficial de Martínez Sierra, actuó la de Sassone con María Palou, que estrenó *Los nuevos pobres*, traducción de Donnay; *La noche en el alma*, de Sassone, con gran éxito, y *La última flecha*, de Hernández Catá. Martínez Sierra empezó en noviembre con *Pigmalión*, de Bernard Shaw, que constituyó un éxito grande para Catalina Bárcena. En Pascuas conocimos *No te ofendas*, *Beatriz*, de Abaty Arniches que fué la obra de la temporada, y después, *El Carnaval de Puck y de Plock*, *La maña de la mañica*—nueva creación de la Bárcena,—y *La chica del gato*, que dió a Arniches honra y provecho. También fué un éxito la breve temporada que hizo Carmencita Oliver Cobaña, en cuyo brillante presente y porvenir cree desde entonces nuestro público.

Lara.—Comenzó con la tragedia rústica, de Linares Rivas, *Cristobalón*, que no fué todo lo que se esperaba. Tuvo en otros estrenos—*El segundo marido*, entre ellos,—varia suerte, y alcanzó el éxito de *Pasionera*, de los Quintero, al principiar el año. Después, en toda la temporada, solo dió a conocer *El puesto de antiquités de Baldomero Pagés*, de García Alvaréz y Luque, que fué un éxito de risa, y *Así es la vida*, de Linares Rivas, que logró entusiasta aceptación.

Infanta Isabel.—Brillante ha sido, al menos para Arturo Serrano, la temporada. *Mi único amor*, de don Sinesio Delgado; *Alfonso XII*, 13, de Fernández del Villar; *Así predicaba Diego*, de Pablo Parellada; *Su alteza se casa*, de Delgado y música de Luna; *Amor es vida*, de Torres y Asenjo; *Las superhembras*, traducción de Sárdou; *El Doctor Fraile Calzado*, de Parellada, y otras menos importantes, fueron las velas que desplegó al viento la nave de Serrano, y que le condujeron a seguro puerto. Para final tuvimos una breve y feliz aparición de Amalia Isaura, con los suyos.

Apolo.—Hasta *El parque de Sevilla*, nada estrenó. La obra de Muñoz Seca y Pérez Fernández, que luego, en Sevilla, dió que hablar, fué en Apolo de resultado. Luego, la opereta *La amazona del antifaz*, traducida por el señor Lepina, probó que en ese teatro también pueden gustar las operetas. De obras en un acto se estrenaron después *La hora del reparto*, *El querer quita el sentido*, *Las pesetas del diablo* y *El Otelito del barrio*. En la fiesta del Sainete y en la del Sindicato de periodistas hubo asimismo novedades. La compañía de bailes suecos nos enseñó algunas de sus creaciones, y no se atrevió a enseñarnos las demás.

Zarzuela.—En el otoño hizo Esperanza Iris su segunda temporada, de la que fueron principales acontecimientos los estrenos de *Nancy* y de *Fi Fi*. Ambas gustaron mucho; acaso más la primera. Luego ha habido compañía de bailes vieneses, que no fué apreciada en todo su valor; funciones de *varietés*, y una temporada de ópera italiana, en la que el maestro Tolosa demostró lo mucho que vale.

Reina Victoria.—Ha llenado la temporada con *El príncipe Carnaval*. También estrenó *Los papiros*, de los Quintero y Luna, y *Los claveles rojos*, adaptación francesa. *El príncipe*, que ha sido para Cadenas y Pepe Serrano un verdadero filón, seguirá reinando el año que viene.

Cervantes.—Empezó con García siguió en enero con el estreno de *Las delicias de Capua*; tuvo en marzo la actuación del famoso barítono Carbonell, y estrenó luego *¡Señoras, a sindicarse!*, *No te cases, que peligras*, *El beso de la zahorí*, *La seranilla* y algunas más.

Cómico.—La compañía Prado-Chicote hizo breve actuación. *Mi primo Fernando*, de Lepina; *Colilla IV*, de Ramos Martínez y Guerrero; *Modistillas y perdigones*, de Luis de Vargas, y *La Peña de los cien*, de Torres y Asenjo, fueron los exóticos principales. La compañía de Portes ha funcionado después, siendo *El concejal* la mejor obra—y la de más éxito—estrenada.

Rosales, después del *¡Chausseur a Rosales!*, que fué un gran éxito, hizo una segunda temporada, peor, con *¡Oh la Revue!* y *Pájaros de*

oro. Estrenó recientemente *La princesa de la Czarda*, y ahora tiene una compañía de *varietés* que hace *El alma de Trini*, de Montesinos. Novedades siguió cultivando con gran fortuna su género popular, y últimamente se estrenó un sainete de Arniches. Martín continuó entregado a las obras *subidas de color*, entre las cuales triunfaron *La caída de la tarde*, y *La conquista de Pardillo*. La Latina tuvo una compañía de verso, y en primavera otra de género chico, que aún sigue. El Coliseo Imperial tuvo el gran hallazgo de *La república de la broma*, con varios centenares de representaciones, y en Olympia, hizo Manrique Gil buena temporada.

Tal fué la labor. Otro día examinaremos lo que representa.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El estreno de «La Dogaresa».—Un éxito y unas reflexiones.—La compañía de los buenos cantantes.—¿Por qué no de los buenos conjuntos?—El maestro Millán y su última campaña.—En la Latina: «Chirlata nacional». Otros teatros.

Madrid 26 julio.

Poco vale la vida teatral entre las preocupaciones que embargan los ánimos en estos días; pero como la actividad de los espectáculos no se ha interrumpido, ni podía interrumpirse—nada hay que deprima tanto el espíritu como la asociación de las funciones teatrales, suspendiéndose, a las inquietudes o penas colectivas,—forzoso es para el cronista relatar y comentar lo ocurrido por los escenarios madrileños durante la última agitada y emocionante semana.

Se estrenó, según anunciamos, *La Dogaresa*. Vaya por delante que la obra, que es muy bonita, consiguió un gran éxito. Y antes de pasar a hablar de ella con detalle, vamos a dejarnos llevar por unas reflexiones previas.

¿Están satisfechos los señores López Moñis y maestro Millán, del resultado obtenido ahora? ¿No creen que si tuvieron un indudable acierto al hacer la obra, tuvieron la equivocación de ser débiles, accediendo a que *La Dogaresa* se estrenara en una temporada de verano? Yo creo, sinceramente, que si la obra se estrena en un teatro importante y en el otoño, el invierno o la primavera, su resultado hubiese sido mucho mejor. Dícese que Ramón Peña va a representar este año *La Dogaresa* en Cervantes. ¿Por qué no haber esperado? Seguramente, por el deseo de que la cantara Sagi Barba; pero, por culpa de este deseo naturalísimo, han puesto en peligro la vida larga de una obra que en Barcelona ha llevado más de cien representaciones.

Con *La Dogaresa* ha ocurrido lo que con *La Princesa de la Czarda*: son los dos éxitos mayores de la pasada temporada teatral de Barcelona; y ambas, que han tenido en Madrid favorabilísima aceptación, dan la sensación de haber sido malogradas un poco por su modo de nacer, a pesar de que las empresas—justo es reconocerlo—han puesto en cantantes y en presentación todo lo mejor. Y es la época—este verano en el que Madrid no da importancia a cuanto se estrena—la principal culpable de esas desfloreaciones.

Y lo que piensen los autores, seguramente lo comparten los cantantes. Son éstos los más prestigiosos entre los que cultivan la zarzuela española; sus nombres son firmes garantías de éxito para autores y empresas; sus admiradores se cuentan por millares. ¿Están luciendo todo lo que debieran? ¿A que ellos mismos dicen que no? Cantan ante un auditorio menos aficionado que el que puebla los teatros en la temporada oficial; ante un público que, por estar al aire libre, se distrae con mucha facilidad, y

que está a merced de ruidos que lleguen del exterior, de ráfagas de viento más o menos molestas, de sensaciones de humedad más o menos desagradables. Y en estas condiciones—aun teniendo en cuenta que el teatro reuna todas las ventajas que puede tener un coliseo de verano,—las facultades de los cantantes y los matices de sus voces no pueden ser apreciados en todo su justo valor. A algunos de ellos, que gozan en Madrid del mismo prestigio que en el resto de España, nada les afecta eso; pero a otros, cuya bien ganada reputación en Barcelona, convenía la confirmación del público madrileño, ha podido perjudicarles, por su época de presentación, el debut de ahora. Me refiero, en este caso, a la admirable primera tiple Tana Lloró y al gran baritono Federico Caballé, que, siendo figuras de primera magnitud en zarzuela, no han sido aún considerados como tales por este público, que hasta los desconocía. Si, como parece, se quedan entre nosotros, tiempo tendrán de encontrar los mismos entusiastas partidarios con que cuentan en la capital catalana. Para los demás artistas, el caso es diferente: Luisa Vela, Sagi-Barba, Gorgé y el mismo Arturo de Castro—no se nos olvida su triunfal debut en Eslava, con *Frivolina*—tienen aquí fama justísima, que se traduce en ovaciones, lo mismo en el Retiro que en otros teatros.

Ahora bien: lo que autores y artistas hayan podido perder, lo ha ganado, con creces, el público madrileño, que se encuentra ante una compañía lírica integrada por elementos magníficos, como no tiene costumbre de ver reunidos, y ante una obra de méritos considerables, en la que se advierte que sus autores, al confeccionarla, pusieron en ella todos sus cariños. Este es un sacrificio y un esfuerzo que todos debemos agradecer.

La Dogaresa, como puede deducirse por su título, es una zarzuela de ambiente veneciano, en la que el libretista se ha preocupado de dar situaciones de lucimiento al compositor. Es una fábula delicada, con su trama sentimental y su parte cómica. La música es toda muy bonita; crítico ha habido que ha señalado su falta de unidad y de compenetración con el ambiente; no sé si tendrá razón, pero lo indudable es que todos los números se oyen con gusto, y que, entre ellos, se destacan dos de positiva inspiración: un *racconto* que canta Sagi-Barba y un número cómico, en el que lleva la parte principal la tiple cómica Amparo Saus, que viste bien, es graciosa y canta con gusto. La mayoría de los números

—son muchos—fueron aplaudidos, y varios de ellos repetidos. El maestro Millán, que dirigía la orquesta, tuvo una buena noche.

Millán es uno de los compositores españoles más discutidos; eso ya prueba su mérito. Hay quien le niega personalidad, y hay quien le estima como uno de nuestros músicos de más porvenir. En realidad, Rafael Millán, muy joven aún, ha conseguido en buena lid lo que muchos logran en la plenitud de su vida. Su primer triunfo con *El Príncipe bohemio* fué una revelación; después, *Las alegres chicas de Berlín*, *El triunfo de Arlequín*, *Blanco y Negro*, *La Dogaresa* y *El pájaro azul*, han marcado los principales momentos de su carrera. La campaña que ha hecho el año pasado en Barcelona ha sido lucidísima por todos conceptos, y la popularidad alcanzada ha corrido parejas con el dinero ganado. De desear es que Millán no se vea precisado en la próxima temporada a abandonar Madrid, y pueda hacer aquí lo propio que en Barcelona hizo.

En las demás obras representadas por la compañía del Refiro, el éxito ha acompañado a las interpretaciones, siendo lástima que, por efecto, sin duda, del cuidado que se pone en escoger las primeras figuras, se desatiendan un tanto los conjuntos y aun se permita a algunos artistas introducir a capricho modificaciones en los libros, y no sé si en las partituras; lo cual

puede ser tolerable, pero no plausible.

De otros teatros, la Latina nos ofreció el estreno de una revista en un acto, titulada *Chirlala nacional*. En honor de la verdad, la chirlala no fué del agrado total del «respetable», a quien se le frunció el ceño desde el principio, sin que valieran de nada algunas escenas ingeniosas y varios números no exentos de originalidad y animación. Ahora se prepara en el mismo teatro el beneficio de la señora Berri, con el estreno de una obra, original el libro de los señores Aracil y Palacio Valdés, y la música del maestro Muguerza. El estreno ha despertado interés, por tratarse de una producción de Palacio Valdés, el simpático secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, que tan popular es en todos los centros periodísticos, políticos y teatrales.

Fuera de esto, no hay sino que *La Princesa de la Czarda* continúa haciéndose en la Comedia; que el Ideal Rosales, el Club Parisiana y la terraza del teatro del Centro siguen cultivando las varietés, y que la gente que no quiere gastar dinero, o pasea por la verbena de Santiago o intenta tomar el fresco en la Castellana, en Recoletos o en el Paseo de Rosales. Y eso es todo. Talía, poco amiga del calor, gusta más de las playas que de nuestras tierras, caldeadas por un sol de justicia.

G. FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

El teatro en las actuales circunstancias.—Unas reflexiones sobre la temporada última.—El silencio de Benavente.—La producción de las primeras figuras.—Compositores de prestigio y músicos jóvenes.—Artistas nuevos para Madrid

Madrid 2 de agosto

Plácidamente, sin emociones grandes ni chicas, va transcurriendo la vida teatral madrileña. Parece como si el teatro hubiese comprendido que ahora—en que tantas preocupaciones de otro género pesan sobre el país,—le correspondía a él un lugar perfectamente secundario. Cumple su misión—; ya lo creol,—procurando distraer y apartar de los pensamientos, aunque solo sea momentáneamente, inquietudes y cavilaciones. y solo eso la hace ya insustituible; pero las novedades que ofrecen son, como de verano, ligeras, y como las circunstancias exigen, de importancia relativa. Después de *La Dogaresa*, no ha habido más cosa consistente que un estreno en *La Latina*, y no habrá ya nada hasta el de la nueva opereta de Perrín y Barrera en la Comedia. Lo demás, apenas si vale la pena de llamarle novedad.

Podemos, pues, aprovechar este paréntesis obligado para detenernos a examinar algo de que hablamos recientemente como consecuencia del resumen de la temporada 1920-1921. Vimos el otro día—recordando la labor realizada por cada teatro de Madrid, y quedamos en estudiar lo que la campaña total ha representado, y en anotar varias observaciones que fácilmente se deducen del resumen aquél.

¿Significación de la temporada? A pesar de sensibles ausencias, una sensación, si no de avance, de mantener las posiciones conquistadas, en el llamado género de verso; un estancamiento, con contadas excepciones, en el género lírico—ópera, zarzuela y opereta,—un continuado desarrollo de las *varietés*... y el *cine* en todo su esplendor. Esa es la verdad. De lo cual se deducen dos cosas: que los autores españoles de buen darse cuenta de los peligros que para ellos supone la afición, cada vez mayor, del público por las películas, y que los autores *de verso* y los libretistas pueden escoger como ejemplos de actividad, con las proporciones naturales, a los autores de *couplets*; cuya fecundidad les hace ser hoy verdaderos reyes del trimestre—que ahora ya no puede llamarse así, por cobrar todo el mundo mensualmente.—Se dirá que no es lo mismo hacer un *couplet* que un drama. Conformes; pero lo que hace falta es que los dramaturgos escriban, aunque solo sea una obra al año; a ellos les iría mucho mejor y el público estaría más satisfecho. Y claro está que me refiero a los dramaturgos de prestigio.

Al llegar a este punto, ¿cómo no advertir la ausencia de estrenos de don Jacinto Benavente? No ha estado, que se sepa, enfermo, y, sin embargo, no ha ofrecido al público madrileño, que tanto le admira, ni la novedad de un entremés. ¿Por qué ese silencio? Se ha dicho por los círculos teatrales que Benavente estaba amargado por la actitud de la crítica y del público hacia él, durante la anterior temporada; esto no es verosímil, primero, porque don Jacinto está por encima de todas esas pequeñeces; segundo, porque sabe que el número de sus admiradores no ha decrecido ni un punto, y tercero, porque precisamente en la temporada aludida el público madrileño le otorgó su entusiasta aplauso merecidísimo en los estrenos de *La cenicienta*, ...Y va de cuento y *Una mujer*, entre otras.

Habiendo funcionado durante tres meses su compañía en el Español, y siendo sus obras recibidas en todos los teatros con el máximo de honores, como corresponde al ilustre autor, no tiene más explicación su silencio que un deseo muy legítimo de descansar, dándose un período de reposo, y de quitarse de las emociones que siempre lleva consigo todo estreno.

Pero ¿debemos los demás, como público, resignarnos? Si es un castigo por alguna falta cometida, bien está; mas si se trata solo de comodidad, no tiene derecho Benavente a dejarnos un año entero, hallándose él en la plenitud de su talento, sin nuevas muestras de su ingenio y de su arte.

Los demás autores españoles de primera línea han sabido mantener el prestigio de nuestro arte, enriqueciéndole con sus últimas producciones. Los señores Alvarez Quintero, infatigables en sus esfuerzos e inagotables en su talento, nos demostraron con *Los pápiros*, con *Pasionera* y con *Ramo de locura* que el ser maestros de maestros es perfectamente compatible con la lozanía

juvenil y con el derroche de ingenio de que está llena toda la producción quinteriana.

Linares Rivas concretó sus estrenos a Lara. *Cristobalón* resultó algo menos de lo que se esperaba; pero *Frente a la vida* mantuvo en todo lo alto el pabellón del prestigioso autor de *Cobardías*.

Martínez Sierra dedicó su actividad preferente a sus iniciativas de empresa, verdaderamente acertadas, y con una obra original y un par de traducciones nos probó que tiene tiempo para todo y para hacerlo siempre bien.

Arniches logró dos grandes triunfos; Marquina solo nos dió a conocer cosas de relativa importancia, pues que su éxito grande del año, *La extraña*, no ha sido en Madrid... todavía; Muñoz Seca aflojó un poco en la cantidad de su febril producción, pero aun así tuvo obras como *La cartera del muerto* y *El parque de Sevilla*, de gran resultado; Pinillos logró con *La tierra* parecidas ovaciones a las alcanzadas en *Esclavitud*; García Alvarez dió un nuevo golpe con *El puesto de Antiquités de Baldomero Pagés*; Torres y Asenjo pudieron sentirse satisfechos con *El ilustre prócer*, y otro tanto les ha podido pasar a Antonio Paso, con *Tío de mi vida*; a Fernández del Villar, con *Alfonso XII, 13*, y a Paradas y Jiménez, con *Mi Salvador*. Como valores nuevos, de positivo mérito, fueron reconocidos López Merino y Castellón.

De música, aparte del triunfo de Falla con *El sombrero de tres picos*, en los bailes rusos del Real, el éxito del año fué para Pepe Serrano. *El Príncipe Carnaval* ha sido un éxito de oro, y su partitura—popularizada como toda su música, porque sabe hacer vibrar el alma popular como ninguna—ha sido un nuevo timbre de gloria, del que puede ufanarse el gran compositor valenciano.

Vives ha seguido—¿cómo lo diríamos?—poco inclinado a la actividad. ¿Por qué, maestro Vives? La partitura de *El parque de Sevilla* no es nada para el autor de *Bohemios*; es preciso exigirle mucho más. Porque unos cuantos números bonitos en esa obra y unos deliciosos *pasacalles*, que le acreditan como pensador y literato, no es suficiente labor para un hombre de la capacidad y de la inspiración de Vives.

Luna, que ha sido otros años el que ha llevado el peso de toda la producción lírica, también se ha descuidado algo: *Los pápiros* y dos o tres obras más, inspiradas, pero sin gran relieve musical, han sido las heredadas de *La mecanógrafa*. Millán ha avanzado en *La Dogaresa*, y Alonso sigue haciéndonos esperar otra partitura, hermana de la de *Las corsarias*. El músico joven que ha dado un gran paso ha sido Jacinto Guerrero. De viola de Apolo, que era en la temporada anterior, ha llegado a ser autor de dos obras de éxito estrenadas en el mismo teatro y de otras, aplaudidísimas también, que han recibido su sanción en el Cómico, en Cervantes y en la Latina. Otro compositor de positivo porvenir han conocido los madrileños: Ernesto Rosillo. Su partitura de *La serranilla* prueba lo mucho que sabe y lo muy inspirado que es. Si quiere, y no pone en práctica la holgazanería, que parece ser patrimonio de los músicos que valen, llegará pronto a donde merece. Otros músicos, como Bataguer y Granados, que vienen asimismo *pegando*, no han estrenado aquí; pero como sus éxitos en Barcelona y Valencia son conocidos de todos, con ello han de contar libretistas y empresarios en la próxima temporada.

En cuanto a artistas, hemos conocido a algunos de positivo valor: Camila Quiroga, primera actriz muy completa; Carmencita Oliver Cobena, la Lloró, la Sans, Vedia, Martiñez, el barítono Caballé y otros han conquistado simpatías y han producido admiraciones sincérisimas, dejando un buenísimo recuerdo de sus nombres. Otros, como la Pinedo, la Clemente y Fresno, por ejemplo, han reaparecido transformados, convertidos, mejor dicho, en primeras figuras.

¿Quiénes, de todos ellos, seguirán en el año que viene? ¿Qué suerte deparará a Madrid todo el trasiego de artistas y de obras que a estas horas realizan empresas y representantes? ¡*Chi lo sa!* Lo que hace falta es que los cuadros artísticos estén bien ponderados, porque con ello ganarán las obras y el público.

Madrid teatral

Cerró la Latina y se acabó la temporada de los del Tivoli.—Un estreno en la Comedia.—Las obras que no conocemos en Madrid: «El rebaño», de López Martín; «Carmen», de Montaner, y «La extraña», de Marquina. La significación social de «El admirable Crichton»

Madrid 9 de agosto de 1921.

Cerró La Latina con el beneficio de García Ibáñez, y estando en pleno éxito *Noche de ronda*, la preciosa zarzuela de Palacio Valdés y Araoz, con música del maestro Muguertza. Es lástima que una obra de tantas cualidades para tener próspera vida se haya estrenado en un momento en que la temporada tenía ya contados sus días. Se trata de una zarzuela con un libro sano y bien construido, y con una partitura lozana y sencilla, de esas a que nos ha acostumbrado este compositor, que tiene como supremo distintivo la diaphanía. *Noche de ronda* encontrará, sin duda, su desquite en los teatros de provincias; lo merece por sí y por sus simpáticos autores.

Terminó también la temporada breve que en el Retiro ha hecho la compañía del Tivoli, de Barcelona. La última semana fué dedicada a obras del repertorio, y evidenció las singulares dotes del magnífico cuadro de cantantes reunido bajo la dirección del maestro Millán. Ya se ha anunciado que esta compañía actuará durante el próximo otoño en el teatro de la Zarzuela. Podrá hacer una provechosa campaña desde el punto de vista artístico y aun del económico, si se selecciona y cuida bien los estrenos y las repeticiones.

La Comedia es el único teatro que sigue funcionando. Los artistas de Tirso Escudero no le tienen miedo al calor, y como ya da poco juego *La princesa de la Czarda*, se preparan para estrenar mañana *Madame Chantilly*, una opereta en dos actos de don Guillermo Perrín, a la que ha puesto la música el maestro Barrera.

¡Y se acabó el teatro en Madrid! Lo cual no quiere decir que no haya habido este año varias e importantes se han estrenado que aún no conoce el público madrileño. Antes parecía imprescindible, para todo autor español que aspirase a una gran difusión de su obra, estrenarla en Madrid. Cuando el público de la Corte sancionaba con su entusiasta aplauso una zarzuela, una comedia o un drama, por seguro se tenía que encontrarla en el resto de España la misma acogida entusiasta; y, por un prejuicio ridículo, el éxito de una obra en una población que no fuera Madrid, no lo consideraba el autor como patente segura del triunfo en las demás partes. En realidad, nadie ignora que los públicos no son iguales en todos lados, y que hay unos más cultos y más inteligentes que otros; pero, ¿no nos ha enseñado la experiencia que el de Madrid, a juzgar por la vida de las obras posteriormente, se ha equivocado muchas veces en esos fallos entusiastas que parecían tener, en la noche del estreno, carácter definitivo?

Ahora, los autores gustan de estrenar sus obras en cualquier población española, con tal de que sea por una buena compañía y en buenas condiciones. Hay que reconocer que gran parte, en la desaparición de los antiguos Guerrero-Mendoza, dando a conocer las obras en aquella ciudad en que se encontraba actuando en el momento de dar por terminados los ensayos. Así, *En Flandas se ha puesto el sol*, y otros dramas de Marquina, se han conocido en otras capitales españolas antes que en Madrid.

Después, la lista de obras de gran éxito, estrenadas en provincias antes que en la Corte, es muy numerosa. *Molinos de viento* se estrenó en Sevilla; *¡Si yo fuera rey!*, en Valencia; *La Dogaresa*, en Barcelona. Y podrían citarse muchas más.

Durante el año último han llegado hasta nosotros noticias de distintas obras dadas a conocer, con gran éxito, por importantes compañías en los teatros de provincias: *El rebaño*, de López Martín; *Carmen*, adaptación de Montaner; *La extraña*, de Marquina; *El admirable Crichton*, arreglo de Martínez Sierra, y algunas más.

El rebaño ha sido estrenado por Borrás, en Burjós, con ocasión de las fiestas del centenario de aquella Catedral. La oportunidad del estreno fué evidente; es *El rebaño* un drama en el que palpita el alma castellana con sus nobles anhelos y con sus grandes aspiraciones. Obra re-

cia, con la raigambre de la clásica dramática española, estaba indicada para ser estrenada en el mismo día en que España, legítimamente representada, rendía homenaje a la memoria de Rodrigo de Vivar. El drama es intenso, y los versos que la esmaltan acreditan el estro del autor de *Blasco Ximeno*. Fernando López Martín, gran poeta, tiene un extraordinario nervio dramático y ha sabido adaptarse el espíritu de nuestro teatro del siglo de oro. No es aventurado predecir que Madrid ratificará la efusiva acogida que Burjós hizo a *El rebaño*, como tampoco cabe equivocación posible al profetizar que López Martín ha de alcanzar en la escena, si continúa por el camino emprendido, muchos éxitos rotundos.

Carmen ha sido representada por la compañía de la Xirgú, en Sevilla y en Extremadura. No ha hecho Montaner, el distinguido escritor extremeño que en Barcelona ha logrado un prestigio literario tan merecido, una adaptación del libro de la famosa ópera de Bizet, como a primera vista puede parecer. Montaner ha hecho algo tan difícil casi como una obra original. Se ha inspirado directamente en la novela de Mérimée, y de ella, sin preocuparse para nada del desarrollo de la ópera, ha sacado los elementos precisos para los episodios de su drama. Así, *Carmen*, tratada por un escritor español, ha resultado mucho más andaluza, «más mujer de verdad», más humana.

Solo con decir que *Carmen* ha sido estrenada por la Xirgú, se comprenderá la creación que esta admirable artista ha hecho de un tipo tan popular; pero no ha estado todo el interés en el personaje de la protagonista, ni aun en la acción de la obra; a ambas cosas se ha unido el alarde de presentación escénica hecho, reproduciendo toda una región en una época determinada. El aplauso por esto pertenece a *Dhoy*, el culto y hábil dibujante, que se ha pasado muchos días en Andalucía estudiando tipos y ha revuelto muchos libros y muchas láminas para poder dar una sensación exacta del medio ambiente en que se desarrolla la dramática trama.

La extraña es también obra de la compañía Xirgú, y, según cuentan quienes la han aplaudido en Sevilla, es lo mejor que ha hecho Eduardo Marquina en estos últimos años. Drama de trazos firmes y sobrios, plantea un conflicto de interés y de emoción. Margarita Xirgú llega, en algunos momentos, a alturas insospechadas, aun tratándose de ella.

En cuanto a *El admirable Crichton*, comedia inglesa de Barrie, traducida por Martínez Sierra y estrenada por la compañía de la Barcelona, en Barcelona, sorprendió al público por su originalidad y por la fuerza de su ironía, pero no pudo llegar a entusiasmarle porque esa misma ironía, tan punzante acaso como la de Bernard Shaw, es también tan sutil, que no alcanzó a la mayoría del público. La ironía es quizás lo que menos llega a las multitudes en el teatro. Así y todo, y aun por eso mismo, *El admirable Crichton* ha constituido un acontecimiento en Barcelona.

Por su fondo, solo apasionados elogios merece esta comedia. Crichton, el mayordomo Guillermo Crichton, proclama y encarna el precepto de que en el mundo habrá siempre uno que mande y otros que obedezcan. Y así, lo mismo de mayordomo de un lord, como humilde sirviente, que de jefe en una isla lejana, como soberano justo y prudente, no vincula la autoridad en el individuo, sino que la juzga por encima de todos ellos. Solo las circunstancias hacen al jefe, y por eso Crichton, cuando se ve obligado a abandonar su trono, lo hace sin esfuerzo, conservando su dignidad de hombre. Este personaje admirable convencido de que hoy, lo mismo que mañana, haya las revoluciones que quiera, habrá siempre quien mande, porque la autoridad ha de ser eternamente la misma, y, por encima de todo, existe en la Naturaleza la ley del orden. Autoridad, orden; hé aquí las dos grandes ideas que se ensalzan y se defienden en la obra de Barrie. ¿Le divirtió a la gente? A ratos, sí; pero hay que convenir en que los públicos de ahora quieren preocuparse y pensar lo

menos posible. Por eso el drama que les conmueven, o la obra cómica que les divierten, llevan siempre las de ganar.

¡Y ya lo creo que ganan! Por eso son más de estimar estos recreos espirituales que de cuando en cuando nos brinda Martínez Sierra.

G. FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

El estreno de «Los tíos primos».—Un sainete con música de Pepe Serrano.—La historia de un «couplet».—La Pinedo a Apolo.—La «Compañía Olympia» en el Retiro.—Un éxito muy merecido.—Madrid y Luisa Puchol.—La opereta «Una noche de baile».—¡Qué lástima!

Madrid 23 agosto de 1921.

Se estrenó en la Comedia el sainete *Los tíos primos*, de la razón social Alfonso Muñoz y Alfonso Lapena, con música de Serrano y Muguerza, y obtuvo un excelente éxito.

Hablemos del libro. Muñoz y Lapena han demostrado que, efectivamente, tienen condiciones para cultivar el teatro. Es laudable su modestia al no presentarse hasta ahora más que con un entremés, un boceto de comedia y un casi sainete, como llaman ellos a *Los tíos primos*; pero ya el público tiene derecho a conocer mayores empresas de quienes pruebas tan gallardas dan en pequeños ensayos. La obra de la comedia es, desde luego, un sainete, con tipos definidos y con ingenio en el diálogo. Transcurre la acción en un taller de modistas. La maestra, señá Engracia, y su marido, el señor Nemesio, tienen recogida a una sobrina, Conchita, guapa y juncal, a la que explotan de mala manera, haciéndola trabajar con exceso. Concha tiene por novio a un muchacho dependiente de una notaría, que no puede consentir lo que se hace con la chica, y, como no es tonto, se presenta a los tíos y les hace creer que Concha ha heredado varios millones. El, que es empleado de la notaría, ha visto los telegramas de América. Los tíos se lo creen, y... las cosas cambian. La muchacha comienza a ser mimada y agasajada, y hasta recibe dinero de los tíos; dinero en el cual los enamorados emprenden el vuelo, dejando burlados a los tíos, que han resultado unos *primos*. En un sainete, lo de menos importancia es el argumento; en la pintura del ambiente, en el movimiento de las figuras, en la reproducción de la realidad, es donde se aprecia el arte del sainete, y justo es decir que el taller de modistas, donde unas chicas cosen, cantan y bailan, según pueden, está muy bien observado y reflejado.

Hablemos de la música. Es la primera vez que colaboran Pepe Serrano y su admirador Severo Muguerza. Pepe Serrano dió dos números para la obra, y su compañero hizo lo demás. Toda la música es bonita, y fué aplaudida, pero especialmente los couplets, que se repitieron varias veces, y siempre entre grandes aplausos. Este número tiene una graciosa historia. Eran los tiempos en que el conde de Bugallal, ministro de Hacienda, pensaba imponer un impuesto sobre la propiedad intelectual. Los autores se alarmaron justamente y elevaron su protesta,

y, por si acaso ésta no bastaba, pensaron en mil procedimientos de defensa; el arma principal con que podían contar, era el propio ingenio, y a él recurrió Pepe Serrano, deseoso de aportar su granito de arena a la obra de todos. Venía el ilustre compositor de Valencia a Madrid, y, mientras que todo el mundo dormía, él, insomne en su *sleeping*, fué componiendo un número ligero, movido, airoso, de gracia y de bonitas cadencias, a propósito.—¿cómo no, siendo suyo?—para hacerse popular en seguida. Cuando llegó a Madrid, el número estaba terminado; las personas que lo conocieron juzgaron que ese solo número bastaría para hacer desistir de sus planes al ministro. Por fortuna, no llegó a hacer falta: el gobierno dió al fin la razón a los autores españoles, y sólo gravó con un pequeño tanto por ciento los derechos de los herederos de los autores y de los propietarios no autores de obras. Y el *couplet* de Serrano quedó inédito para el público. Ahora, con los consiguientes cambios de letra, hace las delicias del auditorio de la Comedia. Lo cual quiere decir que, aun tratándose de un juguete, el maestro valenciano ha sabido

destacar su personalidad y no defraudar—ese es siempre su cuidado,—a los que de él esperan y en él confían.

Hablemos de la interpretación. Puede decirse que la obra es Victoria Pinedo, y es justo reconocer que dió ésta a su papel la picardía y la movilidad que el tipo pedía. Ya es sabido que la Pinedo ha sido contratada para Apolo, y ésta fué una prueba que nos convenció de lo mucho que puede hacer en el género que allí se cultiva. Ballester y Medrano estuvieron acertados igualmente.

Y aunque *Los tíos primos* no es obra que pueda mantener un cartel—por su contextura más que por otra cosa,—sus autores han podido darse el gusto de ver cómo el público madrileño se ha interesado por ello, llenando varias noches la sala del bonito coliseo de la calle del Príncipe.

En el teatro del Retiro hemos tenido la breve y lucidísima actuación de la Compañía Puchol-Ozores, que, con el título de «Compañía Olympia», proclama el teatro de Valencia en que nació a la vida. Ocioso es decir al público valenciano las buenas cualidades de esta agrupación artística, que él conoce mejor que

nosotros; pero si cabe apuntar el gran efecto que en Madrid produjeron Luisita Puchol, Mariano Ozores y sus compañeros, tanto por el mérito individual de cada artista como por los excelentes conjuntos que forman, lo cual se ve menos cada día.

Antes, a los conjuntos se prestaba preferente atención; ahora, muchas veces, aun en compañías de grandes aspiraciones, parecen cosa secundaria. Creen muchos—y a nuestro juicio se equivocan,—que basta con que haya unas cuantas figuras sobresalientes para que exista suficiente atracción; y el público, que indudablemente estima y agradece todo lo bueno, aplaude a esas figuras, pero no queda al final de la representación hecho, si el total

de la interpretación no está en consonancia con el *divo* de los días que le han deleitado. Es lo que ocurre con esas obras que tienen dos o tres escenas buenas, y lo demás no vale nada; la gente aprecia las bellezas de aquella, pero la obra, en conjunto, no le gusta.

Ozores ha demostrado evidentes dotes de director artístico, y la interpretación dada a *Una noche de baile* fué tan ajustada, tan perfecta por todos, que los concurrentes al Retiro quedaron sorprendidos y encantados. Todos los artistas parecieron—y lo son en realidad—excelentes. Luisa Puchol, la insustituible *Cudkera*, a quien Madrid no puede olvidar, pareció más bella, más graciosa y más actriz que nunca. El público de Madrid se acordaba de su rápida carrera: primero en Martín, con el éxito de *Los Cudkeros*; luego en la Comedia, cuando su hermana María sobresalió como triple cantante; más tarde en Estava, con Martínez Sierra, siendo protagonista de *El sombrero de tres picos*, de Falla, que luego subió con los bailes rusos al Real; después, en la compañía de Ramón Peña, obteniendo muchos y resonantes éxitos; casada, al fin, con Ozores, y formando compañía propia, y ahora, en una breve aparición en el Retiro, y próxima, según se dice, a ingresar en la compañía de Apolo, que por lo visto, va a ser este año magnífica. María Puchol fué, como siempre, admirada; el barítono Severo Uliverri pareció que aún había ganado de voz; Ozores, como actor, probó que es un gracioso caricato, y Bori, el tenor cómico, hizo reír de verdad, maravillando a no pocos.

«Tiene gracia este Bori», se oía decir a los concurrentes. Estos ignoraban que Bori, cuya aparición parecía una revelación, había sido muy aplaudido y muy celebrado hace tres días en la Zarzuela. Bori, que en realidad comenzaba entonces, vino a Madrid contratado por Pepe Serrano, y en *El mal de amores*, en *La casita blanca* y en otras obras, mantuvo en constante hilaridad al público. Lo que pasó fué que la gente no se preocupó demasiado de saber cómo se llamaba aquel muchacho tan gracioso y tan actor, que Serrano se había traído de Valencia para hacer los tenores cómicos. Después, Bori, en Valencia, ha conquistado el puesto que se

86
talento y sus condiciones merecen, y al volver ahora a Madrid, no ha hecho más que confirmar el fallo tan merecidamente emitido por esa ciudad.

Una noche de baile es una divertida opereta de Strauss, que tiene, en su partitura, la marca de fábrica. Hay números inspirados, alegres y movidos, y no faltan sus puntos sentimentales. No es lo mejor de Strauss, pero tampoco lo peor; ni muchísimo menos. El libro, traducido por el señor Giraff, interesa lo suficiente. La interpretación fué esmerada, y, como es natural, dados los alicientes referidos, abundaron los aplausos y no se éscatimaron los elogios.

Después repuso la misma compañía la opereta *La amazona del anti-*

faz, consiguiendo un nuevo éxito. Es lástima—y en esto han coincidido todos los cronistas,—que agrupación tan bien acoplada tenga que deshacerse por compromisos de los artistas que la han integrado con otras empresas.

Una ventaja indudable ha reportado, no obstante, la «Compañía Olympiana»: el ejemplo que ha dado a las demás de cómo se constituyen las colectividades artísticas, y cómo se ensayan las obras. Ha sido una lección dada por unos cuantos artistas que han sabido hacer comprensibles los méritos con la modestia. Y de estos ejemplos no estamos, ciertamente, muy sobrados a la hora presente.

G. FERNANDEZ SHAW



De nuestra colaboración

Madrid teatral

Vuelta a comenzar.—Abrió Novedades y se anuncian muchas inauguraciones.—Lo que será la primera parte de la temporada.—Los artistas de la Zarzuela.—La orientación de Apolo.—Esperando a la Fábregas y Tovar. Los del Infanta Isabel.—Fresno y los suyos.—Peña a Cervantes.—Otras noticias

Madrid 30 agosto de 1921.

Ya nos hallamos de nuevo frente a la temporada oficial de teatros. Este año se ha anticipado su comienzo a causa de los acontecimientos que preocupan hoy a toda España. Parece el hecho paradójico, pero tiene su explicación: por los dolorosos sucesos de Melilla, numerosas personas han apresurado su regreso del verano, y Madrid, a estas horas, puede decirse que ha recobrado su aspecto habitual. Falta aún mucha gente—¿quién lo duda?—pero como la población madrileña ha aumentado últimamente en demasía, resulta que ahora hay en la ciudad, sobre poco más o menos, la gente que, hace años, había corrientemente en invierno.

Los teatros, que no se cierran en verano por gusto, sino por ausencia de público, han advertido esto y han visto que la circunstancia de haber refrescado la temperatura les era favorable... y ahí tenemos una temporada ya comenzada y una serie de inmediatas inauguraciones, con anuncios llenos de atractivos.

Novedades abrió sus puertas hace tres días; las ha tenido cerradas bien poco tiempo. La compañía es la misma, y a su frente continúan, por tanto, María Lacalle y Vicente Aparici. En la orientación del teatro tampoco ha habido variación, y se comprende, porque las temporadas anteriores no han podido ser para la empresa más provechosas. El cartel inaugural lo han formado dos obras de género chico, de repertorio antiguo, un gran éxito de este teatro de hace algunos años—*La chicharra*,—y la obra últimamente estrenada allí—*Las tres cosas de Juanita*,—si se exceptúa el sainete de Arniches, estrenado en el último día de la temporada, que, por lo visto, queda reservado para ya entrado el otoño.

El teatro de enfrente, La Latina, anuncia para muy en breve su apertura, con género parecido. Habrá, pues, competencia. El último puesto del cartel de inauguración lo ocupa

Madrid en broma, la obra que más resultado dió esta primavera, y la tercera hora *Las corsarias*. Al frente de la compañía, casi igual a la anterior, figura el prestigioso actor Manolo Velasco.

Martín va a continuar dedicado al género subido de color; así, al menos, se deduce de la compañía y de las obras del primer día, que será el 2 de septiembre: *La conquista de Pardillo*, *La caída de la tarde* y *Las corsarias*. Anuncia para muy pronto el estreno de una obra de Paso y Rosales, titulada *Ojo por ojo*.

He citado en primer término estos tres teatros, porque ofrecen los tres una misma nota: la de que están en buenas relaciones—el año pasado no lo estaban,—o quieren estarlo, con los señores Paradas y Jiménez, autores que en ambas barriadas han dado a ganar mucho dinero a las empresas. En todos los carteles inaugurales figura un título suyo. Y eso ya se sabe lo que quiere decir.

La Zarzuela ya ha hecho públicos sus grandes proyectos. La lista de la admirable compañía que ha reunido Gisbert ha producido magnífico efecto, y la gente se las promete muy felices, ante la seguridad de una temporada larga y de arte lírico nacional. Muchos de los notables artistas que figuran en la compañía actuarán también, durante la temporada, en Valencia y Barcelona. Sagi Barba y la Vela, por ejemplo, irán al Apolo, de Valencia, según tengo entendido, para estrenar *La Dogaresa*, y lo propio harán otros cantantes con otras obras. La temporada de la Zarzuela empezará el día 2, con *Las golondrinas*, y la empresa ha tenido el buen acuerdo de dar en la primera semana títulos siempre distintos, con objeto de poder presentar así a toda la compañía.

Para el mismo día proyecta su comienzo, en el teatro Cómico, la compañía de Alcoriza. Ya sabemos lo que va a hacer: género policlaco y un estreno cada ocho días. Probablemente, saldrá a lleno por representación, porque la gente, a pesar de las preocupaciones y las tristezas que hoy tiene, se apasiona mucho por estas negras historias de justicias y ladrones, de anarquistas italianos y de bolcheviques rusos.

Madrid teatral

«La Princesa Flora Bella» y sus examinadores.—Éxito de «El Canciller de Hierro».—La inauguración de la Zarzuela.—Una temporada lírica que empieza bien.—Otras noticias.—La cantidad de teatros que funcionarán este año.—¡Bienvenida sea la competencia!

Madrid 6 septiembre.

De la temporada que se fué, queda un estreno por referir. De la temporada que comienza, no hay aún obras nuevas en los carteles. Hablemos, pues, de *La Princesa Flora Bella*, última opereta dada a conocer por la notable agrupación Puchol-Ozores, deshecha ya por haber pasado las figuras principales a Apolo y otros teatros.

La Princesa Flora Bella tiene el inconveniente de poseer una música que no pasa de agradable. Si la partitura hubiese ofrecido cuatro o cinco números de efecto, el éxito habría sido positivo; porque el libreto está bien, la presentación escénica fué muy cuidada y la interpretación pasó de excelente. Pero si en una opereta el público no encuentra música que le gusta, todo lo demás no puede compensar aquella falta. Y algo de eso ocurre en esta opereta francesa.

No sé si fué ya estrenada *La Princesa Flora Bella* en el Olympia de Valencia; pero a buen seguro que, si se representó, el público valenciano coincidió con el de Madrid en encontrar entretenido el episodio de una Princesa, que para atraer a su marido tiene que hacerse pasar por una bailarina, que es lo que en realidad ha sido ella antes. El desenlace, volviendo el Príncipe a su mujer, pero sin que se haya deshecho el equívoco y sin que el marido sepa, por tanto, que ha sido víctima de una sencilla estratagema, sorprendió algo al auditorio. El final que la obra tiene es el natural; pero al público le gusta que no queden cabos por atar, y como aquí no se atan todos, le faltaron cosas, y recibió la sensación de que la obra acababa demasiado rápidamente. Ello no obstó para que aplaudiera sinceramente complacido y grata que elogiara, como luego la crítica, la labor de los adaptadores, el veterano en estas lides don Gonzalo Cantó y el brillante escritor y periodista don Ernesto Nieto.

De la música se repitió un solo número. Ello es prueba elocuente de lo que he dicho antes.

En cuanto a los intérpretes, Luisa Puchol y Severo Uliverri, en los Principes, y Ozores y Borí, en los tipos cómicos, sacaron gran partido de sus papeles, y demostraron nuevamente sus aptitudes.

He dicho antes que en la temporada que empieza no hay en los carteles obras nuevas. Sin embargo, *El Canciller de Hierro*, obra antigua, traducida por Linares Becerra, nueva le pareció al público del Cómico, que se sintió desde el primer momento subyugado por el interés dramático de la acción. No es una obra policíaca, si no de intrigas, o mejor dicho: de intriga, puesto que una sola gran intriga palatina es la que hace a la gente estar suspensa durante el curso de los tres emocionantes actos. Al final, todo se descubre y todo se arregla, uniéndose monarquía y pueblo en un estrecho abrazo simbólico. No cabe duda de que el señor Linares Becerra, especializado en este género ultradramático, sabe acertar con los gustos del público; y *El Canciller de Hierro* lo ha probado nuevamente. La compañía Alcoriza, reformada, tiene artistas muy estimables, que forman un buen conjunto. Como han de irse destacando en sucesivos estrenos, tiempo hay de apreciar las respectivas facultades.

Pero el acontecimiento teatral de los últimos días ha sido la inauguración de la Zarzuela. La afición madrileña, que gusta mucho de la música española bien cantada, tenía muchos deseos de escuchar, en un teatro de condiciones adecuadas, una serie de obras que, solo cantadas por buenos artistas, tienen su completa brillantez. El señor Gisbert tuvo el buen acuerdo de contratar a varios cantantes afamados, y las primeras representaciones dadas han sido verdaderos acontecimientos.

Con *Las golondrinas* se presentaron Luisa Vela y Emilio Sagibarba y Cayetana Lloró; con *Gigantes y cabezudos*, la Romo; con *Los calabreses*, Caballé; con *Maruzo*, Pablo Gorgé y Arturo de Castro; y con *La bruja*, la Schaffer. Y la empresa anuncia *Los cadetes de la Reina*, *Molinos de viento* y el reestreno de *La dogaresa*, de Millán. El teatro se ha visto hasta ahora lleno todas las noches, y los cantantes han sido largamente ovacionados. Algo, sin embargo, ha molestado a la gente, y ha sido la deficiente presentación escénica; la de *Gigantes y cabezudos*, especialmente, levantó protestas. Una empresa que, gastándose de verdad el dinero en la compañía, pretende conquistar el favor del público de Madrid, no debe olvidar que éste ha aprendido mucho en estos últimos tiempos, y que exige una presentación, si no lujosa, adecuada. En temporadas líricas no va el público en busca de efectos escenográficos, de trucos ni de fastuosidades; pero tampoco tolera las decoraciones viejas e impropias, que no solo no tribuyen al efecto que los autores buscan, sino que lo desvirtúan por completo. Como el señor Gisbert es hombre listo, y no ha de dejar que se malogre un negocio nacido bajo tan buenos auspicios, dedicará, seguramente, su atención a enmendar esas deficiencias, y logrará, puesto que cuenta con lo más importante, hacer una campaña por todos conceptos provechosa.

Junto a los cantantes de la Zarzuela hay otros elementos valiosísimos: Viñas, Fuentes y Acuaviva, han hecho el mejor efecto, y no tardarán en ser populares en Madrid.

Entre los estrenos que en la Zarzuela se anuncian, figuran el de *El pájaro azul*, de López Monís y el maestro Millán, ya estrenada en Barcelona, con éxito, y el de una obra del maestro Vives. ¿Está terminada esta última? Mucho nos tememos que no. Y será lástima, porque una nueva *Maruxa* sería recibida por los admiradores del maestro con verdadera satisfacción.

Apolo está próximo a abrirse, y también con una buena compañía. Además del matrimonio Puchol-Ozores, han sido contratadas la Pinedo y la Castrillo; y siguen Rosario Leonis y Casimiro Ortas; con el aditamento, no despreciable, de Paco Gallego, que ha vuelto de su afortunada turné por tierras americanas.

La Latina inauguró felizmente, y ensaya con actividad para no perder la parroquia. Está ahora al frente de sus huertes un concienzudo actor, Manolo Velasco, que hemos aplaudido otras veces en Apolo, y que tiene, indudablemente, condiciones de director artístico; en el modo de estar ensayadas las obras representadas hasta ahora, se ha visto una mano hábil y experta.

Y Martín inaugura mañana, con el género ya conocido...

Como se ve, hay ya muchos teatros a que acudir, pero pocas novedades que registrar. Aun cuando el final del verano se ha anticipado, las empresas se reservan aún, y no quieren echar toda la carne en el asador. Es una época muy buena; la gente, preocupada, tiene ansia de distraerse, y acude a los teatros, llenándolos; ahora basta con que haya un espectáculo entretenido, aunque no sea nuevo, para que la gente se dé por satisfecha. Es la época de explotar el repertorio, de terminar de sacar el jugo a los éxitos del año anterior.

¿Podrán vivir todos los teatros? Este año menos que nunca. Además de los que ha habido el pasado invierno, van a funcionar el del Rey Alfonso y el de Fuencarral, transformado por Campúa en cómodo y elegante coliseo y bautizado con el nombre de teatro de Maravillas. La población madrileña ha aumentado, en efecto, considerablemente en estos últimos tiempos; pero no hasta el extremo de que haya aficionados al teatro para mantener tanta empresa.

Será, pues, una competencia tremenda; una lucha denodada. Menos mal, que el público será el que obtenga el beneficio. Y, si es así, venga la competencia.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

**El arte actual de Virginia Fábregas.—Su triunfo en «La enemiga».—La ficción y la realidad dramáticas.—Estre-
no de «El amigo de las mujeres».—Por otros teatros.
Siguen las inauguraciones.—Reposición de «La Dogaresa».
En el Cómico: una obra de serie: «El Príncipe que vino
de la luna»**

Madrid 14 septiembre.

Vimos, por fin, a Virginia Fábregas en Lara. ¿Cómo está la Fábregas? ¿Qué efecto hizo? ¿Gustó la compañía? ¿Han satisfecho las obras que hasta ahora ha representado?

Vamos por partes. Del público que acudió la otra noche a Lara para presenciar la función inaugural, la inmensa mayoría—entre la que me cuento—no conocía a la Fábregas; se unía en él, al deseo de ver a la actriz, el interés de conocer su arte. Una persona muy respetada por mí, que en la contigua butaca se hallaba, recordaba, antes de alzarse el telón, la belleza extraordinaria de la artista, su figura arrogante y su temperamento dramático espontáneo, poco esclavizado por el estudio. «En Madrid —me decía— gustó mucho la Fábregas la otra vez; se la fué a ver con gran complacencia, aunque sin exagerado entusiasmo. Su fama creció luego en el extranjero.» Desde entonces, llegaban a España frecuentemente noticias de sus triunfos; pasaban los años, y llegamos a temer que la actriz mejicana no volviese a visitarnos.

No ha sido así, por fortuna. La Fábregas ha vuelto a España, y no en turné de decadencia, sino en visita que pudiéramos llamar de afirmación de cualidades artísticas. Sabido es que en *La enemiga*, que fué la obra inaugural, no sale a escena la protagonista sino al final del primer acto, y a pronunciar cuatro palabras. La primera impresión —o, mejor dicho, la impresión de esta «pasada»,—fué desfavorable para la actriz mejicana. El público la encontró más gruesa de lo que esperaba, y halló en el metal de su voz un tono demasiado metálico.

Pero vino el segundo acto. En su primera parte, en las escenas frías en que hasta se hace antipático el personaje, continuó aquella impresión. Y llegó la escena cumbre de la obra, de una extraordinaria fuerza patética. Aquí, la artista se transformó; su voz, templada por los parlamentos y por la emoción, adquirió sonoridades nuevas y logró acertadísimas inflexiones. El vigor dramático de la actriz adquirió todo su relieve, y las sensaciones de infinita pena, de desesperación, de

horror, de miedo y de pasión, fueron reflejadas por Virginia Fábregas con un verdadero alarde de facultades y de talento. Y la figura de la artista, majestuosa al comenzar la escena, e implorante al terminarla, fué el complemento más apropiado de la voz y del gesto. El público premió con un entusiasta aplauso a la gran actriz, demostrándole, ya sin reservas, su admiración. Fué preciso que ganara la Fábregas esta nueva batalla, para que el público madrileño le rindiera su pleitesía. La gloria del actor es, en efecto, flor de un día, y dura lo que duran sus facultades. ¡Desgraciado del trágico o del cantante famoso que se presenta ante un público en decadencia! Jamás el recuerdo, por bueno que sea, tendrá fuerza suficiente para obtener ni aun siquiera el respeto para el triunfador de antaño. Por eso la Fábregas ha hecho muy bien en venir a España cuando aún se encuentra en la plenitud de su belleza y de su arte.

El acto tercero, que es el que tiene más emoción dramática, dió ocasión a la artista para confirmar su éxito.

La concurrencia, que llenaba el teatro, salió encantada de ella y emocionada, si no satisfecha, por el drama. Esta obra de Darío Niccodemi, escrita por éste expresamente para María Guerrero y sus hijos, y estranada en España antes que en el extranjero, pertenece a ese género efectista, en la que todo el resultado se fía a la fuerza del mecanismo teatral y a la interpretación. No es obra de costumbres, ni aún de pintura de caracteres; es un conflicto dramático, realmente original, por el cual los sentimientos y la acción adquieren una máxima intensidad. Mil veces se ha discutido si este modo de hacer es arte dramático; a mi juicio lo es, indudablemente; podrá no ser arte puro, arte elevado, pero es arte al fin, o, por lo menos, una de sus modalidades. Claro que de este género al melodramático no hay más que un paso; pero éste sí que supone toda negación artística, puesto que su construcción es toda artificiosa y no atiende jamás a la realidad de los sentimientos humanos.

De ahí la dificultad de hacer una obra dramática, intensa y de efecto, sin traspasar los linderos que al melodrama conducen.

Los actores que con la Fábregas se presentaron a nuestro público, hicieron excelente efecto, demostrando gran dominio de sus papeles y plausible discreción. El señor Sánchez Navarro, especialmente, demostró condiciones no vulgares. Y la señora Urriola, las señoritas Nieto y Schiller y los señores Perera y Evans—dando éste gran autoridad a su personaje,—contribuyeron al acertado conjunto.

Para presentación del primer actor Luis Martínez Tovar, se estrenó, al día siguiente, una comedia de Alejandro Dumas, hijo, adaptada a la escena española y a la época actual por los señores Gutiérrez Roig y Luis de los Ríos, con el título de *El amigo de las mujeres*. Gustó mucho la obra, a pesar de su perfume antiguo. Dice un ilustre crítico que, aunque los personajes visten a la moda del día, no podemos menos de figurárnoslos vestidos a la usanza de 1864. Así es, en efecto. Por eso es mayor el mérito de los adaptadores, que, sin quitarle del todo su carácter primitivo, han construido una comedia amablemente entretenida, con interesante intriga y con diálogo fácil e ingenioso, muy del gusto del día. El amigo de las mujeres es un hombre joven y elegante que, en vez de dedicarse a inflamar los corazones femeninos, que ante él, seguramente, se rendirían, se consagra a salvar del peligro en que se encuentran las damas que proyectan rupturas matrimoniales o terribles venganzas del amor. El lo arregla todo, y valido de su poder sobre ellas, va tejiendo de nuevo en los matrimonios los hilos de la felicidad; es un verdadero amigo: un amigo que hace galantemente el bien. Como se ve, es un papel muy propio para las dotes del señor Martínez Tovar, que sacó de él gran partido. Tanto éste como la Fábregas y los demás in-

terpretes, compartieron, con los adaptadores, el éxito de *El amigo de las mujeres*.

En la Comedia se inauguró la nueva temporada con *Mi salvador*, de Paradas y Jiménez, último éxito del año anterior. La compañía tiene algunas pequeñas modificaciones. El público va mucho, y la gente ríe a su sabor. El primer estreno parece que será el de una comedia en tres actos, que ya se está ensayando, de Torres del Alamo y Asenio.

También abrió Apolo. Los elementos de su compañía le permitirán alternar dos clases de género: el sainete y la opereta. Así, Ortas, Galleguito y la Leonis, en *Pepe Conde*, y Ozores, la Pudhol y la Pinedo, en *Los cudkeros*, han podido destacarse, ofreciendo magníficas interpretaciones. La dificultad mayor estará en los coros, a los que habrá que pedir una flexibilidad especial, para que se amolden a géneros muy diversos.

En la Zarzuela se repuso *La Dogaresa*, de López Monis y Millán, ya conocida por el público del Retiro. Ahora, en la Zarzuela, han podido ser mejor apreciadas las bellezas de la obra, no ocultando la concurrencia su satisfacción. Se han presentado, con otras obras, nuevos notables artistas: el barítono De Ghery, el tenor Elías, el tenor cómico Bori y algún otro, que han sido muy aplaudidos. Y aún anuncia la empresa próximos debuts.

En el Cómico hubo otro estreno: el de *El Príncipe que vino de la luna*, que logró resultado tan satisfactorio como el de *El canciller de hierro*. Este Príncipe, cuyas peripecias tienen durante tres horas con el corazón en un puño al impresionante auditorio del teatro de la calle de Mariana Pineda, es la primera parte de un episodio en tres ídem. Las obras policíacas se parecen en esto a las películas. Y preciso es reconocer que estos melodramas de series, si aciertan en su primera parte, son un río de oro, porque la gente se interesa y apasiona por uno o dos tipos, y... ¡cualquier día deja de ver lo que le sucede al fin a Fulano y a Zutanita. Esta vez el traductor de la serie es el inagotable don Luis Linares Becerra, y a juzgar por el éxito de *El Príncipe que vino de la luna*, le esperan muchos aplausos y mucho dinero.

Hoy todos los teatros celebran la fiesta del actor-soldado. Han formado carteles escogidos y trabajan los mejores elementos de cada compañía. De desear es que el público recompense el noble esfuerzo.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW



De nuestra colaboración

Madrid teatral

Estreno de «El pájaro azul» en la Zarzuela.—Una obra de ambiente portugués.—Nuevas manifestaciones del arte de Virginia Fábregas.—Las reformas del Infanta Isabel.—Reposición de «La calumniada».—Novedades en perspectiva.—Un teatro de «varietés»

Madrid 21 septiembre.

Se estrenó *El pájaro azul* cuando aún *La Dogaresa* prometía en la Zarzuela muy buenas entradas. Es la ventaja de que las dos obras sean de los mismos autores; los que escribieron *La Dogaresa* no pueden protestar contra los que concibieron *El pájaro azul*, y aun en las comparaciones que el público haga de las dos zarzuelas, no saldrán jamás perjudicados el maestro Millán y el señor López Monis, puesto que siempre una de ellas será superior á la otra. ¿Cuál es mejor, a nuestro parecer? Musicalmente, el primer acto de *El pájaro azul*. Desde el punto de vista de los libretos, el de *La Dogaresa*.

El éxito ha acompañado a las dos obras, que indudablemente marcan un avance en la carrera de Millán. En *El pájaro azul* la impresión fué magnífica en el primer acto, y algo fría en el segundo. Y es que el público consideró aquél como una promesa espléndida de mayores esplendores y se sintió luego algo defraudado. Es el peligro de las obras en dos actos, cuando no tienen argumento que necesariamente los requiera. ¿No hubiese sido mayor el éxito de *El pájaro azul* si la gente no hubiese tenido en el entreacto lugar para el comentario, que siempre saca de situación, y hubiese, en cambio, recibido completa y seguida la sensación del ambiente y de la música?

La acción de *El pájaro azul* se desarrolla en Portugal durante las luchas por su independencia. El señor López Monis ha querido buscar un ambiente nuevo, que ofreciera al músico muchas situaciones líricas. Explotados en género chico y en opereta, Italia, los países orientales, Escocia, Holanda y Noruega, pensó sin duda el señor López Monis que Portugal, con la delicadeza de sus canciones y con la emoción de sus melodías, podía ofrecer ancho campo para la inspiración del maestro Millán. Hizo, pues, un libretto esencialmente musical, de interés literario escaso; se quedó voluntariamente en segundo término para que el compositor sobresaliera. Y esta modestia laudable, pe-

ro en este caso exagerada, perjudicó el efecto de conjunto de la zarzuela, que se resiente de falta de interés.

De la partitura se repitieron varios números del primer acto y uno del segundo. Los más bonitos son una canción que cantó muy bien Sagi-Barba, un hermoso dúo, un gracioso duetto y un coro de muchachas. También es de gran efecto el final del acto primero; número de conjunto, muy brillante, en el que las voces y la orquesta están muy bien tratadas.

En toda la música domina el fado portugués en sus distintas formas. Dada la época de la acción, pudiera hallarse en algunos fados demasiada modernidad; como si los portugueses de antaño se hubieran anticipado y supiesen la clase de música que iba a hacerse unos siglos más tarde; pero esto no tiene, en realidad, importancia grande, cuando tiene, sobre toda otra disculpa, la de que la música es bonita. Y serán además pocas las zarzuelas de época en las que no puedan advertirse parecidas «dificultades líricas».

La interpretación de *El pájaro azul* fué excelente. Luisa Vela, Sagi-Barba, Arturo de Castro y Gorgé, en primer término, trabajaron con fe y con brillantez, siendo entusiastamente aplaudidos. La bella Amparo Sans y Fuentes contribuyeron al éxito, dando a sus personajes cómicos mucha vida y mucha gracia.

En Lara, la compañía de Virginia Fábregas ha representado *La llamada* y *La mujer X*. Con la primera pudo el público ver juntos, en una obra muy dramática, a la gran actriz mejicana y a Martínez Tovar. *La llamada* tiene su principal interés en una escena; y ésta, encomendada a ambos artistas, con siguió el máximo relieve, y, por tanto, la máxima emoción. Martínez Tovar probó que es un primer actor digno de alternar, en el mismo plano de arte, con Virginia Fábregas.

La mujer X, emocionante drama de Brisson, que María Guerrero nos dió a conocer, es una de las obras

que mejor encajan en el temperamento dramático de la gran actriz. La mujer degenerada—por haber sido abandonada antes por su marido y su hijo,—que llega a caer, al cabo de los años, en las garras del crimen y es absuelta luego merced a la defensa que de ella hace, sin conocerla, su propio hijo, entre cuyos brazos muere, halló en la *Fábregas* una interpretación admirable, que produjo en el público emoción honda y entusiasmo grande.

Ya ha conquistado la *Fábregas* la admiración popular, que debe satisfacerle tanto como la de las clases cultas. Y si éstas admiran su talento al estudiar los más complejos personajes, el público sano e impresionable se siente subyugado por ella, premiándola todas las noches con su aplauso espontáneo y caloroso.

En el Infanta Isabel hubo solemnidad de inauguración. Este año ofrecía el teatro una novedad que agradó sobremanera a la concurrencia. Arturo Serrano había transformado su teatro—su *barquillera*, como él la llama, sin duda porque está en la calle del Barquillo, e indudablemente porque se acuerda que la gente llamaba a Lara la *bombonera* de don Cándida,—y lo había convertido en una verdadera preciosidad: el hall, muy amplio, con azulejos, dos fuentes de mármol, nuevos cortinajes y mobiliario, mayor amplitud en la sala. En realidad, Serrano es un empresario que tiene para su público toda clase de atenciones... entre otras cosas, porque sabe que este público, agradecido, le compensa luego, con creces, los esfuerzos que él realiza en favor del arte dramático.

Este año, Arturo Serrano ha formado dos compañías: una para provincias y Madrid, y otra para Madrid y provincias. Y ésta es la que se presentó la otra noche, inaugurando el reformado teatro. Mercedes Pardo, tan guapa como siempre, y Francisco Hernández, maestro siempre de la dicción, son las figuras principales de este elenco. La obra elegida para presentación fué *La calumniada*, y baste decir que la gente aplaudió mucho al final de todos los actos, para comprender lo que gustó la compañía.

¿Por qué fué elegida esta comedia de los señores Álvarez Quintero? Aparte de otras razones—entre ellas lo bien que se ajustaban los papeles a las condiciones de los actores principales,—aduciría la empresa la suprema razón de la oportunidad. Es una obra eminentemente patriótica; hecha pensando en español y queriendo salir al paso de especies y leyendas calumniosas propaladas fuera de España. Los

conceptos que en ella se emiten son lecciones de patriotismo alentador y... ¿qué mejor momento para recordarnos que ahora en que la opinión española, si no necesita, por fortuna, de estimulantes optimismos sí precisa de serena y osada confianza en el porvenir?

El público ha oído ahora las escenas de *La calumniada* con fervor, más que con atención, y ha subrayado las frases más importantes de la obra con su aprobación elocuente.

Ahora ha repuesto la misma compañía *Cobardías*, haciendo la Pardo el papel que estrenó la Palou, y Hernández el de Thuillier. El éxito ha sido también muy lisonjero.

En la Comedia se ha aplazado hasta la semana que viene el estreno de *Marta Begoña*, la nueva comedia de Asenjo y Torres del Alamo, y en la Princesa se activan los ensayos de *La heroica villa*, nueva obra en tres actos, de Arniches, que Thuillier y los suyos estrenarán el día de la inauguración del nuevo teatro del Rey Alfonso. Como éste se halla aún en obras, los ensayos son en la Princesa. *La heroica villa* es obra, como se supondrá, de ambiente madrileño; el papel de la protagonista correrá a cargo de la señora Gelabert.

En la compañía que ha formado Thuillier figuran, además, elementos valiosos, como Nieves Suárez y otros artistas ya conocidos de nuestro público.

Novedades ha repuesto ya *Mariquita la Pispajo*, de Arniches, que había quedado la temporada anterior en la segunda representación. Ahora, en pleno triunfo, tiene asegurada la empresa muchos llenos.

Se han hecho públicos ya los planes artísticos de Borrás, que actuará desde el día 1.º de octubre en el teatro del Centro, y de la Xirgu, que hará una breve temporada en el Español. Uno y otra cuentan con obras de las más prestigiosas firmas.

Hoy se inaugura, con programa de variedades, el nuevo teatro de Maravillas, de Campúa. Promete ser este año el coliseo dedicado a este género más concurrido. Raquel Meller y las figuras principales del género desfilarán por él. Y como el repertorio de las tardes piensa Campúa cuidarlo mucho, y el teatro ha quedado muy cómodo, va a ser punto de reunión de la aristocracia.

Los demás teatros no deben tener envidia por eso; al fin y al cabo, este coliseo ha de ser, con el tiempo, una nueva fuente de ingresos para autores y actores. No sería el primer caso.

G. FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Don Juan y el donjuanismo en el teatro.—Estreno de «El canto del cisne» en Lara.—Presentación de Margarita Xirgú en el Español.—Carmen Ramos en el Reina Victoria.—La temporada de este año en Cervantes.—Ramón Peña Cid Campeador.—La zarzuela grande da dinero.
Ante próximos acontecimientos

Madrid 28 septiembre.

El tema de Don Juan es universal e inextinguible. Pertenecé a todas las literaturas y a todas las épocas. Recientemente, en Francia, han rendido tributo a la figura legendaria del burlador, autores de la altura de Rostand y de Bataille, y en España no lejano está el caso de los señores Alvarez Quintero con el *Don Juan buena persona*. Pero si el Don Juan es cantera inagotable, más extendido aún está otro tema, consecuencia del anterior: el donjuanismo. La serie de tipos galanteadores sin exagerados miramientos, enamorados sin demasiada conciencia y engañadores... hasta que la edad les hace ser ellos los engañados, es y será durante mucho tiempo origen de innumerables comedias, dramas y hasta sainetes. La vejez de Don Juan—o sea el donjuanismo en su aspecto sentimental,—o tiene emoción o resulta ridícula. Cuando se consigue lo primero se hace obra artística, y cuando se logra lo segundo se realizan graciosos intentos, más o menos afortunados.

¿Ha conseguido el señor Pons y Pagés lo primero en su obra *El canto del cisne*, aplaudida por el público del teatro Lara? A mi juicio, sí. Una cosa es que pueda discutirse si el mérito de la obra—atendiendo a su originalidad y a su verosimilitud,—está en relación con el Premio Fastenrath, que le

fué concedido, y otra que se la niegue emoción artística y un sentimiento de arte distinto del que acostumbramos a ver por esos escenarios.

El caso del protagonista de esta comedia—bien traducida del catalán al castellano por el señor Reparaz,—no es nuevo, pero es humano; y ya es esto bastante para que merezca consideración. El marqués, que ya en el otoño de su vida, teniendo un hijo que es un hombre, quiere disfrutar de su última aventura amorosa, y al final sufre un amargo desengaño, porque su propio hijo es el que le vence en la conquista de la mujer elegida, es un tipo que inspira simpatía, más por lo que representa que por lo que es en realidad; y es que toda flor marchita, todo árbol sin hojas, toda esencia sin perfume, si ha perdido su belleza peculiar, conserva el recuerdo de lo que fué, y no hay nada más simpático que un grato recuerdo. El caso del marqués, representativo y hasta simbólico si se quiere, es, no obstante, como digo, de un humanismo indudable. ¿Quién puede dudar del realismo de ese tipo que, sintiendo el espíritu joven, no se resigna a reconocerse viejo? ¿Y qué consecuencia más real que la triste de que sean las circunstancias las que le hagan reconocer su error?

Dramáticamente considerada, *El canto del cisne* tiene el mérito de

la limpieza del diálogo, en el que abundan bellas y sutiles ideas, y posee, en cambio, la desventaja de que, por adivinarse el desenlace desde mucho antes de acabar la obra, pierde ésta en interés, y se hace la acción un tanto fatigosa.

La obra obtuvo un favorable éxito, del que buena parte correspondió a la interpretación, principalmente encomendada a Virginia Fábregas y a los señores Martínez Tovar y Sánchez Navarro.

Ahora esta notable compañía ultima los preparativos de otro estreno, anunciado para el viernes: el de *La sinventura*, adaptación escénica de la novela del mismo título, de José María Carretero.

En el Español se presentó anoche Margarita Xirgu, con un elenco bastante aceptable, en el que se destaca la figura de Alfonso Muñoz. La obra de presentación fué *Marianela*, una de las creaciones más acabadas de la gran actriz. Parecía que el personaje de la niña desgraciada, que se convierte en feliz lazarillo de un ciego, no había de ser el más indicado para el temperamento dramático de la Xirgu. Sin embargo, la flexibilidad del talento de la ilustre artista hizo que ésta encontrara en el delicado tipo de *Marianela* uno de sus mayores aciertos. Y en la voz, en la figura, en el gesto, en los ademanes, aquella chiquilla es la que Galdós soñó al escribir su admirable novela, y la que los Quintero idearon al dar forma escénica al pensamiento del novelista.

El público madrileño tributó anoche a Margarita Xirgu una ovación cariñosísima. El público de Madrid admira y quiere a la Xirgu, y solo lamenta que la actriz catalana nos visite tan poco, y que cuando lo hace, como ahora, sea por muy escaso tiempo y con el pie puesto ya en el barco, como quien dice, para marchar a América por una larga temporada.

También ha inaugurado el Reina Victoria. Falta en la compañía la Harito y Barreto, pero hay otros elementos muy valiosos, entre ellos la Carmen Ramos, que hizo anteayer su presentación en *El Príncipe Naval*, obteniendo un completo triunfo. Para inaugurar no ha necesitado Cadenas novedades en el cartel. Con la revista del maestro Serrano y *Los claveles rojos*, ha tenido suficiente para llenar la coquetona sala de su teatro. Y a juzgar por los llenos, tardará mucho en verse precisado a pensar en nuevos estrenos.

Ramón Peña, autor cada día más seguro y gran actor indiscutible, abrió las puertas de Cervantes, que es el teatro—dicho sea de paso—más desagradecido de Madrid. Si Peña consigue hacer en él un buen negocio, se hará merecedor de una estatua, pues las malas comunicaciones que hay para llegar a este coliseo, restan una considerable

cantidad de público. Para ir a Apolo, por ejemplo, basta muchas veces que se le ocurra a uno al pasar por la céntrica calle de Alcalá; para ir a Cervantes, hay que proponérselo de antemano, y... no arrepentirse luego del propósito.

Por lo pronto, Peña ya ha hecho el milagro de ver llena la sala. Inauguró con *El capricho de las damas* y *La mecanógrafa*, obras muy conocidas, en las que fué aplaudidísimo. En la compañía que ha formado figuran tipos como Julieta Fons, Sinda Martínez, la Benítez y la Arellano, que son garantía de éxito constante. De ellos merece mención Eneas Herrero, excellentísimo artista. El primer estreno será *El gran premio*, ya conocido, según creo, del público de Valencia. Después estrenará *La ciudad eterna*, libro suyo, con música de Eduardo Granados. Y puedo aventurar que el autor de *La Princesita de los sueños locos* ha hecho una partitura preciosa, que le valdrá un gran éxito.

En la Zarzuela, después de los últimos estrenos, han vuelto a hacer obras de repertorio, y con *El juramento* y *La tempestad*, por la Vela y Saggi-Barba, y *Marina*, por la Rossy, Arturo de Castro, Caballé y Gorgé, han tenido estos días el teatro lleno. No cabe engañarse: en Madrid hay un extraordinario núcleo de personas aficionadas a las obras de nuestra zarzuela grande, que acuden en cuanto se les anuncia éstas, interpretadas por buenos cantantes. Las obras modernas no tienen para ellas el mismo interés, aunque sean bonitas y las aplaudan; necesitan el encanto del recuerdo de otros días; les seduce volver a oír, bien cantadas, melodías que marcan en su memoria horas felices de una juventud que pasó. Por eso han de llevar las de perder, a no ser que surja otra *Maruca*, las obras nuevas líricas que en la Zarzuela se estrenen ahora; sus melodías no podrán recordar otros tiempos. Y si los recuerdan,... ¡mala señal para sus autores!

En el Cómico terminó de desarrollarse la película hablada, de Linares Becerra, *El misterio de la doble cruz*. El tercer episodio *El duque misterio*, fué otro éxito resonante. Está lleno de trucos, entre ellos la erupción de un volcán. ¿Puede decirse más?

Para el día primero de octubre se anuncian el debut de Borrás en el Centro y la inauguración del Rey Alfonso, con la compañía de Thuillier. Y para el 5, la presentación de Catalina Bárcena y sus compañeros, en *Eslava*. Los planes de Martínez Sierra, que se han hecho públicos, no pueden ser más extensos. Como autor, prepara él otra obra, que es, a juzgar por el título, una nueva modalidad del tema de *Don Juan*. Al comenzar decía que es tema inagotable; pero habrá que añadir que bendita sea esa cualidad, ya que es causa de que se produzcan muchas obras de arte, como lo será, indudablemente, la anunciada por el autor de *Canción de cuna*.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

La «Carmen» de Margarita Xirgu.—Un drama sobrio y bien entonado.—Presentación de Enrique Borrás en el Centro.—Una obra de Torres y Asenjo.—El acierto de un tipo.—«El hombre desconocido» y «La sin ventura». Una novela teatralizada.—«El gran premio», de Peña.

La campaña de Fresno

Madrid 4 octubre.

Margarita Xirgu se llama estos días *Carmen*. El tipo de mujer española que Próspero Mérimée inmortalizó en la literatura universal, debió su consagración teatral a la ópera de Bizet. Pero en la obra lírica aparece desvirtuado, se mueve en un ambiente de más españolada y tiene algunos de sus rasgos característicos exagerados en términos que han de resultar siempre inadmisibles para todo autor español. De ahí el acierto de los señores Montaner y Vilaregut al inspirarse directamente en la novela de Mérimée para hacer su drama y llevar noblemente a la escena española un tipo famoso, como el de *Carmen*, que tan a maravilla podía amoldarse a las facultades y al temperamento de la insigne actriz catalana.

Y no se equivocaron los adaptadores. De las muchas creaciones felices que esmaltan la carrera dramática de la Xirgu, es esta quizás la más afortunada y la más completa. Enamorada desde hace mucho tiempo del personaje, puede calcularse con qué entusiasmo acometió su estudio en cuanto Vilaregut y Montaner le entregaron la obra; desentrañó el carácter y las modalidades del tipo; se apoderó de su psicología, y, para ello, no le bastaron los libros, ni las explicaciones, ni los dibujos. Marchó a Andalucía, y allí, viviendo entre gitanos y entre toreros, lo mismo en la sierra que en el llano, pudo encontrar la acabada concepción de la *Carmen* que Mérimée seguramente soñó.

Desde luego, tuvo Margarita Xirgu la fortuna de que los adaptadores hicieron la obra muy bien. Para conservar el vigor dramático y la justeza del colorido, hicieron cuatro actos sobrios, de trazos firmes, bien definidos, en los que la acción—conocida de todos—se desenvuelve lógica y fatalmente, entrelazada con los pintorescos episodios.

Para que el espectáculo ofrecido al público del Español por la Xirgu y sus compañeros fuese de su completa satisfacción, la presentación de la obra, debida en lo que atañe a la indumentaria a *Dhoy*, no puede ser más apropiada ni más artística.

¡Lástima que la actuación brevísima de Margarita Xirgu en Madrid sea ahora tan breve! Por esta causa solo podrá dar muy pocas representaciones de *Carmen*. Ya aguarda el estreno de *La extraña*, de Marquina, al que seguirán otras novedades, que también, necesariamente, han de vivir poco tiempo en el cartel. Para fin de la semana próxima marchará la gran actriz a América. Muchos triunfos la esperan seguramente; pero ellos no deben hacerla olvidar este público de Madrid que es, sin duda, uno de sus más devotos.

Con *El cardenal*, una de las obras de su repertorio—de ese repertorio que le basta para hacer muchas veces buenas campañas, — inauguró Enrique Borrás su nueva temporada en el teatro del Centro. Ya se ha acostumbrado el público de Madrid a verle en ese teatro. Hubo unos años en que Borrás iba de la Comedia a Eslava, de la Princesa a Price con su compañía, y aunque sus incondicionales le seguían, no podía decirse que Borrás había entrado definitivamente en Madrid. Ahora, no; ahora puede decirse que ya tiene su teatro, lo mismo que tiene su repertorio, su público y hasta sus autores. Son posesivos éstos que solo están reservados a los grandes actores. Y en la sala del Centro, completamente llena, pudimos observar la otra noche que Enrique Borrás sigue siendo tan gran actor como antes.

En la Comedia, Torres del Alamo y Asenjo estrenaron con éxito su nueva comedia *María de Begoña*. Los actos primero y tercero fueron reídos y aplaudidos con efusión, y el segundo también, aunque algo menos. Como siempre, el diálogo ingenioso y movido de los simpáticos autores, hizo las delicias del auditorio; pero Torres y Asenjo hacía algún tiempo que no nos ofrecían uno de esos felices tipos que su fértil imaginación, al servicio de una observación aguda, ha creado en muchos sainetes y comedias... Y el tipo nuevo, lleno de gracia y plétorico de originalidad, surgió ahora en el Celedonio de *María de Begoña*, maravillosamente interpretado por Tordesillas. No es un madrileño, sino un vascongado, y solo por verle y por oírle acudirá estas noches a la Comedia todo Madrid.

En el Infanta Isabel hemos sabido cómo es *El hombre desconocido*; una bella idea, hábilmente desarrollada en forma dramática por los señores Mérimée y Avecilla, cuya ausencia del teatro en estos últimos años no tenía explicación después de los éxitos que constantemente acompañaron el brillante principio de su carrera teatral. *El hombre desconocido* no hace sino confirmar las legítimas esperanzas fundadas en esta pareja de autores. La gente—y muchas veces nosotros mismos—no conoce al hombre desconocido que llevamos dentro. Es un ser muchas veces distinto del que parece; surge, con todo su carácter, cuando menos se piensa, y hasta puede ocurrir que, existiendo, no aparezca jamás, ignorado hasta de su propio poseedor. Paco Hernández y Mercedes Pardo consiguieron matizar acertadamente los principales personajes de la comedia. Y Manolo Merino y Ceferino Avecilla tuvieron la satisfacción de compartir los aplausos de la concurrencia con los excelentes actores de la compañía de Arturo Serrano.

En Lara vimos una novela con-

vertida en drama, *La sin ventura* fué escrita en forma novelesca por José María Carretero, por juzgar que la complicada psicología de la protagonista necesitaba de ese género en que domina la descripción, para su debido desarrollo y su total exposición. La vida de Ambarina, esa pecadora irredenta, en la que no pocos ven el recuerdo de la existencia de una bella artista, fallecida recientemente, pareció, no obstante, a los señores Villa y Gabirondo susceptible de ser llevada a la escena, conservándole su primitiva intensidad, tanto más existiendo una actriz de los méritos de Virginia Fábregas, a quien desde el primer instante sedujo la idea de la obra. *La sin ventura* en drama no tiene la misma emoción que en novela; pero hay que reconocer que en el teatro es mucho más difícil eso, por tener que concretar a veces varios artículos en una sola escena, cuando no en una sola frase. Aun así, la obra gustó mucho, lo cual prueba lo atinado de la labor de los señores Gabirondo y Villa. Y el público, al aplaudir a éstos, a la Fábregas y a todos los artistas, lo hizo también a Carretero, completándole así el éxito obtenido por la novela.

Ramón Peña nos ofreció anoche en Cervantes *El Gran Premio*, ópera suya en colaboración con López Monis y con música del maestro Faixá. La obra gustó de verdad, a pesar de que al principio unos cuantos señores de mal humor se empeñaron en hacernos creer lo contrario. Como es natural, esos señores tuvieron que darse por vencidos, y si el primer acto fué éxito, mayor lo obtuvo el segundo, que valió a Peña, como autor y como actor, varias ovaciones. *El Gran Premio* es una exhibición de tipos pintorescos; su trama, a ratos sentimental y a ratos cómica, tiene momentos de interés y ofrece siempre vistosidad y animación. La música es alegre y agradable; algunos de sus números se repitieron, y al final salieron a saludar al proscenio autores y artistas. En la interpretación se distinguieron, además de Peña, las tiples señoritas Benítez, Martínez y Cerrillo, y los señores Uliberri, Herrero, Abolafia y Cuevas.

La campaña de Fernando Fresno en el Coliseo Imperial continúa siendo brillante, aunque no ha encontrado todavía la obra que necesita para consolidarse en aquel teatro. *La maritanga de Felipe*, jugue te cómico del señor Benedicto, autor de la varias veces centenaria *República de la broma*, satisfizo al «respetable»; pero no en el grado de ésta, que es lo que se buscaba. No por eso deben desanimarse Fresno y sus compañeros. El señor Benedicto u otros autores pueden hacer el mejor día, y, para ir esperando, hay en el repertorio de comedia obras sobradas, que no se representan hace mucho tiempo, para mantener airosamente una campaña que ha nacido alentada por nobilísimos entusiasmos.

G. FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

«El ardid», de Muñoz Seca.—Un poco de argumento.—Una gran injusticia.—Estreno de «La extraña», de Marquina.—El drama de la rusa Sonia.—Resurrección de «Mariana», de Echegaray.—Un nuevo diálogo y otras novedades.—La temporada camina

Madrid 12 de octubre.

El ardid, que valió al señor Muñoz Seca muchos aplausos en San Sebastián, no le ha proporcionado menos en Madrid. Anteayer, el público de Eslava confirmó el fallo del donostiarra, si bien lamentó que «el rey del astracán» les defraudara poniendo solo en su nueva obra media docena de retruécanos. Comedia llama, sin duda por eso, el señor Muñoz Seca a su producción; comedia o juguete cómico, tratase de una obra graciosa y bien construida, que, si no asombra por su originalidad, resulta muy entretenida y acredita, sobre todo, en todo momento, la experta mano de quien la escribió, acostumbrado a dominar, como pocos autores, el mecanismo teatral.

¿Qué es *El ardid*? Contado el argumento, parece el de una de aquellas ingenuas comedias que se estrenaban en tiempo de Bretón de los Herreros. Lo que le da modernidad, lo que pone la «marca de fábrica», es el diálogo peculiar de este ingenioso escritor, y es la serie de lances y situaciones en que se ven los personajes de la acción. Un abogado de fama, hombre trabajador y honesto, consagrado a su hogar, vive feliz con su mujer, Isabel, apartado, como fray Luis de León, del mundanal ruido. Pero Isabel no tiene el mismo carácter. No es que sea indigna de tal marido; es que le agobia un poco tanta seriedad, y ¡le gustaría tanto poder ir con él a teatros y a reuniones!

En realidad, cuando una mujer

quiere una cosa, la consigue—¡vaya si la consigue!—aunque luego le pese haberla conseguido. Y como Isabel tiene fija en su cerebro la idea de las diversiones, y como cuenta además con una hermana que es todo un carácter, trama con ella un ardid que ha de dar el resultado apetecido. Escriben al juicioso y prudente abogado una carta, que cuidan bien de que parezca de una mujer hermosa que se ha enamorado de él, y le citan para cierta función del Real, en un palco platea de la derecha del espectador. Si el hombre acude, caerá en las redes de la mujercita voluntariosa, que le perdonará la infidelidad, para que él la perdone el engaño... y la acompañe a ver el espectáculo. El gran abogado recibe la epístola, y, no sin haberlo dudado antes, decide acudir a la cita. Al fin y a la postre, a ningún hombre le desagrada una conquista, por muy serio que él acostumbre a ser. Acude, pues, al Real, y entonces ocurre lo que no habían podido sospechar Isabel y su hermana. No una, sino varias conquistas son las que hace en los palcos del Real antes de llegar al de su legítima esposa; y cuando ésta se entera y ve el peligro que ha corrido, no tiene más remedio que declararse vencida, arrepentirse de su ardid y comprender que la verdadera felicidad era la de antes. Y si por algo pudiera aún dudar, el caso de su hermana, sometida al mismo tiempo por su marido—otro hombre que parecía también falto de genio,—le muestra con toda claridad cuál debe ser el papel de la verdadera mujer de su casa.

La interpretación de la comedia fué, como siempre en Eslava, muy ajustada. Catalina Bárcena, sin embargo, fué objeto de una injusticia. La ilustre actriz, animada siempre por nuestro público, triunfadora en todas las obras; padecía en la noche del estreno de *El ardid* una afección a la garganta, que nublaba en algunos instantes y agriaba en otros la voz de oro que tantas admiraciones despierta. Como la índole del papel exige, además, inflexiones agudas, resultaron éstas en cierto modo desentonadas, y la concurrencia—o mejor dicho, una parte de ella,—no quiso reconocer tan cla-

ras razones, y exteriorizó varias veces su desagrado en forma ostensible e irrespetuosa. Se dirá que el público, que aplaude y eleva a los artistas, tiene derecho a demostrar su disgusto cuando lo cree oportuno. Conformes; pero si el artista se llama Catalina Bárcena y ha demostrado durante muchas temporadas un respeto al público extraordinario, un entusiasmo por su arte indudable, y una porción de cualidades notabilísimas que la han puesto, por derecho propio, a la cabeza de las actrices españolas, a lo menos que tiene derecho, es a que se le guarde condescendencia cuando está enferma, y aún que se le disculpen, si los tiene, errores involuntarios, nacidos del mismo deseo de agradar. No andamos tan sobrados de valores artísticos indiscutibles para que los apreciemos mal en la primera ocasión desgraciada que nos parezca.

En el Español nos hizo vivir Margarita Xirgú las escenas misteriosas y un tanto sombrías de la rusa Sonia, llegada a la región navarra española. Sonia, *La extraña* imaginada por Eduardo Marquina, es un tipo que nos interesa desde que la vemos. Encarnada en la Xirgú, vemos en ella una rara mezcla de alegría y de preocupación. Su compañero Gavriilo, que parece su hermano, es también extraño, porque es aún más hosco. ¿Por qué están estos dos rusos en un pueblecito de Navarra? Porque van—aun cuando la gente no lo sabe,—camino de su país, donde Gavriilo piensa medrar a costa de la revolución. ¿Por qué viven en la posada ya hace tiempo, sin decidirse a continuar su viaje? Porque Gavriilo espera a un guía que le haga atravesar Francia sin peligro, y porque Pedro, el hijo de los posaderos, se ha enamorado de la joven rusa y los retiene todo el tiempo que puede, sin hacer caso del rumor popular que dice que Gavriilo es el autor de un crimen cometido hace años en el hijo del propietario de unas minas no lejanas, y que Sonia era una empleada en aquellas oficinas. Pero el rumor, al fin, se confirma. Gavriilo mató a aquel

hombre instigado por Sonia, que quería vengar su honor mancillado. Y luego Gavriilo se ha convertido en errante compañero de Sonia. Cuando todo se descubre, los padres de Pedro, por amor a su hijo, quieren salvar a Sonia y ocultarla; pero no puede esto hacerse, porque la muchacha, que ha llegado a querer a Pedro, y que comprende que este amor es imposible, se suicida. Drama un tanto obscuro y un poco artificioso, tiene *La extraña* muchos momentos de verdadera grandiosidad teatral, dignos de la inspiración y la maestría del ilustre Marquina.

En Lara, alternando con *La sin ventura*, ha hecho Virginia Fábregas el famoso drama de don José Echegaray, *Mariana*, que le sirvió para demostrar las aptitudes que posee para la declamación; pero, al mismo tiempo, para que pudiéramos comprobar cómo han variado los gustos del público desde los tiempos no tan lejanos de los triunfos resonantes de Echegaray, y cómo—en consecuencia lógica—han perdido casi todos nuestros artistas—el señor Martínez Tovar es un excepción,—la afición, el hábito y la ciencia de recitar bien los versos y la costumbre de moverse en obras de este especial carácter. De todos modos, la atención de la actriz mejicana, resucitando una obra de uno de los más célebres autores españoles, debe merecer nuestra gratitud.

Ramón Peña estrenó en Cervantes un diálogo de don Luis Pascual Frutos, pulcra y graciosamente escrito, que tuvo muy favorable acogida,

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El teatro del Rey Alfonso.—El empresario Sr. Losada. La compañía de Thuillier.—Arniches y su dominio del teatro.—«La heroica villa».—Un gran éxito de Peña y de Granados: «La ciudad eterna».—En la Comedia: «Melchor, Gaspar y Baltasar».—Volvieron Loreto y Chicote.—Otras noticias

Madrid 20 de octubre.

Anoche conocimos un nuevo teatro, una nueva compañía y una obra nueva. Tal fué la inauguración del Rey Alfonso, precioso coliseo construido por el empresario señor Losada, en la calle de Don Nicolás María Rivero, o sea en uno de los sitios más céntricos de Madrid.

¿Quién es el señor Losada? Hace algunos años, apenas si la gente de teatro de España le conocía. Hoy está a punto de ser popular en Madrid. Antes, los autores sabían que el señor Losada era un empresario de Buenos Aires, pero no de la talla de Higinio Sierra y otros empresarios que explotaban en la capital del Plata el repertorio español. Poco a poco, el nombre del señor Losada fué adquiriendo notoriedad por estas tierras; se sabía que contaba con un teatro muy hermoso y que cuidaba mucho las obras que montaba. Y un buen día, deseoso de estrechar aún más las relaciones con España, nombró a un representante suyo en Madrid—el popular autor y actor Miguel Mihura Alvarez,—y entró así en relaciones directas con los autores españoles. A partir de entonces, Losada es el empresario argentino más conocido entre nosotros; no há mucho abrió un concurso de zarzuelas españolas, con importantes premios, que dió por resultado la aparición de varias interesantes obras. Y no conformándose con eso, pensó ser también empresario en España, con objeto de tener aquí la base del negocio que desarrolla luego en su teatro de la Comedia de Buenos Aires. La primera parte de sus propósitos son ya una realidad; el teatro pequeño, elegante, para cultivar las distintas modalidades de la comedia, se inauguró ayer, y mereció los unánimes elogios de la concurrencia, muy selecta, que allí se congregó; la segunda parte se halla también en vías de realización, y consiste en la construcción de un gran teatro, por las proximidades de la calle de Atocha, dedicado a zarzuelas y revistas. Tendrá gran capacidad, y ofrecerá la novedad de tener el escenario—que será muy ancho y de mucho fondo,—en uno de los lados largos de la sala. Es decir, que en vez de tener ésta mucho fondo, tendrá mucha anchura, por lo cual, las filas de butacas no serán muchas, pero sí, en cambio, muy largas, divididas por varios callejones. De este modo, todos los espectadores estarán cerca de la escena. Mientras este futuro teatro llega, puede sentirse, por lo pronto, el señor Losada satisfecho con el del Rey Alfonso, inaugurado solemnemente con la presencia y el aplauso de la Real familia.

¿Cómo es la nueva compañía? Excelente, desde luego. También Thuillier ha conseguido reunir a un grupo de buenos y entusiastas artistas que vienen dispuestos a realizar una labor digna de los mayores alientos. Los nombres de Hortensia Gelabert, Nieves Suárez, Salvador Mora, Carlos Rufart y otros actores, son una garantía. Anoche, en la función inaugural, produjeron, en conjunto y en detalle, grandísimo efecto. Thuillier, además, demostró que sigue siempre tan ponderado y exquisito actor como siempre, y que tiene envidiables dotes de director.

¿Qué es la nueva comedia? Una obra en tres actos titulada *La heroica villa*, que don Carlos Arniches escribió este verano en Fuenterrabía para Thuillier y los suyos. Arniches, que es, en mi concepto, uno de los primeros autores españoles, y que, desde luego, no tiene quien le aventaje en el arte de conocer al público, ha hecho una farsa, en la que se entrelazan constantemente lo cómico y lo sentimental. Esto es precisamente su gran fuerza en la mayoría de sus obras; por eso uno de sus infinitos admiradores decía anoche que era «el rey del contraste», y como el contraste es siempre de efecto seguro en el teatro—cuando va acompañado, claro está, de otras cualidades indispensables,—de ahí los éxitos rotundos, ruidosos y frecuentes de este gran comedió-

grafo y sainetero que lleva treinta años figurando a la cabeza de los autores españoles, merced a un privilegiado talento que le ha permitido constantemente—lo más difícil para un autor—ir renovándose a medida que se han ido modificando las costumbres y los gustos del público, pero sin perder por eso su personalidad.

En *La heroica villa* ha empleado Arniches sus característicos contrastes, pero bien sea porque *carga un poquito la mano*, bien porque abusara algo de ellos, el auditorio, que había acogido con júbilo y entusiasmo el primer acto, se desorientó un poco en el segundo, y aunque en el tercero reaccionó, no fué en la medida que el éxito total requería. Aun así, las situaciones y frases felices de que está llena la obra, subrayadas anoche con carcajadas y aplausos, aseguran a *La heroica villa* larga permanencia en los carteles. La nueva obra de Arniches no está a la altura de otras muchas suyas, pero es lo bastante entretenida y está lo suficiente bien hecha—en algunos momentos admirable,—para que un autor desconocido, firmándola, hubiese adquirido en una sola noche fama de experto, de ingenioso y de hombre de teatro.

En Cervantes triunfaron, como era de esperar, Peña y Granados. El primero, el éxito: como autor, haciendo un libro gracioso y de mucho ambiente; como empresario, acertando con la obra que le hacía falta y gastándose el dinero a manos llenas para poner la obra con verdadero lujo; como director artístico, demostrando un gusto artístico muy depurado, y logrando en la postura de los números y en los conjuntos preciosos efectos, y como actor, haciendo las delicias del auditorio en un personaje hecho—ningún sastre mejor que él mismo,—a la medida. El segundo obtuvo, sencillamente, el mayor triunfo de su carrera de compositor en Madrid. Hasta ahora, Eduardo Granados sonaba en los círculos teatrales, y aun entre el público, como el hijo del autor de *Goyescas*. Desde ahora, escuchada la hermosa partitura de *La ciudad eterna*, tiene en Madrid personalidad propia. Y digo en Madrid, porque en Valencia, por ejemplo, se le ha hecho la debida justicia desde que se dió a conocer con *La princesita de los sueños locos*.

La ciudad eterna es, como nos figurábamos, Roma, y la acción de la obra a principios del siglo XVIII. En la trama, que comienza con una cena de cardenales, intervienen dignatarios, militares y otros muchos elementos, que forman el cuadro de

época que Peña ha querido llevar a la escena. No he de contar el argumento, porque ello equivaldría a quitar interés al estreno de la obra en Valencia, que, seguramente, no se hará esperar; pero eso no obsta para decir que Peña tiene un papel muy gracioso, que hay varios trucos ingeniosos, y que toda la opereta está muy bien de ambiente.

De la música, toda ella inspiradísima, se repitieron casi todos los números, sobresaliendo una romanza de barítono, otra de tiple, el dúo, la serenata del segundo acto y el intermedio. «Todos los números—como dice un ilustre crítico,—tienen una gracia, una frescura, una agilidad rítmica, y, al mismo tiempo, un arte consumado de instrumentación, que anuncian a un gran músico». No hay que decir que Granados fué ovacionado calurosamente, y que con él compartieron el gran éxito Peña, el pintor Olalla—que se acreditó como un maestro de la escenografía,—y todos los intérpretes, entre los que se distinguieron la primera tiple Sinda Martínez y el barítono Severo Uliverri, que hizo un verdadero derroche de sus facultades de cantante.

A juzgar por el resultado del estreno, la obra será, en el cartel de Cervantes, tan eterna como la ciudad de su título.

En la Comedia, Antonio Paso y José Rosales estrenaron ayer un juguete cómico con el título de *Melchor, Gaspar y Baltasar*. Fué un gran éxito de risa, que es lo que se trata de conseguir. Como se podrá suponer, los protagonistas de la obra no son los Reyes Magos, sino otros Magos modernos que nos hacen el regalo de sus festivas ocurrencias. La señorita Redondo, que progresa constantemente; Carmen Andrés, Valeriano León y Tordesillas, dieron gran relieve a los principales personajes de la obra. Tirso Escudero bendecirá, de seguro, la buena estrella que ha guiado ahora a *Melchor, Gaspar y Baltasar* al seguro éxito de taquilla.

En el Cómico hemos tenido la gran alegría de saludar de nuevo a Loreto Prado y Enrique Chicote, que han traído como novedad la de un entremés titulado *Los legionarios*, de cuya actualidad no es posible dudar. La compañía del Cómico, con sus directores al frente, ha tenido una carísimísima acogida.

Virginia Fábregas celebró su beneficio con *La rufaga*. El público la colmó de aplausos. Deja la ilustre actriz, en Madrid, inmejorable recuerdo.

Y digamos, para concluir, que en la Zarzuela se prepara *El emigrante*, de Luca de Tena y Franco, y en Apolo, *El sinvergüenza de Palacio*, de Muñoz Seca, Pérez Fernández, Vives y Luna. No faltan, pues, cosas interesantes en perspectiva.

G. FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

¿Se acerca el renacimiento del teatro poético en España?
Una obra que podía acometerse.—Hay autores y actores.
«El rebaño», de López Martín.—La campaña de Ricardo Calvo, en el Español.—Estreno de la comedia «Clavel de Granada».—Una nueva obra de Paso: «Ojo por ojo»
Novedades en perspectiva

Madrid 25 de octubre.

Dos acontecimientos teatrales de la última semana nos mueven a pensar en la afición de nuestro público por las obras en verso. ¿Habrá llegado el momento del renacimiento del teatro poético español? Escuchando a Ricardo Calvo los parlamentos de *La luna de la sierra* y *La vida es sueño*, y oyendo a Borrás las valientes estrofas de *El rebaño*, no puede menos de pensarse en la conveniencia de alentar un género de tan elevada consideración que en otro tiempo fué entusiasmo de públicos rinceros y soñadores, y, no por eso, menos cultos que los de ahora.

El teatro romántico, con todos sus defectos, con todos sus efectismos, con todo su artificio y con la consiguiente falta de realidad, tenía el don supremo de hablar al corazón, y era siempre una exaltación de nobilísimas ideas y de puros sentimientos, engarzados en la música grata del verso bien construido. Y el auditorio que se apasionaba por estas obras, que volcaba sus bolsillos para acudir a los estrenos, sentía el entusiasmo ante un parlamento brioso en defensa del honor, de la Patria o de la Religión, y jamás hubiese concebido que unos años más tarde, autores, actores y públicos, dieran poco a poco de lado a aquel hermoso repertorio, relegándole, con algunas raras excepciones, al olvido.

Hoy día, el teatro poético tiene algunos partidarios y muchos detractores; pero el número de estos últimos va decreciendo, mientras ¿qué duda cabe de que el teatro actual, mucho más real que el otro, ofrece, por su contextura, más puntos de contacto con la vida misma? El teatro, que es fina observación, reflejo de costumbres o presentación de problemas sociales, tiene un mérito para nuestro actual modo de ser indudable; pero la práctica de este teatro y el reconocimiento de sus ventajas es perfectamente compatible con ese otro género más imaginativo y más abstracto, que hace—si es verdadera poética,—vagar nuestra fantasía por países, conflictos y figuras que tienen todo el aroma de la leyenda y el encanto.

Lo que ocurre es que por la decadencia de los autores, hace años, comenzaron los actores a abandonar poco a poco la práctica de la declamación. Y hoy, que son muchos los poetas que tienen fibra dramática y pueden levantar este género teatral, apenas si hay actores y actrices que sepan decir de modo medio regular una tirada de versos. Por eso son más de estimar los que, cultivando el teatro moderno, han sabido guardar y conservar el cultivo a las antiguas tradiciones: Ricardo Calvo, Cocina, Martínez Tovar, y, desde luego, el matrimonio Guerrero-Mendoza, así como Carmen Cobena y otras ilustres artistas, cultivan nuestro teatro clásico y romántico con verdadera fortuna. Morano ha alcanzado éxitos grandes, y Borrás los logra ahora, uniendo así estos triunfos a los conseguidos en los dramas recientes. Pues si contamos con un núcleo muy estimable, si no considerable, de artistas, ¿por qué no acometer la obra de dar nueva vida a la poesía en el teatro, habiendo en la actualidad autores como Marquina, Villaespesa, Rey Soto, López Martín, Machado, López Alarcón, Cristóbal de Castro, Fernández Ardavin y otros muchos poetas entusiastas y con alientos, capaces de sostener, con obras elevadas, toda una temporada, y quién sabe si una gloriosa serie de ellas?

El público, que podía ser el obstáculo, no lo es, desde el momento en que ahora llena todas las noches el teatro del Centro para aplaudir calurosamente *El rebaño*, de Fer-

nando López Martín. Ese es el camino, y a este autor deberemos mucho de lo que se recorra. *El rebaño*, efectivamente, como ya apunté a raíz de su estreno en Burgos, es un drama robusto, de afirmación de ideales y de resurrección de sentimientos. Digno hermano de *Blasco Gimeno*, reúne todas las condiciones que ha de tener un drama en verso para consolidarse. Se le puede achacar un poco de lentitud en su acción, y acaso algo de confusión en el desarrollo de su argumento, pero ambas cosas se producen en muy pequeño grado, y están, además, compensadas por bellezas y aciertos que hacen la obra merecedora de la mayor admiración: *El rebaño*, que ha obtenido aquí aún más efusiva acogida que en el Norte, forma, con *La tizona* y *Amor que vence al amor*, la trilogía que pueden ofrecer los poetas españoles como base para su campaña moderna de teatro poético, en la que no podrían faltar las obras de Marquina y Villaespesa.

Borrás tiene en la obra de López Martín un papel muy adecuado para sus grandes condiciones, y saca de él mucho partido. Ruiz Tatay y los demás artistas de la compañía, le secundan meritoriamente.

En el Español, Ricardo Calvo, el campeón del teatro en verso, inauguró con la comedia de Vélez de Guevara, *La luna de la sierra*, adaptada por Cristóbal de Castro, y ha seguido con la reposición de *La vida es sueño*. Puede hacer muy buena temporada, pues parece que cuenta con la cooperación de importantes autores, y la compañía tiene elementos como Carmen Ruiz Moragas, Josefina Roca y Fernando Porredón, que son garantía de buenas interpretaciones. Como director artístico figura Enrique López Alarcón, que ya lo fué en la época en que era empresa Benavente, y supo demostrar raras condiciones para ese cargo, difícil y enojoso.

En el Coliseo Imperial, donde otra vez la varias veces centenaria *República de la broma* ha vuelto a llenar durante muchas noches el teatro, ha estrenado la compañía de Fresno una comedia en tres actos, titulada *Clavel de Granada*, de la que son autores los señores Candela, Pacheco y Grajales. La obra es interesante y entretenida, está dialogada con gracejo y soltura, y tiene tipos muy bien observados. El público del lindo coliseo de la Concepción Jerónima lo entendió así, e hizo salir a los autores e intérpretes al palco escénico para demostrarles su complacencia.

En Martín ha roto el fuego de los estrenos Antonio Paso, en colaboración con José Rosales y los maestros Soutillo y Vert. Antonio Paso tiene en Madrid fama de ser uno de los maestros más hojgazanes que en España existen, y, sin embargo, Paso es uno de los que más estrenan. ¿Cómo se explica esto? Pues, sencillamente, porque el saldaísimo autor de *El asombro de Damasco* es, durante los veranos, otro asombro de trabajador. En los meses soporíferos del estío, Antonio Paso, recluido en su retiro veraniego, escribe una inverosímil cantidad de cuartillas, y prepara así la labor de todo el año. Llegada el otoño, se presenta en Madrid, coloca sus obras en los teatros—que las reciben como agua de mayo,—y se dedica a darse buena vida, a frecuentar teatros y círculos, causando en todo una sensación irresistible de sorpresa: «¿Pero este hombre, a qué hora trabaja?»

Este año, Paso ha estrenado, con Rosales, una comedia en tres actos en el teatro de Tirso Escudero, y esta zarzuela de que me ocupo ahora, en Martín. Ya verán ustedes lo que tarda en anunciar otro estreno. La zarzuela de Martín se titula *Ojo por ojo*, y es lo suficientemente

atrevida, vistosa y animada para gustar al paladar un poco fuerte del público que frecuenta aquel teatro. *Ojo por ojo*, llena de todos los colores y de toda clase de calibres, y aderezada con unos números pimpantes, da motivo más que sobrado para que la Paisano y otras tiples se juzcan como artistas y como mujeres, y para que Vidégain y Heredia hagan reír con la sal y la pimienta de sus papeles.

El Infanta Isabel está ahora cerrado. Se fué la compañía de Paco Hernández, y dentro de unos días se presenta la de Paco Alarcón, que hará la temporada de invierno. El primer estreno de ésta será el de una nueva comedia de los señores Alvarez Quintero, titulada *La prisa*.

Pasado mañana será, en Apolo, el estreno de *El sinvergüenza en Palacio*, de Muñoz Seca, Pérez Fernández, Vives y Luna; en la Zarzuela, ha habido modificaciones en la empresa, y aun en parte de la compañía, debutando esta noche el tenor Casenave, con *Balada de Carnaval*, y en Lara comenzará muy pronto la actuación de la compañía oficial del teatro con la Jiménez, la Alba, y Simó Raso al frente. Y mientras tanto, *Don Juan Tenorio* ya grita en los ensayos de muchos teatros, próximo a hacer una vez más su aparición.

G. FERNANDEZ SHAW